

# Casa

de las Américas 286

enero-marzo / 2017

**FIDEL SIEMPRE**

Fondo Editorial  
Casa de las Américas



Este material es solo para uso promocional y se prohíbe su reproducción total o parcial.

Fondo Editorial  
Casa de las Américas





Fondo Editorial  
Casa de las Américas

# Casa

de las Américas 286

enero-marzo/2017

año LVIII

Órgano de la Casa de las Américas

Fundadora:

**Haydee Santamaría**

Directores:

**Roberto Fernández Retamar**

**Jorge Fornet**

Subdirector:

**Aurelio Alonso**

Consejo de Redacción:

**Luisa Campuzano, Pablo Armando Fernández,**

**Jaime Gómez Triana, Raúl Hernández Novás (†),**

**Marcia Leiseca, Nancy Morejón,**

**Caridad Tamayo Fernández, Yolanda Wood,**

**Roberto Zurbano**

Editora-redactora:

**Xenia Reloba**

Correctora:

**Anele Arnautó Trillo**

Diseño y emplante:

**Ricardo Rafael Villares**

Realización computarizada:

**Roxana Monduy**

Coordinador de producción:

**Jorge Alberto Tartabull**

Redacción:

Casa de las Américas, 3ra. y G,  
El Vedado, La Habana 10400, Cuba.

Teléfonos: (537) 838 2706 al 09, ext. 108  
(537) 836 7601

Correo electrónico: revista@casa.cult.cu

Sitio web: www.revistacasa.casadelasamericas.org

Suscripción: suscripciones@casa.cult.cu

Precio del ejemplar en Cuba: \$ 5 (MN)

## FIDEL SIEMPRE

- 3 *El pasado 26 de noviembre...*
- 5 «Fidel tiene que hacer en América todavía»
- 6 LUIS BRITTO GARCÍA • Hasta la victoria siempre
- 8 JOSÉ STEINSLEGER • Del alma de Fidel
- 10 RAFAEL HERNÁNDEZ • «Contra el polvo del alma»: el legado de Fidel y el futuro político de Cuba
- 15 FREI BETTO • Mi amigo Fidel
- 17 IGNACIO RAMONET • El Fidel que conocí
- 21 STELLA CALLONI • Fidel Castro Ruz: los inmoribles
- 23 AURELIO ALONSO • Dejó de latir un corazón, vive un pensamiento inmortal
- 25 FEDERICO MAYOR ZARAGOZA • Fidel Castro, estela duradera
- 29 CUAUHTÉMOC CÁRDENAS • Se ha ido un luchador
- 30 VÍCTOR FLORES OLEA • Se ha ido un hombre en verdad grande
- 33 FERNANDO MARTÍNEZ HEREDIA • Fidel vive
- 36 PACO IGNACIO TAIBO II • Se fue Fidel
- 38 FRANCISCO JOSÉ LACAYO PARAJÓN • Carta abierta a mis hermanos y hermanas de Cuba
- 40 MARTA HARNECKER • Fidel, hoy y siempre
- 44 CLAUDIA ZAPATA SILVA • La historia no parte de cero
- 47 JACQUES-FRANÇOIS BONALDI • Yo soy Fidel
- 50 FERNANDO RAVSBERG • Fidel Castro: «el día que me muera de verdad nadie se lo va a creer»
- 53 LAIDI FERNÁNDEZ DE JUAN • A su paso
- 55 Atilio A. Borón • Fidel, guerrillero de todos los tiempos
- 65 Comunicado del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso)
- 67 JUAN MANUEL KARG • El mayor legado de Fidel
- 69 RAÚL ROA KOURÍ • Hasta siempre, Fidel
- 71 CARLOS LAGE CODORNIÚ • Un Fidel muy íntimo
- 74 JOÃO PEDRO STÉDILE • Una historia que no puede ser escrita con palabras
- 76 MANUEL ORESTES NIETO • Fidel y Omar
- 78 CLAUDIO KATZ • Nuestro Fidel
- 84 ZAIDA CAPOTE CRUZ • Sin Fidel
- 85 RICARDO RIVERÓN ROJAS • Mi vida sin Fidel
- 87 CHIQUI VICIOSO • Fidel
- 89 MARIO SANTUCHO • Fidel, el terco
- 91 PEDRO PABLO RODRÍGUEZ • Fidel en la Plaza Cadenas
- 94 NILS CASTRO • Se renueva un compromiso
- 96 GRAZIELLA POGOLLOTTI • Fidel
- 99 ENRIQUE UBIETA GÓMEZ • Yo soy Fidel
- 102 JORGE GÓMEZ BARATA • No pidan reposo para el guerrero...
- 104 NÉSTOR KOHAN • Murió Fidel
- 106 JULIO ANTONIO FERNÁNDEZ ESTRADA • Escríbele una carta a Fidel

Cuatro números por año.

Cada trabajo expresa la opinión de su autor.

La opinión de la Casa de las Américas se expresa en los editoriales y en notas que así lo indiquen.

En los casos de colaboraciones que no haya solicitado, la revista no se compromete a devolver los originales ni a mantener correspondencia.

Inscrita como impreso periódico en la Dirección Nacional de Correos, Telégrafos y Prensa.  
Permiso No. 81222/153.

A las compañeras y los compañeros que en el taller de la UEB Gráfica Caribe se ocupan de la impresión y el acabado, agradecemos el trabajo entusiasta con que hacen realidad esta revista.

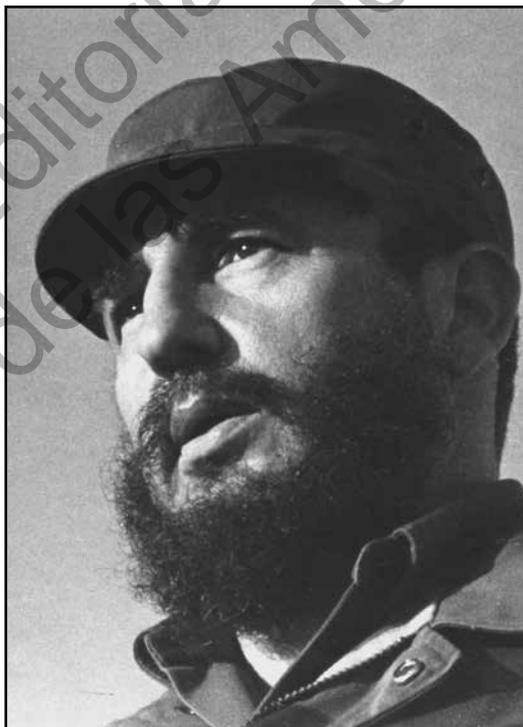
© Casa de las Américas, 2017

ISSN 008-7157

- 108 HAROLD CÁRDENAS LEMA • El último acto de Fidel
- 110 ÁLVARO AGUILERA • Un gigante verde olivo
- 112 DAISY ÁLVAREZ MONTALVO • Soy Fidel
- 114 PABLO GONZÁLEZ CASANOVA • Lecciones de Fidel

### Semana de Autor

- 124 *Apasionado contador de historias...*
  - 126 FRANCISCO PÉREZ ARCE IBARRA • Historia de combate
  - 132 ARMANDO BARTRA • Paco Ignacio Taibo II: retrato hablado con paisaje social
  - 140 PACO IGNACIO TAIBO II • El muro y el machete. Notas sobre la breve experiencia del sindicato de pintores mexicano (1922-1925)
- 157 Al pie de la letra
- 165 Recientes y próximas de la Casa
- 174 Colaboradores/Temas



Este número se ilustra con fotos de actividades de la Casa o relacionadas con ella, donde participó el compañero Fidel, pertenecientes al Archivo fotográfico de la Casa de las Américas.

**E**l pasado 26 de noviembre, a pocas horas de conocerse la dolorosa noticia de la muerte del líder de la Revolución Cubana, Fidel Castro, la Casa de las Américas dio a conocer la declaración que –con el título de «Fidel tiene que hacer en América todavía»– abre esta sección. Más allá del impacto del hecho y de lo que Fidel mismo ha significado para nuestra América, queríamos destacar su legado. Y también, naturalmente, subrayar el hecho de que sin Fidel y la Revolución Cubana, ni la Casa de las Américas ni el proyecto de integración cultural, descolonizador y antimperialista defendido por ella a lo largo de casi seis décadas, hubieran sido posibles.

Al despedir sus restos en La Habana antes de su largo recorrido hasta Santiago de Cuba, en palabras pronunciadas en la Plaza de la Revolución el 29 de noviembre de 2016, el presidente Raúl Castro expresó:

Fidel dedicó toda su vida a la solidaridad y encabezó una Revolución socialista «de los humildes, por los humildes y para los humildes», que se convirtió en un símbolo de lucha anticolonialista, antiapartheid y antimperialista, por la emancipación y la dignidad de los pueblos.

Sus vibrantes palabras resuenan hoy en esta Plaza como en la concentración campesina del 26 de julio de 1959 en apoyo a la Reforma Agraria, que fue como cruzar el Rubicón y desató la condena a muerte de la Revolución. Aquí Fidel reafirmó

«la Reforma Agraria va». Y la hicimos. Hoy, cincuenta y siete años después, estamos honrando a quien la concibió y encabezó.

En este lugar votamos junto a él la Primera y la Segunda Declaración de La Habana de 1960 y 1962, respectivamente. Frente a las agresiones apoyadas por la Organización de Estados Americanos (OEA) Fidel proclamó que «detrás de la patria, detrás de la bandera libre, detrás de la Revolución redentora... hay un pueblo digno», dispuesto a defender su independencia y «el común destino de América Latina liberada».

Por ese común destino ha trabajado la Casa de las Américas a lo largo de su trayectoria. Esta

entrega recoge parte de los textos aparecidos a raíz de la desaparición física de Fidel. Se trata solo de una muestra que no incluye –puesto que hubiera desbordado las pretensiones de este homenaje– los cuantiosos mensajes de apoyo y condolencia recibidos en la Casa. Hemos decidido ilustrar el número con imágenes que vinculan a Fidel con nuestra institución, tanto como parte de las muchas visitas que realizó, como a través del encuentro con nuestros trabajadores o invitados.

«Fidel siempre» es un pequeño tributo al responsable mayor de que el sueño de la Casa de las Américas –en los dos sentidos, en el de su concreción y el de su proyecto– sea una realidad. **■**



1960. Premio Casa. Jurados e invitados del Premio se reúnen con Fidel Castro en Viñales, Pinar del Río. En la foto Miguel Ángel Asturias, Roger Callois, René Depestre, Benjamín Carrión, entre otros.

# «Fidel tiene que hacer en América todavía»\*

**E**n discurso pronunciado en 1893 en homenaje al Libertador, Martí decía que aún Bolívar estaba en el cielo de América, «porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy; porque Bolívar tiene que hacer en América todavía». Las obras de este, como la de Martí mismo, como las de todos los grandes líderes de pueblos, como la de Fidel, son por definición inconclusas y suelen crecer tras la muerte de ellos.

La del líder de la Revolución Cubana, el hombre que como pocos ayudó a transformar la realidad y la idea de la América Latina y el Caribe, y a encauzarla por el rumbo que señalaran aquellos próceres, deja un vacío innegable pero también señala un camino.

La Casa de las Américas, que es fruto inmediato de la Revolución Cubana, que hizo suyo el proyecto bolivariano, martiano y fidelista, y lo ha defendido durante más de cinco décadas en el ámbito de la cultura, continuará llevando adelante ese proyecto, acompañada de todos aquellos que a lo largo y ancho de este mundo, y especialmente de nuestra América, lo hacen posible. Para ello cuenta, además, con el ideario y la vocación del más grande de los revolucionarios latinoamericanos del siglo xx y lo que va del xxi.

Porque Fidel tiene que hacer en América todavía.

\* Declaración de la Casa de las Américas ante la muerte de Fidel

# Hasta la victoria siempre

Recordemos que en 1823 el secretario de Estado John Quincy Adams escribía que «es casi imposible resistirse a la convicción de que la anexión de Cuba a nuestra República Federal será indispensable para la continuidad y la integridad de la Unión misma».

Añadamos que en 1898 los Estados Unidos interfieren en la Guerra de Independencia de Cuba e imponen a esta bases militares de ocupación y un estatuto de soberanía limitada a través de la Enmienda Platt.

Digamos que a mediados del siglo pasado se creía que el ciclo de las revoluciones había terminado y que era imposible que un puñado de guerrilleros derrotara a un ejército moderno bien pertrechado, hasta que Fidel demostró lo contrario.

Recordemos que hace medio siglo se tenía a la América Latina y el Caribe como zona olvidada por la Historia, que jamás asumiría protagonismo en los sucesos del mundo, hasta que Fidel la puso a la cabeza de estos.

Nadie pero nadie podía asegurar Reforma Agraria, educación, salud y seguridad social para todos sin ser fulminado, hasta que Fidel desafió el huracán armado con el pararrayos del pueblo.

Se asumía que nadie podía en el hemisferio resistir la retaliación de una invasión de paramilitares armados y pagados por la primera potencia imperial del mundo, pero los cubanos y Fidel la desbarataron de un soplo.

En una generación saltó Cuba de la desnutrición y el analfabetismo a la prominencia en el deporte, las letras, el cine, la plástica, la canción popular, la medicina, la investigación científica y el apoyo a los países amigos.

Se creía que no podía ningún mandatario de la América nuestra ser fiel a sus palabras sin acabar depuesto, exiliado o asesinado por la traición más baja. Enseñó Fidel que se puede resistir a todo, incluso a los años que tras su partida agigantarán su nombre.

¿Era posible que la soberbia de un emperador del mundo arriesgara la destrucción nuclear del planeta como desquite por haber sido humillado por una isla pequeña en extensión y gigantesca en coraje? Pero sobrevivimos todos, y el emperador yace víctima de la misma maquinaria que puso en marcha.

Día tras día, mes tras mes, año tras año, ensayó el Imperio contra Cuba la desinformación, el financiamiento a los contrarrevolucionarios, el sabotaje, las bombas incendiarias, el magnicidio, la guerra bacteriológica, el bloqueo, la voladura

de aviones, sin conseguir otra cosa que hacerla más fuerte y más solidaria.

Década tras década once presidentes estadounidenses juraron destruir Cuba sin conseguir más que ir destruyendo progresivamente su propio país.

Nadie pero nadie podría resistir sin venirse abajo la miseria de un bloqueo de medio siglo ejecutado por los acorazados y los tribunales del Imperio, pero los cubanos pudieron hasta que el que comenzó a venirse abajo fue el Imperio.

Se predicaba que disuelta la Unión Soviética habían fallecido comunismo y socialismo, pero allí siguen mientras comienza a disolverse el capitalismo.

Nada resistía al Fin de la Historia hasta que Cuba rescribió su principio.

Son las cosas que pasan cuando un dirigente se parece a su pueblo y el pueblo a su dirigente.

Del árbol caído todos hacen leña. Vendrán las abjuraciones, los golpes de pecho, las desfidelizaciones. Pero de la madera de Fidel serán los bosques de la América venidera. **C**



1967. Reunión con participantes del Encuentro de la Canción Protesta. Están presentes, entre otros, Daniel Viglietti y Bárbara Dane.

JOSÉ STEINSLEGER

## Del alma de Fidel

Un loco se dijo hace dos mil años hijo de Dios, y otro, que apenas somos un chispazo en la infinitud del Universo. Un tercero probó que no fuimos ni seremos primeros ni últimos en la cadena de la evolución; un cuarto, que el ser es antes que el pensar, y un quinto, que la sexualidad sin alegría hace mal a la salud.

Los cinco surgieron de la cultura judeo-greco-latina y cavilaron en torno a ideas sacrílegas para la época. Entonces, los cuerdos crucificaron al primero, excomulgaron al segundo, tergiversaron al tercero, persiguieron al cuarto y frivolizaron al quinto. Pero en 1926, en una isla del Caribe, los hados procrearon a un ser al que también dotaron de un alma loca y sublime, nacida en el año del Gran Ciclón.

Noventa años después, cuando los hados volvieron para llevárselo, millones de almas vibraron con fuerza infinitamente superior al Gran Ciclón: ¡Yo soy Fidel! Era la voz única y colectiva de los pobres sin miseria, en un mundo regido por la cordura de los miserables.

En La Habana, un viejo estadista que asistió a la gran despedida comentó: «El pueblo cubano puede criticar a Dios, pero Fidel es un héroe mítico». Así calificaban los antiguos griegos a los seres capaces de realizar tareas extraordinarias. Sin embargo, Fidel siempre sostuvo que solo los pueblos son capaces de realizar tareas extraordinarias.

Tributario de José Martí; de la Revolución mexicana; de la épica antimperialista de Augusto C. Sandino, Julio Antonio Mella, Antonio Guiteras, Pedro Albizu Campos y Jorge Eliécer Gaitán, y de la Gran Guerra Patria que derrotó al nazifascismo, Fidel jugó un rol de solidaridad y compromiso activo en las causas anticoloniales del Tercer Mundo.

En la América nuestra su pensamiento gravitó en las luchas revolucionarias y procesos democráticos de integración y cooperación. Y en África, a once mil kilómetros de distancia, sus ejércitos ayudaron a concretar la independencia de los pueblos que luchaban contra el colonialismo y el *apartheid*.

Reducir la obra magna de seres sin igual a premisas meramente ideológicas sería como tratar de sentir a Dante Alighieri o William Shakespeare con el prisma de Santo Tomás o Montaigne. Porque Fidel fue una suerte de Marx cervantino regido por la necesidad de renovar la vida y la pervivencia del espíritu humano.

Fidel tuvo mucho de Hilel, rabino de Jerusalén y contemporáneo de Jesucristo, al que un discípulo preguntó si era posible resumir en pocas palabras las infinitas conjeturas del Talmud. Hilel le respondió: «No hagas a tu prójimo lo que no quieres que te hagan a ti. Todo lo demás son comentarios. Ve y estúdialos».

Enemigo de la separación entre judíos y gentiles, Hilel predicó una norma que marcaría a los tres grandes credos monoteístas: «Acepto ante ustedes, Fulanos jueces, que en cualquier lugar toda deuda que tenga con Fulano de Tal, la mantendré todo el tiempo que sea necesario...».

Así como Hilel, Fidel enseñó normas éticas, dando ejemplo de preocupación personal por los demás, y tomando distancia de las miles y miles y miles y miles y miles de interpretaciones talmúdicas del marxismo escolástico, ideologista y teleológico.

Su alma fue como esa pequeña espiga de madera especial que se coloca a presión en los violines, para transmitir las vibraciones de la tapa al fondo. Sin ella, los agudos suenan frágiles, débiles, sordos, huecos. Si el alma es demasiado corta, la tapa del violín se hunde con la presión de las cuerdas. Si muy alta, el instrumento puede sufrir una fractura.

Tres años duró la rebelión de Espartaco contra el imperio romano; ocho la guerra anticolonial de Washington contra el imperio inglés; trece la de Haití contra el imperio francés; veinte la de nuestra América contra el imperio español; treinta la de Cuba para liberarse de España. Y luego de cincuenta y siete años de luchar sin concesiones, Fidel logró que la bandera de Cuba, libre y soberana, fuera izada en la capital del imperio que siempre lo negó. **■**

RAFAEL HERNÁNDEZ

# «Contra el polvo del alma»: el legado de Fidel y el futuro político de Cuba

*Fidel montó sobre Fidel un día  
se lanzó de cabeza contra el dolor contra la muerte  
pero más todavía contra el polvo del alma*

JUAN GELMAN

Uno

Los grandes reformadores no siempre se han caracterizado por reunir detrás de sí el consenso unánime de la humanidad, ni siquiera de su propio pueblo. Su mérito no radica en haber conseguido la aprobación universal, sino en haber construido un proyecto incluyente de progreso y justicia social, liberación y convivencia humana –así como sus patrones de medida– cuyo significado real solo puede asentar el tiempo.

Me pregunto qué hubiera arrojado una encuesta nacional del *New York Times* acerca de Abraham Lincoln, la mañana del 14 de abril de 1865, en víspera de su muerte, víctima de una conspiración esclavista. Me pregunto si habría sido celebrado como el héroe nacional que preservó a la Unión, y la salvó de la ignominia de la esclavitud (*el pecado*, decía él), al enorme costo de setecientas mil vidas, millones de lisiados de guerra, y la ruina de vastos territorios, especialmente, de grandes propiedades y haciendas en el sur –donde la disidencia de la Confederación

representaba nada menos que la tercera parte de los Estados Unidos.

Me pregunto si el pensamiento de Lincoln hubiera convocado entonces el halo de reverencia nacional y mundial que adquirió luego, y que solo se vino a materializar en un monumento a la orilla del Potomac cincuenta y siete años después.

Los países de nuestro sur que han conocido grandes reformadores, como Benito Juárez o Mahatma Gandhi, saben que tuvieron enemigos atroces, internos y externos, muy superiores por su fuerza y recursos; y que muchos los consideraron obstinados e inflexibles, por su tenacidad, que algunos calificaban como pura terquedad. Fueron precisamente esos rasgos polémicos los que inscribieron sus nombres, más allá de fronteras nacionales, en la historia y el legado común.

Aunque a veces ese reconocimiento se puede demorar. Me pregunto si los racistas norteamericanos hoy mismo ya se habrán reconciliado con Lincoln.

## Dos

Las lecciones de Fidel Castro –para Cuba y muchos en el mundo– no son las de la conformidad, el pragmatismo o el fatalismo geográfico. Sucesivas generaciones lo vieron como el rebelde ante el orden establecido; capaz de cantarles las verdades a poderosos de los más diversos signos ideológicos, sin arrodillarse ante ninguno; de ejercer como nadie antes los postulados martianos de «Patria es humanidad» y «Un pensamiento justo desde el fondo de una cueva puede más que un ejército».

Sus ideas y acciones, incómodas para algunos, no enseñan normas de cómo evitar «buscarse

problemas», callarse la boca ante los intereses creados, esperar que los cambios vengan de otra parte o de afuera.

Como muchos saben, ni en la guerra ni en la paz fue un temerario, sino un estratega minucioso, que evitó siempre riesgos innecesarios; tampoco se comportó en política como un sectario o un extremista, sino como artífice de alianzas que parecían quiméricas, entre tendencias que a veces llegaban a pedirse la cabeza. Su rol como árbitro entre esas tendencias logró finalmente juntarlas en un mismo partido. Defendió sus ideas con vehemencia, pero no fue dogmático y mucho menos fanático. Utilizaba razones y argumentos extraídos de una vasta cultura (era un lector incesante), donde se reunía el dominio por las principales concepciones políticas de su tiempo, la historia de Cuba y del mundo, junto a ristas de simples datos que podía memorizar con un vistazo, de manera que lograba dejar pensando incluso a interlocutores con ideologías muy ajenas.

Sus principales errores como dirigente se explican por sus propias virtudes. Estaba convencido, como San Pablo y el Che Guevara, de que la educación y la dedicación a la obra, en un medio favorable, lograban transformar a cualquiera, y hacerlo un hombre (o una mujer) nuevo. Que la teoría era imprescindible, pero no había aprendizaje mejor que ponerse a hacer las cosas, incluso si conllevaba darles responsabilidades de Estado a veinteañeros. Creía que ganando los corazones y las mentes de muchos se podía incluso quemar etapas. Y que esperar a que las condiciones maduraran era puro inmovilismo. Que no era bueno mantener deudas con una superpotencia aliada, aunque para eso todosuviéramos que irnos a cortar caña; que la ciencia y la técnica eran la base

del desarrollo, y que si los simples ciudadanos aprendían de genética pecuaria, íbamos a producir más leche per cápita que Holanda o Nueva Zelanda. Que el socialismo realmente existente en otras partes no era verdad; y que si se relegaba la meta de una sociedad con igualdad era probable extraviarse por el camino.

## Tres

Se repite hasta la saciedad que Fidel era el doctrinario, el intransigente ideológico, y Raúl el pragmático, el político realista. (Curiosamente, hasta 2006, muchos pensaban lo contrario).

En todo caso, la historia nos revela otras cosas.

Los documentos desclasificados de los Estados Unidos demuestran que Fidel buscó el diálogo con los diez presidentes norteamericanos que le tocaron. Se olvida a menudo que varios de ellos intentaron liquidarlo (no solo política, sino físicamente) una y otra vez. Y que ante la guerra de aislamiento impuesta a la Isla, generó un activismo para contrarrestarla, que se revirtió en unas relaciones internacionales y de cooperación globales, con gobiernos y movimientos extremadamente diferentes, desde muy temprano, cuando nadie imaginaba la caída del Muro de Berlín.

Seguramente es cierto que Raúl lo supera como administrador, en el sentido de la organización y el gobierno desde la institucionalidad, el cálculo de costos y el control de gastos, el rigor sobre los presupuestos, la distribución de tareas y su chequeo sistemático, la coherencia y la descentralización de responsabilidades, la preminencia de la ley y el orden como instrumentos de política. Si bien Raúl ha sorprendido a muchos por sus cualidades como estadista, conductor de la transición, digno relevo de una figura desme-

surada como Fidel y, muy especialmente, lúcido intérprete de los nuevos tiempos, incluida la dimensión política de los cambios económicos, es probable que el estilo de dirección de Fidel estuviera mucho más cerca de la cultura guerrillera que la del comandante del Segundo Frente.

La mayoría de los cubanos, incluso algunos de sus críticos, concuerdan en que, en el ajedrez con los Estados Unidos, su categoría de Gran Maestro no ha tenido rival. Y que si estamos aquí todavía como país independiente se lo debemos a él. Muchos dan por sentado que la última negociación con los Estados Unidos (desde diciembre de 2014) ha contado con su guía estratégica.

Al margen de enunciados doctrinales a los que aportó como ningún otro dirigente, el lado práctico de su legado en política exterior –ante los Estados Unidos y otros– se levanta sobre dos premisas irreductibles: no doble rasero, no precondiciones. Esa herencia suya es la piedra de Rosetta para entender la lógica y los límites de la política cubana, y poder predecirla.

Ahora bien, nadie debería llamarse a engaño sobre la naturaleza de ese realismo. Ni en ausencia de Fidel ni después de que se vaya Raúl, se debería esperar que un gobierno que defiende el interés nacional de Cuba transforme el sistema para contentar a los políticos del Norte o por algún beneficio económico. Mirándolo desde abajo, donde arraiga la cultura cívica cubana, una política que negociara el modelo interno con los norteamericanos perdería su legitimidad de fondo. O para decirlo al revés: cualquier gobierno futuro debe saber que la idea de negociar los temas de política interna con los Estados Unidos amenazaría un consenso imprescindible para mantener la estabilidad política y hacer avanzar el nuevo modelo socialista.

## Cuatro

Un tema reconocido en la agenda cubana actual por el propio Raúl es la cuestión de un socialismo democrático.

El argumento típico que algunos asumen sin más, en el escenario de «una Cuba post Fidel Castro», es que su ausencia permitiría avanzar rápidamente hacia una cierta «democratización». Esta idea, tan convincente para algunos como un buen deseo, padece sin embargo de ambigüedad conceptual y simpleza política, y más bien puede tener un efecto contraproducente para un socialismo democrático.

Las cinco razones que la resumen no son teóricas o ideológicas, sino de *realpolitik*:

1. Malinterpreta el clima político realmente existente en Cuba, al cifrar la agenda de la democracia en la política de partidos, en vez de hacerlo en el poder ciudadano para influir y controlar las políticas desde abajo. Claro que la calidad del proceso electoral, y la superación de sus principales defectos (la nominación cerrada y el voto negativo) son parte integral de esa democratización. Pero más allá del momento electoral, su eje radica en el funcionamiento de las instituciones representativas del sistema político, según son descritas en la Constitución –incluida la transparencia y la rendición de cuentas (eso que en el norte llaman *accountability*) de todos los cargos elegidos y también de los organismos de la administración central del Estado.

2. Una «democratización» reducida al multipartidismo implica una lógica «desde arriba», consistente en que el Partido convierta el orden político actual en un cierto «sistema de partidos» (quizá mediante una negociación interelites al estilo postfranquista español), en lugar de pro-

mover que el propio PCC [Partido Comunista de Cuba] adopte un funcionamiento cada vez más democrático, desde sí mismo (como ha planteado el propio Raúl), y en respuesta a sus bases (cerca de un millón de militantes, incluida la UJC [Unión de Jóvenes Comunistas]), a las actuales demandas y problemas del sistema político y de la sociedad cubana. Se trata de que todos los grupos sociales encuentren su espacio bajo esta institucionalidad, así como que todas las corrientes del pensamiento cubano, ajenas al interés de una potencia extranjera, se puedan expresar y debatir en la esfera pública.

3. Relega a un segundo plano la condición fundamental de una reivindicación democrática, en los términos del propio orden constitucional cubano: asegurar la participación ciudadana en las instituciones existentes y, sobre todo, en el sistema del Poder Popular, desde las circunscripciones hasta la Asamblea Nacional, de manera que este pueda ejercer el poder que se le reconoce, como columna vertebral de la soberanía nacional. Son canales de esta condición ciudadana, y de sus intereses, las organizaciones sindicales y todas las demás, así como el Partido no solo es sujeto, sino objeto de los cambios. Antes de lanzarse a un cambio estructural del sistema de partidos, o algo igualmente impredecible, se requiere poner a prueba la capacidad para la participación efectiva en el sistema político existente (no solo en el acto de votar), así como la cuota de poder real de las instituciones representativas sobre la administración y las instancias del gobierno.

4. Leer la muerte de Fidel como el «momento democratizador», según hacen algunos, ignora los últimos diez años, llenos de acontecimientos y desarrollos nuevos, la emergencia de un consenso

más heterogéneo y contradictorio, la expansión de la esfera pública cubana dentro y fuera de la Isla, la naturalización del disentimiento, el relevo actualmente en curso, y la propia índole del proceso político que transcurre bajo el arco de la Actualización del modelo. Esta lectura distante de la desaparición de Fidel lo identifica con una especie de regulador de voltaje, que hubiera dejado de proteger al sistema. Al hacerlo, por tanto, se refuerza una reacción defensiva típica en las instituciones del sistema y la propia sociedad civil, que tiende a interpretar en clave conservadora el legado de Fidel, en el sentido de promover el cierre y endurecer, a fin de cuentas, las condiciones políticas propicias para el cambio.

5. Este argumento se salta el papel real de Raúl Castro y el contenido democrático de su plan de reformas, su dimensión política, alcance radical, y convocatoria a la totalidad de la ciudadanía, no solo a los socialistas y a los militantes, en una agenda realmente nacional. Los que no ven contenidos políticos en la agenda real de la

Actualización parecen no haber escuchado las instrucciones de Raúl a los dirigentes políticos acerca del diálogo constante con los ciudadanos (más que con «el pueblo», y nunca con «la masa»), su crítica directa a la ineficacia del sistema de medios de difusión, la toma de decisiones colegiada e institucional, la consulta ciudadana sobre las direcciones principales de la política, la confrontación pública a la mentalidad burocrática resistente al cambio, e incluso algunos temas en el diálogo con los Estados Unidos, que no reproducen exclusivamente la existente bajo el mandato del Comandante.

El legado de Fidel para el futuro de Cuba, parafraseando al poeta, es que solo sacando el polvo de las viejas ideas se podrá vencer tanto el sentido común del capitalismo como los malos hábitos del socialismo, hacia una sociedad que solo podrá ser más justa y equitativa si logra ser más próspera y democrática.

La Habana, 29 de noviembre de 2016 

1974. Encuentro con el jurado del Premio Casa. Fidel Castro con Rodolfo Walsh, Haroldo Conti, Saúl Ibagoyen, Luis Suárez, entre otros.



# Mi amigo Fidel

**H**e perdido un gran amigo. Nuestro último encuentro fue el 13 de agosto, cuando cumplió los noventa años. Me recibió en su casa, en La Habana, y por la tarde fuimos al teatro Karl Marx, donde fue homenajeado con un espectáculo musical. A pesar de que tenía su organismo debilitado, caminó sin apoyo desde la entrada del teatro hasta su butaca.

Con Fidel desaparece el último gran líder político del siglo xx y el único que logró sobrevivir más de cincuenta años a su propia obra: la Revolución Cubana. Gracias a ella la pequeña isla dejó de ser el prostíbulo del Caribe, explotado por la mafia, para convertirse en una nación respetada, soberana y solidaria, que mantiene profesionales de la salud y de la educación en más de cien países, incluyendo Brasil.

Conocí a Fidel en 1980, en Managua. Lo que llamaba la atención a primera vista era su imponente. Parecía mayor de lo que era, y el uniforme militar lo revestía de un simbolismo que transmitía autoridad y decisión. Daba la impresión de que cualquier butaca era demasiado estrecha para su corpachón. Cuando entraba en un recinto era como si todo el espacio fuera ocupado por su aura. Todos esperaban que él tomara la iniciativa, escogiera el tema de la conversación, hiciera una propuesta o lanzara una idea, mientras que él persistía en la ilusión de que su presencia era una más y que lo tratarían sin ceremonias ni reverencias. Como en la canción de Cole Porter, él debía

preguntarse si acaso no sería más feliz siendo un sencillo hombre de campo, sin la fama de que estaba revestido. En cierta ocasión el escritor colombiano Gabriel García Márquez, de quien era gran amigo, le preguntó si sentía la falta de algo y Fidel respondió: «El poder quedarme parado, anónimo, en una esquina».

Otro detalle que sorprendía en Fidel era su timbre de voz. Su tono de falsete contrastaba con su corpulencia. A veces hablaba tan suave que sus interlocutores debían ponerle mucha atención. Y cuando hablaba no le gustaba ser interrumpido. Pero no monopolizaba el uso de la palabra. Nunca he conocido a nadie a quien le gustase tanto conversar, como él. Siempre que no fuesen encuentros protocolares, en los que las mentiras diplomáticas suenan como verdades definitivas, Fidel no sabía recibir a una persona durante solo diez o veinte minutos.

Por invitación de los obispos de su país y del propio Fidel, actué en el asunto de la libertad religiosa en Cuba, facilitado por la entrevista contenida en el libro *Fidel y la religión*, en la cual el líder comunista aprecia positivamente el fenómeno religioso.

No sabría decir cuántas conversaciones privadas he tenido con Fidel. Una curiosidad es que este hombre, capaz de entretener a la multitud durante tres o cuatro horas, detestaba, como yo, hablar por teléfono. En las pocas veces que lo vi al aparato siempre fue muy parco.

Mis frecuentes viajes a La Habana estrecharon nuestros lazos de amistad. En el prefacio que generosamente escribió para mi biografía, lanzada esta semana por la editora Civilización Brasileña,

Fidel subraya que defendiendo a Cuba «sin dejar de sustentar puntos de vista discrepantes o diferentes de los nuestros». En la década de 1980, cuando expresé críticas a la Revolución, el Comandante replicó: «Es su derecho. Es más: es su deber».

Todas las veces que lo visitaba en su casa, después que dejó el gobierno, le llevaba chocolates amargos, sus preferidos, castañas y libros en español sobre cosmología y astrofísica. Conversábamos sobre la coyuntura política mundial, su admiración por el papa Francisco y, especialmente, sobre cosmología. Le conté que al visitar a Oscar Niemeyer, poco antes de la muerte del arquitecto brasileño, ya centenario, me dijo este, animado, que cada semana reunía en su despacho a un grupo de amigos para recibir clases de cosmología. El hecho de que dos eminentes comunistas se interesaran tanto por el tema —comenté con Fidel— me hizo recordar una escena de la película *La teoría del todo*, en la cual el protagonista, el famoso físico inglés Stephen Hawking, todavía estudiante en Cambridge, le pregunta a una muchacha con quien iniciaba un romance: «¿Qué estudia usted?». «Historia», responde ella. Él le dice: «Yo estudio cosmología». «¿Qué es eso?», indaga ella. Y él responde: «Una religión para ateos inteligentes».

Tengo para mí que Fidel, alumno interno de colegios religiosos durante diez años, abandonó la fe cristiana al abrazar el marxismo. De algunos años para acá me queda la impresión nítida de que se volvió agnóstico. Varias veces me pidió, al despedirnos: «Ore por nosotros». Tengo la certeza de que Fidel transvivenció feliz con su coherencia de vida. **C**

IGNACIO RAMONET

# El Fidel que conocí

Fidel ha muerto, pero es inmortal. Pocos hombres conocieron la gloria de entrar vivos en la leyenda y en la historia. Fidel es uno de ellos. Perteneció a esa generación de insurgentes míticos –Nelson Mandela, Patrice Lumumba, Amílcar Cabral, Che Guevara, Camilo Torres, Turcios Lima, Ben Barka– que, persiguiendo un ideal de justicia, se lanzaron, en los años 1950, a la acción política con la ambición y la esperanza de cambiar un mundo de desigualdades y de discriminaciones, marcado por el comienzo de la guerra fría entre la Unión Soviética y los Estados Unidos.

En aquella época, en más de la mitad del planeta, en Vietnam, en Argelia, en Guinea-Bissau, los pueblos oprimidos se sublevaban. La humanidad aún estaba entonces, en gran parte, sometida a la infamia de la colonización. Casi toda África y buena porción de Asia se encontraban todavía dominadas, avasalladas por los viejos imperios occidentales. Mientras, las naciones de la América Latina, independientes en teoría desde hacía siglo y medio, seguían explotadas por privilegiadas minorías, sometidas a la discriminación social y étnica, y a menudo marcadas por dictaduras cruentas, amparadas por Wáshington.

Fidel soportó la embestida de nada menos que diez presidentes estadounidenses (Eisenhower, Kennedy, Johnson, Nixon, Ford, Carter, Reagan, Bush padre, Clinton y Bush hijo). Tuvo relaciones con los principales líderes que marcaron el mundo

Revista Casa de las Américas No. 286 enero-marzo/2017 pp. 17-20

después de la Segunda Guerra Mundial (Nehru, Nasser, Tito, Jrushchov, Olof Palme, Ben Bella, Boumediene, Arafat, Indira Gandhi, Salvador Allende, Brezhnev, Gorbachov, François Mitterrand, Juan Pablo II, el rey Juan Carlos, etcétera). Y conoció a algunos de los principales intelectuales y artistas de su tiempo (Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Arthur Miller, Pablo Neruda, Jorge Amado, Rafael Alberti, Guayasamín, Cartier-Bresson, José Saramago, Gabriel García Márquez, Eduardo Galeano, Noam Chomsky, etcétera).

Bajo su dirección, su pequeño país (cien mil kilómetros cuadrados, once millones de habitantes) pudo conducir una política de gran potencia a escala mundial, echando hasta un pulso con los Estados Unidos, cuyos dirigentes no consiguieron derribarlo, ni eliminarlo, ni siquiera modificar el rumbo de la Revolución Cubana. Y finalmente, en diciembre de 2014, tuvieron que admitir el fracaso de sus políticas anticubanas, su derrota diplomática e iniciar un proceso de normalización que implicaba el respeto del sistema político cubano.

En octubre de 1962, la Tercera Guerra Mundial estuvo a punto de estallar a causa de la actitud del gobierno de los Estados Unidos, que protestaba contra la instalación de misiles nucleares soviéticos en Cuba, cuya función era, sobre todo, impedir otro desembarco militar como el de Playa Girón (Bahía de Cochinos) u otro directamente realizado por las fuerzas armadas estadounidenses para derrocar a la Revolución Cubana.

Desde hace más de cincuenta años, Wáshington (a pesar del restablecimiento de relaciones diplomáticas) le impone a Cuba un devastador embargo comercial –reforzado en los años 1990

por las leyes Helms-Burton y Torricelli– que obstaculiza su desarrollo económico normal. Con consecuencias trágicas para sus habitantes. Wáshington sigue conduciendo además una guerra ideológica y mediática permanente contra La Habana a través de las potentes Radio «Martí» y TV «Martí», instaladas en la Florida para inundar a Cuba de propaganda como en los peores tiempos de la Guerra Fría.

Por otra parte, varias organizaciones terroristas –Alpha 66 y Omega 7– hostiles al régimen cubano tienen su sede en la Florida, donde poseen campos de entrenamiento, y desde donde enviaron regularmente, con la complicidad pasiva de las autoridades estadounidenses, comandos armados para cometer atentados. Cuba es uno de los países que más víctimas ha tenido (unos tres mil quinientos muertos) y que más ha sufrido del terrorismo en los últimos sesenta años.

Ante tanto y tan permanente ataque, las autoridades cubanas han preconizado, en el ámbito interior, la unión a ultranza. Y han aplicado a su manera el viejo lema de San Ignacio de Loyola: «En una fortaleza asediada, toda disidencia es traición». Pero nunca hubo, hasta la muerte de Fidel, ningún culto de la personalidad. Ni retrato oficial, ni estatua, ni sello, ni moneda, ni calle, ni edificio, ni monumento con el nombre o la figura de Fidel, ni de ninguno de los líderes vivos de la Revolución.

Cuba, pequeño país apegado a su soberanía, obtuvo bajo la dirección de Fidel Castro, a pesar del hostigamiento exterior permanente, resultados excepcionales en materia de desarrollo humano: abolición del racismo, emancipación de la mujer, erradicación del analfabetismo, reducción drástica de la mortalidad infantil, elevación del nivel cultural general... En cuestión

de educación, de salud, de investigación médica y de deporte, ha obtenido niveles que la sitúan en el grupo de naciones más eficientes.

Su diplomacia sigue siendo una de las más activas del mundo. La Habana, en los años 1960 y 1970, apoyó el combate de las guerrillas en muchos países de la América Central (El Salvador, Guatemala, Nicaragua) y del Sur (Colombia, Venezuela, Bolivia, Argentina). Las fuerzas armadas cubanas han participado en campañas militares de gran envergadura, en particular en las guerras de Etiopía y de Angola. Su intervención en este último país se tradujo en la derrota de las divisiones de elite de la República de África del Sur, lo cual aceleró de manera indiscutible la caída del régimen racista del *apartheid*.

La Revolución Cubana, de la cual Fidel Castro era el inspirador, el teórico y el líder, sigue siendo hoy, gracias a sus éxitos y a pesar de sus carencias, una referencia importante para millones de desheredados del planeta. Aquí o allá, en la América Latina y en otras partes del mundo, mujeres y hombres protestan, luchan y a veces mueren para intentar establecer regímenes inspirados por el modelo cubano.

La caída del muro de Berlín en 1989, la desaparición de la Unión Soviética en 1991 y el fracaso histórico del socialismo de Estado no modificaron el sueño de Fidel Castro de instaurar en Cuba una sociedad de nuevo tipo, más justa, más sana, mejor educada, sin privatizaciones ni discriminaciones de ningún tipo, y con una cultura global total.

Hasta la víspera de su fallecimiento a los noventa años, seguía movilizado en defensa de la ecología y del medio ambiente, y contra la globalización neoliberal, continuaba en la trincheras, en primera línea, conduciendo la batalla

por las ideas en las que creía y a las cuales nada ni nadie le hizo renunciar.

En el panteón mundial consagrado a aquellos que con más empeño lucharon por la justicia social y que más solidaridad derrocharon en favor de los oprimidos de la Tierra, Fidel Castro –le guste o no a sus detractores– tiene un lugar reservado.

Lo conocí en 1975 y conversé con él en múltiples ocasiones pero, durante mucho tiempo, en circunstancias siempre muy profesionales y muy precisas, con ocasión de reportajes en la Isla o la participación en algún congreso o evento. Cuando decidimos hacer el libro *Fidel Castro. Biografía a dos voces* (o *Cien horas con Fidel*), me invitó a acompañarlo durante días en diversos recorridos. Tanto por Cuba (Santiago, Holguín, La Habana) como por el extranjero (Ecuador). En coche, en avión, caminando, almorzando o cenando, conversamos largo. Sin grabadora. De todos los temas posibles, de las noticias, de sus experiencias pasadas y de sus preocupaciones presentes. Que yo reconstruía luego, de memoria, en mis cuadernos. Luego, durante tres años, nos vimos muy frecuentemente, al menos varios días, una vez por trimestre.

Descubrí así un Fidel íntimo. Casi tímido. Muy educado. Escuchando con atención a cada interlocutor. Siempre atento a los demás, y en particular a sus colaboradores. Nunca le oí una palabra más alta que la otra. Nunca una orden. Con modales y gestos de una cortesía de antaño. Todo un caballero. Con un alto sentido del pundonor. Que vive, por lo que pude apreciar, de manera espartana. Mobiliario austero, comida sana y frugal. Modo de vida de monje-soldado.

Su jornada de trabajo se solía terminar a las seis o las siete de la madrugada, cuando despuntaba el día. Más de una vez interrumpió nuestra

conversación a las dos o las tres de la madrugada porque aún debía participar en unas «reuniones importantes»... Dormía solo cuatro horas, más, de vez en cuando, una o dos horas en cualquier momento.

Pero era también un gran madrugador. E incansable. Viajes, desplazamientos, reuniones, se encadenaban sin tregua. A un ritmo insólito. Sus asistentes –todos jóvenes y brillantes de unos treinta años– estaban, al final del día, exhaustos. Se dormían de pie. Agotados. Incapaces de seguir el ritmo de ese infatigable gigante.

Fidel reclamaba notas, informes, cables, noticias, estadísticas, resúmenes de emisiones de televisión o de radio, llamadas telefónicas... No paraba de pensar, de cavilar. Siempre alerta, siempre en acción, siempre a la cabeza de un pequeño Estado mayor –el que constituían sus asistentes y ayudantes– librando una batalla nueva. Siempre con ideas. Pensando lo impensable. Imaginando lo inimaginable. Con un atrevimiento mental espectacular.

Una vez definido un proyecto, ningún obstáculo lo detenía. Su realización iba de sí. «La intención seguirá», decía Napoleón. Fidel igual. Su entusiasmo arrastraba la adhesión. Levantaba las voluntades. Como un fenómeno casi de magia, se veían las ideas materializarse, hacerse hechos palpables, cosas, acontecimientos.

Su capacidad retórica, tantas veces descrita, era prodigiosa. Fenomenal. No hablo de sus

discursos públicos, bien conocidos, sino de una simple conversación de sobremesa. Fidel era un torrente de palabras. Una avalancha, que acompañaba la prodigiosa gestualidad de sus finas manos.

Le gustaba la precisión, la exactitud, la puntualidad. Con él, nada de aproximaciones. Una memoria portentosa, de una precisión insólita. Apabullante. Tan rica que hasta parecía a veces impedirle pensar de manera sintética. Su pensamiento era arborescente. Todo se encadenaba. Todo tenía que ver con todo. Digresiones constantes. Paréntesis permanentes. El desarrollo de un tema le conducía, por asociación, por recuerdo de tal detalle, de tal situación o de tal personaje, a evocar un tema paralelo, y otro, y otro y otro. Alejándose así del tema central. A tal punto que el interlocutor temía, un instante, que hubiese perdido el hilo. Pero desandaba luego lo andado, y volvía a retomar, con sorprendente soltura, la idea principal.

En ningún momento, a lo largo de más de cien horas de conversaciones, Fidel puso un límite cualquiera a las cuestiones a abordar. Como intelectual que era, y de un calibre considerable, no le temía al debate. Al contrario, lo requería, lo estimulaba. Siempre dispuesto a litigar con quien sea. Con mucho respeto hacia el otro. Con mucho cuidado. Y era un discutidor y un polemista temible. Con argumentos a espuestas. A quien solo repugnaban la mala fe y el odio. 

# Fidel Castro Ruz: los inmoribles

Una llamada en la madrugada, una voz que dice: «murió Fidel Castro» y se quiebra. Una respuesta salida desde las entrañas y de la rebelión ante el dolor: «Fidel Castro no es morible». ¿Puede morir un hombre que marcó dos siglos y que en noventa años de vida jamás claudicó de los valores más profundos de un ser humano, humanísimo? ¿Un hombre cuya coherencia, dignidad y solidaridad abrían todos los caminos hacia la liberación, la justicia verdadera, para desafiar imperios, colonialismos, disfraces democráticos?

Un hombre que tenía una voz que se escuchaba en las catacumbas de los dominados, de los silenciados, de los esclavizados, de los «nadies», a pesar de que intentaron apagarla con todas las técnicas y argucias posibles de los grandes poderes.

Más de seiscientas veces el Imperio intentó asesinarlo y no pudo. Más de medio siglo se intentó derrocar una revolución que surgió desde sus más profundas realidades, cubanísima en su esencia, su espíritu, su cultura, su razón de ser, y por eso mismo tan arraigada en un pueblo que nunca se doblegó.

Escuchando hablar a Fidel alguna vez recordaba al poeta Aimé Césaire en un párrafo de una obra suya teatral y poética. Tomo la voz del «Rebelde» cuando dice: «A mí el mundo no me da cuartel... No hay en el mundo un pobre hombre linchado, un pobre hombre torturado, en el que no sea yo asesinado y humillado».

De eso se trataba cuando Fidel alzaba su voz solidaria ante cada quejido de la humanidad que dolía a su corazón, que le hacía crecer el grandioso espíritu de la liberación.

A ese hombre, al comandante Fidel Castro Ruz, capaz de asombrarse cada vez por los sucesos del mundo, de preguntar detalles para escarbar profundamente en las diversas realidades de los pueblos, de conmoverse y hasta desesperarse —en realidad su expresión más intensa de la ternura—, tuve el privilegio de conocerlo y de escucharlo, no solo en sus discursos, sino en los pocos momentos en que no estaba rodeado de multitudes.

Y en esa voz de bajo tono, donde a veces aparecía también el hombre tímido, el que expresaba con suavidad, sin ninguna sombra de soberbia, la formidable capacidad de indagar buscando recrear las teorías, renacer la dialéctica, anticiparse a los acontecimientos como un profeta o un iluminado que siempre fue.

Conocía todos los límites y los muros que había que desafiar y destruir, como lo había hecho en esa isla pequeña, que a solo noventa millas de la potencia imperial que lo cercaba con un sitio medieval, resistía y sigue resistiendo, aun en este mundo incierto, en esta dinámica que no deja respiros, con un coraje de leyenda, con la fuerza revolucionaria que solo los «hombres nuevos» pueden mantener como una llama viva.

Ahí estaba Fidel con su pueblo reviviendo cada día la llama de la heroica resistencia y soplándonos la vida y la esperanza de que «sí, se puede», contra un capitalismo salvaje y de-

cadente que está creando el camino de su propia destrucción.

Alguna vez escribiendo para *La Jiribilla* de Cuba se me ocurrió llamar al comandante Fidel Castro un «orfebre de liberaciones», y eso es lo que siento que fue, soñando el sueño recurrente de la Sierra Maestra, que nunca abandonó.

Sin ese amor que rompe fronteras, paradigmas, límites, la fuerza de un revolucionario no sería suficiente para ganar batallas, para liberar y revolucionar todo a su paso. Por todo esto y mucho más Fidel Castro no es morible; está como nunca hoy, cuando estamos reviviendo el nuevo esquema geoestratégico de recolonización, no solo continental, sino mundial.

Y cuando nombremos cada camino de la resistencia para la liberación definitiva, ahí está, como estuvo y estará para siempre, un hombre llamado Fidel Castro, que nos dejó el legado más extraordinario: la certeza de saber que en este mundo que se mueve en oleajes, que parece cambiar cada día y cada hora, aunque parezca una paradoja, el salvajismo irracional del capitalismo sin máscaras nos está abriendo el camino a la liberación definitiva. Él hizo posible desenmascarar al Imperio, ante la furia de no haber logrado rendir a Cuba, una isla pequeña en el Caribe, que estuvo y está bajo ataques permanentes.

Que nadie crea que Cuba queda a la intemperie porque allí está la dirigencia y un pueblo que se fueron construyendo en el camino revolucionario como tales, junto a Fidel, el inmorable, el orfebre de liberaciones. **C**

AURELIO ALONSO

# Dejó de latir un corazón, vive un pensamiento inmortal

Llegó el momento doloroso, para los cubanos y para los hombres y mujeres de buena voluntad en todo el mundo, de la partida física de Fidel Castro Ruz. Conductor insustituible de nuestra Revolución en la guerra y en la paz y líder de probada talla mundial. Jamás vaciló en la defensa de los principios que aseguran a su pueblo la dignidad y en enseñarle los secretos de la resistencia de los pequeños, la fuerza de los débiles. Logró sembrar conquistas sociales de excepcional magnitud sin amilanarse por el estrangulamiento económico al cual fue sometido el país. Educó en la práctica de una solidaridad genuina, que ha ganado un reconocimiento merecido en todas las latitudes.

El tramo de historia que consiguió ayudar a moldear, sorteando las agresiones, la intolerancia y los obstáculos levantados desde afuera, la inexperiencia propia y los escenarios fallidos, terminó siendo ejemplar en muchos sentidos. Un ejemplo de ascensión social a considerar por todos los países impedidos de alcanzar la independencia y bienestar que se supone propicie solamente el desarrollo económico. Para los países de la periferia, como habitualmente se nos llama.

El premio de una larga vida le ha permitido, a la hora de su partida, haber sido testigo activo del formidable legado de su paso por la Tierra, y a la vez de los desafíos que quedan por delante para su pueblo y para el mundo del cual le toca ahora partir. Pero que de ningún modo abandonará, por las respuestas

Fondo Casa de las Américas

que ha dado a tantos problemas y por las preguntas que ha sabido dejar en pie.

Cumplió a cabalidad, como parecería haberle sido destinado, la obra de la vida. De José Martí lo aprendió y desde muy temprano dejó que la inspiración del Apóstol guiara sus pasos. Por eso para él «la muerte no es verdad». El término de su ruta lo ha dejado, más que absuelto, inscrito en la historia con caracteres mayúsculos. En fecha tan temprana como 1965, en su carta de despedida a Fidel, Che Guevara, esa luminaria política que creció a su lado, destacaba la dimensión de estadista que le había revelado su actuación para lograr una solución aceptable a la Crisis de Octubre. Esas señales de excelencia de su liderazgo se multiplicaron en el camino cubano, tan difícil

como notable, durante el medio siglo que siguió a aquella despedida. Su huella de gran conductor ha sido sobradamente reconocida por muchas figuras, entre las que cabe destacar a Yasser Arafat, que recibió la solidaridad sin lagunas con la causa palestina, a Nelson Mandela, por el significado que tuvo la colaboración cubana para poner fin al *apartheid* y cambiar el mapa político del África subsahariana, y a Hugo Chávez Frías, cuya muerte prematura hace que sintamos hoy que nos falta una definitiva lágrima de dolor. Tan estrecha fue la relación entre los dos.

Despedirse no tiene que significar que digamos adiós. Fidel va a estar siempre con nosotros.

La Habana, 26 de noviembre de 2016 



1974. Premio Casa. Fidel Castro con Tomás Escajadillo, Rodolfo Walsh, Roberto Fernández Retamar, Haroldo Conti, Saúl Ibargoyen, Marta Conti, Luis Suárez, Julio Mauricio, Lilia Ferreyra, Francisco Moncloa, Carlos Zavaleta, entre otros.

# Fidel Castro, estela duradera

**D**urante los años de la posguerra europea, al final de la década de los cuarenta, leía a Albert Camus y pasé luego algunos períodos en París, donde viví la perplejidad y expectación de los jóvenes que veían su futuro lleno de pasado.

Más tarde, como rector de la Universidad de Granada (1968-1972) sentí una gran curiosidad por conocer quién era y qué representaba el Comandante Castro que, con el Che Guevara, suscitaba tanta admiración en aquellas generaciones que, no exentas de razón, como se ha visto después, se resistían a dejarse ahormar por los poderes posbélicos (¡tan «bélicos»!).

También contribuía a mi creciente interés por conocer más sobre este tema el hecho de que la España franquista fuera la única vía de acceso a la «isla aislada»: Madrid-La Habana. Me di cuenta ya entonces –y tuve ocasión de conocerlo más de cerca en la época de la *glasnost* y la *perestroika*– de la enorme influencia de Fidel Castro en una América Latina sometida, para la que los cubanos representaban el sueño de liberación. En efecto, Cuba fue el único país latinoamericano que no sufrió el inmenso y culposo Plan Cóndor, iniciado en 1975, que sustituyó por dictadores y juntas militares a los poderes establecidos y asesinó a mansalva... No se debería reflexionar sobre el castrismo sin tener en cuenta la trágica realidad de dependencia y sumisión vivida en aquellos países.

Cuando se habla del incumplimiento por parte de Fidel de los derechos humanos, del desmedido tiempo en el poder y la ausencia de pautas democráticas, pienso en el lupanar que era la Isla con Fulgencio Batista... en la reverencia que profesan los «mercados» a países en los que el poder es sucesorio por decisión atípica y no expresa la voluntad popular ni se respetan los derechos humanos más elementales. Produce bochorno pensar que cuando se va a negociar con China se elimina antes la Ley de Justicia Universal, y cuando las conversaciones se tienen con Arabia Saudita se excluyen de la agenda los derechos humanos y, en particular, los de la mujer.

En la actualidad, en las últimas etapas de la deriva de un sistema que cambió los valores éticos por los bursátiles y a las Naciones Unidas por grupos plutocráticos (G6, G7, G8, G20), contemplamos estupefactos cómo tiene lugar el acoso y derribo de países-alternativa tan importantes como Argentina y Brasil, a través de auténticos golpes de Estado debidamente «disfrazados».

En los años 1978-1981 en que desempeñé el cargo de Director General Adjunto de la Unesco, tuve ocasión de apreciar la rápida acción solidaria que Cuba llevaba a cabo. Pienso especialmente en la caída de Somoza en el mes de julio de 1979. Llamé al presidente Adolfo Suárez, de quien era Consejero en aquel momento, y le dije que sería bueno enviar rápidamente a unos cuantos maestros y maestras para contribuir a la normalización educativa de Nicaragua. A los tres días centenares de docentes cubanos llegaban, provistos de tiendas de campaña, con las manos tendidas. Y lo mismo puede decirse de Haití, con urgente y eficiente asistencia humanitaria y médica, y en muchos lugares de África.

Ya entonces pude apreciar el desarrollo comparativo de la educación en Cuba: frente a intolerables porcentajes de analfabetismo en la mayoría de los países de la América Latina, Cuba estaba a la vanguardia. Y en la atención sanitaria e investigación biomédica ocupaba también el primer lugar.

He oído voces muy críticas sobre las ejecuciones y pena de muerte practicadas durante el castrismo. Como Presidente de la Comisión Internacional contra esta cruel e intolerable acción del Estado, me uno a esta crítica, pero atemperada por la decisión que adoptó en 2003: a partir de entonces, Fidel no solo dejó de ordenar y aceptar ejecuciones sino que eliminó los «corredores de la muerte». En los Estados Unidos, en cambio, todavía hoy treinta y cuatro estados, la gran mayoría de ellos con gobiernos del Partido Republicano, siguen siendo retencionistas y manteniendo el horror de los «corredores» durante muchos años.

En lo que respecta a su homofobia, se trata de otro error sin duda, que siguen manteniendo en España no pocas personas por motivos ideológicos o religiosos y, desde luego, en muchos países a los que, por intereses cortoplacistas, no censuramos. Hablando de fobias y racismos, la realidad europea y la perspectiva norteamericana son espantosas y merecen una tajante reprobación de todos los ciudadanos.

He sido testigo del extraordinario afecto que tenían por Fidel Castro los pueblos latinoamericanos. Recuerdo que en 1991 se celebró en Guadalajara el «ensayo» del V Centenario del «Encuentro» Iberoamericano. Como Director General de la Unesco había procurado, junto con el profesor [Víctor] Urquidí, evitar reacciones adversas de las riquísimas culturas originarias,

invitándolas a todas ellas a participar en la Cumbre. El rey Don Juan Carlos y el presidente Felipe González se sintieron especialmente confortados por la ensordecedora exclamación «¡Fidel, Fidel, Fidel!» que se escuchó en todo el trayecto de las autoridades hacia el Ayuntamiento. Al aparecer en la balconada –yo estaba al lado de la única mujer, Violeta Chamorro, presidenta de Nicaragua– la muchedumbre solo repetía enfervorizada «¡Fidel, Fidel!». Ni un piropo a la dama, ni un agravio o desagravio a los otros mandatarios.

Pasaron los años y en octubre de 1995 se celebró la Cumbre en Bariloche, Argentina. Yo no había acudido desde Barcelona, 1992. Pero me llamó Enrique Iglesias diciéndome que era sobre educación y no podría faltar. Viajé a Buenos Aires desde donde, de madrugada, seguí a Bariloche con el Secretario General de las Naciones Unidas, a la sazón Boutros Boutros Ghali. Al aproximarnos al hotel, rodeado de una gran multitud, el adorable Boutros me dijo emocionado: «Federico, es alentador ver la consideración y aprecio que tiene la gente hacia las Naciones Unidas». Sus sentimientos se vieron seriamente contrariados cuando, al llegar y abrir las ventanillas, solo se escuchó: «¡Fidel, Fidel!»...

En el mes de marzo del mismo año de 1995, Fidel Castro viajó a París y visitó oficialmente la sede de la Unesco, para seguir luego hacia la Cumbre de Desarrollo Social –la primera reunión sobre desarrollo «social» que se celebraba en cinco décadas– que tenía lugar en Copenhague. En los registros de la organización consta que nunca se acumuló tanto público y expectación dentro del recinto y en sus entornos.

Me he entrevistado (siempre a altas horas de la noche) con el Comandante en varias ocasiones. En privado, hay que decirlo, también escuchaba.

Coincidíamos en muchas cuestiones y discrepábamos en muchas otras. Una madrugada, discutimos hasta el punto en que me dijo: «Estás cansado. Prefiero no seguir esta conversación». Regresé al hotel, y cuando estaba desayunando se presentó sonriente comentando: «Yo estaba más cansado que tú. Discúlpame». Y me acompañó hasta la misma puerta del avión.

Recuerdo vivamente las veces que coincidí con Gabriel García Márquez, visitando antes la Escuela de Cinematografía, y con Oswaldo Guayasamín, «el pintor de Iberoamérica», y con Eusebio Leal, Alfredo Guevara, Armando Hart, Héctor Hernández Pardo, Abel Prieto...

Otra faceta que debo destacar del Comandante Fidel Castro es la facilitación de los procesos de paz. Para reiniciar el de Guatemala en 1992 conté, como había sucedido antes con el presidente Vinicio Cerezo –que restableció la democracia en su país–, con la intermediación del Comandante y cinco guerrilleros, presididos por Rodrigo Asturias, hijo del Premio Nobel de Literatura Miguel Ángel Asturias. Todos ellos acudieron a la primera reunión que programé en los Montes de Heredia, en Costa Rica.

Este mismo año de 2016, asistí a finales de enero en La Habana a una reunión con las Farc, que habían ya alcanzado acuerdos muy importantes con el gobierno del presidente Juan Manuel Santos, siempre con la recatada acción de los noruegos, a quienes todos debemos especial gratitud por el qué y el cómo proceden en estos casos.

Fidel Castro protagonista del siglo xx. Todos dejamos de ser. Algunos, como él, siguen siendo leyenda. La historia hará un día balance y lo juzgará. Es totalmente improcedente juzgarlo ahora. Y, sobre todo, arrogarse la potestad de

«absolverlo» o no. Se ha escrito que «su muerte despeja el camino hacia la democracia». Es muy deseable, pero ¿hacia qué democracia? ¿Hacia la de Trump? ¿Hacia la de los «mercados» que han tenido la desfachatez de designar, en Grecia, cuna de la democracia, a un gobierno sin elecciones, sin urnas? Nos hallamos en plena revolución digital. Por primera vez en la historia, los seres humanos saben progresivamente lo que acontece a escala planetaria y pueden expresar libremente sus puntos de vista. Pero, sobre todo, la mujer —«piedra angular» de la nueva era según el presidente Nelson Mandela— adquiere con cierta rapidez el papel crucial que le corresponde en la toma de decisiones.

A noventa millas de los Estados Unidos, Cuba es David frente a Goliat. Fidel Castro nunca se hincó y se convirtió en un referente mundial de la resistencia.

Fidel Castro ha muerto pero sus ideas permanecen. Ahora es preciso seguir lo que debe seguirse, aun a contraviento. Y modificar con

tino aquello que debe modificarse. Porque, aunque los aferrados a la inercia no quieran reconocerlo, se está iniciando una nueva era en la que serán «[n]osotros, los pueblos...» —como tan lúcidamente establece la Carta de las Naciones Unidas— quienes tomarán en sus manos las riendas del destino común y, con las lecciones, entre otras, del castrismo y del neoliberalismo, releer la Constitución de la Unesco y la Carta de la Tierra, y la Declaración de los Derechos Humanos y la Carta de los Derechos Fundamentales de la Unión Europea, para proceder, con audacia, firmeza y rigor a inventar el por-venir que, por fortuna, está por-hacer. Y hacerlo con urgencia, porque podemos alcanzar puntos de no retorno, lo que constituiría un pecado intergeneracional inadmisibile.

Sigamos, como hizo Fidel en muchos casos, a José Martí que, dirigiéndose a los jóvenes, les dijo: «La solución no está en imitar sino en crear».

29 de noviembre de 2016 

1975. Exposición de arte popular mexicano en la Galería Latinoamericana de la Casa de las Américas. De izquierda a derecha: María Caridad Molina, Fidel Castro, Tonatiuh Gutiérrez, Haydee Santamaría, María Esther Zuno y Juan Marinello entre otros.



# Se ha ido un luchador

**E**l pasado viernes 25 [de noviembre], por la noche, se conoció la noticia del fallecimiento del comandante Fidel Castro Ruz. Una pérdida para Cuba y su pueblo; una pérdida también para la humanidad y en particular para los pueblos de la América Latina, que tienen por delante un azaroso camino para lograr su cabal emancipación, ejercer con plenitud su autodeterminación y alcanzar las condiciones de bienestar y equidad, que recursos naturales, estructuras productivas, fortaleza cultural y avances de la ciencia y la tecnología dan certeza de que son ideales más que posibles de alcanzar en nuestras naciones. Una pérdida para sus compañeros de lucha, para quienes recibieron su solidaridad, para familiares y amigos, que los tuvo muchos, en todos los continentes y con amplia diversidad de visiones.

Fidel Castro encabezó luchas triunfantes para derrocar a una sangrienta y corrupta dictadura y para rechazar la invasión de su patria. Junto con su pueblo, sufrió y resistió con dignidad el acoso implacable de los intereses políticos y económicos más poderosos en el mundo. Aun así, firme en sus convicciones, no dudó, cuando le fue posible, en practicar la solidaridad internacional para contribuir a la independencia de otros pueblos. El bienestar de los cubanos, el progreso de Cuba y un mundo sin dominadores ni explotados fueron las guías de su accionar.

Se ha ido un luchador. Queda un ejemplo. Y queda por delante una tarea para hacer realidad las aspiraciones de liberación, igualdad y progreso de todos los pueblos para vivir en un mundo fraterno y de paz. **C**

VÍCTOR FLORES OLEA

# Se ha ido un hombre en verdad grande

Imaginemos por un instante a un joven de veinte años lanzado de pronto a la Plaza de la Revolución en La Habana, donde se reunían millón y medio o dos millones de campesinos cubanos con armas o sin ellas, escuchando las palabras de un hombre que podía haber sido un dios griego o un gigante semidivino, que pronunciaba ideas acerca del futuro de su pueblo y sobre el de todos los pueblos del mundo, a quienes tenía muy cerca. El joven mexicano, aún conmocionado por la lectura de los clásicos en la preparatoria, buscaba saber cuál Dios o semidiós tenía enfrente, pronunciando aquel extraordinario discurso. ¿Se trataba de Demóstenes o de Alcibiades, en que se juntaban la fuerza de una inteligencia excepcional con el poder de una naturaleza con decisiones y valentías que iría a comprobar en el futuro próximo?

¿El nombre de ese discurso? «Esta es la democracia de la Revolución Cubana», pronunciado por Fidel Castro en los años de 1960 o 1961, cuya versión grabada conservé por largo tiempo en primer lugar como memoria de aquellos momentos prodigiosos, pero también por la sustancia que contenía, radicalmente opuesta a la noción de democracia que circulaba en libros y hombres de la política de aquel tiempo, sobre todo en Occidente. La novedad fundamental era que afloraba ya ahí, con toda su fuerza, un avance efectivo de la democracia directa, que había sido durante siglos el sueño de los teóricos de la política, desde

Platón y Aristóteles, más allá de los matices que pudiera conferirle cada uno.

Se había iniciado poco tiempo antes la Revolución Cubana, causando admiración entre muchos en la América Latina y en otras partes del mundo y, naturalmente, también por su radicalismo objetivo y porque había convulsionado varios dogmas que parecían inamovibles. Por ejemplo, fue una revolución no construida exclusivamente por la clase obrera y por un partido comunista, sino más bien por un movimiento social más amplio de fuerzas políticas (el 26 de Julio), en Cuba, aunque, es justo decirlo, muy pronto ese movimiento se convirtió en el Partido Comunista de Cuba, con gran influencia soviética por la razón principal del acercamiento cubano a la URSS, ya que en ese país encontraron los revolucionarios de la Isla protección y ayuda frente a los Estados Unidos, que esperaban la primera oportunidad para deshacer la joven revolución.

Es bien conocido, pero no puede dejar de mencionarse en ocasión de la muerte de Fidel, el enfrentamiento de los misiles en 1962, que llevó al mundo casi al holocausto nuclear, que se evitó por la buena mano política de Nikita Jrushchov y de John Kennedy, aunque probablemente ese lance costó después la vida a Kennedy y su puesto de dirigente supremo del Partido Comunista de la URSS a Jrushchov.

Entre muchas otras virtudes que deben mencionarse de Fidel Castro estuvo sin duda su intervención en Namibia, para la liberación anticolonial de ese país y de Angola, y la participación del Comandante y de las tropas cubanas en una derrota a las fuerzas militares de Sudáfrica, que abrieron las puertas al final del *apartheid* y las de la prisión a Nelson Mandela, después de

treinta y siete años de cárcel impuestos por ese régimen despiadado.

Naturalmente, entre otras virtudes indudables del régimen revolucionario, de las cuales fue motor personal Fidel Castro, estuvieron sus éxitos en la generalización del sistema educativo en todos los niveles, y de manera destacada en la medicina, instrumentos con los cuales ayudó muy eficazmente a gran número de países latinoamericanos y africanos. Estos éxitos educativos del régimen cubano de Fidel Castro han sido reconocidos mundialmente por los principales organismos internacionales del caso, la Onu y la Unesco, principalmente.

Seguramente no puede decirse lo mismo en el plano económico y mucho menos en materia de derechos humanos, en lo cual han insistido muy repetidamente también un sinnúmero de organismos internacionales. La discusión sobre Cuba es apasionada y apasionante y, por supuesto, los argumentos que se repiten en su favor, con una buena dosis de razón, se concentran en el bloqueo económico de los Estados Unidos a la Isla, todavía sin solución, y en la inagotable y salvaje presión militar y política de los Estados Unidos sobre Cuba a lo largo de más de cincuenta años de Revolución. Fidel Castro fue la figura central en estos hechos y ahora que ha desaparecido físicamente deben recordarse, ojalá que cada vez con mayor profundidad.

Tampoco debe silenciarse que el futuro próximo para Cuba, ya con Donald Trump como cabeza del gobierno estadounidense, y con las riendas del poder en la mano, no luce de ninguna manera fácil para los dirigentes cubanos. Nuevamente parece de gran urgencia resistir, revivir y actualizar los apoyos que ha tenido Cuba, y desde luego el rechazo militante

y efectivo que se pueda lograr para detener y contrarrestar las acciones agresivas que, no es difícil pensarlo, se cocinan ya y se desarrollarán pronto por parte de los círculos próximos a Trump. Nuevamente se pondrá a prueba la resistencia cubana que, como siempre, necesita apoyos internos y externos en momentos de gran peligro, como los que parecen acercarse. Desde luego, parecería que uno de los objetivos de Trump presidente es actuar para echar

abajo las medidas de distensión que llevó a cabo Barack Obama durante los últimos meses. Fidel Castro no estará al frente de esas batallas, pero su ejemplo será invaluable para librarlas con éxito.

Se ha ido un hombre inolvidable, sobre todo en la América Latina, de la estatura de los grandes héroes de nuestros países. Es por ello que quedará para siempre su recuerdo, su ejemplo y sus enseñanzas. Seamos dignos de todo ello. **©**



1981. 1er Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América. Junto a Fidel, Suzy Castor, Luis Cardoza y Aragón, Guillermo Torriello, Ernesto Cardenal, José Juan Arrom y Mario Benedetti, entre otros.

# Fidel vive

La noche del 25 de noviembre, sesenta años después de aquella en que salió de Tuxpan al frente de la expedición liberadora, partió otra vez de viaje Fidel Castro.

Tres años antes del Granma había encabezado una acción revolucionaria que sorprendió al país por la audacia, valentía y espíritu de sacrificio de los participantes, y provocó el rechazo a la orgía de crímenes con la que respondió la dictadura que se había implantado en 1952. Pero aquel hecho parecía ir contra lo que se consideraba posible, y ninguna fuerza política lo apoyó.

En la soledad de su celda, más solitaria porque Fidel y sus compañeros estaban prácticamente solos, escribió: «Las masas están listas, solo necesitan que se les muestre el camino verdadero». Parecía un iluso, pero era un visionario.

Al iniciar la guerra revolucionaria, Fidel abrió la brecha para que lo imposible dejara de serlo y el pueblo se levantara, y le brindó un lugar donde pelear a todo el que quisiera convertir sus ideales en actuación. En junio de 1958, cuando era de vida o muerte que la gran ofensiva enemiga no aplastara a la vanguardia de la Sierra Maestra, le escribió a Celia Sánchez que luchar contra el imperialismo norteamericano iba a convertirse en su destino verdadero.

Otra vez Fidel veía más lejos que nadie, avizoraba, pero ahora con un arma en la mano y una revolución andando.

Honró cumplidamente la promesa implícita en aquellas palabras. La vida entera combatió al imperialismo norteamericano, y supo vencerlo, mantenerlo a raya, obligarlo a reconocer el poder y la grandeza moral de la patria cubana. Pero, sobre todo, enseñó a todos los cubanos a ser antimperialistas, a saber que esa es una condición necesaria para ser cubano, que contra el imperialismo la orden de combatir siempre está dada, que, como dijo un día el Che –su compañero del alma–, no se le puede conceder ni un tantico así. Que esa es una constante permanente de la política revolucionaria.

La soberanía nacional es intangible, nos enseñó Fidel, y no se negocia.

A partir del triunfo, la vanguardia se fue convirtiendo en millones, y la explotación del trabajo ajeno, las humillaciones, discriminaciones y desprecios dejaron de ser hechos naturales para convertirse en crímenes. Fidel fue el principal protagonista de la gran revolución socialista, que cambió las vidas, las relaciones sociales, los sueños de la gente y de las familias, las comunidades y la nación. Para lograrlo se convirtió, como para todo lo importante, en el conductor, el educador popular, el líder amado, la pieza maestra del tablero intrincado de la unidad de los revolucionarios y del pueblo.

Hubo que unir en una sola revolución al socialismo y la liberación nacional. Ahora, para todos, la actuación tuvo que consistir, al mismo tiempo, en estudio, trabajo y fusil. Ahora los individuos de vanguardia se elegían en asambleas y el trabajo realizado era el mayor timbre de honor. En las grandes jornadas nos unimos todos. Fidel fue –como cantara el poeta– la mira del fusil, y el pueblo todo –como dijera el Che– se volvió un Maceo. Y a diferencia de los vehículos corrien-

tes, el carro de la Revolución no tiene marcha atrás. Fidel dijo de manera tajante, hace más de veinte años, que en este país no volverá a mandar nunca una nueva clase de ricos.

La nueva y mayor victoria de Fidel fue que el pueblo entero se cambiara a sí mismo y se armara con nuevas cualidades suyas, y la conciencia social confundiera sin temor los nombres de comunista y fidelista. A su sombra, las conquistas se convirtieron en leyes, y las leyes en costumbres.

Un gran historiador peruano, un compañero mariateguista, estaba preocupado por un posible culto a la personalidad de Fidel, pero después que hizo un recorrido por el país me dijo: «Ahora lo he comprendido todo. Fidel es un seudónimo colectivo».

Fidel fue el mayor impulsor y dirigente del internacionalismo, ese brusco y hermoso crecimiento de las cualidades humanas que le brinda más a quien lo presta que a quien lo recibe. Más allá de las grandes frases –«por Vietnam estamos dispuestos a dar nuestra propia sangre» o «no queremos construir un paraíso en la falda de un volcán»–, Fidel amplió y desarrolló en muy alto grado el contenido y el alcance de las prácticas y las ideas revolucionarias mundiales mediante el internacionalismo cubano. Apoyo solidario sin exigencias, combatientes, médicos, maestros, técnicos, ejemplo impar de quienes jamás dieron lo que les sobraba, paradigma revolucionario, con Fidel siempre al frente, audaz y fraterno.

En 2006, ante una enfermedad muy grave, tomó decisiones que nadie le pedía ni quería. Fue más grande aún cuan dejó de ser, por voluntad propia, el dirigente máximo del Estado y del Partido, la posición mediante la cual había servido al pueblo durante tantos años. Ya hacía

mucho tiempo que su inmenso prestigio había trascendido todas las fronteras.

Entonces Fidel se concedió un poco de lo que se había privado concientemente desde el inicio de su acción revolucionaria: reflexionar tranquilamente, sin la urgencia y la responsabilidad de decidir y actuar de inmediato. El hombre que tuvo que ser soldado para que hubiera libertad y justicia para todos, y ejercer un poder enorme para que el poder estuviera al servicio del proyecto liberador, ahora se convirtió en soldado de las ideas, mientras seguía entregándole al pueblo el poder de su inconmensurable fuerza moral.

Ahora parece, de momento, que ya no está, porque se ha ido en una expedición más larga, más

lejos. Pero me atrevo a afirmar que no se sintió preocupado al partir. Seguramente, afincado en su prodigioso optimismo histórico, Fidel sabía que su pueblo lo tendrá eternamente por maestro, junto al maestro suyo, José Martí. Y sabe que, para seguir siempre su magisterio, las hijas y los hijos de este pueblo crearán, como hacía él, arbitrarán soluciones y encontrarán y plantearán bien los nuevos problemas, como hacía él, derrotarán los imposibles, como hacía él, defenderán la justicia y la libertad a cualquier costo, como hacía él, se sentirán parte de la Humanidad que resiste y lucha, como él, y soñarán, como él, el futuro luminoso.

Fidel no ha muerto. No muere, porque lo mantenemos vivo. **C**



1981. 1er Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América. Junto a Fidel, Oswaldo Guayasamín, Nicolás Guillén, George Lamming, Juan Bosch, Roberto Fernández Retamar y Miguel Otero Silva.

# Se fue Fidel

**A**bandono La Habana pocas horas después de que se ha hecho pública la noticia de la muerte de Fidel Castro. Con los cubanos con que converso encuentro una mezcla conocida, la he visto en Buenos Aires, cuando centenares de argentinos desfilaron ante el cadáver de Kirchner, o en la televisión venezolana a la muerte de Hugo Chávez. La muerte del caudillo produce una sensación de desconcierto a la que seguirá una extraña nostalgia. En el avión hacia México fracaso en ordenar mis breves recuerdos personales y fracaso aún más tratando de hacer un balance político; son demasiadas cosas, el personaje ocupó durante demasiados años el centro del escenario y no con apariciones menores. Gracias a él, la pequeña isla de Cuba fue el centro del planeta muchas veces.

Son muchos Fideles, muchos momentos. ¿Cuál de ellos? ¿Todos?

El Comandante poco menos que genial de la ofensiva final a mediados del 58, cuando diseña el cerco sobre Santiago y la ofensiva del Che en Las Villas, el tipo que con una docena de hombres en la Sierra Maestra declaró derrotada la dictadura. El gran estratega de la guerra de guerrillas, el sorprendente político que arma el frente único contra Batista y lo aísla hasta derrotarlo. El joven abogado, un encantador de serpientes, que es capaz de convencer a todos, amigos y enemigos, de que va en serio y que seduce al Che. El heredero de Julio Antonio Mella y Tony

Guiteras que en pleno período de la guerra fría y la «coexistencia pacífica» es capaz de mantener durante años el apoyo a las guerras de liberación en la América Latina.

¿Cuál de esos primeros? O me quedo con mi propio enfado burlón cuando lo veo en televisión anunciando que va a dejar de fumar y arrojando el puro al suelo.

No puedo evitar fascinarme ante el Fidel encajonado con Jrushchov, tratando de que la crisis de los cohetes no deje a Cuba en medio de un conflicto que puede volverse nuclear, mientras en las calles se grita «Nikita, mariquita, lo que se da no se quita».

Recuerdo cómo discutía el par de veces que estuvimos conversando. Fidel entonces medía 1.91 y traía gorrita de visera, yo no llego al 1.68 y el Comandante me echaba el cuerpo encima hacia adelante para apoyar sus argumentos y era un discutidor potente, escuchaba pero no cedía. Hablábamos de la apertura que había en esos momentos en la prensa cubana y cómo debería ampliarse; yo sostenía la teoría del queso gruyere, donde por secretismo, o por censura autoprotectora, dejes un agujero, tus enemigos lo llenarán. Fidel defendía la teoría de un proceso, que podía ser rápido. El debate se quedaría en el aire porque la crisis soviética dejaría a la Isla sin papel. Y caería sobre los cubanos el terrible Período Especial. Y algún día me gustaría ver la dimensión del fenómeno y cómo Fidel trató de enfrentarlo.

Pero me gustaría tantas cosas. Saber qué opinaba sobre mi biografía del Che, porque cuando un periodista francés a la salida de la Feria del Libro de La Habana se lo preguntó, el Comandante le dio como se dice en México «el avión» y le dijo que lo que sí había leído eran mis novelas policíacas, aunque yo sabía que ya se lo había leído. Y me gustaría explorar al personaje,

al Fidel derrotado tras el fracaso de la Zafra de los Diez Millones que nunca fueron y la trampa del monocultivo.

Y mucho me gustaría meterme en la historia interior de la decisión de lanzar a la pequeña isla con todo en la defensa de Angola, en lo que probablemente sea la saga político militar más compleja que se ha producido en el siglo xx, desde el desembarco de Díaz Argüelles y un puñado de hombres (en agosto de 1975) hasta la batalla de Cuito Cuanavale a fines de 1987 y principios de 1988, tantos años más tarde. El haber parado la ofensiva de los blindados sudafricanos y logrado la independencia de Namibia y como efecto de rebote el final del *apartheid* en Sudáfrica.

Y no me molesta la longitud de sus discursos, como el de la Segunda Declaración de La Habana, respondiendo a la gangsteril expulsión de Cuba de la Oea, del que nadie me ha podido precisar cuánto duró, pero admiro esa lección de heterodoxia política, que se plantea como parte de un gigantesco trabajo político de educación de multitudes.

Y me quedan las ganas de averiguar más sobre el misterioso «número 1» de cuya vida privada se sabe tan poco, que se desconoce dónde duerme, que aparece, desaparece y reaparece por la Isla. ¿Y podría ser diferente? Porque hay documentados más de doscientos intentos de atentado contra él en esos años, desde la combinación entre la CIA y la mafia para envenenarle sus puros, hasta hacerle llegar un helado de Coppelia con arsénico, hasta atiborrar de ántrax las aletas con las que de vez en cuando hizo pesca submarina.

Fidel se ha ido y yo, como un cubano más, voy pasando de esa primera sensación de desconcierto a una suave nostalgia por ese personaje que marcó a tantos de nosotros en ese siglo xx que se aleja a velocidades inesperadas. **C**

FRANCISCO JOSÉ LACAYO PARAJÓN

# Carta abierta a mis hermanos y hermanas de Cuba

Queridos hermanos y hermanas cubanas:  
Ante la partida de nuestro Fidel, conviven en mi familia y en mí un profundo pero sereno dolor, junto con un más profundo y sano orgullo, lleno de esperanza.

El prócer mundial de la dignidad, de la solidaridad total, gratuita e incondicional, el prócer del paradigma de la soberanía de nuestros pueblos –pobres porque oprimidos–, Fidel, el insaciable luchador por la justicia, la educación, la salud y el Buen Vivir para todos, vivirá siempre en sus hermanos, hombres y mujeres de buena voluntad.

Bastarían las obras, los discursos y escritos de Martí y de Fidel para que Cuba continúe presente en nuestra humanidad, más allá de la *sexta extinción*, que nos amenaza en el siglo XXI.

Después de su partida a la inmortalidad histórica, los pueblos de nuestra América ya no nos preguntamos si es posible resistir con dignidad a los poderes más grandes de este mundo y derrotarlos en la batalla de ideas.

Con su vida, Fidel nos demostró que era posible.

Al despedirse de nosotros, ya no le quedaba ni una línea más por llenar en el cuaderno de su vida.

Por eso su vida y su partida son un continuo, no dos momentos separados y rotos. El mayor homenaje que podemos rendirle es ser nosotros también un continuo, en permanente evolución, de sus ideas y de sus obras.

A diferencia de otros grandes de la historia, Fidel es el único, a mi saber, que nunca invadió, expropió o agredió a otros pueblos, grandes o pequeños, amigos o adversarios.

Yo lo escuché decir: «De África no nos trajimos más que los restos de los héroes caídos en defensa de los pueblos que luchaban contra la esclavitud, el *apartheid* y el colonialismo. No nos quedamos con una pulgada de tierra, con ningún pozo de petróleo, con ninguna mina de diamantes».

Ninguno de los grandes poderes de nuestra historia puede hacer suya esta frase. Solo él.

Fidel sacó de las gavetas del olvido y convirtió en pilar de su pensamiento aquella frase del Acta Constitutiva de la Unesco que muchos han ocultado: «una paz fundada exclusivamente en acuerdos políticos y económicos entre gobiernos no podría obtener el apoyo unánime, sincero y perdurable de los pueblos, y que, por consiguiente, esa paz

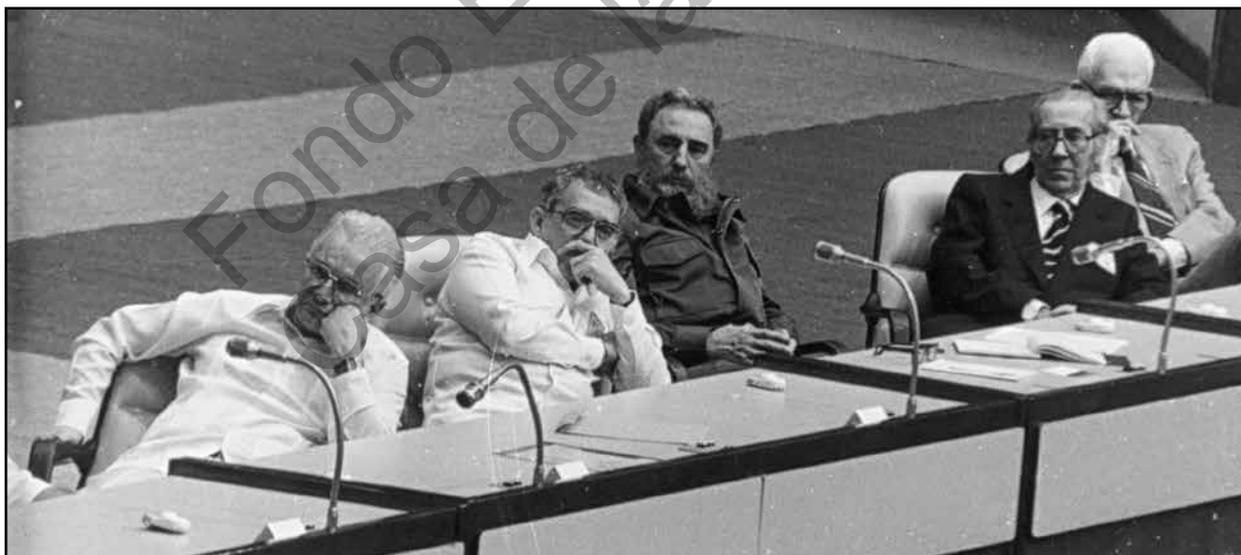
debe basarse en la solidaridad intelectual y moral de la humanidad».

Con justísima razón, el Padre Miguel de Escoto, Presidente de la Asamblea General de la Unesco, le otorgó en su período (2008-2009) la Medalla de la Solidaridad de Naciones Unidas. No conozco a otro que haya recibido esta distinción.

Con su amor de padre y hermano mayor, Fidel, con una amistad no merecida, marcó profundamente a Dylia y a mí, enriqueciéndonos con su sentido y razón de ser de la vida, regalándonos la ciudadanía de la cubanía, sin pedirnos nada a cambio.

Guardo como un tesoro patrimonial, para mis hijos y mis nietos, las largas y sabias conversaciones con las que él nos honró, en cenas, almuerzos, actividades diplomáticas y conversaciones informales, durante casi seis años.

Más que nunca con todos ustedes, en el justo y necesario dolor, pero también en el orgullo de nuestros pueblos y en el agradecimiento. **C**



1981. 1er Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América. Junto a Fidel, Armando Hart, Gabriel García Márquez, Mariano Rodríguez y Juan Bosch.

MARTA HARNECKER

# Fidel, hoy y siempre

**Q**uiero Fidel:  
No quiero hablar de ti sino hablar contigo, porque tú sigues estando presente entre nosotros y lo estarás siempre.

Me excuso por tratarte de tú, pero te siento tan cercano que he tenido la necesidad de hacerlo.

Tú sabes que mi segunda patria es Cuba, país que me acogió como a miles de compatriotas, con los brazos abiertos cuando era perseguida en Chile por tratar de construir una sociedad humanista y solidaria inspirada en tus enseñanzas. Y sabes que pude formar en tu país un hogar feliz con uno de tus más fieles compañeros.

Fidel, tú has servido de aliento e inspiración a los pueblos de la América Latina y del mundo.

## La política como el arte de hacer posible lo imposible

Siempre entendiste que la política no era el arte de lo posible –la visión conservadora de la política– sino el de hacer posible lo imposible, no por una actitud voluntarista, sino por entender que la política es el arte de construir una correlación de fuerzas social, política y militar que permita transformar las condiciones actuales de la lucha haciendo posible en el futuro lo que en el momento presente aparece como imposible.

Contra el fatalismo que reinaba en la izquierda de aquella época, demostraste que era posible vencer a un ejército regular a pesar de la sofisticación de su armamento. Usando la táctica guerrillera del ataque por sorpresa al enemigo en sus puntos más débiles, lograste acciones victoriosas que debilitaron su fuerza militar pero, sobre todo, que minaron su moral.

El camino de las armas no fue para ti un objetivo en sí, sino solo un medio. Pensabas, como Martí, que es criminal quien promueve en un país la guerra que se puede evitar; pero que también lo es quien deja de promover una guerra que se presenta como inevitable.

Tu gran mérito histórico fue haber sabido definir con claridad cuál era el eslabón decisivo que permitiría asir toda la cadena y de esa manera hacer triunfar la Revolución, y eso no era otra cosa que la lucha contra el dictador Batista y el régimen que él encarnaba. Veías claramente la necesidad de unir el máximo de fuerzas sociales para derrocar esa tiranía. No era posible pensar solo en los sectores revolucionarios, había que convocar también a los reformistas y aun a aquellos sectores reaccionarios que tuvieran la más mínima contradicción con el dictador.

Admirabas en Martí no tanto las proezas que había realizado en el campo de batalla, como la gigantesca de unir a los cubanos para la lucha. Estabas convencido de que sin ese esfuerzo Cuba sería todavía una colonia española o una dependencia de los Estados Unidos.

Y para lograr esta amplia unidad tuviste que ir cediendo en cuestiones programáticas.

En el Programa del Moncada (16 de octubre de 1953) planteaste solo medidas de tipo «democrático-burgués» y aunque proponías otras que afectarían a los intereses norteamericanos,

nunca hiciste una declaración formal antimperialista. Más tarde, en el Pacto de la Sierra (12 de julio de 1957), fruto del acuerdo entre los representantes burgueses y los rebeldes en la Sierra, no se menciona la participación de los obreros en las utilidades de las empresas, ni la participación de los colonos en el rendimiento de la caña. Tampoco se habla de la confiscación de los bienes malversados ni de la nacionalización de los *trusts* eléctrico y telefónico que, junto con la aplicación consecuente de la Reforma Agraria, se transformarían de hecho en medidas antimperialistas. Finalmente, en el Pacto de Caracas (20 de julio de 1958), el programa mínimo se reduce a las medidas más esenciales: castigo a los culpables, defensa de los derechos de los trabajadores, orden, paz, libertad, cumplimiento de los compromisos internacionales y búsqueda del progreso económico, social e institucional del pueblo cubano.

En lo que nunca cediste fue en cuestiones de fondo, aquellas que considerabas podían estancar el desarrollo del proceso revolucionario: rechazaste siempre tanto la injerencia extranjera en la lucha nacional como el golpe militar interno; y siempre te negaste a conformar un frente que excluyera a alguna de las fuerzas representativas de un sector del pueblo.

## Unidad de las fuerzas revolucionarias

Nadie como tú luchó por la unidad de las fuerzas revolucionarias y el pueblo.

Nos enseñaste que la revolución es una guerra y que para enfrentarla en mejores condiciones el ideal es tener un comando único que sea capaz de orientar los combates definiendo claramente cuál es el enemigo estratégico y el inmediato,

la forma que debe adoptar la lucha, la situación actual en que ella se encuentra y la política a seguir para ganar cada vez más adeptos contra ese enemigo inmediato.

Pero también nos advertiste que una cosa es el ideal y otra la realidad y que hay que comenzar a trabajar con lo que hay.

Nos enseñaste que hay que buscar primeramente la unidad de las fuerzas revolucionarias y solo después de realizar un esfuerzo en este sentido te planteaste una unidad más amplia. Sin embargo, no fuiste rígido en eso; no lograr esa meta en forma inmediata no te detuvo en tu avance hacia la unidad más amplia.

Insististe en que no deberíamos empezar por ponernos metas máximas sino mínimas.

Nos advertiste que pretender gestar una unidad de las fuerzas revolucionarias prematuramente, cuando todavía no estaban dadas las condiciones para ella, solo daría por resultado una unidad formal que podía hacerse trizas ante cualquier adversidad.

Sabiendo la realidad político-ideológica de Cuba, preferiste evitar las discusiones teóricas, convencido de que la aplicación de una estrategia correcta sería más convincente que muchas palabras.

Y otra cosa muy importante, fuiste capaz de valorar en forma correcta el aporte de todas las fuerzas revolucionarias sin fijar cuotas de poder ni en relación con su grado de participación en el triunfo de la Revolución, ni en relación con la cantidad de militantes que se posea. Combatiste siempre cualquier «complejo de superioridad».

Insististe en que la Revolución tenía que estar por encima de todo lo que cada uno de ustedes había hecho en el pasado, que lo importante era lo que todas esas fuerzas hicieran juntas en el

porvenir y por eso no cobraste derechos de autor y, a pesar de que el Movimiento 26 de Julio era reconocido por la inmensa mayoría del pueblo como el artífice de la victoria, abandonaste la bandera de tu movimiento para asumir la de la Revolución.

¡Cuán distinta sería nuestra realidad latinoamericana hoy si hubiésemos tomado en cuenta tus orientaciones!

Contra el fatalismo de los analistas internacionales de la época, demostraste que se podía intentar empezar a construir el socialismo muy cerca de las costas de la más grande potencia imperialista mundial, y que se podía resistir a las constantes agresiones externas a pesar de sus efectos negativos sobre la vida cotidiana del pueblo, porque por encima de todo eso estaba la dignidad de un pueblo que había conquistado su derecho a hacer su propia historia.

## Un lenguaje apropiado

Querido Fidel, también aprendimos de ti cómo había que hablarle al pueblo. No solo había que hacerlo con absoluta honestidad, sino usando las palabras que la gente sencilla pudiese comprender.

Por eso consideraste que, en medio del ambiente macartista y anticomunista que reinaba en tu país y en el mundo, era un absurdo hacer declaraciones de fe marxista-leninista. No había que hacer declaraciones, había que actuar y demostrar en los hechos lo justo de los planteamientos revolucionarios.

Y también por eso consideraste que el factor unificador del Movimiento 26 de Julio no podía ser la ideología marxista-leninista, que había sido asimilada solo por los cuadros más avanzados del

Movimiento, sino la lucha contra Batista por una vía nueva, armada, y que esa lucha debía conducir a transformaciones sociales radicales, tanto en el plano político como social y a la conquista de la verdadera soberanía nacional.

## Sueños revolucionarios truncados

Por último, aprendimos de ti y de la Revolución Cubana que muchos sueños de los revolucionarios no pueden materializarse, no porque no sean ideas nobles y buenas, no porque falte voluntad en sus filas, sino porque el enemigo –alertado de los objetivos perseguidos– obliga a tomar otros caminos. Un hecho muy ilustrativo es el deseo inicial de la Revolución Cubana –una vez terminada la guerra contra Batista– de transformar los cuarteles en escuelas. Tú no traicionaste ese bello ideal. Fue la constante agresión del gobierno estadounidense la que obligó a tu país a posponer su concreción, llevándolo a construir la fuerza militar más poderosa de la América Latina en proporción a su número de habitantes. La dirección de la Revolución comprendió que prepararse para la guerra era la mejor forma de evitarla.

Yo fui testigo –al visitar por primera vez Cuba a mediados de 1960– de cómo un cuartel en la Sierra Maestra se había transformado en una escuela. Pero no solo esa idea se había plasmado en una realidad tangible, sino que ya en esos tempranos tiempos estaba presente otra de las grandes características de tu conducción revolucionaria: la solidaridad con todos los pueblos del mundo. Esos niñitos de diez a doce años, al saber que yo venía de Chile a visitarlos y que en mi país

había ocurrido recientemente un terremoto, me contaron que estaban esperando la llegada de un grupo de niños chilenos para acogerlos en Cuba mientras se reconstruían sus casas dañadas por el sismo. Nunca podré olvidar dicha experiencia: era sorprendente cómo niños tan pequeños estaban informados de lo que pasaba en nuestros países y cómo se había logrado despertar en ellos un sentimiento de solidaridad hacia el sufrimiento de otros pueblos.

También fui testigo –años más tarde– de cómo en cada edificio de microbrigada que se construía en La Habana sus trabajadores cedieron uno de sus departamentos a una familia chilena perseguida por la dictadura de Pinochet.

Estos son pequeños testimonios de solidaridad internacional, pero allí están también de las grandes epopeyas como la de Sudáfrica y la de Angola, donde miles de cubanos lucharon hombro a hombro con sus hermanos africanos para vencer la opresión que sufrían sus pueblos.

Para terminar quiero decirte con toda honradez que no siempre estuve de acuerdo con todas las medidas que tomaste o las ideas que propusiste, pero son tanto más las que compartí que no creo necesario detenerme en aquellas en esta ocasión.

Fidel, espero que compartas conmigo la idea de que la mejor forma de homenajearte es que nos comprometamos a hacer nuestros tus combates, a caminar en tu misma dirección. Así ya no habrá un Fidel, habrá miles, millones y, más temprano que tarde, se irán abriendo más y más las grandes alamedas por donde transitarán hombres y mujeres libres constructores de ese mundo humanista y solidario con el que has soñado. **C**

# La historia no parte de cero

La noticia de la muerte de Fidel me llegó en la soledad que regala el insomnio. Reconozco que me dejó perpleja, confundida, con una sensación de impotencia por no poder verbalizar un análisis claro y articulado. Al transcurrir los minutos solo atiné a escribir brevemente en una red social: «Sabíamos que iba a ocurrir más pronto que tarde, pero aquí estoy, a las 4 am totalmente conmocionada. No es sorpresa, sino la conciencia de que nos faltará vida para analizar el significado, la complejidad y la envergadura de Fidel Castro para la América Latina y el mundo. Esa condición gravitante se impondrá, hoy o mañana, a la denostación y al endiosamiento. Hasta siempre, Comandante».

Lo que vino con las primeras luces del día era tan predecible, al menos en Chile. Tanto que ni siquiera vale la pena resumir los términos del seudodebate donde los herederos de ese crimen colectivo que fue la dictadura fascista se sienten con el derecho a decirnos nuevamente que estamos obligados a asumir su total predominio, por las buenas o por las malas. Por eso tal vez llamó la atención en este fin de mundo que las reacciones de los líderes mundiales se inclinaron por el respeto y el reconocimiento. Y era lógico, porque ¿cómo no despedir a una de las figuras más importantes del siglo xx? ¿Cómo no reconocer que Fidel representa una parte de nuestro devenir colectivo, tanto para los que se empeñaron en combatirlo como para los

que nos sentíamos representados por su arrojo y porfiada resistencia?

La conmoción que reconozco es aquella que remueve los afectos, no solo por la persona (aunque también por la persona) sino por los procesos colectivos de lucha, por los pueblos que los han protagonizado, por nosotros mismos, por los que en este continente y en el mundo hemos sido aplastados una y otra vez durante siglos, a quienes la persistencia del pueblo cubano nos brinda algo de dignidad y de orgullo.

Un hecho como la muerte de Fidel Castro encierra una densidad histórica tan grande que se resiste a las explicaciones simples o a la indiferencia. Lamentablemente, en el caso de las fuerzas sociales que promueven la transformación social se ha cometido a menudo esa injusticia: suscribiendo de manera cuasi religiosa la Revolución Cubana y la figura de Fidel, o bien, denostando completamente el proceso por no responder a desafíos que ahora se nos aparecen con claridad, precisamente porque existió un pueblo que a partir de 1959 los enfrentó con aciertos y desaciertos que hoy conviene analizar pero en ningún caso desconocer.

¿Qué actitud tomar desde esta vereda, léase la izquierda o las izquierdas? La Revolución Cubana lleva años recibiendo críticas, algunas merecidas y otras injustas. Mi opción es tomar distancia de ese desapego que confluye sospechosamente con el capitalismo liberal que supuestamente combatimos, también de la crítica ahistórica que condena a los líderes de la Revolución Cubana por no haber concedido prioridad a problemáticas que nosotros mismos no veíamos hasta hace diez o quince años. Siento que me corresponde por ahora reconocer, homenajear y agradecer la determinación de esos hombres y mujeres que

en 1959 transformaron la historia de este continente y lo pusieron en el mapa del mundo con una dignidad nunca vista, permitiendo que viva la utopía negada a los pueblos pobres y pequeños de ser libres y definir su destino.

Nos tomará mucho tiempo calibrar con justicia el proceso cubano, la figura de Fidel y todo ese huracán de historia que se desató desde el Caribe hacia la América Latina y el mundo. La tarea es desafiante, pero para iniciarla es condición necesaria superar la aceptación incondicional y la descalificación absoluta, no para derivar en análisis que apuestan por el empate ideológico hipócrita, sino para reconocer la dimensión inherentemente humana que con frecuencia se olvida. Porque eso era Fidel y —antes de él— el Che, Haydee y Martí, seres humanos tal y como lo fueron todos los revolucionarios y revolucionarias de este continente, en cuyos aciertos nos reconocemos y de cuyas cegueras hemos aprendido o deberíamos haber aprendido. Digo esto porque sigue siendo fundamental una memoria de la revolución en la América Latina, sigue siendo indispensable reconocernos en los proyectos que pese a todo y contra todos lucharon por la igualdad y la justicia. Pero una memoria que dé paso a la historia y no a la mitificación paralizadora.

Pensar la Revolución con Fidel y más allá de Fidel es una tarea necesaria para movilizar productivamente su enorme legado: su anticolonialismo, su antimperialismo, su anticapitalismo, su internacionalismo expresado tantas veces en una solidaridad conmovedora, su tercermundismo y su nacionalismo en tanto práctica de la nación como ese lugar de todos y para todos que puede ser apropiado y refundado. También pensar esas dimensiones de la opresión que fueron omitidas

o escasamente consideradas en esta y en otras revoluciones, puntos ciegos que deberían dar lugar a un debate fresco, comprensivo y con capacidad para desafiarnos en lo cotidiano (para mí al menos, lo impresentable es que movimientos sociales actuales hagan oídos sordos a las problemáticas del género, la raza, la clase y aun de la dimensión cultural, que se imbrican en los procesos de dominación).

Sobre este acto de pensar entendido como una tarea revolucionaria impostergable, Fidel señaló hace cinco años: «Sigo y seguiré siendo como prometí: un soldado de las ideas, mientras pueda

pensar o respirar» (22 de marzo de 2011). Y eso precisamente es lo más difícil, pensar y crear la revolución que necesitamos, una revolución que responda a nuestra singularidad y a los desafíos actuales, reconociendo el invaluable aporte de los movimientos precedentes, entre los cuales la Revolución Cubana ocupa el sitio más destacado, porque la mayor soberbia es suponer que la historia parte de cero. Ese es el mejor homenaje que podemos hacerle a Fidel y al pueblo de Cuba que ahora despide sus restos. Por este motivo, vocifero y repito: Gracias y hasta siempre, Comandante. **C**



1981. 1er. Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América. Fidel saluda a Luis Britto García. En la foto aparecen también Armando Hart y Jaime Mejía Duque, entre otros.

JACQUES-FRANÇOIS BONALDI

## Yo soy Fidel

**N**o es el Fidel orador, el más brillante, más profundo y más pedagógico de la época contemporánea; no es el tribuno de las concentraciones de un millón de personas atentas –mejor dicho: cautivadas– en la Plaza de la Revolución o en otras plazas de otras ciudades de la Isla; no es el dirigente desbordante de iniciativas y de ideas, cuya lista sería interminable enunciar, para mejorar la suerte de sus conciudadanos, desde el sistema de salud hasta el sistema energético; no es el roble que hace frente el primero a todas las tempestades, desde la invasión de los mercenarios en Playa Girón en abril de 1961 o la amenaza nuclear en octubre de 1962, hasta los terribles ciclones que golpean periódicamente la Isla, del Flora en 1963 a los más recientes; no es el jefe de Estado visionario y precursor que alerta a la humanidad, en nombre de Cuba, sobre el peligro de extinción que la amenaza, en la Cumbre de la Tierra de Río de Janeiro en 1992; no es el presidente de los países no alineados que pronuncia en su nombre y en nombre del Tercer Mundo, de los pobres de la Tierra y, por ende, frente a la Asamblea General de las Naciones Unidas en octubre de 1979, una de las alocuciones sin duda más contundentes, emocionantes y profundas jamás pronunciadas en aquella sala; no es el estratega militar quien, desde el ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, hizo morder el polvo de la derrota a las tropas del gobierno racista de África del Sur a diez mil kilómetros de allí y garan-

Revista Casa de las Américas No. 286 enero-marzo/2017 pp. 47-49

tizó la libertad de Angola, la independencia de Namibia y el inicio del fin del *apartheid* en África austral; no es el revolucionario internacionalista que se atrevió a enviar combatientes cubanos a defender la liberación de los pueblos en Argelia, en Siria, en Angola, en África, en las colonias portuguesas, en Etiopía y en otros lugares; no es el humanista capaz de transformar su país en un inmenso vivero de cooperantes misioneros que parten a cuidar personas y a salvar vidas, o a enseñar y alfabetizar allí donde el personal local se rehúsa a acudir; no es el revolucionario internacionalista para quien ninguna causa humana es ajena; no es el intelectual preocupado por estudiar a fondo los problemas de nuestra época para tratar de entenderlos y aportar soluciones; no es el dirigente capaz de convertir La Habana en un lugar cimero de encuentro para militantes llegados del mundo entero, como ocurrió cuando se analizó el tema de la deuda externa en 1985; no es el autor de iniciativas como el Foro de São Paulo o el Alba o la Brigada Henry Reeve; no es el revolucionario fiel a sus principios y con quien puede contar el resto del mundo sin vacilar; no es el político para quien la moral debe estar en los cimientos mismos de la *res* pública; no es el revolucionario de una pieza que movilizaba multitudes en cada uno de sus viajes al extranjero lo mismo frente al público hispanohablante o, por ejemplo, frente al de la comunidad negra de Harlem, en Nueva York, y que poseía tal don de comunicación y de simpatía que sus auditorios permanecían literalmente pendientes de sus labios, porque así se sentían de pronto mejor comprendidos y más inteligentes; no es el político que en cualquier cumbre mundial eclipsaba a los supuestos grandes de este mundo por su brillantez y su capacidad para relacionarse y

sobre todo por las ideas que expresaba; no es el conversador incorregible que abordaba los temas con un tono diferente y original; no es el Fidel de la energía física e intelectual aparentemente inextinguible; no es el hombre siempre pendiente de todo que no cesó de involucrarse personalmente en la lucha durante setenta años; no es el Fidel de personalidad embrujadora y multifacética capaz de seducir hasta al peor enemigo; en suma, no es el gigante que ha dejado a partir de ahora una huella indeleble en la historia de la humanidad: no, es el Fidel en lo adelante invisible en una urna de caoba roja que todo un pueblo ha querido acompañar a su última morada por miles de kilómetros, masivamente, a ambos lados del trayecto, igual si se tratase de millares de personas en las diferentes localidades o de un simple campesino en campo raso, sin ocultar sus lágrimas y su emoción; no, es el Fidel llevado a algunos gramos de cenizas a las que todo un pueblo ha querido rendir un postrer homenaje y expresar su reconocimiento por haber hecho de la Revolución Cubana ya por casi sesenta años un lugar donde todavía es posible no solo soñar, sino sobre todo obrar por la construcción de un mundo mejor; no, es el Fidel ahora cenizas y fénix quien ha logrado un nuevo milagro, hacer que se consolide, desborde y brote de los corazones y mentes lo mejor del pueblo cubano, aglutinarlo aún más, soldarlo y por tanto hacer más fuerte la Revolución, incluso darle un nuevo impulso. Y si ese milagro, que no es más que la consecuencia lógica del amor que él sintió por Cuba, pudo suceder, fue para que, siguiendo el ejemplo de los jóvenes –sobre los cuales tantas dudas han pesado hasta aquí, ahora despejadas en gran parte, sobre su apego y su integración a la Revolución–, así lo marcaran espontáneamente

el 29 de noviembre en la Plaza de la Revolución de La Habana, a la par que un millón de cubanos, todos los habitantes de la Isla salvo algunas decenas de repugnantes irreductibles, y pudiesen exclamar con pleno derecho: Yo soy Fidel.

Porque si el pueblo cubano puede gritar: ¡Yo soy Fidel! es también y sencillamente porque ni

un Fidel hubiese podido nunca realizar esta obra inmensa que es la Revolución Cubana sin él...

La Habana, 3 de diciembre de 2016

Traducido del francés por *Lourdes Beatriz Arencibia Rodríguez* 



1981. 1er Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América. Fidel conversa con Frei Betto y Roberto Fernández Retamar. Aparecen además René Depestre, Jorge Timossi, Luis Rogelio Noguerras, Antonio Núñez Jiménez y Alfredo Muñoz Unsain (Chango), entre otros.

# Fidel Castro: «el día que me muera de verdad nadie se lo va a creer»

Fidel Castro, máximo líder de la Revolución Cubana, falleció este viernes a las 10 y 29 pm, según anunció su hermano, el Presidente Raúl Castro. Tenía noventa años de edad, setenta de los cuales los vivió como activista político, para concluir gobernando durante medio siglo a su nación. Fue tal vez el único enemigo de Washington en la América Latina al que nunca pudieron derrotar, a pesar de que una decena de presidentes se lo propusieron, con cientos de intentos de asesinato, una invasión, creando grupos armados y bloqueando la economía de la Isla durante más de medio siglo.

A fines de julio de 2006, Fidel Castro se vio obligado a dejar sus cargos políticos debido a una operación que podría llevarlo a la muerte. «Delego con carácter provisional mis funciones como primer secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba en el segundo secretario, compañero Raúl Castro Ruz», escribió entonces, pero finalmente su salud le obligó a un retiro permanente. En las elecciones de 2008 no se postuló para ningún cargo: «Les comunico que no aspiraré ni aceptaré –repito–, no aspiraré ni aceptaré el cargo de Presidente del Consejo de Estado y Comandante en Jefe».

Durante los primeros momentos de las reformas realizadas por Raúl Castro se especuló mucho con la posible oposición de Fidel Castro pero en 2010 le dio un espaldarazo definitivo a los cambios emprendidos por su hermano. «El modelo cubano

ya no funciona incluso para nosotros», le dijo a Jeffrey Goldberg en una entrevista para la revista *The Atlantic*. Así despejó el camino para las transformaciones que han cambiado la realidad económica cubana. Además, dejó de escribir sobre política nacional y repitió a varias personalidades internacionales que ahora el presidente era Raúl.

Cerraba así su ciclo de vida militante, que comenzó muy joven. Aseguran que la primera manifestación en la que participó fue la protesta contra los Estados Unidos porque uno de sus marines orinó encima de la estatua del héroe nacional, José Martí. Pertenece a una generación muy recelosa con los Estados Unidos. En 1958, desde la Sierra Maestra, escribió una carta a su compañera Celia Sánchez donde afirmaba que «[c]uando esta guerra se acabe, empezará para mí una guerra mucho más larga y grande: la guerra que voy a echar contra ellos. Me doy cuenta de que ese va a ser mi destino verdadero».

Siendo estudiante de la Universidad de La Habana viajó con su amigo Alfredo Guevara a Colombia en el mismo momento en el que explota el «Bogotazo», una rebelión popular por el asesinato de un político progresista, en la que participó activamente. Guevara, miembro entonces del Partido Comunista, aseguró en una entrevista que, en el avión de transporte de ganado en el que regresaban a Cuba, Fidel le dijo que quería leer libros sobre marxismo. Colombia marcó su vida en dos sentidos: le mostró la posibilidad de conquistar el poder por la lucha armada y [propició] el acercamiento a las ideas socialistas.

Como todos los periodistas extranjeros, a mi llegada a Cuba en 1990 solicité una entrevista con Fidel Castro. Nunca tuve respuesta pero

pude «atraparlo» en una embajada y mantener un mano a mano con él durante media hora. Sin duda era una persona muy carismática y hábil, que creaba empatía tocando constantemente a su interlocutor y muchas veces respondía preguntas con preguntas. Cuando se lanzaba a hablar era difícil pararlo pero no era imposible, ya que le pude realizar ocho preguntas en ese tiempo.

Me volví a encontrar con él en 1994, el 5 de agosto, mientras cubría las violentas protestas en el Malecón, durante el peor momento de la crisis económica. Miles de personas se lanzaron a la calle tirando piedras mientras obreros de la construcción los reprimían con barras de hierro. En medio de ese caos aparece Fidel Castro sin escolta, acompañado solamente por su jefe de despacho, Felipe Pérez Roque. Cuando la gente lo vio se congeló la imagen, los rebeldes dejaron de tirar piedras y sus partidarios comenzaron a corear su nombre. Ese día estuvimos a medio metro de él, hasta que llegó la escolta y lo subió casi por la fuerza a un *jeep* abierto.

A finales de los noventa invitó a un grupo de catorce periodistas a una cena en el Palacio de la Revolución. La comida estuvo muy bien preparada pero fue austera, el primer plato era toronja, una fruta que, al parecer, comía mucho. Nos recibió a las ocho de la noche y salimos de allí a las cuatro de la mañana, sin duda es cierto que le gustaba trabajar hasta la madrugada. Paradójicamente habló muy poco, se limitó a hacer preguntas y a escucharnos. Lo tenía sentado frente a mí en la mesa y a las dos de la mañana vi cómo se le cerraron los ojos de cansancio. Pensé que íbamos a tener que salir todos del comedor sin hacer ruido y sin despedirnos del anfitrión pero de golpe abrió los ojos, preguntó algo y siguió la reunión dos horas más, como si

ese pestañeo, de tres o cuatro minutos, le hubiera bastado para recargar las baterías.

Cuando llegamos al Palacio de la Revolución nos recibió con un vaso de mojito servido hasta el borde, que sujetaba solo con dos dedos. Desmintió así, sin decir una sola palabra, las informaciones que decían que sufría el mal de Parkinson. Es que tras cientos de intentos de ase-

sinato frustrados por los servicios de seguridad cubanos, los Estados Unidos y el anticastrismo se conformaban con inventarle enfermedades e incluso la muerte. Cada vez que desaparecía por unas semanas se corría el rumor de que había fallecido. Al terminar aquella cena nos dijo riendo: «El día que me muera de verdad nadie se lo va a creer». **C**



1981. 1er Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América. Fidel junto a Mercedes Barcha, Marta Le Parc, Antonio Saura y Julio Le Parc, entre otros.

LAI DI FERNÁNDEZ DE JUAN

## A su paso

**M**otivada por diversas opiniones (a favor, en contra, discretas unas, acaloradas otras), y ante la pregunta de ambas partes («¿no vas a decir nada?»), me decido al fin. Si de adherencias se trata, me apunto, sin ninguna duda, al bando de los dolientes. Todavía cuesta creer que Fidel no esté. No Castro, ni El Presidente, ni Comandante, ni Compañero, ni Combatiente, ni Primer Secretario, ni El Caballo, ni El Hombre, ni El Jefe. Solo Fidel, ese nombre que solíamos pronunciar acompañado del gesto de una barba que ya no estará más entre nosotros, sus sobrevivientes.

Llevamos un duelo que nadie sabe cuánto va a durar, pero que sentimos hondo y se cuela hasta el tuétano: un luto que, aunque luchemos por evitarlo, nos paraliza. Han sido días plomizos: más de una semana que pareció infinita en su lentitud sin piedad, pese a lo cual, hubiéramos querido eterna. Como si pudiera ser posible decirle a una urna «No te lo lloves todavía». Numerosos amigos de muchos países envían hermosos mensajes de condolencia, desfilamos por la Plaza, hicimos enormes colas para llegar al Memorial, acudimos luego a la calle para despedirlo agitando banderas, escuchamos grabaciones con su voz, vimos montones de documentales, asistimos a más de una despedida, y, sin embargo, todavía no damos crédito a su muerte. De cierta manera, llegamos a creer que Fidel era inmortal. Que siempre estaría ahí, al alcance.

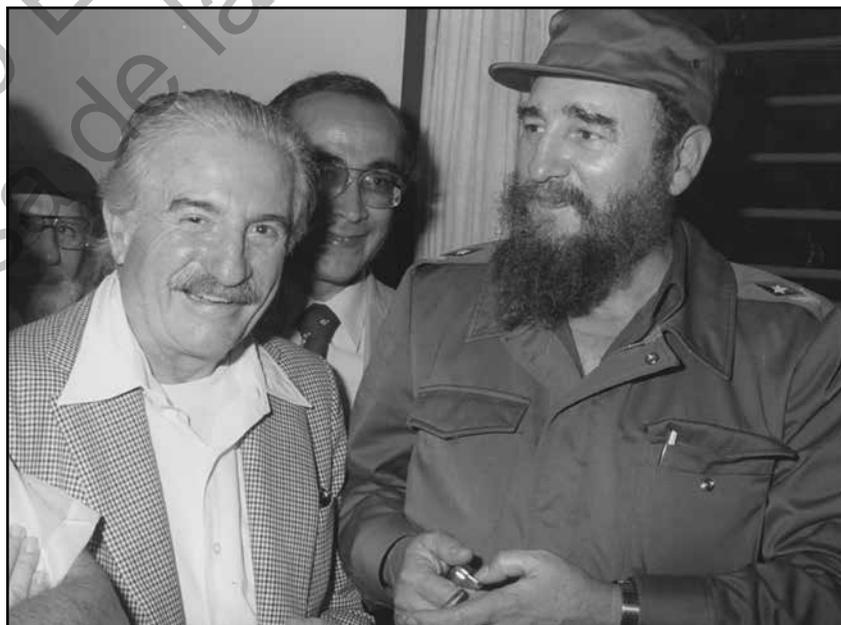
No puedo calcular con exactitud los años que han pasado desde la última vez que este pueblo se movilizó masivamente con tanto vigor, con tanta disciplina, con un respeto inusitado entre nosotros, bulliciosos, caóticos y desbordantes por naturaleza. Quizá fue en octubre de 1976. Tener quince años y contemplar las calles y la Plaza repletas de hombres, mujeres y niños llorando por los rincones, en las aceras y en los portales, esperando qué diría Fidel cuando fueron masacrados los ocupantes de un avión que estalló en el aire de Barbados, marcó mi vida. Es buen momento para confesarlo. Las primeras lágrimas cubanas que vi brotar en público, justo es decirlo, anteceden en casi una década a ese 1976, pero es un recuerdo más bien borroso. Fue cuando asesinaron al Che. Los niños y las maestras lloramos en el patio de la escuela, y luego vimos llorar a

nuestros padres, y a un Fidel contenido a duras penas mientras daba la noticia.

Desde entonces, millares de actos nos convocaron, pero como el de estos días, ninguno. Un amigo de Santa Clara me comentó: «Solo vi tanta gente reunida cuando entró Fidel por esta ciudad». Paradojas de la vida, pienso, multitudes se agolparon para recibirlo en 1959, y ahora, en 2016, en un gesto luctuoso. No viví ese año que estremeció a Cuba y a gran parte del mundo pero, si fue así como me cuenta mi amigo (y le creo, claro está), entonces Fidel lleva en sí el privilegio del amor de un pueblo que lo recibió y lo despide con igual intensidad. Parece mentira que hayan pasado cincuenta y siete años, y, sin creerlo aún muerto, sigamos inclinándonos a su paso.

7 de diciembre de 2016. ©

1981. 1er Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América. Junto a Fidel, Francisco Moncloa y Antonio Cornejo Polar. Detrás Ernesto Cardenal.



# Fidel, guerrillero de todos los tiempos

**H**ablar sobre Fidel a pocos días de su muerte requiere de un laborioso esfuerzo psicológico. Tal vez una pequeña anécdota personal ayude a comprender lo que estoy diciendo. Había participado en la Conferencia de la Asociación Americana de Juristas que tuvo lugar en la Universidad de La Habana y estaba en esa ciudad cuando falleció el Comandante. Era cerca de la medianoche y preparaba mi maleta porque a las cuatro de la mañana debía presentarme en el aeropuerto para emprender mi viaje de regreso a la Argentina, de donde había partido casi tres semanas antes en un largo periplo que me llevó por varios países de Centroamérica y el Caribe. Distraídamente había encendido el televisor sin prestar mayor atención a lo que decían los periodistas que estaban en pantalla. De pronto se interrumpió la transmisión y, sin previo aviso, se escucharon los primeros compases de «La Bayamesa». Quedé petrificado, temiendo que algo malo estaba ocurriendo. Lo primero que pensé fue en una agresión de los Estados Unidos, un manotazo final lanzado por Obama para «resolver el problema cubano» y dejarle servida en bandeja la isla rebelde a su sucesor. Al aparecer Raúl y escuchar que iniciaba su discurso diciendo que «con profundo dolor comparezco para informar a nuestro pueblo», recién en ese momento un relámpago cruzó mi mente y se me ocurrió pensar que quizá había pasado algo malo con el Comandante. Que se hubiera agravado su condición, que

hubiera ocurrido un accidente y que estaba en terapia intensiva. Pero ¿morirse Fidel? Imposible, jamás. ¿Cómo se iba a morir si Fidel era la personificación viviente de nuestra América? Su deceso equivalía a que alguien anunciara que un tremendo cataclismo geológico había arrasado con esta parte del mundo, ahora sumergida para siempre en las profundidades de los dos océanos que la flanqueaban. Así lo entendí al ver por primera vez a Fidel en Santiago de Chile, en la calurosa tarde del 10 de noviembre de 1971 cuando, parado en un auto descapotable al lado de su amigo y camarada Salvador Allende, lo vi pasar a marcha lenta por la avenida Costanera junto a miles y miles de santiaguinos. Lo tuve allí, a menos de dos metros saludando a quienes habíamos ido a recibirlo con desbordante emoción, y al hacerlo, al dirigir su mirada y su saludo al grupo de estudiantes con quienes compartía ese inolvidable momento, tuve la sensación de que quien estaba frente a nosotros no era un hombre, un simple mortal, sino uno de aquellos héroes de la mitología griega, un Aquiles u Odiseo que emergía en el Caribe e irrumpía con su uniforme verde olivo en el Chile de Allende para ver con sus propios ojos lo que luego, en su célebre discurso en la Universidad de Concepción, definiría certeramente como «el inicio de un proceso revolucionario». Esa percepción juvenil de un Fidel inmortal, un Fidel América Latina y el Caribe, un Fidel Tricontinental, marcada a fuego en mi juventud, se desmoronó pocos segundos después cuando, continuando su alocución, Raúl anunció el fallecimiento del Comandante. Solo allí tomé conciencia de que este «ser de otro mundo» también lo era de este, y era mortal. Que había sobrevivido a seiscientos treinta y ocho tentativas de asesinarlo y que sin embargo

algún día tendría que morir. Pese a eso era una noticia inesperada; más probable hubiera sido el anuncio de que Obama había emitido una orden ejecutiva declarando que Cuba era una amenaza a la seguridad nacional de los Estados Unidos que la muerte de Fidel. Claro, todo revuelto en mi cabeza porque mi parte racional y conciente sabía que esto iba a ocurrir, y que noventa años eran muchos y su salud estaba muy quebrantada. Pero aun así, en esa medianoche habanera del viernes 25 de noviembre, ni se me ocurría pensar en ello. Pensé en una agresión gringa o en una enésima estratagema para acabar con la Revolución. Nunca en la muerte de Fidel.

¿Por qué? Para responder a esto hay que partir de una premisa empíricamente constatable: Fidel era un personaje «de otra galaxia», sin duda. Tenía más que ver con los grandes héroes de la historia de la humanidad que con el común de los mortales. Sus pares eran Espartaco o los héroes del Olimpo griego, no otros. Fidel era el arquetipo de eso que Hegel llamaba un «personaje histórico-universal», o sea, alguien que percibe las cosas de este mundo que apenas se insinúan en el horizonte; que sabe hacia dónde marcha el mundo y hace del logro de este objetivo su razón de ser. Alejandro, César y Napoleón fueron grandes hombres porque desearon y lograron hacer algo grande, sin caer jamás en nimiedades, fantasías o ilusiones. Asumieron el desafío de su tiempo, sintetizaron magistralmente las luchas sociales de su época y tuvieron éxito en su empeño. Fidel lo asumió en plenitud. Sabía que Martí había dejado un inmenso legado político y doctrinario, del cual se nutrió para comprender cuál sería el destino de nuestra América si tal como el Apóstol lo expresara en su póstuma e inconclusa carta a Manuel Mercado, no se impidiera

«a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso». Por eso, para Fidel, Martí fue el autor intelectual del asalto al Moncada y sabía que había que seguir haciendo lo que aquel hizo hasta el punto de pagar con su vida ese intento.

Pero, asimismo, Fidel se sabía heredero de la gesta, también inacabada, de Simón Bolívar, destinada a hacer de los pueblos de nuestra América «una sola y gran nación». Fidel emprendió ese proyecto dotado de una rarísima combinación de inteligencia y voluntad. Pocos años más tarde, con el triunfo de la Revolución, su figura tuvo un crecimiento exponencial. No exageramos un ápice si decimos que fue uno de los dos únicos gobernantes de la región (el otro fue Hugo Chávez Frías) que dejaron una impronta indeleble en la política mundial. Producto de las circunstancias históricas, fundamentalmente la Guerra Fría y la enfermiza obstinación que el gobierno y la burguesía de los Estados Unidos tienen para apoderarse de Cuba ya desde finales del siglo XVIII, la marca de Fidel caló con más profundidad en el escenario global. Téngase en cuenta que Cuba fue protagonista de la mayor crisis militar a lo largo de toda la historia de la Guerra Fría: la llamada Crisis de los misiles, en referencia a la instalación de cohetes soviéticos en Cuba en respuesta a una similar operación que los Estados Unidos habían realizado en Turquía. Como es bien sabido Fidel se opuso al retiro de los cohetes soviéticos con un argumento impecable: la Unión Soviética tenía derecho a defenderse. Estaba amenazada en su frontera meridional por el despliegue militar norteamericano en Turquía y la Sexta Flota de los Estados Unidos apostada en Nápoles, y le asistía

toda la legalidad del mundo para contar con una fuerza de disuasión a un centenar de millas de la Florida. Desgraciadamente, el Kremlin no lo escuchó.

Veamos: ¿qué otro jefe de Estado alcanzó alguna vez la proyección internacional de Fidel? Incluso aquellos gobernantes de países con gran población, como Brasil o México; o poseedores de grandes territorios, como Brasil y Argentina; economías más avanzadas, como las de estos tres países, aun en estos casos no hubo ninguno, absolutamente ninguno, que pudiera rivalizar con la influencia que el Comandante ejerció en el ámbito de la política mundial. En el pasado, desde el comienzo de nuestra vida como repúblicas independientes hasta promediar el siglo XX, los políticos y gobernantes latinoamericanos y caribeños carecían por completo de la posibilidad de ser actores cuya presencia brillase en el tinglado internacional. Después de la Segunda Guerra Mundial algunos lo hicieron, pero sin trascender el ámbito regional: Juan D. Perón y Getulio Vargas en Sudamérica. Y, más cerca de la actualidad, ni Lula o Dilma, ni Néstor o Cristina Kirchner, para ni hablar de los devaluados presidentes mexicanos, tuvieron una gravitación internacional que se acercara, aunque fuera de lejos, a la de Fidel.

Es que el cubano desde los inicios de la Revolución hizo de la contundente y muy fundada denuncia del imperialismo y del internacionalismo dos de sus ineludibles banderas. Apoyó de modo decisivo la lucha por la liberación de Argelia del yugo colonial francés. El 27 de junio de 1961 fue el único país del hemisferio occidental que reconoció al gobierno argelino en el exilio. Pero la solidaridad cubana fue más lejos. En el Encuentro con los Intelectuales, celebrado

en La Habana el 11 de febrero de 2012, Fidel habló de cómo la Revolución Cubana se las ingenió para hacerle llegar pertrechos militares a los rebeldes argelinos, los cuales, a la postre, resultaron decisivos para el exitoso remate del proceso emancipador. Por eso el gobierno argelino decretó ocho días de duelo nacional al conocerse la noticia del deceso del Comandante. Más completo y duradero fue el apoyo que La Habana le prestó al pueblo vietnamita no solo durante la guerra sino también antes y después. No es casual que la desinteresada colaboración de Fidel con la heroica lucha del pueblo vietnamita sea reconocida por todos en ese país. Cuando tuve la suerte de visitarlo, en 2009, pude experimentar en carne propia lo que Fidel representaba para los vietnamitas. Al andar por las calles de Hanoi y otras ciudades más pequeñas, mucha gente que por mis rasgos faciales inferían sin duda que era occidental se acercaban y, acompañándose con un gesto de interrogación en sus manos, me decían: ¿Fidel, Fidel? Claro, preguntaban por Fidel, el aliado inmovible, el amigo que les ayudó en la guerra y en la paz, a pesar de la permanente amenaza que se cernía sobre Cuba por su generosa temeridad de ayudar a un pueblo que estaba siendo masacrado por una guerra de agresión de una virulencia jamás vista. No es casual que la última actividad pública del Comandante, pocos días antes de su deceso, hubiera sido recibir al presidente de la República socialista de Vietnam. Y lo mismo cabe decir de la estrecha relación mantenida por la Revolución Cubana con las luchas del pueblo palestino. Cuba es el único país latinoamericano y del Caribe que no mantiene relaciones —ni diplomáticas ni de cualquier otro tipo— con Israel, contumaz verdugo de los palestinos. Su intransigente apoyo a la causa de ese

pueblo maltratado y brutalmente oprimido, y su total rechazo a la ocupación israelí, le granjearon la gratitud de los palestinos.

Por si lo anterior fuera poco, la Cuba revolucionaria desempeñó un papel crucial en otro de los grandes escenarios del conflicto internacional: Sudáfrica. La intervención cubana en Angola fue decisiva para derrotar al régimen racista de Pretoria. Este, en conjunción con Wáshington, había fraguado una «guerra civil» en Angola —modelo que luego se aplicaría en Libia y, posteriormente, en Siria— en la cual participaban activamente las tropas de Zaire (hoy República Democrática del Congo), del ejército sudafricano y de dos bandas mercenarias angoleñas organizadas, armadas y financiadas por los Estados Unidos a través de la CIA con la cooperación de Israel. La ayuda militar y logística cubana fue decisiva para inclinar la balanza a favor de Angola. La Unión Soviética, a la cual Cuba estaba ligada por múltiples lazos económicos, no veía con buenos ojos la intromisión cubana en África. Es más, muchos dizque analistas internacionales enterados del envío de la primera misión a Angola se apresuraron a pronosticar el inmediato retorno de esas tropas ante una terminante orden de Moscú. Nadie sabe si esa orden existió o no. Lo que sí sabemos es que Cuba no era un «proxy» soviético y permaneció en Angola hasta la total pacificación de la región. La soberanía cubana jamás estuvo constreñida por lazos comerciales, ni antes ni ahora. Allí, en la localidad de Cuito Cuanavale, se libró la más larga batalla en la historia del África subsahariana. Esa fue, según Nelson Mandela, la «Stalingrado africana» que sentó las bases de la emancipación de Namibia y disparó el tiro de gracia en contra del *apartheid* sudafricano. A lo largo de los más

de tres meses de batalla, entre diciembre de 1987 y marzo de 1988, Fidel siguió día a día, hora tras hora, los acontecimientos en el teatro de operaciones y su conducción estratégica resultó crucial para la victoria. Mandela reconocería el papel fundamental de esta ayuda cuando, en la Conferencia de Solidaridad Cubano-Sudafricana (1995), diría que «los cubanos vinieron a nuestra región como doctores, maestros, soldados, expertos agrícolas, pero nunca como colonizadores. Compartieron las mismas trincheras en la lucha contra el colonialismo, el subdesarrollo y el *apartheid*. Jamás olvidaremos este incomparable ejemplo de desinteresado internacionalismo». Y ese fue el tono que predominó en los discursos pronunciados en el gran acto de despedida de las cenizas de Fidel el 29 de noviembre de 2016 en la Plaza de la Revolución. Tanto los jefes de Estado de Sudáfrica como de Namibia recordaron que los cubanos no llegaron a esos países en busca de oro, diamantes o petróleo. Vinieron, dijeron ambos, a colaborar en nuestras luchas por la independencia. Y lo único que se llevaron fueron sus muertos, poco más de dos mil seiscientos.

Esta extraordinaria gravitación de Fidel era consecuencia de sus excepcionales condiciones como líder político. Gracias a su inteligencia, a su fina intuición y a su inagotable curiosidad intelectual tenía la capacidad para percibir los acontecimientos futuros cuando estos se hallaban en estado germinal. Era —para usar la imagen que Lenin transmitiera sobre Rosa Luxemburgo al enterarse de su asesinato— un águila que volaba más alto que el común de los mortales, percibía los datos del mundo real antes que los demás, su vista era más aguzada y podía ver más lejos. Hay dos ejemplos rotundos entre tantos otros. En la Cumbre de la Tierra

(Río de Janeiro, 1992) advirtió, en un brillante discurso de siete minutos, que la humanidad era «una especie en peligro» ante el deterioro de las condiciones medioambientales que habían hecho posible la aparición de la vida humana en el planeta. Formuló esta advertencia ante la sonrisa socarrona y el escepticismo de eminentes mediocridades como Fernando Collor de Melo, Patricio Aylwin, Carlos S. Menem, Alberto Fujimori, Rafael Caldera, George Bush padre, Boris Yeltsin y Felipe González. Como un águila que vuela alto y ve lejos advirtió veinte años antes que los demás la gravedad del problema del cambio climático, que hoy está en la boca de cualquier político o gobernante, por torpe o rústico que sea. Lo hizo cuando el clima ideológico mundial estaba inficionado por el desenfrenado optimismo sobre el futuro de los Estados Unidos y el supuesto triunfo de la globalización neoliberal. Cuando en la metrópolis imperial saludaban con suicida anticipación el advenimiento del «nuevo siglo americano» precipitado por la desintegración de la Unión Soviética, y el coro polifónico del mundo académico y de los medios entonaba con fervor la melodía del «fin de la historia», Fidel en Río decía lo que nadie podía creer y anunciaba lo que nadie quería escuchar. Que en realidad sí podría haber un «fin de la historia», pero no el que pregonaban los mandarines del Imperio sino porque era la propia especie humana la que se encontraba en peligro. Un verdadero y apocalíptico final de la historia causado por el capitalismo.

El otro ejemplo de su extraordinaria clarividencia lo proporciona su «descubrimiento» de Hugo Chávez. Como se recordará, una vez indultado, el bolivariano realizó una gira por varios países de la América Latina y el Caribe. No le

fue nada bien en ese recorrido, y muy pocos lo recibieron porque venía precedido por una fama de golpista que la prensa hegemónica se encargó de subrayar en cada etapa de su desplazamiento. Pero cuando el 14 de diciembre de 1994 llega a La Habana, punto final de su periplo, al pie del avión y para tremenda sorpresa de Chávez (preguntó a los sobrecargos qué alto dignatario venía en el vuelo), lo estaba recibiendo Fidel en persona. A diferencia de tantos otros políticos y gobernantes latinoamericanos y caribeños, al líder histórico de la Revolución Cubana no le pasó inadvertida la enorme potencialidad política encerrada en la figura de ese joven militar venezolano. Como un fino escultor que ante la agreste tosquedad de la roca imagina la obra maestra que brotará de su labor, Fidel percibió claramente que en Chávez había encontrado el acompañante perfecto, al imprescindible mariscal de campo que él, como estrategia general, necesitaba para llevar a buen puerto su epopeya libertadora. Este encuentro dio origen a un dúo irresistible que cambió la historia latinoamericana y produjo la aplastante derrota del Alca, el más importante proyecto que el imperio le tenía reservado a nuestra América para todo el siglo XXI.

Político, estadista, estrategia militar, Fidel fue además un notable intelectual. En el ya mencionado Encuentro de 2012, que se prolongó durante nueve fecundas horas, el Comandante nos repetía, una y otra vez: «Vine a escucharlos a ustedes, a aprender de ustedes», cada vez que alguno de nosotros le formulaba una pregunta. Por supuesto que las contestaba, haciendo gala de una información tan detallada que nos sumía en la perplejidad. Contestaba brevemente nuestras preguntas, porque su deseo más profundo era escuchar a sus interlocutores, aprender de

ellos. ¿Cuántos jefes de Estado tienen esa misma humildad? Pocos, en realidad muy pocos. No exageraríamos un ápice si dijéramos que era una de las personas mejor informadas del mundo. Lo demostró a lo largo de más de cincuenta años y una vez más en esa notable reunión de 2012. Lector incansable, como Chávez; dotado de una curiosidad inagotable que transitaba desde la historia, la política y la economía hacia las nanociencias, la ingeniería genética y la astrofísica. Una de las imágenes imborrables es la de Fidel sentado en la primera fila de los eventos organizados por la Casa de las Américas, la Anec, la Feria del Libro, el Centro de Estudios Martianos o durante la Asamblea General de Clacso, en octubre de 2003, tomando notas de cada una de las presentaciones, siguiendo atentamente las exposiciones y, a menudo, pidiendo la palabra y, de manera respetuosa no exenta, a veces, de una pizca de humor para relajar la tensión del expositor, formular alguna pregunta o hacer un comentario sensato y casi siempre explorando derivaciones e implicaciones de lo que había sido dicho que habían pasado inadvertidas casi para todos los demás. Y lo hacía desde la humildad, jamás procurando subestimar al otro sino más bien todo lo contrario; demostrando con su actitud el respeto que tenía por las opiniones ajenas.

Fidel nos deja un inmenso legado, que enriquece el que nos dejaron Bolívar, Martí y los «padres fundadores» de la Patria Grande. Que nos legaran el Che, los dos Camilos (Cienfuegos, el cubano, y Torres, el colombiano) y más recientemente Chávez. Paradojalmente, su muerte lo inmortaliza. Su influencia, como la de los nombrados, no hará sino crecer con el paso del tiempo. Mientras subsista el capitalismo, y el imperialismo continúe sembrando destrucción

y muerte a su paso, las enseñanzas de Fidel irán creciendo en importancia. Nos enseñó –en línea con las ideas de Martí y, posteriormente, con las reflexiones de Antonio Gramsci– que la batalla de ideas es un terreno decisivo de la lucha por la liberación de nuestros pueblos. Martiano y marxista a la vez, hizo suyo el apotegma del Apóstol que decía que «trincheras de ideas valen más que trincheras de piedras». Y ya desde finales del siglo pasado venía diciendo que el neoliberalismo había fracasado en lo económico y en lo político; que no había hecho crecer nuestras economías ni demostró ser capaz de redistribuir progresivamente los ingresos y la riqueza. Y que las políticas neoliberales estaban destruyendo la credibilidad y la legitimidad popular en las democracias. Si cuando lo decía era un profeta predicando en el desierto y sin nadie que lo escuchara, un cuarto de siglo después la biblioteca especializada está repleta de estudios y tesis doctorales que confirman lo que Fidel, como siempre, vio mucho antes que los demás. Hoy hablar de democracia ya es un despropósito. ¿Dónde? ¿En Europa, donde la Führer alemana le ordena al gobierno griego que desconozca el resultado de un plebiscito y proceda en un sentido exactamente contrario al votado por el pueblo? ¿En los Estados Unidos, donde la competencia electoral fue sustituida por la competencia entre los *fund raisers* que se encargan de conseguir donativos –ilimitados ahora por una decisión de la Corte Suprema– subordinando por completo el debate de ideas y de alternativas políticas por los resúmenes de las cuentas bancarias? Aquella premonición crítica de Fidel a las «democracias realmente existentes» hecha cuando en la América Latina cundía la embriaguez por las promesas de la

«transición democrática» que, como era de esperar, se vieron completamente frustradas es hoy moneda corriente de cualquier analista político. Todos hablan de la crisis de la democracia, pero se cuidan de decir que quien primero dio la voz de alerta fue el líder cubano.

Pero si el neoliberalismo fracasó en estas dos dimensiones: la económica y la política, Fidel señalaba que obtuvo una rotunda victoria en el terreno de las ideas. Y que este predominio en el decisivo terreno de las creencias, las actitudes, los valores, en lo que establece lo posible y lo deseable a la vez que arroja por la borda lo que se considera imposible o quimérico, el neoliberalismo halló su clave de bóveda para sostener un edificio de mentiras –o la estúpida expresión posmoderna actual: «posverdades»– que terminaron desarmando ideológicamente a grandes sectores de nuestras sociedades que hicieron suyas las premisas y los valores de sus explotadores y terminaron votando por sus representantes políticos en Argentina, en Bolivia en el referendo del 21 de febrero de 2016, o consintiendo la ilegal e inconstitucional destitución de Dilma Rousseff en Brasil. Va de suyo que esta tarea hubiera sido imposible sin la fenomenal concentración de los medios de comunicación de masas en manos de un puñado de gigantescos oligopolios controlados, directa o indirectamente, por el imperio, y cuyos tentáculos y ramificaciones son claramente discernibles en la América Latina y el Caribe. Por eso el llamamiento de Fidel a extremar nuestros esfuerzos para librar esa batalla en el terreno de las ideas, las sensibilidades y el imaginario de nuestras sociedades. Y de ahí el consejo que les daba a los cubanos: «¡No crean, lean!».

Termino diciendo que el riquísimo legado político y doctrinario de Fidel exalta una serie

de principios y valores fundantes de todo proyecto y toda estrategia de izquierda. La unidad, en primer lugar. Unidad para superar la fragmentación y dispersión de esfuerzos de todo el campo popular, antimperalista y anticapitalista, a menudo desangrado en interminables polémicas internas que impiden sitiar la ciudadela de nuestros enemigos. Debates anacrónicos en la actualidad, por importantes que pudieran haber sido hace un siglo. Unidad en la diversidad, como se plasmó en el Movimiento 26 de Julio, en la Unidad Popular chilena de Salvador Allende, o en el PSUV venezolano, el MAS boliviano o la Alianza País ecuatoriana. Unidad que no suprime las diferencias pero que busca reconciliarlas para plantar un bloque unificado frente a un enemigo que intenta aplastarnos y arrojarnos al basurero de la historia. Segundo, socialismo, como objetivo irrenunciable a partir de la constatación de que el capitalismo es lo que es, y que, apelando a una expresión que mi compatriota Jorge Luis Borges utilizaba para caracterizar al peronismo, «es incorregible». Es un sistema que nos lleva al holocausto ecológico y social, y que destruirá el planeta y la humanidad. En consecuencia, ante el capitalismo: intransigencia total, pero remarcando además que hoy el socialismo es más necesario que nunca y, por lo tanto, la lucha antimperalista más imprescindible e impostergable. Un rasgo definitorio de nuestra época es que las condiciones objetivas para el tránsito hacia esa forma civilizatoria superior que es el socialismo están madurando aceleradamente, pero no ocurre lo mismo con las condiciones subjetivas, con el estado de la conciencia y el imaginario popular cuyo retraso en relación con las primeras es tan ostensible como lamentable. Tercero, la solidaridad, expresada en el internacionalismo de

la Revolución Cubana y también en el ámbito de la moral revolucionaria. Lo primero es muy conocido. Fidel apoyó sin excepción todas las luchas de liberación nacional de la América Latina y el Caribe, África y Asia. Y posteriormente lo hizo enviando médicos, maestros instructores deportivos y especialistas en diversas áreas. En la actualidad Cuba tiene unos cuarenta y ocho mil médicos y profesionales de la salud instalados en los sitios más apartados e inhóspitos de sesenta y siete países. Pero esa solidaridad y compañerismo fueron también rasgos del Comandante en su calidad de jefe del 26 de Julio. Durante la travesía del Granma una fuerte ola sacudió a la embarcación y Roberto Roque, segundo capitán y piloto del yate, cayó al mar. Era noche cerrada y la marejada muy fuerte. Sin embargo, Fidel no vaciló un minuto y ordenó regresar hasta dar con el caído, a pesar de que el combustible era preciosamente escaso. Muchos de los guerrilleros ya lo daban por perdido, pero Fidel insistió en su búsqueda hasta que dio con él y Roque fue rescatado sano y salvo. ¿Cuántos jefes militares habrían hecho lo mismo en esas condiciones? Muy, pero muy pocos. Pero Fidel lo hizo. Fidel era único.

Fidel ha muerto, pero no se ha ido. Seguirá por los siglos como una fuente de inspiración para todas las rebeldías. Nosotros, en la izquierda, no tenemos a nuestra disposición el fenomenal arsenal de empresas, instituciones, universidades, «tanques de pensamiento», medios de comunicación y redes diplomáticas con que cuenta la derecha. Pero, en cambio, tenemos algo de lo cual esta carece: la fuerza moral que brota de figuras ejemplares, como Fidel, Chávez, el Che, los dos Camilos y tantos otros. Y esos personajes tienen una virtud excepcional: lejos de que sus luces se extingan con su muerte, brillan

cada vez con más fuerza en el firmamento político latinoamericano y caribeño. En la segunda mitad del siglo xx la derecha tuvo un puñado de grandes políticos de proyección mundial: De Gaulle, Churchill, Kennedy, para nombrar los más relevantes. ¿Qué queda de ellos? Estatuas, monumentos, alguna que otra biblioteca con sus nombres pero nada, absolutamente nada más. Su recuerdo se fue disipando con el paso del tiempo. En nuestra América, ¿quién se acuerda hoy de dos gobernantes a los que Wáshington encumbró como las «alternativas democráticas» de la Revolución Cubana? Hablamos de Eduardo Frei Montalva, en Chile, con su famosa (y decepcionante) «revolución en libertad», la cual, como era de esperar, fracasó y abrió las puertas al triunfo de Salvador Allende en 1970. Y también de Luis Muñoz Marín, gobernador de Puerto Rico, que la Casa Blanca exhibía para demostrar que podía haber algo mucho mejor que Cuba en el Caribe. Ni el uno ni el otro dejaron nada a su paso y fracasaron sin atenuantes. Parfraseando a Fidel, podemos afirmar que la historia no los absolvió sino que su veredicto fue aún más cruel: los olvidó. El Che, en cambio, adquirió luego de su muerte una gravitación excepcional, que no cesa de crecer, superior a la que tuvo en vida. Quienquiera que luche contra la injusticia y la opresión encuentra en la imagen del Guerrillero Heroico un símbolo que trasmite sin ambigüedad alguna su mensaje de rebeldía. En Latinoamérica pero también en Asia, África, Medio Oriente, Europa y ahora, de a poco, en los Estados Unidos. Y lo mismo está ocurriendo con Chávez y, sin ninguna duda, idéntica cosa ocurrirá con Fidel. Nuestros muertos nos dejan un legado imperecedero y sus valores y sus ideas –las famosas trincheras de Martí– son fecundas

fuentes de inspiración para las luchas de hoy. Fidel, con su pasión quijotesca de «soñar sueños imposibles, luchar contra enemigos imbatibles y alcanzar la estrella inalcanzable» seguirá estando más presente que nunca en las luchas para abolir al capitalismo y, de ese modo, salvar la continuidad de la especie humana. Será, como Martí lo fue del Moncada, el autor intelectual de todos los asaltos que, en cualquier parte del mundo, se realicen contra las decrepitas murallas del capitalismo. Fidel sigue viviendo entre nosotros, solo que de otra manera. Oímos su voz, quedamos deslumbrados por la exuberante gestualidad que acompaña su palabra, leemos miles de páginas con sus escritos y reflexiones. Todo ese verdadero tesoro político nos insufla la fe y la convicción necesarias para librar con éxito la batalla contra la dictadura del capital. Esa fe y esa convicción con las cuales Fidel emprendió con éxito la campaña en la Sierra Maestra luego del desembarco del Granma el 2 de diciembre de 1956; o cuando más de dos semanas después de la desastrosa llegada a tierras cubanas Fidel se encuentra con Raúl y unos pocos combatientes más y le pregunta: «¿Cuántos fusiles traes?». «Cinco» –respondió Raúl–. «Y dos que tengo yo, ¡siete!». Satisfecho, dijo con absoluto convencimiento ante sus atónitos compañeros: «¡Ahora sí ganamos la guerra!», y la ganó; o cuando aseguró que Cuba sobreviviría a los horrores del Período Especial agravado por el criminal bloqueo de los Estados Unidos; o cuando dijo que el niño Elián volvería a Cuba, y volvió; o cuando afirmó que «los Cinco» también lo harían, y volvieron. Ese gramsciano optimismo de la voluntad de Fidel, capaz de mover montañas, sigue siendo un patrimonio decisivo para la izquierda mundial. Y nos dio una prueba la noche del 29 de noviembre en

la que el pueblo habanero despedía sus cenizas y, ya extinto y todo, Fidel removi6, en beneficio de Cuba y para sorpresa de los Estados Unidos, las piezas del tablero geopolítico mundial al convocar a la Plaza de la Revolución a más de un centenar de representantes de gobiernos de todo el mundo, diecisiete de los cuales –entre ellos dos de los tres actores más significativos de la arena política internacional: China y Rusia– hicieron uso de la palabra para homenajear su vida y su obra, y para declarar su incommovible solidaridad con la Revolución Cubana. Desde otro lugar Fidel sigue (y seguirá) siendo protagonista de

la historia. Por eso en el título de esta nota me permití parafrasear el hermoso libro de Katiuska Blanco, *Fidel: guerrillero del tiempo*, para decir que sería el guerrillero de todos los tiempos que nos esperan. Y por eso, para recordar su historia y sus enseñanzas, sería bueno que la izquierda latinoamericana y caribeña declarase el 25 de noviembre, día en que Fidel partió de Tuxpan con el Granma para, exactamente sesenta años después, iniciar su tránsito hacia la inmortalidad, el «Día Universal del Antimperialismo». Pocas fechas están más cargadas de significado revolucionario y antimperialista que ese día. **C**



1981. 1er Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América. Junto a Fidel, Nicolás Guillén, Antonio Núñez Jiménez, Carlos Rafael Rodríguez, Armando Hart, Miguel Otero Silva, Mariano Rodríguez y Roberto Fernández Retamar.

# Comunicado del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso)

**E**l Comité Directivo y la Secretaría Ejecutiva de Clacso expresan su profundo dolor por el fallecimiento del gran líder revolucionario y expresidente cubano Fidel Castro. Expresamos nuestras condolencias al pueblo de Cuba, a sus trabajadores y trabajadoras, a sus intelectuales y profesionales, a sus dirigentes políticos, sociales y sindicales, a sus luchadoras mujeres, a esa fuente inagotable de esperanza en la Humanidad que son sus niños y niñas. Cuba llora a Fidel. Y nosotros lloramos con ella. Cuba extrañará a Fidel. Y nosotros lo extrañaremos con ella.

Se ha dicho que, con la partida de Fidel, ha terminado el siglo xx. Quizá algunos aún no hayan comprendido que Fidel no solo ha expresado el inagotable valor de una vida heroica, sino fundamentalmente la urgencia por construir un mundo nuevo, habitado por hombres y mujeres que lo edifican y lo construyen con la dignidad con que se defiende el derecho que todos tenemos a vivir mejor. Fidel era un hombre, como tantos otros. Pero Fidel se transformó, y lo hizo junto a las luchas del inmenso pueblo cubano, en un horizonte, en una promesa, en un destino utópico: el de construir un mundo sin injusticias, sin exclusiones, sin explotación; un mundo emancipado, liberado, solidario. El siglo xx ha terminado, sin lugar a dudas, vaya a saber cuándo. Pero Fidel sigue y seguirá siendo una antorcha que iluminará a todos los que luchemos por la igualdad, a todos los que nos alimentemos de

la esperanza en un mundo más humano, a todos los que hagamos de la lucha contra la explotación nuestra razón de existir.

Por eso, Fidel seguirá, seguirá y seguirá entre nosotros, entre nosotras. Ayudándonos a ser cada día un poco mejores. Ayudándonos a soñar y a construir una América Latina unida, hermanada, soberana, indestructible ante el poder de cualquier imperio. Una América Latina emancipada y liberada.

Hace tiempo, querido Fidel, que la historia ya te absolvió. Mueren los hombres pequeños, los que no se atreven a soñar, los que no se animan

a proyectarse en el futuro. Mueren los necios y los desilusionados. Mueren los que desaparecen cuando dejan de respirar. Tú, Fidel, no has muerto. Simplemente, vivirás ahora en cada corazón, en cada mente, en cada suspiro, en cada brazo, en cada puño, en cada bandera, en cada columna, en cada grito de justicia y de esperanza. Vivirás en la humanidad. Y la historia seguirá haciéndote cada día más inmenso, más presente, más vital.

Clasco honrará tu memoria. ¡Viva Cuba y viva el pueblo cubano!

Buenos Aires, sábado 27 de noviembre de 2016 



1984. Fidel Castro de visita en la Casa de las Américas. Encuentro con Pablo Milanés, Vicente Feliú, Silvio Rodríguez, Roberto Fernández Retamar, Armando Hart, Mariano Rodríguez, Jorge Enrique Mendoza, Frank Fernández, Eduardo Ramos, Sara González, entre otros, y representantes de la prensa.

# El mayor legado de Fidel

Ala pregunta: ¿qué era Cuba sin Fidel Castro?, se puede responder solo leyendo las crónicas de las administraciones previas a la Revolución Cubana, ahí donde el gobierno norteamericano fungía como gendarme eterno de un suelo que le era ajeno. La Cuba de Fidel es la Cuba de la salud y la educación pública para grandes y chicos, reivindicada por la Unesco y la Unicef en reiteradas ocasiones. La Cuba de Fidel es la que consiguió, con la diplomacia de los pueblos, torcer el voto de importantes países en la Organización de Naciones Unidas para denunciar el criminal bloqueo norteamericano –incluso, este año, hasta los propios Estados Unidos tuvieron que abstenerse para evitar una nueva derrota contundente.

La Cuba de Fidel es la que permitió cubrir todas las necesidades de los niños de su país, en un mundo donde estos son arrojados al vacío permanentemente. Fidel puso a Cuba en el mapa mundial, le guste a quien le guste, y le pese a quien le pese. Fue un destacado «*global placer*»: dotó a una isla pequeña de una entidad superlativa en el escenario global.

Y no solo marcó a fuego el siglo xx: también lo hizo durante los primeros años del que transitamos: ideó la Alianza Bolivariana para los Pueblos de América durante 2004 y cofundó la Red de Intelectuales y Artistas en Defensa de la Humanidad al año siguiente. Pero lo más importante: tuvo destacada participación –aun sin estar presente físicamente en el No al Alca de Mar del

Plata 2005, cuando desde La Habana siguió paso a paso la Cumbre de las Américas y la contracumbre que se desarrollaba con movimientos sociales en el Estadio Mundialista. El propio Hugo Chávez, en aquel recordado discurso del Alca, al carajo, dejó claro que el nacido en Birán había estado detrás de todos los detalles del evento.

Durante sus últimos meses se reunió con Francisco, Putin, Xi Jinping, Cristina Fernández de Kirchner, Mujica, Maduro, Correa y Evo Morales, entre otros. Escribió sobre la progresiva irrupción de un mundo multipolar y sobre el importante rol de China y Rusia en esa nueva configuración, donde la América Latina y el Caribe deben ser uno de los polos de ese mundo emergente, distinto al unipolar verificado tras la caída de la URSS. Fue un estratega de la geopolítica, analizando todas las variables del plano internacional, a la par que seguía el día a día del plano doméstico –el que determina la cotidianidad de los cubanos, su humor social.

En síntesis: el mayor legado de Fidel es la reivindicación de la política como herramienta de transformación de la vida de las mayorías. Ni más ni menos. Fidel, lejos de ser un voluntarista utópico, siempre tuvo claro que la política podía transformar, modificar lo establecido. Que se podía torcer el destino manifiesto que decía que Cuba tenía que ser una isla satélite de la principal potencia mundial, ubicada a escasas noventa millas. Que se podía hacer de la América Latina y el Caribe un lugar más justo, menos desigual. Que se podía hacer la Revolución en un lugar donde los manuales desaconsejaban aquel accionar.

Fidel murió. Sus ideas, tal como él lo hizo saber en el último Congreso del Partido Comunista de Cuba –que fungió casi como una despedida pública–, quedarán vivas en millones de personas del mundo entero que hoy lo lloran, pero que tomarán su legado para hacer de este mundo un lugar un poco más justo. **■**



1984. 3er Coloquio y Encuentro Latinoamericano de Fotografía. El fotógrafo norteamericano Walter Roseblum junto a Fidel.

RAÚL ROA KOURÍ

# Hasta siempre, Fidel

«Y unques, sonad; enmudeced, campanas!». Se ha marchado Fidel. Hace dos días. La Habana, silenciosa, piensa en él. Los más viejos rememoran los días iniciáticos de la Revolución, la lucha contra Batista, la alfabetización, el recibimiento de los guajiros en la capital –incluso por algunos de los burgueses que después se fueron–, la justicia ejemplarizante aplicada a los asesinos y torturadores, las nacionalizaciones de las empresas extranjeras, fundamentalmente yanquis; la Reforma Agraria, que enfureció al imperio; la cobarde agresión de los mercenarios, urdida por Eisenhower, ejecutada por Kennedy y derrotada en menos de setenta y dos horas, en Playa Girón: ¡primera derrota del imperialismo en América! Y fuimos socialistas: martianos, marxistas, leninistas y, por supuesto, fidelistas. Pero, además, creamos un país donde todos tenemos acceso universal y gratuito a la educación, a los cuidados médicos, al deporte; libre de discriminaciones por el color de la piel, el credo o el género. ¡Un país de hombres de ciencia debe ser Cuba en el futuro!, proclamó Fidel cuando aún teníamos un millón de analfabetos. Hoy tenemos más de un millón de graduados universitarios y ya los científicos aportan logros indiscutibles a la nación. Fuimos y somos internacionalistas, como lo fueron Céspedes, Maceo, Gómez y Martí; como Mella, Rubén y Guiteras. Defendimos la independencia de pueblos africanos como la propia y la derrota de las tropas

Revista Casa de las Américas No. 286 enero-marzo/2017 pp. 69-70

racistas sudafricanas en Angola estremeció definitivamente el régimen abominable del *apartheid*. En «los días luminosos y tristes» de la Crisis de Octubre, brilló Fidel como estadista: sus «cinco puntos» salvaron la honra de todo el pueblo. Nuestros médicos, técnicos, educadores han prestado –y prestan– servicios en numerosos países del mundo y han acudido prestos a lugares de América, Asia y África en misiones de salvamento y curación. Cuando en áreas remotas uno proclama orgulloso: «soy cubano», una mujer, un hombre, un niño de la calle responde: ¡Fidel! Somos el pueblo de Fidel, no

hay duda. Hay quienes quieren solo ver manchas en el sol, pero las que pueda haber no alcanzan a opacar la inmensa luz que irradia. Por mucho que griten, conspiren y tramen desde la otra orilla, a la sombra por supuesto de nuestros enemigos seculares, Cuba jamás volverá a ser colonia yanqui. Nadie podrá quebrar nuestra dignidad, nuestro patriotismo. Con las ideas de Fidel construiremos una sociedad socialista, democrática, próspera y sustentable. Su pensamiento humanista y liberador nos guía. Su luz es inmortal.

La Habana, 27 de noviembre de 2016 



1989. Reunión de trabajo con los compañeros de la Casa de las Américas. Junto a Fidel se encuentran, Lucía Sardiñas, Armando Hart, Frank Pérez, Lesbia Vent Dumois, Roberto Fernández Retamar, Silvia Gil, Chiki Salsamendi, Alberto Faya, Nancy Morejón, Roberto Navarro, Arturo Arango, Luisa Campuzano, Esther Pérez y Magali Muguercia.

CARLOS LAGE CODORNIÚ

## Un Fidel muy íntimo

**M**i niñez y mi adolescencia (como la de mis hermanos) estuvo marcada por la cercanía de Fidel. Eran los años «duros» del Período Especial y mi papá pasaba muchas horas con él. Al finalizar el día (o al empezar), sobre las 4 am, Fidel dejaba a mi papá en la casa y allí seguía la tertulia como si fuera mediodía, en muchas ocasiones con mi abuela Iris.

A nosotros nos despertaron las primeras veces para saludar al Comandante, pero fue imposible después, por lo repetido. Cuando salíamos para la escuela y veíamos un par de vasos en la mesa del comedor decíamos: «En la madrugada estuvo Fidel».

Esa relación llegó a ser familiar y muy íntima. Fidel admiró mucho a mi padre y nos transmitió esa admiración a nosotros. Si no, no pudiera escribir lo que escribo. Y admiró profundamente a una familia que sentimos cómo hizo suya. En los primeros días de recuperación después de su operación, dedicó con letra ilegible un abrazo a la familia y a mi papá. El día que se nos fue la abuela Iris escribió una sencilla pero emotiva reflexión.

Fidel me dio mi diploma de preuniversitario, fue el padrino de mi primer matrimonio y el día en que me eligieron presidente de la FEU [Federación Estudiantil Universitaria], cuando terminé mi discurso, me dio un fuerte abrazo que no supe si familiar o emotivo o comprometido o todas las cosas juntas. Después habló seis horas y advirtió que al Socialismo solo lo podríamos derrumbar nosotros mismos. Era el 17 de noviembre de 2005.

Revista Casa de las Américas No. 286 enero-marzo/2017 pp. 71-73

La huella que más nos caló de esa relación fue su extrema sensibilidad.

Fidel trataba a sus interlocutores a la par, sin importar la edad o el nivel cultural. La gente lo trataba de tú, porque él no ponía distancia alguna. En la sala de la casa presenciábamos intercambios simpatiquísimos entre Fidel, Olga y Julia, dos negras iletradas que criaron a mi papá y a mis tíos antes de la Revolución y se quedaron en la casa hasta sus últimos días, como abuelas.

Y a cuanta cosa que un niño decía él prestaba atención como si se tratara de una cuestión de Estado. Cuando en la secundaria decidí estudiar la mitología griega, al empezar un círculo de interés en el zoológico o hice algún periodiquito para la escuela, Fidel indagaba con profundidad (y muchas preguntas) sobre todos los detalles.

Mi primer encuentro con Fidel fue a los nueve años. Mi hermano estaba recién operado de una obstrucción intestinal y mi papá se quedó conmigo en la casa. Fidel lo llama a trabajar y mi papá le explica la situación, a lo que él responde que me llevara. No sé dónde habrán quedado los asuntos de gobierno esa noche, porque yo recuerdo un interrogatorio de tres horas sobre el estado de salud de mi hermano, la calidad del pan del barrio de mi abuela, mis asignaturas y actividades escolares, y mucho más.

Escenas parecidas se repitieron muchas veces. Él mandaba a llamar a la familia para acompañarlo a comer y ahí lo vimos desarrollar una idea hasta el final con una lucidez increíble. Hablaba de los problemas de Cuba, del Medio Oriente, de los Estados Unidos, de nutrición o de nuevos descubrimientos científicos. Era un monólogo de muchas horas que resistimos las primeras veces (en otras no pudimos aguantar el sueño). En una ocasión, después de muchas horas en la mesa,

Dalia le dice que los niños estaban dormidos, a lo que él respondió: «Déjalos que duerman».

Quizá el mejor ejemplo de esa sensibilidad de Fidel fue en un 26 de julio en Santiago de Cuba. Después de seis horas de discurso fuimos a comer y ahí conversó por unas tres horas más. Cuando ya parecía que íbamos a dormir, mi hermana (que tenía siete u ocho años) y parecía que no prestaba atención, pregunta: «¿Y qué es una póliza de seguros?». Fidel paró en seco y le dijo: «Espérate, Cristinita, que te voy a explicar». Fueron unas dos horas más, en las que ponía ejemplos y le preguntaba a mi hermana en cada momento si entendía bien. A eso de las seis de la mañana fuimos a la cama y no habían pasado dos horas cuando sentimos el teléfono: «Bajen rápido a desayunar que el Comandante se va para La Habana». Era un ciclón. En el desayuno estuvo hablando unas tres horas más.

Fidel tenía una capacidad increíble para analizar la naturaleza de los problemas. Un día en que celebrábamos el cumpleaños de mi mamá en mi casa, me llama a una esquina y me dice: «¿Es cierto que se hace fraude en tu escuela?». Yo no lo podía creer (había un fraude masivo en mi secundaria del que yo era parte), pero no hubo regaño.

Al otro día mi mamá fue a la escuela a hablar con la directora y se repitieron los exámenes. Cuando concluí la primera de las nuevas pruebas, al llegar a la casa, tenía una llamada de Fidel: «¿Cómo saliste? ¿Viste que no te hacía falta?». Unos días después, en un acto público en el Karl Marx, hizo una crítica muy fuerte del fraude, pero lejos de arremeter contra quienes lo cometían, lo hizo contra el tipo de evaluaciones y las condiciones que propiciaban que el fraude ocurriera.

El 12 de agosto de 1995 fuimos a comer a Palacio. Eran años duros y Fidel parecía mostrar en su celebración la angustia por la suerte de todos. La comida fue frugal: una sopa y unas croquetas, como se hizo costumbre en esos tiempos. A las doce de la noche solo hubo una foto: Fidel, Felipe y su familia, mi papá y su familia, Eusebio, Chomy y la escolta (su familia más cercana). A aquellos fornidos de verde, en medio de sus caparazones, se les veía una inmensa y tierna admiración por el Comandante, al que habían entregado todos los minutos de su vida. Antes de dispararse el gatillo, Fidel me dice: «Ve y tráeme el busto de Martí que está en mi escritorio». Así celebró Fidel sus sesenta y nueve.

Creo que se me queda mucho. Creo que no es escribible esta relación (hay emociones para las que no existen palabras). Ese Fidel humano, ese Fidel íntimo es el mejor Fidel que merece conocer la gente. Afortunadamente es el que podré mostrar a mis hijos.

Si algo fue mi papá en sus responsabilidades fue humilde y desprendido. Por eso no conocimos privilegios materiales. Y los que necesariamente tuvimos no lo valieron, al menos así lo apreciamos y así nos lo hicieron ver. Nuestro privilegio fue la cercanía de Fidel, un Fidel con virtudes y errores, gigante de cualquier forma.

Por eso no importa que haya hecho alguna que otra cosa que no compartiera, alguna incluso que fuera costosa, no importa que haya escrito alguna reflexión que no pueda entender de ninguna manera. Llevaré siempre un cariño bien íntimo y un compromiso con el proyecto humano que él (más que nada y que nadie) representa y por el que nos hizo soñar.

Por eso, cuando muchos preparan «planes de retirada», sigo soñando con socialismos posibles, con cierta testarudez que desafía presentes difíciles.

Lunes, 28 de noviembre de 2016 **C**



1989. Imposición de la medalla Haydee Santamaría a Daniel Viglietti.

# Una historia que no puede ser escrita con palabras

**S**ão Paulo. Perdimos a Fidel. Ganamos una historia de ejemplos y sabiduría.

La historia de Fidel es indescriptible, no podemos delinearla apenas con palabras. Entonces, me gustaría dar un testimonio.

El usó toda su sabiduría, conocimientos, capacidad de líder y dedicación para construir a lo largo de la década de 1960 un pueblo unido, que se transformó en imbatible, enfrentando a las fuerzas económicas y militares más poderosas del siglo xx: el capital de los Estados Unidos.

Durante todos esos años, el pueblo supo enfrentar las peores adversidades, sean naturales, con sus huracanes y vendavales. Afrontó un bloqueo económico inaceptable. Y se mantuvo de pie en una guerra permanente, incluso con una invasión militar en 1961 en Bahía de Cochinos.

Enfrentó las dificultades de una sociedad con límites en la producción de bienes materiales, una herencia colonial de extrema desigualdad, del trabajo esclavo, del monocultivo de la caña y de la servidumbre cultural.

Desafió los peores momentos de un país periférico, dependiente de la geopolítica mundial.

Venció todas las batallas.

Construyó una sociedad que busca intensamente la igualdad de derechos y oportunidades entre todos los ciudadanos.

Derrotó la ignorancia y se transformó en el país de mayor índice de escolaridad del mundo.

Produjo medicina preventiva, humanitaria y solidaria que envió más de sesenta mil médicos a casi todos los países y órganos internacionales juntos. Y nos mandó catorce mil médicos para que cuarenta y cuatro millones de brasileños pudiesen conocer por primera vez la atención médica preventiva de calidad.

Fue siempre solidario con todos los pueblos del mundo que lucharon contra la opresión y explotación, sobre todo en la América Latina y en África.

Nuestra agrupación, Movimiento de Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST), recibió la solidaridad permanente y el apoyo del pueblo cubano, con sus escuelas técnicas, en su Escuela Latinoamericana de Medicina (Elam), donde se formaron cientos de jóvenes pobres brasileños, y recibieron la experiencia y el método de alfabetización de adultos (¡Yo sí puedo!). Construimos juntos las articulaciones internacionales de movimientos, Vía Campesina, Alba, con campesinos cubanos de la Anap y sus técnicos de agronomía de la Actaf, con la CTC, el Centro Martin Luther King, etcétera. Pero, sobre todo, aprendimos mucho con su ejemplo de lucha y de persistencia.

Participamos activamente con el pueblo cubano de la campaña anti-Alca y contra el dominio del Imperio sobre la América Latina.

Y Fidel fue siempre el organizador e inspirador de todo el pueblo.

No es lugar aquí, ahora, para enaltecer las cualidades personales de esa figura única, de estadista, sabio y estratega político. Quería apenas reforzar para nuestra militancia su ejemplo, en dos aspectos fundamentales de su vida. El amor al estudio: Fidel fue un propagandista de la importancia del estudio, del conocimiento científico, de la educación liberadora. Estudió siempre, desde joven hasta sus últimos días. Afirmaba siempre: ¡solo el conocimiento libera verdaderamente a las personas!, repitiendo a su inspirador, Martí.

Estuvo siempre junto con su pueblo, en todos los momentos, siendo el primero de la fila, en todas las situaciones difíciles: en la guerras, en la organización de la producción y del conocimiento. No midió esfuerzos y dio ejemplo del espíritu de sacrificio.

Fidel fue un hombre genial, por sus ideas y por su coherencia.

Nos dejó un legado fantástico, como ejemplo a seguir.

¡Viva Fidel! ¡Fidel vivirá para siempre! **C**

## Fidel y Omar

Cuando aquellas extraordinarias palabras del discurso del general Omar Torrijos retumbaron en el hemiciclo del Consejo de Seguridad –celebrado en Panamá, en 1973– sobre el hecho de que cada minuto de aislamiento a Cuba constituía sesenta segundos de vergüenza hemisférica, se enarbolaron las banderas de dignidad de ambos pueblos; el veto estadounidense a Panamá no fue el dique que detuvo la persistencia y la tenacidad por la superación colonial y el reintegro a Panamá del Canal, el último día del siglo xx.

Así, ambos países –Panamá y Cuba– y dirigentes –Fidel Castro y Omar Torrijos– tejerían sucesivos y cada vez más profundos y verticales lazos en el tiempo, donde la solidaridad y el mutuo respeto fue el signo de esa inquebrantable amistad, y las razones históricas justas fueron los motores de sus decisiones políticas, incluyendo las que tomaron en el escenario internacional.

Cuando Torrijos visita Cuba y se restablecen las relaciones diplomáticas entre La Habana y Panamá se evidencia –en sus propias palabras– que esa amistad se había consolidado y era ya de acero; se concretaba en una comunicación permanente y fluida, en coincidencias sobre los asuntos hemisféricos, donde el consejo responsable de Fidel era la paciencia, serenidad y flexibilidad en el fragor de las arduas negociaciones, para alcanzar la conquista de los Tratados Torrijos-Carter.

El viernes 25 de noviembre pasado, su corazón de oro se detuvo, pero su nave levó anclas y su bandera se izó en lo más alto del mástil. En la marcha que se realizará a lo largo de la isla de Cuba, desde el miércoles 30 hacia Santiago, donde reposarán sus restos en el cementerio Santa Ifigenia, cerca del Apóstol José Martí, el general Omar Torrijos estará acompañándolo.

Ambos líderes coincidieron en el tiempo de las batallas por la libertad, del fin del colonialismo y la conquista de la soberanía de nuestros pueblos. Ambos latinoamericanos, caribeños, tercermundistas, profundamente solidarios, dignos estadistas, no se avasallaron ante los designios imperiales.

Ambos, con sus respectivos idearios, desafíos nacionales y circunstancias –como en su época lo hicieron los grandes capitanes y patriotas de esta América mestiza–, fueron y son soldados

leales de estas tierras que José Martí pudo ver desde sus atalayas visionarias.

Cuba, con la existencia y vida de Fidel, fue otra Cuba. Panamá, con Torrijos, fue otro país, cerrando la herida territorial que tanto ofendió a los panameños.

Ellos, independentistas, emancipadores, profundamente hijos de sus pueblos, siempre tuvieron su mirada y su compromiso con los humildes.

Como un privilegio, varias fueron las veces que Fidel me expresó su afecto entrañable por el general Torrijos. Al hablar, sus imágenes hiperbólicas y elocuentes coincidían con imágenes reales, porque las extraía de los seres humanos. Y entonces me precisó: «Torrijos es el más grande patriota de tu país. Es realmente asombroso lo que hizo, y logró lo que parecía imposible».

28 de noviembre de 2016 



1989. Imposición de la medalla  
Haydee Santamaría  
a Oswaldo Guayasamín.

CLAUDIO KATZ

# Nuestro Fidel

Con Fidel se nos fue la principal figura revolucionaria de la América Latina del último siglo. Resulta difícil valorar esa dimensión en medio del gran pesar que genera su fallecimiento. Aunque la emoción dificulta cualquier evaluación, la gravitación del Comandante se aprecia con más claridad cuando ha partido.

Los medios solo enfatizan esa importancia en un sentido descriptivo. Ilustran cómo estuvo presente en los principales acontecimientos de los últimos cincuenta años. También sus mayores enemigos del Imperio registran ese apabullante peso histórico. Festejan el fallecimiento para olvidar que doblegó a diez presidentes estadounidenses y sobrevivió a incontables intentos de asesinato por parte de la CIA.

Cuba es la obsesión del Pentágono y la frustración del Departamento de Estado. Ningún otro país de esa extensión infringió tantas derrotas al imperio. Al cabo de cincuenta y tres años David obligó a Goliat a restablecer relaciones diplomáticas.

Fidel suscita admiraciones que lindan con la devoción. Las alabanzas provienen de su capacidad para tornar posible lo que era muy improbable. Pero frecuentemente esa fascinación está divorciada del contenido de su obra.

Muchos idolatran a Fidel reivindicando al mismo tiempo al capitalismo. Ensalzan al líder caribeño promoviendo variantes del sistema de explotación que el Comandante combatió toda

su vida. En realidad ponderan al hacedor de universos ajenos, descartando cualquier tránsito propio por caminos semejantes.

Fidel siempre tuvo otro significado para la izquierda. Fue el principal artífice de un proyecto revolucionario, socialista y de emancipación latinoamericana. Llevó a la práctica el objetivo que inauguró Lenin en 1917 y por eso ocupó en la América Latina un lugar equivalente al impulsor de los soviets.

Pero a diferencia de su precursor, Fidel condujo durante varias décadas el proceso que inició en 1959. Puede ser evaluado tanto por su triunfo como por su gestión.

Desde una óptica de mayor duración la gesta de Castro se emparenta con las campañas emprendidas por Bolívar y San Martín. Encabezó acciones regionales para intentar el enlace de una segunda independencia de la América Latina, con el avance internacional del socialismo.

Fidel abordó esas metas ciclópeas manteniendo una relación muy estrecha con sus seguidores. Trasmitió directamente sus mensajes a millones de simpatizantes que lo vitoreaban en varios continentes. Logró una conexión racional y pasional con las multitudes que lo escucharon en incontables mítines.

## El hombre y la epopeya

El dirigente cubano siempre actuó con osadía. Radicalizó su proyecto bajo la presión del Imperio y asumió una adscripción socialista que pulverizó todos los dogmas de la época. Demostró que era posible iniciar un proceso anticapitalista a noventa millas de Miami, y con la Olas retomó el objetivo de la unidad antimperialista de la región.

Estas tres facetas de revolucionario, socialista y emancipador latinoamericano fueron compartidas por Fidel con el Che. La misma sintonía que los reunió en el desembarco del Granma se verificó en la estrategia de acciones armadas contra las dictaduras y los gobiernos reaccionarios. Mantuvieron coincidencias políticas que desmienten todo lo escrito sobre la enemistad entre Castro y Guevara.

El Comandante restauró el internacionalismo socialista al cabo de varias décadas de simples enunciados (o explícitas traiciones) por parte de la burocracia del Kremlin. Extendió esa práctica al África, con el envío de combatientes que tuvieron una participación central en la derrota del *apartheid*.

Esas acciones sustituyeron la antigua conexión de esclavitud entre África y la América Latina por una nueva relación de solidaridad contra los enemigos comunes. Esa actitud afianzó el enorme afecto de las comunidades afroamericanas hacia Cuba. Las impactantes visitas de Fidel a Harlem (y sus encuentros con Muhammad Alí, Malcolm X o Harry Belafonte) corroboraron ese efecto.

Pero la estatura histórica de Fidel emergió con mayor nitidez luego de la implosión de la URSS. Logró nuevamente lo que parecía imposible al sostener la supervivencia de Cuba, en medio de una adversidad sin precedentes. Encabezó los durísimos sacrificios del Período Especial y sostuvo una resistencia colectiva forjada al cabo de tres décadas de Revolución.

Esa batalla de convicciones fue probablemente más extraordinaria que muchas acciones bélicas. Fidel logró lo que muy pocos dirigentes han conseguido en circunstancias semejantes.

Esa victoria sirvió de ejemplo para los procesos radicales que despuntaron en el nuevo

milenio. Cuando el neoliberalismo quedó afectado por las rebeliones populares de Sudamérica, Chávez y Evo Morales tuvieron una referencia política, ausente en otras partes del mundo. Fidel mantuvo el ideal socialista como un norte a recrear sobre otras bases.

En la nueva etapa de la América Latina el Comandante motorizó campañas contra la deuda externa y los Tratados de Libre Comercio, mientras fomentaba con el Alba organismos adaptados al contexto posdictatorial de la región.

En este marco, el anhelo del *hombre nuevo* reapareció en las misiones de los médicos cubanos. Esos contingentes sanitarios demostraron cómo se protege la vida de los desamparados que el capitalismo descarta.

Fidel combinó aptitudes de tribuno (discurso «La historia me absolverá») con genio militar (batalla de Cuito Cuanavale en Angola) e inteligencia geopolítica (para actuar en el orden internacional).

Desenvolvió ese notable perfil manteniendo una conducta personal muy sobria. Su vida privada es casi desconocida por la estricta separación que estableció entre la intimidad y la exposición pública.

Durante varias décadas estuvo involucrado en todos los detalles de la realidad cubana. Su incansable actividad fue popularizada con un dicho que aludía a esa omnipresencia («y en eso llegó Fidel»).

Probablemente decidió organizar su propio retiro para contrarrestar esa abrumadora incidencia. Desde 2006 se ubicó en un segundo plano y concentró toda su actividad en la batalla de ideas. Desplegó un prolífico análisis crítico de la depredación ambiental y la pobreza que genera el capitalismo.

La sorprendente trayectoria de Castro confirma muchas conclusiones de teóricos marxistas sobre el papel del hombre en la historia. El

rumbo que sigue una sociedad nunca está dictado por la conducta excepcional de los próceres. Esa evolución queda principalmente determinada por las condiciones objetivas imperantes en cada época. Pero en los acontecimientos decisivos que definen ese curso, ciertos individuos cumplen un rol insustituible. Fidel ratificó ese principio.

Es importante recordar ese protagonismo frente al ingenuo mito que atribuye los logros del proceso cubano a la «presión de las masas». Esa fórmula supone que el extraordinario rumbo seguido por el país obedeció a exigencias radicales desde abajo, que los dirigentes debieron convalidar.

En los hechos ocurrió lo contrario. Una dirección consecuente convenció a la mayoría mediante la ejemplaridad de su conducta. Fidel encabezó a los líderes que comandaron esa gesta.

## Los dilemas irresueltos

Cuba no realizó la revolución que quiso sino la que pudo hacer. Por eso subsiste una significativa distancia entre lo ambicionado y lo obtenido. La principal causa de esa brecha salta a la vista: ningún titán puede construir plenamente el socialismo en un pequeño terreno, bajo el acoso de la principal potencia del planeta. Lo sorprendente es cuánto se logró avanzar frente a semejante rival.

El pequeño país conquistó enormes triunfos que reforzaron la autoestima nacional y la autoridad del Comandante. Desde Bahía de Cochinos hasta la devolución del niño Elián y la liberación de los cinco apresados en los Estados Unidos, Cuba obtuvo importantes victorias bajo el impulso de Fidel.

Pero ninguno de esos hitos alcanzó para remover el bloqueo, cerrar Guantánamo o desactivar a los grupos terroristas que entrena la CIA. Frente

al acoso económico, la extorsión familiar, la tentación de ciudadanía estadounidense o el espejismo de opulencia que trasmite Miami resulta milagroso el tesón de los cubanos.

Este heroísmo ha coexistido con los problemas propios que la Revolución afronta desde hace mucho tiempo. Esas dificultades deben ser evaluadas en proporción a la obra realizada, recordando las limitaciones objetivas que afectan a la Isla.

La economía es un área central de esos inconvenientes. Cuba demostró cómo un esquema no capitalista permite evitar el hambre, la delincuencia generalizada y la deserción escolar. En un país con recursos más cercanos a Haití que a la Argentina se lograron avances en la nutrición infantil, la tasa de mortalidad o el sistema sanitario que sorprenden a todo el mundo.

Pero la errónea imitación del modelo ruso de estatización completa condujo a inoperancias que afectaron severamente la productividad agroindustrial. Esa equivocación obedeció a la dificultad para compatibilizar estrategias revolucionarias continentales con políticas contemplativas hacia el mercado. El idealismo que exige el primer objetivo choca con el egoísmo de la vida comercial.

Luego del Período Especial el país sobrevivió con el turismo, los convenios con empresas extranjeras y un doble mercado de divisas, que segmentó a la población entre receptores y huérfanos de remesas. La sociedad cambió con esa incipiente estratificación social y con la posterior ampliación de la actividad mercantil para ahorrar divisas y reanimar la agricultura.

Fidel impulsó personalmente ese difícil viraje captando el suicidio que significaba volver a las penurias de los años noventa. Muchos analistas estiman que inauguró el retorno al capitalismo, olvidando que ese sistema presupone propiedad

privada de las grandes empresas y bancos. Hasta ahora las reformas han abierto mayores caminos para las cooperativas, la pequeña propiedad y los emprendimientos, sin permitir la formación de una clase dominante.

El modelo actual pretende recuperar altas tasas de crecimiento limitando al mismo tiempo la desigualdad social. Por eso preserva la preminencia económica del sector estatal junto a los sistemas públicos de salud y educación.

Mientras los cambios avanzan lentamente en un marco de mayor desahogo se mantienen abiertas las tres alternativas de largo plazo: restauración capitalista, modelo chino o renovación socialista.

La primacía de uno de estos modelos ya no surgirá de la mano de Fidel, que rechazaba la primera opción, evaluaba la segunda y propiciaba la tercera. Su legado es continuar el proyecto igualitario, dentro de los estrechos márgenes que actualmente existen para implementarlo.

No es fácil desenvolver ese rumbo cuando aumenta el peso del mercado, la inversión extranjera, el turismo y las remesas. Pero la supresión de esos soportes de la economía conduciría al fin de la Revolución por simple asfixia. El equilibrio que buscan las reformas es un cimiento indispensable para cualquier transformación futura.

## Desafíos mayúsculos

El *establishment* burgués siempre contrastó la «dictadura» de la Isla con las maravillas de la democracia occidental. Los presidentes de la plutocracia estadounidense suelen objetar con gran hipocresía el sistema de partido único que rige en Cuba. Suponen que la corporación indistinta que comparten los Republicanos con los Demócratas contiene mayor diversidad.

Además, evitan mencionar cómo los colegios electorales violan el sufragio mayoritario y cuán bajo es el nivel de concurrencia a las urnas en su país, en comparación con la alta participación de los cubanos.

Una duplicidad aún mayor exhiben los derechistas de la América Latina. Mientras convalidan el golpismo institucional en Honduras, Paraguay o Brasil, se indignan con la ausencia de formalismo republicano en Cuba.

Las críticas de la izquierda apuntan hacia otra dirección. Cuestionan las restricciones a las libertades individuales que han generado en la Isla numerosas injusticias.

Pero si se evalúan las cinco décadas transcurridas, llama la atención el carácter poco cruento de todas las transformaciones radicales implementadas. Basta comparar con los antecedentes de otros procesos revolucionarios para notar ese reducido número de pérdidas humanas. El alto nivel de participación popular explica ese logro.

Cuba nunca padeció la tragedia de los gulags y por eso se sustrajo al desplome que soportó la URSS. Su modelo político es muy controvertido, pero hasta ahora ningún teórico de la democracia directa, soviética o participativa ha indicado cómo se podría gobernar bajo el asedio imperial sin recurrir a normas defensivas que restringen los derechos ciudadanos. La propia Revolución ha ensayado distintos mecanismos para corregir los errores que genera esta situación.

Muchos analistas consideran que la burocracia es la principal causa de las desgracias del país o la gran beneficiaria de las malformaciones del régimen político. No cabe duda de su responsabilidad en muchas adversidades. Pero como ese estamento existirá mientras subsista el Estado, no se avanza mucho culpándolo de todos los males.

Ciertamente la burocracia multiplica la desigualdad y la ineficiencia. El igualitarismo contribuye a contrarrestar el primer problema pero no corrige el segundo. Una democratización creciente aporta contrapesos a esas desventajas pero no genera milagros. En estos intrincados terrenos del funcionamiento estatal siempre fueron más útiles las convocatorias de Fidel a asumir responsabilidades, que la expectativa en mágicas recetas de laboratorio.

La política exterior concentra otro campo de severos cuestionamientos al castrismo. Los grandes medios presentaban a Fidel como un simple peón de la Unión Soviética, desconociendo la diferencia que separa a un revolucionario de cualquier gobernante servil. No concebían para Cuba otro comportamiento que el practicado por las marionetas del Imperio.

Algunos críticos de izquierda tampoco comprendieron la estrategia de Fidel. El líder cubano se apoyaba en alianzas con la URSS para impulsar un proceso revolucionario mundial que su socio rechazaba.

La tensión entre ambas partes se verificó en incontables oportunidades (crisis de los misiles, guerra de Vietnam, sublevaciones en África o Latinoamérica). Hubo concesiones y también errores del Comandante, como su aprobación de la invasión rusa a Checoslovaquia. Esa ocupación sepultó la renovación socialista que prometía la primavera de Praga.

Pero transcurrido el período de mayor fermento revolucionario en la América Latina, Fidel optó por un equilibrio entre compromisos diplomáticos y continuado sostén de los movimientos rebeldes. Buscó superar el aislamiento de Cuba manteniendo el apoyo a las luchas de los oprimidos. Castro debió combinar las nuevas

exigencias de política exterior con sus ideales de revolucionario.

La derecha continuó criticándolo por su apoyo a las revueltas populares y algunas corrientes de izquierda objetaron su actitud contemplativa hacia los gobiernos de las clases dominantes.

Ciertamente muchos consejos de Fidel fueron problemáticos, pero la responsabilidad de las decisiones quedó en manos de los receptores de esas sugerencias. El Comandante siempre transmitió el valor de la decisión propia en los procesos de cada país y su trayectoria estuvo signada por la desobediencia a las autoridades de la izquierda de su época.

No hay que olvidar cómo Castro desoyó las recomendaciones del Partido Comunista en la Sierra Maestra, y las opiniones del Kremlin frente a la insurgencia latinoamericana. El líder cubano enseñó con su propia práctica de qué forma actúa un revolucionario.

## El mejor homenaje

Fidel ha fallecido en un año muy difícil. Figuras tan detestables como Macri, Temer o Trump han llegado al gobierno. Sus ideólogos vuelven a proclamar el fin de los proyectos igualitarios, olvidando cuántas veces enunciaron esa misma sentencia. Fidel habría dicho que corresponde entender lo que ocurre para sobreponerse al desánimo.

Muchos editorialistas afirman que Castro no comprendió la época actual de consumo, individualismo y pragmatismo. Pero en todo caso

captó la crisis del capitalismo que determina esos comportamientos. Ese dato central es invisible a los impugnadores de Fidel.

Sus enemigos más vulgares de Miami celebraron con música el fallecimiento, confirmando el nulo valor que le asignan a la vida humana. Pero ese festejo fue un magro consuelo para conspiradores que no han logrado construir un mínimo basamento dentro de la Isla.

Como Fidel se retiró hace una década las repetidas especulaciones sobre el futuro de Cuba despiertan menos atención. En cambio interesa mucho lo que hará Trump. No se sabe aún si las brutales declaraciones que formuló sobre la muerte de Castro forman parte de su descontrolada verbosidad o si anticipan agresiones de mayor porte.

En cualquier caso, la América Latina debe prepararse para resistir a un mandatario que prometió expulsar a millones de indocumentados. Se aproxima una nueva batalla antimperialista que requiere lidiar con el escepticismo y la resignación.

Algunos afirman que Fidel encarnó los ideales de un segmento maduro ajeno a las expectativas de la juventud. No toman en cuenta cómo golpea el capitalismo a la nueva generación empujándola a recrear la resistencia. El desarrollo de esa acción tenderá a actualizar el proyecto socialista de emancipación latinoamericana.

Fidel bregó por las transformaciones revolucionarias que necesita la sociedad actual. Ya partió y nosotros continuaremos su obra.

2 de diciembre de 2016 

ZAIDA CAPOTE CRUZ

## Sin Fidel

**Y**a empecé a llorarlo. No al viejecito de sus últimas imágenes, que parecía fuera de lugar en todos los homenajes, sino al otro, el Fidel que nos empujó a creer en su versión del mundo, que ahora podrá regresar sin intromisiones. Lloro, no tanto de tristeza, sino con la emoción de saberlo ahí, disponible para todos, libre del uso indiscriminado y hasta distorsionado de su autoridad (ganada palmo a palmo) como si esta pudiera replicarse por contacto. Ahora sí tendremos que entender que ya no está, que no se puede acudir a él cada vez para equilibrar o desarmar la escena, que no intervendrá más que desde el pasado, desde su legado, en nuestras vidas. Nos toca merecer ese legado, su herencia, y estar a la altura. Y no para acatarla ciegamente, sino como hizo él mismo con sus predecesores, para discutirla, para defenderla cuando haga falta, para interrogarla cuando sea ocasión. Para volver a ella, a sus más brillantes años, y rescatar la grandeza que nos prometiera, esa a la que hoy pareciéramos haber renunciado. No es que la merezcamos, sigue siendo una locura pensarnos más importantes de lo que somos; pero solo creyéndolo seremos capaces de hacer un par de cosas útiles para el mundo, y para Cuba. Y vale la pena. Ahí está su enseñanza. Y su grandeza. **C**

# Mi vida sin Fidel

**M**i vida sin Fidel son notas al pie, acotaciones, paratextos, *ex libris*. Dos fechas sirven para abrir y cerrar el paréntesis dentro del cual se encuentra todo lo que soy. El 1 de enero de 1959 lo abre; el 25 de noviembre de 2016 lo cierra. Todo lo que vale la pena leer, contrario a la gramática común, está dentro de ese largo paréntesis.

Antes hay cuentos infantiles, leyendas, la incertidumbre que toda vida es cuando no se sabe qué será. También todo el cariño familiar, intacto, nuevecito de paquete, verde y fresco. Sucieron cosas bellas, sobre todo porque los que me querían estaban a mi servicio y tenían cómo mantenerme soñando. Fue poco lo que tuve, pero no fue poco, porque fue suficiente. Fueron nueve años en los que no sabía bien para qué servía estar vivo, ni me lo preguntaba, pero la vida se empeñaba en poner delante de mis ojos cosas que luego supe que se llaman ilusión.

Otros quizá no tengan una prehistoria tan idílica, pero estoy escribiendo, casi desde la inocencia, un texto personal, íntimo, aunque después lo haga público. Antes del paréntesis hay un punto y aparte. Un párrafo que parece una arcadia. Un exergo de algo que dijo una persona común sobre lo que podía ser en mi vida: bodeguero, carpintero, electricista (oficio que matriculé por correspondencia en la *National School*). Pero nada de eso fui. Se abrió el paréntesis y, con él, una diversidad que me llevó por los caminos más insospechados y –hoy lo sé– gloriosos.

Vivíamos (mi madre, mi hermana y yo) con mi abuela y mis tíos. Ellos conspiraban contra Batista; en el caso de mi abuela, a caja destemplada. Mis tíos, de manera más sigilosa, escondían armas y personas que iban rumbo a la Sierra, mandaban pertrechos a los alzados, vendían bonos del 26. Tan público era el fidelismo de mi abuela que el sargento Guimbarda (militar limpio y honesto que nunca la denunció) una vez le jugó una broma echándole por debajo de la puerta la siguiente cuarteta: *Vieja, aunque usted no lo crea / Y quiera mucho a Fidel, / Batista está en el poder / Y es el toro que más mea.*

Yo lo observaba todo, mi cofre se iba llenando, y el color lo ponía aquel televisor *Crosley* en blanco y negro en el cual veía películas, novelas jaboneras, *Jueves de Partagás*, *El Cabaret Regalías* o *Ace hace de todo*. Y también a Willy Miranda en el *short stop* del *Almendares*. O a Minnie Miñoso poniendo a bailar el chachachá a todas las bolas que chocaban con su bate.

También los biliosos (y odiosos) comentarios de Otto Meruelos.

Y llegó la batalla. Llegó el 1 de enero del 59. Empecé a leer mi vida de otra forma; lo supe desde el primer momento pese a mi corta edad. Empezó lo que me pondría de verdad en el mundo. Sería una lectura larga, a la que no quiero someter a mis interlocutores, pero con una sola oración: «aprendí el oficio de hombre», quizá consiga el resumen más urgente que me dicta el cariño.

Hace pocos días se cerró el paréntesis. Hay puntos suspensivos, pero también hay certezas. Tenemos a nuestro favor todo lo que hemos escrito y hecho los cubanos en este medio siglo. Solo me resta decir que en lo que vino después del 25 de noviembre volví a ver (con otro signo) aquel fervor de mi 1 de enero de 1959. Ojalá en mi vida sin Fidel, de ahora en adelante, siga desbordándose esa lluvia de pueblo.

Santa Clara, 6 de diciembre de 2016 



1989. Imposición de la medalla  
Haydee Santamaría  
a Pablo González Casanova.

# Fidel

Conocí a Fidel en 1992, cuando me tocó leer el veredicto del jurado del Premio Casa de las Américas. El encuentro fue un desastre, porque frente a Fidel no pude evitar el llanto por «todos los muertos de mi felicidad», y porque presenciaba algo inédito: el esfuerzo de Fidelio Despradel por transmitirle al Comandante todo lo que Manolo Tavares Justo quería decirle, renunciando a la práctica del hombre pequeño de querer impresionarle.

Cuando murió, Manolo tenía en el bolsillo el telegrama que había recibido con la invitación a la Isla fascinante, vía Argelia, para conversar con Fidel sobre su lucha por una nación independiente y justa.

Desde ese memorable 1992 hasta la fecha, seguí escuchando a ese avatar de la humanidad, cuya estatura logró saltar los muros de una cotidianidad aparentemente mortificada por la ausencia de «papel sanitario y yogur» que tanto denunciara Padura, y los afanes de la población de a pie, muy ocupada con sobrevivir, para a veces celebrar la dimensión universal de uno de los suyos. Entendí esa dimensión cuando en África o Brasil debía añadir como coetilla a mi nacionalidad el estar «al lado de Cuba», *perto de Cuba, next to Cuba, prochain Cuba*, porque Cuba y Fidel habían colocado al Caribe en el mapa, a mi país en la geografía mundial.

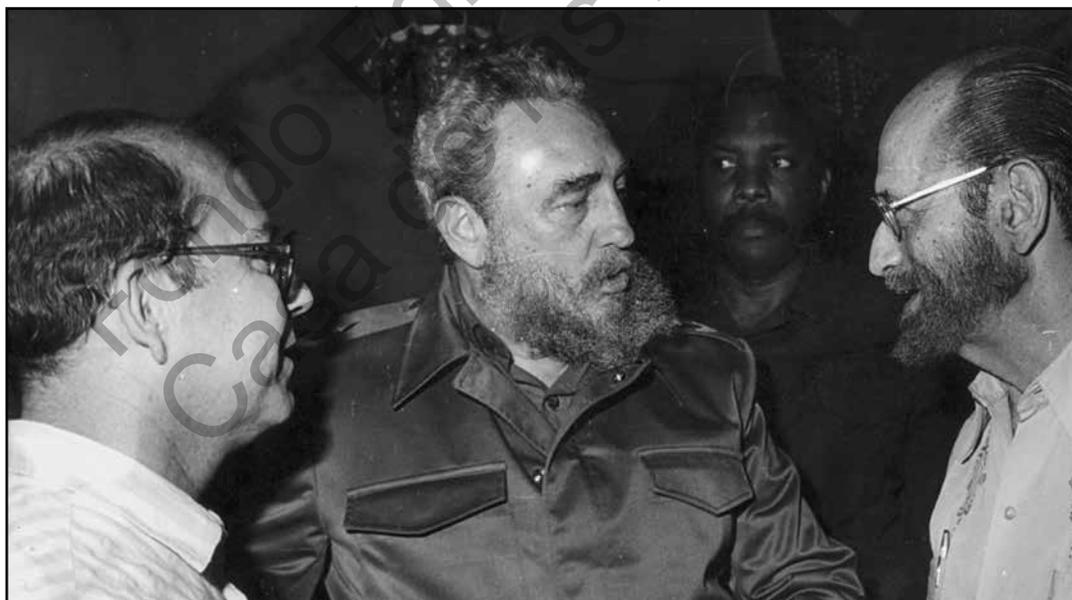
Y no era para menos. Si haber organizado y dirigido la Revolución Cubana en lo que era el casino y prostíbulo de Norteamérica,

apenas a noventa millas de los Estados Unidos, había sido una proeza, lo que Cuba hizo en África trascendió lo imaginable: derrotar al *apartheid*, ese horroroso sistema con que las tan celebradas monarquías (cuyo reinado reseñamos como si nos representara, desde lo que visten y comen hasta sus bodas y partos) construyeron su bienestar a costa de la sangre cotidiana de millones de africanos. Trescientos mil cubanos, bajo la preclara dirección del Comandante, combatieron para que Nelson Mandela llegara a ser el icono de la humanidad que alguna vez intentaron contraponer a Fidel, solo para que Mandela repitiera una y otra vez que Fidel fue el único líder capaz de arries-

garlo todo para que Sudáfrica reivindicara en su victoria a todos los masacrados, descuartizados y luego quemados Patricio Lumumbas.

Exactamente en el sesenta aniversario de la salida del Gramma hacia las playas de Cuba, regresó Fidel a sus orígenes.

Nadie se acuerda ya, ni se acordará, desde Trujillo, Duvalier, Stroessner, Nixon, hasta Pinochet y Videla, o el infame que puso una bomba en el avión de Cubana, de quienes lo combatieron argumentando «la libertad de la Democracia». Porque la luz tiene la cualidad de evidenciar las cucarachas, mientras prosigue –imposible– su tarea de alumbrar el camino, de alumbrarnos. **C**



1990. Celebración del cumpleaños 60 de Pablo Armando Fernández.  
Fidel junto a Miguel Barnet y Harold Gramatges.

MARIO SANTUCHO

# Fidel, el terco

*Hasta siempre / el tipo era mortal / aguante Cuba*

**M**i prima todavía vive en Cuba. Ella nunca volvió del exilio. Viene cada vez más seguido, pero siempre regresa a la Isla. Anoche tomó un vuelo de Avianca que salió de La Habana a las dieciocho y aterrizó en Buenos Aires a las nueve de la mañana. Ni bien encendió el teléfono se topó con mi mensaje: «qué tristeza, lo que faltaba para coronar este año de mierda», acompañado de un *link* a la noticia de la muerte de «el Fifo», como le decíamos en nuestra infancia. María respondió: «Aterrizada, me desayuno esta horrible noticia. Pero, ¿está confirmado? Mirá que lo han matado muchas veces antes».

Sabíamos que el momento estaba cerca y, al mismo tiempo, no nos hacíamos la idea. Con Fidel algo raro se jugaba. Algo no queríamos que terminara, aunque era obvio que ya formaba parte del pasado. Confieso que algo de inmortal, aunque en ensueños, deposité en su figura. Mientras el símbolo más intenso de la Revolución Cubana permaneciera en vida, algo de aquel siglo xx socialista latía, aunque fuera leve, como un último suspiro. Y bien, llegó la hora.

\*\*\*

Fidel Castro se dio el lujo de morir a los noventa años y lejos del ejercicio diario del poder. En 2006 tuvo que dejar a su hermano la responsabilidad de conducir el gobierno, debido a una enfermedad que lo obligó a un largo proceso de convalecencia y lo

debilitó mucho. El cuerpo le puso el límite que su conciencia no admitía. Pero, a diferencia de lo que sucedió con Hugo Chávez y Néstor Kirchner, dos presidentes que lograron entusiasmarlo en los umbrales del nuevo siglo, más el primero que el segundo, claro, Fidel pudo entregar el comando, hacerse a un lado, y mirar el tablero desde lejos. Para lo que queda de la Revolución Cubana esa forma de partir, prolija y sabia, es una enorme bendición. Su pueblo lo despedirá hoy como a un padre o un abuelo entrañable, sin el trauma de verse ante una crisis política inminente. Aunque en Miami se babeen, ahora más que nunca.

La pregunta que me intriga, sin embargo, es qué vio Fidel esos últimos años que permaneció a la vera de la historia. Y, más precisamente, en los últimos meses. ¿Habrá llegado a su conocimiento el triunfo de Trump? Mi impresión es que el balance no debe haber sido favorable. Intuyo que su fe moderna en la primacía de la razón y en el progreso de la especie crujió y se hizo añicos frente a tantas evidencias adversas. En cierto modo, la muerte de Fidel no puede haber sido más oportuna. Es preciso volver a empezar. Una temporada de la larga marcha anticapitalista ha llegado a su fin. La inmortalidad no existe y los revolucionarios nunca tuvieron Papa. Es hora de imaginar el nuevo argumento de la emancipación.

\*\*\*

Fidel es inagotable. Imposible de abarcar o definir. Yo me quedo con su terquedad.

Me crié en Cuba. Viví allí dieciocho largos y felices años. Me emocionaban los discursos del «barba». Nunca vi una retórica y una pasión política semejantes. Al escucharlo, no se podía estar de acuerdo o en desacuerdo. O te envolvía

o lo rechazabas de cuajo. Ahora me doy cuenta de que él es el gran responsable de que Chávez o Cristina me parecieran oradores mediocres, aun si superaban la *performance* de cualquier político contemporáneo. Creo que la esencia de esa potencia discursiva era su terquedad.

Alguien terco es alguien tenaz, obstinado, consecuente. Pero el terco está también al borde de la necedad. Fidel siempre se movió en esa frontera. Por eso fue el artífice de una de las creaciones políticas más fascinantes y valientes que hayamos conocido. Por eso también sus últimos años de gobierno son recordados por el rechazo a cualquier transición, a todo tipo de *aggiornamento*, o incluso como «un retroceso» hacia el socialismo. A su lado, el inflexible Raúl terminó siendo un reformista y un mejor intérprete del sentido común popular. Todavía flota uno de los últimos escritos de Fidel, a propósito del acuerdo y la visita de Obama, donde hacía gala de una esencial desconfianza hacia las elites de los Estados Unidos. Un mensaje picante en medio del descongelamiento.

¿Qué nos dice a nosotros, aquí y ahora, esa terquedad de Fidel? ¿Será que el recelo del viejo y astuto estadista anticipó la flamante de-rechización del mundo occidental? ¿Será que su encarnizado cuestionamiento de las hipocresías que engalanan a las democracias capitalistas recobra toda su vigencia, aunque él mismo, el más brillante de los comandantes guerilleros, haya decretado a propósito de Colombia la absoluta inviabilidad de la lucha armada?

Fidel se fue en un instante muy difícil para quienes lo admiramos. Hay momentos en que la terquedad es la única forma de no rendirse.

26 de noviembre de 2016 

# Fidel en la Plaza Cadenas

« ¡Ahí está! ¡Llegó!».

Tras este aviso que rompió la calma y el silencio, en pocos minutos se vació la Biblioteca Central de la Universidad de La Habana. Los que leían libros de la institución corrieron a devolverlos y a recoger sus carnés de estudiantes; aquellos que solo usaban sus notas de clases o sus libros personales, salieron más pronto de las anchas salas; todos bajaron las escaleras rápidamente y corrieron por la Plaza Cadenas hacia el Rectorado. Allí, en las escaleras de ese edificio, Fidel ya comenzaba uno de sus diálogos habituales con los estudiantes.

No es un recuerdo único este que guardo y del que fui partícipe más de una vez. Fueron muchas, probablemente decenas, las ocasiones en que aquellos encuentros ocurrieron, por las noches en todos los casos. No creo que alguno de los tantos estudiantes universitarios de entonces pudiéramos haber estado presentes en todos, aunque sé que hubo quienes establecieron la costumbre de merodear casi todas las noches por la Plaza Cadenas a ver si el hombre aparecía.

Nunca supimos previamente de su arribo. Imagino que las autoridades universitarias tampoco.

En verdad, aquellos encuentros fueron un privilegio para los que cursábamos estudios en las facultades y escuelas de la Colina (Derecho, Ciencias, Educación, Farmacia, Ciencias Políticas, Física) y en sus edificios aledaños (Química, Psicología,

Letras e Historia), y hasta hubo momentos en que la duración de la visita fue tan extensa que la noticia llegó hasta Medicina y Economía con tiempo para que se incorporaran los estudiantes que rondaban por aquellos predios algo distantes de la Colina. No es usual que una personalidad del rango político de Fidel busque directamente sus interlocutores en lugares públicos, aunque bien se sabe, y es conocido su hábito, mientras fue la máxima autoridad del país, de hacer visitas, a menudo sorprendidas, a los más diversos sitios de la nación.

Aquellas reuniones siempre eran de noche y duraban largas horas. A menudo Fidel descendía del Rectorado y lo rodeábamos pegados a su auto o él se mezclaba con nosotros en medio de la Plaza Cadenas. Pensando ahora, no sé cómo se las arreglaban sus escoltas: nunca hubo tensión, fuera de la lógica emoción que la presencia de Fidel provocaba.

Lo recuerdo moviéndose siempre en el mismo lugar, con la voz más bien baja, lo que obligaba a las primeras filas a callar para que todos lo escucháramos. Movía sus manos de largos dedos; giraba la cabeza en torno suyo para vernos a todos; sus ojos buscaban los de los más cercanos; se alisaba la barba; a veces ponía su mano sobre el hombro de alguno. Casi siempre estaba alegre, decía bromas, reía con nosotros. Se le veía generalmente relajado. Solo lo recuerdo molesto cuando habló de la crisis del Caribe y las conversaciones entre soviéticos y estadounidenses sin contar con Cuba. Esa noche su voz se elevó más que de costumbre y se paseaba a largos trancos. Y a pesar de ello, al calmarse, jaraneó alguna que otra vez y nos conmovió con su llamado a defender la patria por encima de todo, a cualquier precio que fuese necesario. Él se emocionó y

nosotros también. Nos sentimos orgullosos de la patria, de los cubanos, del mismo Fidel.

Dije que eran diálogos porque él llevaba la voz cantante, pero una y otra vez nos incitaba a decirle algo, a responderle a sus interrogaciones. Solía escuchar sin interrumpir, mientras miraba atenta y profundamente a su interlocutor. También lo acribillábamos a preguntas sobre todo aquello que podía inquietarnos por esa época. No recuerdo que alguien hiciera una petición personal. Había respeto mutuo y cordialidad en aquellos diálogos que parecían entre amigos.

Una vez le hablé algo fuerte a una compañera que insistía en su asunto con cierto aire cuestionador. Se marchó abruptamente, al parecer irritado, y en minutos regresó con su auto y los dos de escolta, sin darnos tiempo a dispersarnos. Nos reunimos nuevamente en la Plaza Cadenas, llamó a la compañera por su nombre, la abrazó y la besó, y le pidió disculpas por su abrupta partida.

A otro estudiante con el cual bromeó acerca de lo que decía, lo tomó del brazo y le puso su reloj en la muñeca «para que no se pusiera bravo».

Se hablaba de todo, absolutamente de todo. Me he preguntado más de una vez si aquellas reuniones al aire libre no serían para Fidel una manera de escapar de las tensiones diarias que le imponía su liderazgo; un abandono momentáneo de la sutileza, del tacto, de la discreción que frecuentemente tienen que caracterizar el ejercicio de la política. Quién sabe si por eso casi nunca iba acompañado de ministros, de compañeros con altas responsabilidades. A lo mejor quería oír la voz y las ideas de aquellos jóvenes que nos formábamos como intelectuales sin interferencias de personas que podían sentirse enjuiciadas de alguna manera por lo que en la Plaza Cadenas se

hablaba del país y sus problemas. O quién sabe si estaba buscando echar a rodar algunos criterios sin hacerlo de manera oficial. Probablemente lo movía un poco de todo eso.

No era aquel tampoco un foro de debates desde perspectivas diferentes, ni encuentros académicos rigurosos: eran conversaciones abiertas, sin guion previo ni rumbo fijo. Si a lo mejor Fidel traía un tema en la manga, el diálogo no se ceñía a ese solo, sino que se anchaba y se multiplicaba a partir de lo que decíamos los estudiantes.

En los que tuve la suerte de participar, el intercambio no se asentaba exclusivamente en detalles de la cotidianidad y sus problemas. Alcanzaban trascendencia humana y social, filosófica diría yo. Se iba desde el universo y el ser humano ante su inmensidad inabarcable, desde la teoría marxista y los temas de la construcción socialista, desde los valores y la ética, desde los asuntos internacionales del momento hasta los planes y programas más ambiciosos de la Revolución. Saltábamos de los más altos cielos y de los horizontes más lejanos, de los sueños y las realidades que el país debía acometer. Era como si Fidel nos estuviera preparando para las responsabilidades que nos asignaría el curso de nuestras vidas. Y nos contagiaba su entusiasmo, su irresistible idealismo humanista, su fe en el ser humano.

A una joven profesora de filosofía le preguntó acerca de la clase que ella acababa de impartir

esa noche antes de ir a la Plaza Cadenas. Cuando ella le dijo que el tema había sido la idea de la sociedad comunista en Marx y en particular de la extinción del Estado, Fidel se entusiasmó en un largo intercambio con ella acerca de las utopías, de cómo, a su juicio, sería posible una administración social sin Estado y hasta sin partidos políticos.

Varias veces, ya al filo de la madrugada cargó con el grupo a visitar algunos lugares, a conocer de los planes en ejecución, como la vaquería de Niña Bonita, el Valle de Picadura o el Centro Nacional de Investigaciones Científicas (Cenic). No estuve en esos viajes inesperados, pero escuché, como solía suceder, los relatos de quienes gozaron de esa fortuna.

Le oí analizar críticamente a la Revolución Cultural china, las acciones de las guerrillas latinoamericanas, las relaciones de Cuba con las naciones europeas, las diferencias chino-soviéticas, sus enjuiciamientos severos sobre distintos aspectos de la política y la sociedad soviéticas. Como estudiante de Historia, me admiraron su enciclopédico conocimiento de la historia universal y su manejo de la cubana, sobre todo sus saberes acerca de nuestras guerras de independencia.

Fueron aquellas excelentes clases de formación política y ciudadana y un eficaz modo de acercarnos a él, al ser humano, para así comprender y admirar mejor sus cualidades como líder. **C**

## Se renueva un compromiso

**R**econocer la enorme obra moral, intelectual y política de Fidel es al propio tiempo asumir un proyecto encaminado a rebasar los siguientes horizontes. No es aceptar una muerte sino asumir la vigencia y desarrollar las conquistas que ese proyecto ya ha logrado, sus experiencias, sus enseñanzas y la proyección de sus ideas para vencer los próximos retos. Como dijo Juan Miguel González —el papá de Elián—: lo que hoy el pueblo cubano emprende es la renovación de un compromiso. Eso también vale para los demás latinoamericanos y caribeños.

Fidel sigue en la sabiduría, el coraje y la creatividad que él, durante más de medio siglo, sembró en el corazón y en la inteligencia de cada patriota, y en su capacidad para trazar y construir el futuro al que su pueblo aspira y merece. Suena poético y consolador decirse que tras el deceso físico él surcó el viaje del Granma a la inmortalidad, pero esto no es así. Aunque él no vivió para obtenerla, hace mucho que alcanzó la inmortalidad, y no por ello se ha marchado. No hemos participado en una despedida porque Fidel no se ha ido. Como bien sabemos, él está aquí, en cada cubano y cada latinoamericano.

Hace un tiempo alguien dijo: «Hay personas que, para uno, no murieron; poseen una presencia tan fuerte, tan poderosa, tan intensa, que no se consigue concebir su muerte, su desaparición. Principalmente por su continua presencia en los sentimientos y en los recuerdos. Nosotros, no solo yo, sino

el pueblo cubano, sufrimos de manera extraordinaria con la noticia de su muerte, aunque no fue inesperada». Esas palabras las dijo Fidel respecto al Che (citado por Ignacio Ramonet en *Cien horas con Fidel*).

Hemos presenciado la despedida física de otros gigantes de la cultura política latinoamericana, pero nunca cabrá pensar que el torrijismo dejó de vivir o que el chavismo deje de luchar. El fidelismo no es solo un sentimiento del alma: es conocimiento, método y brújula, como también es versatilidad realista, creativa y obstinada

para seguir avanzando entre los obstáculos, los riesgos y las oportunidades de un mundo cambiante. Es guía para la acción, y mientras sus discípulos y compañeros sigan sobre su ruta, su creador está vivo.

Todavía falta mucho por cambiar, muchos problemas por resolver, mucho futuro por construir –en Cuba, en Latinoamérica y en el mundo– y con él unos y otros seguiremos haciéndolo. Mientras prosigamos este esfuerzo, Fidel vive.

9 de diciembre de 2016 



1999. Taller Cultura y Revolución. Fidel junto a Abel Prieto, José Saramago, Ricardo Alarcón, Roberto Fernández Retamar y Armando Hart.

# Fidel

Fidel es Cuba porque el Comandante encarnó las esencias más profundas de la nación y la cultura. Después de los fundadores de la patria, enhebró, en un mismo tejido, memoria y sueños, clave del misterio de la Isla perseguido siempre por los poetas.

La historia es una fuerza viviente construida una y otra vez, hecha obra tangible por las manos de los hombres y construida por el inabarcable universo intangible, unión de mitos y memoranzas, de instantes de plenitud y de momentos de dolor, de aconteceres personales y colectivos, de las artes que nos acompañan, del perfil de los héroes y de la mano amiga de todas las edades. Enraizados en la memoria, parte inseparable de ella, se forjan los sueños. De Céspedes recibimos el gesto primero; de Martí, la acción, la prédica, la visión poética y la base de una política fundada en la ética. De todos ellos nos llegó que el proyecto de nación descansa sobre el ser humano que lo sostiene.

La vida carga las palabras de ayer de nuevos sentidos. Desde la perspectiva de ahora, José Martí fue el autor intelectual del asalto al Cuartel Moncada, porque representaba la síntesis de una memoria entretejida de sueños. El gesto de los combatientes que desafiaron la fortaleza militar de la tiranía devolvía a los cubanos la luz de un sueño posible, el impulso indetenible de la esperanza, la fe que une y salva y la confianza en la potencialidad

latente que reside en cada uno de nosotros. Por eso, la derrota fue aparente. Era el anuncio de un recomienzo. De esa manera, un puñado de hombres, una pequeña vanguardia, se hizo pueblo. Muchos fueron cayendo en la Sierra y en el llano. Pero una multitud estuvo dispuesta a inmolarse en Girón y durante la Crisis de Octubre.

Unos pocos fueron cantera de una gran masa. Las razones son numerosas. Se hizo la Reforma Agraria siempre postergada. Se barrió con el analfabetismo y hubo escuelas para todos. Se accedió a la vivienda y a los servicios médicos. En el universo de lo intangible, se conquistó la independencia malograda. Se rescató la dignidad de la persona, de los marginados en razón de la pobreza o del color de la piel. Se rescató la dignidad de la nación, que tuvo voz propia y alcanzó protagonismo en el escenario mundial.

Generaciones enteras han crecido junto a la palabra de Fidel. Sus discursos constituyen un método pedagógico ejemplar, valedero para todas las formas de educación. Nunca autoritario, reconstruye la causa de las cosas y avanza mediante la formulación de sucesivos porqués planteados desde la primera persona y compartidos con la audiencia. Es un modo de enseñar a pensar, de trazar el camino hacia la independencia de criterio, de situarse en las antípodas de los recetarios dogmáticos. Así pudo hacer una revolución antimperialista contra el ejército, así vencimos y logramos sobrevivir hasta ahora. Han sido años de intenso aprendizaje, pero de su legado de historia y de conceptos queda mucho por aprender. En su pensamiento habrá de encontrar la izquierda desconcertada de hoy fuentes de primordial importancia. Nosotros formamos parte de ella, pero situados en la fron-

tera del imperialismo en momentos de intenso peligro, tenemos que solventar nuestros propios problemas.

Lector insaciable, Fidel devoró textos de historia, de ciencias políticas, de economía, de literatura, de asuntos fundamentales de las ciencias. Esos materiales dispersos no fueron asimilados como una sumatoria de datos. Intelectual de cuerpo entero, para Fidel, fuentes tan variadas de conocimiento se articularon alrededor de un eje irradiante: el destino del ser humano. Elaboró de ese modo un saber de inspiración humanista. Trascendió fronteras. Con el referente de una tradición clásica, mantuvo la mayor actualización posible. Tampoco se redujo a límites doctrinarios. Asimiló cuanto procediera de cualquier parte con visos de utilidad. Pero lo hizo desde la óptica de un pensamiento crítico, atento al aquí, al ahora y a la especificidad de nuestras culturas y necesidades, siempre curioso e interrogante, nunca mimético.

Su capacidad integradora de conocimientos y su visión humanista articulaban las ineludibles consideraciones conceptuales y la cercanía al ser humano concreto. La teoría no se traducían en abstracción y la práctica no se traducían en mero utilitarismo. La facultad de concentración se complementaba con la observación minuciosa. Así se manifestaba en el trato a sus interlocutores, atento siempre a las señales de algún padecimiento, al gusto revelador de inquietud o preocupación. El gesto caballeroso era reflejo de delicadeza de espíritu. De esas cualidades dimanó su talento de estrategia en lo militar y también en lo político. Al estudiar la tradición del pensamiento socialista con ojo crítico, se desprendió del legado mecanicista, venido del positivismo, tan influyente en nuestras tierras.

Sin desconocer el peso de los factores objetivos, tuvo en cuenta el papel de la subjetividad. Apostó a favor del ser humano. Confió en él. Sin subestimar las necesidades materiales que nos acosan, creyó que la batalla decisiva se libraba en términos de mejoramiento humano. Lo había aprendido en sus lecturas de José Martí. Por eso, fue indolegable su voluntad de sembrar futuro, de privilegiar la educación, la voluntad de superación y de impulsar el desarrollo de la ciencia más avanzada, en una isla pobre y pequeña. Decir siempre la verdad mirando a los ojos es muestra

de confianza en la persona, acrecienta su autoestima y nos libera del fatalismo que tanto pesó sobre nuestras conciencias durante la República neocolonial.

Como algunos artistas excepcionales, ha sabido descubrir en la realidad lo que todavía no era visible para todos. Según García Márquez, veía crecer la yerba.

Removió ideas, rescató independencia y soberanía. Sembró ciencia, cultura, autoestima, fe en nuestras fuerzas y en el futuro, ese crisol unitario que mueve montañas. **C**



1999. Taller Cultura y Revolución. Fidel Castro junto a Abel Prieto y José Saramago.

ENRIQUE UBIETA GÓMEZ

# Yo soy Fidel

**N**o es posible ni sensato «hablar» en base a consignas, cuando se precisan explicaciones o argumentos. Pero hay momentos en los que las consignas, las buenas, son descargas de artillería, insustituibles definiciones colectivas.

De las multitudes que encauzan sentimientos o razones surgen las más variadas, pero hay algunas que por su exacta brevedad y contundencia prevalecen. Eso sentimos los cientos de miles de cubanos que asistimos a la Plaza de la Revolución José Martí para honrar a Fidel, para honrarnos por el privilegio histórico de haberlo tenido como líder de la primera Revolución socialista del hemisferio occidental.

Entre todas las consignas necesarias, apareció la imprescindible: «yo soy Fidel», gritamos a pulmón abierto, con el puño en alto.

Unos días antes, frente al hecho insuperable de su desaparición física, algunos escribieron: «Fidel es Cuba»; otros, ante el huracán de sentimientos que desataba, pese a su edad, la inesperada noticia, sentenciaron: «Cuba es Fidel». Pero las revoluciones son mágicas en eso de convertir a las masas en colectivos de individuos concientes, y Cuba es cada mujer, cada hombre, dispuestos a defenderla, es cada combatiente revolucionario. Fidel nos lo había pedido a su manera en 1992, en los inicios del duro Período Especial: «El imperialismo tratará de dividirnos para buscar cualquier pretexto con que justificar sus acciones intervencionistas en nuestro país [...] cada hom-

bre, cada revolucionario debe decir: Yo soy el ejército, yo soy la patria, yo soy la Revolución».

Martí escribió en su cuaderno de apuntes que ser cristiano significaba «ser como Cristo». No lo decía en el sentido de replicar la vida de Jesús o de igualar sus virtudes, humanas o divinas, sino en el de asumir sus fundamentos éticos. Susely, en nombre de los jóvenes cubanos, recordó en Santiago de Cuba que Fidel nos había pedido que fuéramos como el Che: ser como él tampoco significaba que alcanzaríamos, necesariamente, su estatura de revolucionario, sino que asumiríamos sus ideales humanistas. Pero no basta con el «seremos» de los niños cubanos –los que, por cierto, han ofrecido respuestas brillantes a los medios en estas horas de duelo–, los adultos estamos obligados a definiciones de fondo: hoy somos Martí, el Che, Fidel, los nombres propios que la historia le puso a la Revolución. Soy Fidel, soy la Revolución, su continuidad: lo gritaron uno, cien, miles, millones de cubanos, cuando el cortejo fúnebre pasaba o cuando se detenía en Santa Clara, Camagüey, Bayamo o Santiago. Si millones exclamaron convencidos «yo soy Fidel», entonces, ciertamente, todos lo somos, Cuba es Fidel.

¿Querían saber qué pasaría en la era «post Fidel»? Los cubanos han respondido. Los que soñaban con una juventud apática, descomprometida, con un pueblo escéptico o desmovilizado, los que anidaban la esperanza de que este fuese el «fin de una época», deben sentirse frustrados. Los finales en la Historia no se producen cuando muere un Justiciero, sino cuando terminan las Injusticias. ¿Acaso alguien cree que esta no es la época de Martí?

Fidel, en su despedida, nos ha unido más y nos ha convocado al combate. «Yo soy Fidel» es un grito de guerra, que se vertebra en los principios

éticos de su concepto de Revolución: humanismo, igualdad y libertad plenas, emancipación, modestia, desinterés, altruismo, solidaridad, heroísmo; para ello, hoy y siempre habrá que desafiar poderosas fuerzas, «luchar con audacia, inteligencia y realismo», «no mentir jamás ni violar principios éticos», tener «convicción profunda en la fuerza de la verdad y las ideas», y desde luego, «cambiar todo lo que tenga que ser cambiado», como hizo la nuestra, desde 1959.

La línea roja de la continuidad histórica es la eticidad revolucionaria: la de Céspedes, Agramonte, Maceo, Martí, Mella, el Che, Raúl y Fidel. Pero la victoria de esa eticidad solo fue y será posible desde la unidad esencial. Solo Martí y Fidel la consiguieron, pero el primero murió sin alcanzar la victoria. Nadie pudo obtenerla en la historia de Cuba hasta 1959. Se frustró en 1878 por divisiones internas (regionalismos, caudillismos, intereses de clase), en 1898 por la intervención del imperialismo estadounidense, y en 1933 por la ausencia de una fuerza rectora capaz de encauzar la voluntad popular. La unidad de los cubanos, sus más altos ideales, encarnan hoy en el Partido de la Revolución. «Te lo prometió Martí y Fidel te lo cumplió», escribió el poeta. «Yo soy Fidel» es una clara advertencia: nadie nos arrebatará esta victoria.

«Yo soy Fidel», es decir: soy David frente a Goliat, Espartaco ante el Imperio Romano, Maceo en la Protesta de Baraguá, Almeida gritando en Alegría de Pío, «aquí no se rinde nadie, c...»; es asumir el antimperialismo martiano y leninista, a noventa millas de sus costas, con fe en la victoria, porque se tiene fe en el pueblo; «sí fue posible», repitió una y otra vez Raúl en su discurso de despedida, al enumerar todos los «imposibles» que, como nudos de la historia, su

hermano desenhebró. Y si soy Fidel, soy Farabundo Martí, Fonseca Amador, Camilo Torres, Allende, Chávez, Amílcar Cabral, Ho Chi Minh, Neto, Mandela (solo menciono a sus contemporáneos); el imperialismo es transnacional y el antimperialismo, internacionalista.

Ser Fidel es asumir la necesidad de reencauzar el desarrollo humano hacia metas no consumistas, anticapitalistas. No habrá Patria sin socialismo, eso es cierto, pero Fidel nos enseñó además que sin socialismo la especie humana –oprimidos y opresores por igual– estará, está, en peligro de extinción. Somos Fidel, porque entregaremos todas las energías a construir un socialismo eficiente, próspero, más solidario, justo, soberano, democrático y sostenible.

Solo una Revolución que se basa en ideas, en ideales, que ha sido consecuente con ellos, como la nuestra, puede sobrevivir a su fundador. «La Revolución no se basa en ideas caudillistas, ni en culto a la personalidad» –le explicaba Fidel a Ramonet–. «No se concibe en el socialismo

un caudillo, no se concibe tampoco un caudillo en una sociedad moderna, donde la gente haga las cosas únicamente porque tiene confianza ciega en el jefe o porque el jefe se lo pide. La Revolución se basa en principios. Y las ideas que nosotros defendemos son, hace ya tiempo, las ideas de todo el pueblo».

Fidel no se va. Por propia decisión, no estará en los monumentos de mármol de las ciudades del país que refundó, no será un nombre en una avenida, una escuela o un hospital, a los que se consagró. Que nadie venga a buscarlo en las piedras, sino en las conciencias. Será el aire que respiramos los cubanos, el espíritu de lucha que nos inspirará. Nuevas y viejas generaciones –como Martí y Gómez, Mella y Baliño–, se unirán para defender el legado de la Historia. Fidel es Cuba, porque todos somos Fidel. Ese es el mensaje que los cubanos gritamos a pleno pulmón, con el puño en alto, para que el mundo lo sepa.

5 de diciembre de 2016 

Fondo  
Casa de las  
Américas

# No pidan reposo para el guerrero...

Como quien escribe un verso en estado de gracia, el músico griego Mikis Theodorakis rindió un magnífico homenaje: «Te has ido, Fidel, por primera vez estoy en desacuerdo contigo».

Tiene razón, pero no debería reprocharle la partida. Fidel no podía quedarse. La salud y la edad dictaron su veredicto. A Fidel no lo mataron ni lo derrotaron, y la metáfora de «morir con las botas puestas» le es aplicable. Se ha ido porque era inevitable y porque su obra está hecha y su misión cumplida. Él no aró en el mar.

Se marchó no para deponerse sino para trascender y vivirá en otra dimensión. Se fue, pero deja el legado y el referente que Cuba necesita para la etapa inmediata, quizá la más difícil del trascendental proceso histórico que condujo y protagonizó en los últimos sesenta años.

La ejecutoria política de Fidel Castro se sostuvo en un trípode de realizaciones, deseos y propósitos: la Revolución Cubana, la confrontación con los Estados Unidos y la actuación en los ambientes internacionales, con especial énfasis en la solidaridad y en los problemas globales.

La Revolución Cubana está hecha, cambió al país y a los cubanos para quienes el futuro plantea interrogantes, pero a quienes el pasado no seduce. En cuanto a los temas globales, principalmente la lucha por la paz, contra la pobreza y el desarrollo, sus

concepciones y llamados son auténticos legados, un tesoro argumental y un capital político de extraordinario valor para comprender el pasado y conducir las luchas futuras.

En este orden de cosas sus incursiones en los temas ecológicos, climáticos, ambientales, agrícolas, alimentarios y otros son un verdadero monumento a la sabiduría política asociada a las ciencias. Tengo la certeza de que el porvenir, en los ámbitos políticos, sociales y científicos le hará justicia.

Capítulo aparte son las relaciones, rupturas y expectativas de Fidel Castro respecto a los Estados Unidos, que van de una precoz admiración infantil por el presidente Franklin D. Roosevelt, una actitud positiva que lo llevó a elegir Nueva York para disfrutar su luna de miel y acariciar la posibilidad de estudiar economía en Harvard.

Fidel no nació antiamericano y nunca fue antinorteamericano. En honor a la verdad, los Estados Unidos rompieron con él y no él con los Estados Unidos. En abril de 1959, cuatro meses después de bajar de la Sierra Maestra, sin esperar a ser invitado, viajó a ese país en el cual, excusándose con el compromiso de jugar una partida de golf, Eisenhower rehusó recibirlo.

A pesar de su genio político, Fidel no pudo evadir los condicionamientos del momento histórico, especialmente de la Guerra Fría. Para los Estados Unidos, Cuba era un protectorado, una especie de provincia de ultramar, por lo cual el líder revolucionario fue tratado como separatista. La reacción imperial fue inmediata,

visceral y brutal, dando lugar a una confrontación que clasifica como una de las grandes batallas políticas del siglo xx.

Fidel lidió con diez presidentes norteamericanos, enfrentó agresiones y amenazas, soportó calumnias y acusaciones, fue víctima de intentos de asesinato; sin embargo, nada ha ocurrido en los Estados Unidos de lo cual pueda ser culpado. Defendió sus posiciones y los intereses del pueblo cubano con inteligencia y determinación. Concibió respuestas, viriles, aunque sin acudir a la violencia ni a la represalia y sin nunca insultar u ofender a ningún norteamericano.

Los Estados Unidos tienen ahora dos presidentes. Uno asume respetuoso la majestad de la muerte y reconoce la calidad del adversario, y el otro ofende a quien nunca lo mencionó y ya no puede responderle. Por ser obvia, no abundo en la diferencia.

Como mismo lo hizo Fidel, la dirección cubana, encabezada por su hermano de sangre y luchas, el presidente Raúl Castro, asumirá los hechos y como mismo hizo su jefe y compañero, no descenderá a escarceos retóricos y, con las herramientas heredadas del líder, luchará para lograr que el proceso de normalización conduzca al definitivo e incondicional levantamiento del bloqueo. Ese será un homenaje y un monumento a su memoria.

En la intimidad del duelo, no diré: Descansa en paz, porque él nunca pidió reposo. Luchó por un lugar en la epopeya y lo llenó plenamente. Hasta la victoria siempre. Allá nos vemos. 

NÉSTOR KOHAN

## Murió Fidel

**S**i Lenin y la revolución bolchevique conmovieron al siglo xx, pero sobre todo su primera parte, Fidel, el Che y la Revolución Cubana marcaron a fuego la segunda mitad.

El planeta crujió (misiles nucleares incluidos), desde nuestra América hasta Vietnam, desde la rebelión negra en los Estados Unidos hasta la independencia anticolonial de África y la rebelión estudiantil en Europa Occidental. Un antes y un después. Fidel pasará a la historia por la puerta grande, ¿qué duda cabe? No quiero escribir de apuro y para salir del paso. Me importan un pepino los insultos de la derecha. No valen nada. Me dan lástima los avisos fúnebres progres y oportunistas que ahora lo aplauden por predicar «la paz». Patético. Y me dan asco las notas hipócritas que lo critican cuando sus autores, pusilánimes y reformistas, no se animaron jamás ni a enfrentar a la policía ni al ejército de sus propios países.

FIDEL. Un conversador incansable. Tuve la suerte y el honor de conocerlo personalmente y conversar varias horas con él. No en una charla «íntima», sino rodeado de varios compañeros y compañeras de la Casa de las Américas. Un hombre muy culto, tremendamente leído. Sencillo y al mismo tiempo erudito. Respondía cada pregunta que le hacía como un sabio, desde la Reforma Universitaria argentina de 1918 hasta el pensamiento de Mella, Roa e Ingenieros, desde el asalto al cuartel militar Moncada hasta las teorías marxistas

del Che Guevara, desde la Segunda Guerra Mundial hasta Stalin.

A propósito de Stalin, lo escuché criticarlo por su actuación militar durante la Segunda Guerra Mundial. «Si no fuera por sus errores, me dijo, la Segunda Guerra Mundial terminaba en Lisboa, no en Berlín. El Ejército rojo hubiera tomado toda Europa». No me dejó una sola pregunta sin contestar. Esa vez le regalé el libro *De Ingenieros al Che* (donde analizo la influencia de Fidel y la Revolución Cubana en distintas corrientes de Argentina). Entonces lo publicaron en Cuba. Dos años más tarde, le di *Gramsci para principiantes*.

Luego escribí *Fidel para principiantes*, ilustrado por Nahuel Scherma. No es un texto «para niños o adolescentes». Me llevó años de investigación estudiar, periodizar y sintetizar con lenguaje accesible la historia de Cuba, desde Martí a Fidel y el Che, pasando por Mella y Guiteras. ¡Y leerme sus larguísimos discursos!, sin olvidar las muchas polémicas internas de la Revolución Cubana. Tampoco es neutral, está escrito desde el guevarismo y el marxismo latinoamericano. Salió publicado en Argentina y los Estados Unidos (en una versión más amplia donde discuto con la comunidad cubana de Miami), aunque creo que también lo piratearon en México. Tal vez en otros lugares.

Nunca fui obsecuente. Tuvo errores y se los criticué, por ejemplo en el trabajo «*Pensamiento*

*Crítico* y el debate sobre las ciencias sociales en la Revolución Cubana». <sup>1</sup> Cuando se enfermó hace diez años, en 2006, escribí «Y después de Fidel: ¿qué?». <sup>2</sup>

No voy a redactar entonces ahora un ensayo improvisado. Simplemente quiero recordar tres cosas tuyas, además de su sonrisa sarcástica y su mirada pícaro. 1) Que fue un gran amigo de la insurgencia guevarista argentina del Partido Revolucionario de los Trabajadores - Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP) y de los Montoneros. 2) Su frase, más vigente que nunca, que lo define a fondo: «Nuestro campo de batalla abarca todo el mundo». 3) El documental *Mi hermano Fidel*, que lo tuvo como protagonista, junto a un viejito cubano ciego (realizado por Santiago Álvarez, 1977). <sup>3</sup>

¡Hasta la victoria siempre, querido Fidel!

Muchas gracias por todo. Siempre agradecidos.

Buenos Aires, 26 de noviembre de 2016 **C**

1 Disponible en: <<http://cipec.nuevaradio.org/?p=116>>.

2 Disponible en: <[http://www.lahaine.org/mundo.php/iy\\_despues\\_de\\_fidel\\_que](http://www.lahaine.org/mundo.php/iy_despues_de_fidel_que)>.

3 Disponible en: <<https://www.youtube.com/watch?v=fQFnYBOyjcs>>.

# Escríbele una carta a Fidel

**H**oy, en la despedida de las cenizas de Fidel, he visto a muchos ancianos y ancianas llorar de forma desconsolada. Fidel ha muerto junto a una época, con él muere una marea de símbolos de la era de las revoluciones. Fidel era el último barbudo, el último orador de discursos gigantescos, el último actor en el teatro de las revoluciones históricas del siglo xx.

Los que lo vieron joven, aparecido en la Cuba republicana, primero ortodoxo, después guerrillero, más tarde socialista, se acostumbraron a entender sus vidas con él, como una presencia mítica. «Viene Fidel», «va a pasar Fidel», «un hombre de Fidel», «si lo supiera Fidel», «escribele a Fidel». Son frases que demuestran que no era Fidel un jefe de Estado sino un Hombre, con la mayúscula de los seres que son también espíritu.

El sentimiento de orfandad que Fidel deja con su ida significa que los cubanos y cubanas vivíamos en una realidad que no se entiende solo con llamarla paternalista, como se ha puesto de moda en los últimos años. Me han dicho en llamadas por teléfono, en los días posteriores a su muerte: «me siento sola», «tengo miedo», «no paro de llorar». Gente distinta, algunas de ellas no precisamente fidelistas sino simplemente revolucionarias, o en otros casos simplemente decentes.

De este momento hemos hablado mil veces, lo habíamos hecho, pero no es igual el temblor de lo imaginado que de lo

ocurrido. ¿Qué va a pasar cuando no esté Fidel?, era una pregunta corriente hace años. Era lógico preguntarse, y además, una obligación de los que piensan en Cuba para el bien de ella, que es lo mismo que decir para el bien de nosotros.

Ahora toca ser valientes, como el Fidel del Moncada, toca ser cultos y enérgicos y serenos, como el Fidel de *La historia me absolverá*, u orgullosos y temerarios, como el de la foto de preso, esposado, pero protegido por Martí. Si queremos que Cuba se salve del odio, de las venganzas entre hermanos, de la barbarie del capitalismo y de las desviaciones de los que no quieren cambiar nada, tenemos que ser trabajadores, como el Fidel que dormía poco, indomables como el Fidel que se caía y volvía, se enfermaba y cambiaba de actividad. Si queremos ser revolucionarios y no traidores de la voluntad del pueblo, tenemos que saber cuándo es el momento de dejar a los otros decidir, como hizo el Fidel del 2006.

A las lágrimas de los ancianos y ancianas que vi llorar, como quien pierde, más que un líder una referencia de vida y esperanza, les tenemos que decir que confíen en el pueblo de Cuba, sobre todo en los jóvenes, pero para eso la confianza tiene que llegar de la mano de la responsabilidad y del poder de decisión.

Cuba está llena de hombres como Villena, como Mella, como Guiteras, como Camilo, como el Che, como Fidel. Este es un pueblo de mujeres y hombres que han estudiado, que saben trabajar, que saben decidir, y que deberán saber rectificar, cuando se equivoquen.

Es el momento del pueblo de Cuba, de la gente de bien que quiere hacer el país más justo, más digno, más vivible, más socialista en fin.

Para que Martí no muriera en el año de su centenario Fidel creyó que había que jugarse la vida por Cuba. Para que Fidel no muera todos los días es el momento de arriesgar el puesto, la gasolina y la tranquilidad, por el bien del socialismo, que no se construye solo, ni dejando pasar los días para que otros lo intenten.

Fidel ha dejado sin referencias a mucha gente. Antes le pedíamos a Haydee, le escribíamos a Celia, esperábamos que se enterara Fidel. Ahora nadie le va a escribir a él. Tal vez no aparezcan más nombres para el hombre con más títulos y epítetos del siglo xx, pero nos podemos escribir a nosotros mismos, nos podemos responder nosotros mismos.

Fidel nos ha obligado a olvidar la pregunta que antes repetíamos día a día. Ya no diremos qué pensará Fidel de este problema. Ahora tenemos que decirnos: manos a la obra. **C**

## El último acto de Fidel

**E**ste es el momento de las definiciones. La muerte de Fidel Castro ha sido el parteaguas ante el cual nadie puede esconderse y quien no se ha levantado ahora, no lo hará nunca. La despedida del Comandante ha sido el acontecimiento político más importante de la última década para la simbología revolucionaria. Nos ha recordado algunas esencias y ha señalado públicamente el lugar de cada cual. El último acto de Fidel fue definir a cada cubano, y era necesario.

No existen los revolucionarios a medias y, llegado el momento, no es respetable quien no toma partido. La dicotomía principal sigue siendo revolución-contrarrevolución. La actitud tomada ante la muerte del líder cubano dice mucho de cada persona, los silencios y las ambigüedades dicen aún más. Mañana podremos apelar a la crítica para cambiar lo que deba ser cambiado, podemos ver que Fidel no era perfecto, podemos matizar lo que se quiera, pero esta era la semana de rendirle homenaje. Y algunos han fallado esa prueba.

Los símbolos son más peligrosos que los hombres, el Che creció aún más después de su muerte y Fidel va por ese camino. Estos días los recordaremos por el resto de nuestras vidas. He visto personas que existen al margen de la política quedar afectados por esta noticia. Como cuando ocurrió el Maleconazo en el 94 y quienes gritaban abajo gritaron arriba en cuestión de segundos al ver a Fidel Castro. Él toca la fibra

de los cubanos. A veces nuestras imperfecciones nos hacen perder el rumbo hasta que llega un ser incólume que nos recuerda ser consecuentes. Tampoco significa que sea perfecto, ni es necesario que lo sea.

Por estos días celebran su muerte los marginales del capitalismo, los que sueñan con el dinero que nunca tendrán pero temen que el socialismo se lo quite. En contraste a ellos una plaza se

llena de cubanos en despedida, los que nunca celebraron siquiera la muerte de Fulgencio Batista u Orlando Bosch. Hay valores humanos que no podemos perder. Y si la muerte de Fidel ha delimitado la conciencia de cada uno, de paso nos convierte en mejores personas. El guerrillero cubano sigue siendo útil dondequiera que esté, quizá lo que unos suponen el fin en realidad sea solo el comienzo. **C**



1999. Taller Cultura y Revolución. Fidel junto a Keith Ellis.

ÁLVARO AGUILERA

## Un gigante verde olivo

**R**ecuerdo aún aquella noche tibia en el barrio de La Lisa, a las afueras de La Habana. Serían las dos de la madrugada y tomaba ron con mi amigo El Negro y mi hermano José (no hermano de sangre sino de corazón, que es tan importante o más) en una terraza. Fumábamos cigarros marca Criollos mientras hablábamos de política, de revolución, de vida. Olía (parece que estuviera allí ahora mismo, es curioso) a gasolina y aguacate. De vez en cuando pasaba un coche, ladraba un perro o saludaba algún vecino que regresaba a casa. La humedad era espesa y el calor pegajoso como el ron.

Fidel se había retirado de la vida pública hacía unos dos años y mis compañeros de charla recordaban anécdotas del Comandante. Yo escuchaba asombrado. Ellos sabían que yo era comunista, pero lo habían olvidado o lo habían querido olvidar. No sabían que yo me había hecho comunista, al principio de los principios, entre otras cosas porque admiraba profundamente a aquel barbudo que hizo la Revolución con apenas una quincena de camaradas y que le plantó cara al Imperio durante más de cincuenta años a apenas noventa millas de sus costas. No lo sabían pero ninguna falta les hacía. Hablaban de Fidel como se habla de un vecino al que se admira; no como del jefe del gobierno, el líder del pueblo o títulos por el estilo, sino como de un amigo cercano que se ha ganado la admiración del barrio a fuerza de dar ejemplo.

En un momento dado cometí el error fatídico de formular la temida pregunta: «¿Y cuando muera, qué?».

Se hizo un silencio denso que pareció tragarse el mundo. Los ojos del Negro se volvieron más negros aún que el resto de su cuerpo y los de José se llenaron de una nostalgia preventiva. Sin pretenderlo, había convocado en la conversación a los fantasmas de la incertidumbre y la orfandad. El Negro fue el que rompió el mutismo, pasados unos largos segundos, con una frase que nunca olvidaré: «Fidel no se va a morir nunca, Álvaro... ni aunque se muera».

Después, regresamos al buen humor, lejos de melancolías taciturnas, y a la conversación alegre hasta que despuntó el sol sobre nuestras cabezas. Atrás quedaba la noche y la pregunta que pudo nublarla por un momento. Esa es la magia de Cuba: del llanto a la risa en un segundo sin solución de continuidad.

Cuando el pasado sábado me dijeron que Fidel había muerto, un nudo atenazó mi garganta y todas las tristezas de este mundo se agarraron a mi pecho. Lloré como si un familiar o un amigo muy querido se hubiera marchado. No lo podía creer. No lo quería creer.

Marcos Ana, otro referente comunista imprescindible, nos había dejado apenas veinticuatro horas antes. Demasiada muerte, demasiada tristeza para un sábado lluvioso de noviembre. Vaya día...

En la televisión, un lacayo del capital hablaba de dictadura, represión y no sé cuántas estupideces más. De fondo, imágenes de un gigante de la historia vestido con traje verde olivo saludando a un niño. Me enfurecí contra las palabras de aquel ser abyecto que celebraba la muerte de Fidel

Castro. Fue en ese instante cuando recordé las palabras del Negro, cuando los ojos empapados de nostalgia de José me asaltaron felizmente. «No se va a morir nunca, Álvaro...». Por mucho que aquel supuesto periodista celebrara, el Comandante no se iba a morir nunca. Era un alivio.

Pensé entonces en mi otra casa, que no es mía pero como si lo fuera, allá en el barrio de La Lisa; pensé en todos mis amigos cubanos, siempre críticos pero leales a la Revolución, y en que Fidel ya había sido juzgado por su pueblo, por la mayoría de los cubanos y las cubanas. Y supe cuál era el veredicto para el gigante verde olivo: absuelto por la historia, querido como un amigo al que se admira y no como a un jefe del Estado. Entendí, al cabo, con claridad y exactitud, que todos los mitos empiezan así, con el amor de la gente sencilla, humilde, con el cariño leal de un pueblo. No se va a morir nunca... Ni aunque se muera.

El legado de Fidel, gracias José y Negro por enseñármelo, es inmortal porque cuenta con la ternura y la gratitud de los pueblos oprimidos, porque vive en todos los corazones revolucionarios que luchan por un mundo mejor y más justo. El legado de Fidel trasciende el odio de los rabiosos agentes del imperialismo porque se asienta sobre la ternura de sus nobles ideales. El legado de Fidel es un pueblo, el cubano, digno en las duras y las maduras, enhiesto frente a las dificultades y las agresiones, orgulloso de construirse cada día.

No. No se va a morir nunca aunque haya muerto. Y gracias a esa seguridad puedo gritar, a pesar de la tristeza que no se va del todo, aquello de: ¡Aquí no se rinde nadie, carajo!

Gracias, Comandante. ¡Hasta la victoria siempre! ¡Venceremos! 

# Soy Fidel

**H**oy me di cuenta de que soy Fidel desde los once años, cuando triunfó la Revolución. Su barba, su hidalguía, su oratoria, me enamoraron con ese amor que dan las niñas a los gigantes, a los magos, a los héroes; y ese amor infinito me hizo seguirlo sin titubear hasta hoy.

Por eso soy Fidel desde que decidí integrar las filas de la Brigada Conrado Benítez y alfabetizar en las montañas donde él peleó. Soy Fidel cuando en la Crisis de Octubre estaba en Gran Tierra, Baracoa, en la primera zafra del café y, a pesar de mi niñez, no tenía miedo a la posible guerra porque me sentía protegida por él.

Soy Fidel cuando seguí la ruta de la Revolución y participé en Escuelas al Campo y Zafras del Pueblo, en especial en la de los Diez Millones, en la que todos queríamos convertirnos en cañas para cumplir el compromiso que nuestro líder había contraído con el mundo.

Soy Fidel cuando me hice médico y saldé, como él nos enseñó, nuestra propia deuda con la humanidad, y fui internacionista y me hice mejor persona.

Soy Fidel porque siendo especialista en Pediatría e Intensivista he salvado vidas inocentes por las que tanto él luchó, y he contribuido a mantener indicadores muy bajos de mortalidad infantil y de esta forma he podido aportar mi granito de arena para poner en alto el desarrollo de nuestro país y así acrecentar su orgullo por la medicina.

Soy Fidel porque eduqué a mi hija en los principios revolucionarios, la enseñé a amarlo y aprender de su ejemplo.

Soy Fidel porque como otros Fidel, firmé un compromiso irreversible con su magistral «Concepto de Revolución» y así reafirmé mi juramento de primero dejar de ser que dejar de ser revolucionario.

Pero siento que estoy en deuda con él porque no le di mi último adiós. ¿Habré dejado de ser Fidel? El trabajo, la guardia médica, el cumpli-

miento del deber, me impidieron darle el postrer homenaje a mi Comandante, Líder, Maestro, Padre.

Estoy en deuda con él y solo cuando cumpla mi deseo de visitar Santiago, hacerle mi saludo militar, reverenciarlo, agradecerle, por haber tenido el privilegio de ser de esta generación y darle un beso imaginario que flote sobre su tumba, volveré a ser Fidel.

La Habana, 29 de noviembre de 2016 



1999. Fidel Castro y José Balmes en la exposición de este último en la Galería Haydee Santamaría.

# Lecciones de Fidel

Realizar el sueño de Martí anunciando que venía «una revolución nueva» fue un decir y hacer del Manifiesto del Moncada y del proceso revolucionario cubano. Desde entonces las expresiones personales o colectivas de Fidel y sus compañeros del 26 de Julio y, después, del nuevo Partido Comunista cubano, lograron una identidad entre la palabra y el acto que es necesario entender, pues si no, no se entiende nada.

La realidad es más rica que la palabra y, ya enriquecida, esta vuelve a enriquecerse con lo nuevo que deja ver el pensarla y hacerla. Así, en la expresión del párrafo anterior se trae a la memoria un sueño, el de José Martí, quien será realmente considerado como «autor intelectual de la Revolución Cubana».

Es un sueño del pasado, pero un sueño que anunció una revolución nueva en la que, con otros héroes e intelectuales cubanos, tendrían también fuerte presencia Marx y Lenin, y en que al socialismo de Estado, encabezado entonces por la URSS, la República Popular China y múltiples movimientos de liberación nacional, Fidel y la Revolución Cubana añadirían objetivos y valores fundamentales –martianos–, en los que no solo destaca la moral como reflexión ética, sino como moral de lucha, como arma contra la corrupción, como meta para la cooperación, la solidaridad y la mente. Esos sueños, renovados una y otra vez, buscaron y buscan superar, en todo lo que se puede, el individualismo, el consumismo, el sectarismo y la

codicia, enemigos jurados de los oprimidos y explotados de la Tierra.

En algo no menos importante se diferenci6 la Revoluci6n Cubana, y es que en su paso por el socialismo de Estado, siempre se empe6 en lograr que sucediera a la insurrecci6n y a la guerra de todo el pueblo un socialismo de Estado de todo el pueblo. Ese objetivo plante6 varios problemas ineludibles, entre ellos, la necesidad de combinar las organizaciones jer6rquicas centralizadas y las descentralizadas, con las aut6nomas y horizontales, en que las comunidades del pueblo ejercieran una democracia directa y otra indirecta nombrando a candidatos que sin propaganda alguna merecieran la confianza de quienes los conocían.

Allí no qued6 el empe6. Como reto para realizarlo se plante6, ante la opresi6n y la enajenaci6n, la necesidad de animar los sentimientos, la voluntad y la mente de los insumisos, para que hicieran suyo el nuevo arte de luchar y gobernar. Al mismo tiempo las propias vanguardias buscaron liberarse de los conceptos dogmáticos que sujetaban al pensamiento crítico y creador.

Al desechar el «modelo de la democracia de dos o m6s partidos entre los que elegir», un «modelo» que originalmente sirvi6 a aristocracias y burguesías, para compartir el poder, el Partido Comunista cubano tampoco sigui6 los modelos de la URSS y China. A impulsos del Movimiento 26 de Julio, que a raíz de su triunfo decidi6 disolverse, al Partido Comunista cubano le fue asignado el objetivo de asegurar y defender la Revoluci6n de todo el pueblo, con la participaci6n y organizaci6n de sus trabajadores, campesinos, t6cnicos, profesionales, estudiantes y en general con la juventud rebelde.

La l6gica de organizar el poder del pueblo estuvo muy vinculada con la de hacer fracasar

cualquier intento de golpe de Estado, invasi6n o asedio, lo que se probaría a lo largo de m6s de medio siglo, frente a las reiteradas incursiones del imperialismo y al criminal bloqueo que habría hecho caer a cualquier gobierno que no contara con la inmensa mayoría del pueblo organizado.

Si en la invasi6n de Playa Gir6n y a lo largo de su desarrollo Cuba cont6 con el apoyo de la URSS y del campo socialista, ni la estabilidad de su gobierno ni las reformas y políticolas revolucionarias que logr6 emprender se habrían realizado si el gobierno de todo el pueblo hubiera sido suplantado por un r6gimen autoritario, burocrático o populista. El gobierno del pueblo cubano no solo mostr6 ser una realidad militar defensiva, sino particularmente eficaz en el impulso a la producci6n, a los servicios, que—en medio de grandes trabas y errores inocultables—logr6 grandes éxitos, muchos de ellos reconocidos como superiores a los de países «altamente desarrollados».

A las garantías internas y externas de la democracia de todo el pueblo, de su coordinaci6n y unidad necesarias, se a6adi6 el car6cter profundamente pedag6gico y dialogal del discurso políticolas, y todo un programa nacional de educaci6n, que iba desde la alfabetizaci6n integral—literal, moral, políticolas, militar, cultural, social, econ6mica y empresarial—hasta la educaci6n superior y el «impetuoso desarrollo de la investigaci6n científicolas».

Es cierto que en todos esos ámbitos el movimiento revolucionario enfrent6 problemas que no siempre pudo resolver, o resolver bien; pero en medio de los m6s de cincuenta a6os de criminal bloqueo y de incontables asedios por parte del poderoso vecino del Norte, de las corporaciones imperialistas y su complejo militar-empresarial,

político y mediático, y tras la restauración del capitalismo en el inmenso campo socialista, Cuba fue y es el único país que mantiene su proyecto socialista de un «mundo moral», o de «otro mundo posible» como se acostumbra decir, o de «otra organización del trabajo y la vida en el mundo», como dijo el clásico.

Entre las nuevas y viejas contradicciones, Cuba sigue hasta hoy poniendo en alto un socialismo que, con Martí presente, es respetuoso de todos los humanismos laicos y religiosos. Es más, Cuba sigue haciendo suya la lucha contra el poder de los dictadores y contra la opresión y explotación de los trabajadores, sin que por ello haya olvidado la doble lucha, que sus avanzadas propusieron desde 1959: «una rebelión contra las oligarquías y también contra los dogmas revolucionarios».

Si en tan notables batallas hay contradicciones innegables, no por eso han dejado de oírse, y en parte de atenderse, enérgicas reconvenciones que con frecuencia han hecho Fidel y numerosos dirigentes históricos de la Revolución contra corrupciones, incumplimientos, abusos, que con la economía informal y el mercado negro, han sido y son –hoy más que nunca– el peligro estructural e ideológico más agresivo, que renueva y amplía la cultura de la tranza, del individualismo y el clientelismo, de la corrupción, la cooptación y la colusión.

No es cosa de referirse aquí a todo lo que frente a las incontables ofensivas nos enseñan Fidel y la Revolución Cubana para la emancipación de los seres humanos y la organización del trabajo y de la vida en la tierra. Ni es cosa aquí de profundizar en las lecciones que nos da un líder como Fidel, que se negó a que se hablara de «castrismo», y que logró frenar todo culto a

la personalidad. Pero si hasta para sus enemigos a menudo resulta imposible acallar el respeto que se ven obligados a tenerle, no son de olvidar tantos y tantos actos de su vida que se inscriben en un reconocimiento necesario.

Este enunciado de algunas lecciones de Fidel que aparecen en sus discursos y no solo en sus numerosas contribuciones a la Revolución Cubana, quiere ser más bien un ejercicio de pedagogía por el ejemplo, un llamado que preste atención a aquellos modos de pensar, actuar, construir, luchar y expresarse, que permiten comprender por qué, tras la restauración del capitalismo en el «campo socialista», con la firmeza de Fidel y del pueblo cubano, solo la pequeña isla de Cuba ha logrado mantener la verdadera lucha socialista, que incluye la democracia como gobierno de todo el pueblo, y como reorganización de la vida y el trabajo por una inmensa parte de trabajadores y ciudadanos organizados. Y en esa lucha, que va a las raíces de la condición humana, se cultiva y defiende el respeto a los distintos modos de pensar y creer de laicos y religiosos, con búsqueda permanente de la unidad en medio de la diversidad de insumisos y rebeldes y con una clara postura martiana y marxista.

Precisar –con otros muchos– los pensamientos compartidos por Fidel y por las masas revolucionarias del pueblo cubano, es adentrarse en una historia particularmente rica de un pueblo en lucha por la emancipación. Fidel, el Movimiento 26 de Julio y el pueblo cubano son sucesores de vigorosas proezas rebeldes en las que destaca la de Maceo, héroe primero de la larga lucha por la independencia y por la libertad, a la que siguió, como gran revolucionario, muerto en batalla, uno de los pensadores más profundos y precisos de la historia universal, José Martí, expresión máxima

del liberalismo radical, pues no solo fue uno de los primeros en descubrir el imperialismo como una combinación del colonialismo y el capital monopólico, sino en revelar los lazos de los movimientos independentistas de su tiempo con las luchas de los pobres y los proletarios, posición que lo hizo sumarse a los homenajes póstumos a Carlos Marx por haber sido este, como dijo, «un hombre que se puso del lado de los pobres».

Fidel y el Movimiento 26 de Julio vienen de esa cepa. En su pensar y luchar los acompaña incluso la inteligencia de aquellos teólogos que destacaron en La Habana de fines del siglo XVIII y principios del XIX, y que son un antecedente de la teología de la liberación. En las conversaciones de Fidel con Frei Betto y en numerosos actos en que el problema religioso se planteó, Fidel dio amplias muestras de un gran respeto al humanismo que se expresa en la religión cristiana y en otras. Ese respeto es hoy más necesario que nunca, pues corresponde a una de las viejas y nuevas formas de la liberación humana, en lucha por el derecho a lo diferente, por la igualdad en la diversidad, ya sea de religiones o de posiciones laicas, o de variaciones de razas y de sexos o de afinidades sexuales, o de edades y nacionalidades. Bien lo dijo Fidel muchas veces: «No somos antiamericanos. Somos antimperialistas».

Orientarse en las lecciones de Fidel para entender y actuar en la emancipación humana contribuye a desentrañar lo que sus palabras tienen de ejemplar y de actos para pensar y actuar en circunstancias similares, captando lo parecido y lo distinto, e incluso el quehacer del «hombre concreto que se es y que se descubre a sí mismo», como dijo Armando Hart.

Con ese objetivo de comprensión y acción, cabe señalar –a manera de profundizar en el hilo

del pensamiento– lo que las lecciones de Fidel tienen de metas y valores: 1) para la organización, 2) para la estrategia y la táctica, y 3) para el juicio favorable o contrario a la emancipación en que se defienden y renuevan concretamente las verdaderas metas de la lucha.

El discurso político de Fidel ha sido –insistimos y precisamos otra gran tarea– para que pueblo y trabajadores puedan defender y participar cada vez más en la organización y marcha de un Estado de todo el pueblo. El objetivo de organización se mantuvo y mantiene en más de medio siglo de bloqueo del imperialismo, y se inscribe en una cultura de la confrontación y de una concertación que, sin aferrarse a la lucha abierta, y sin ceder en los principios en «la lucha suave», parece caracterizar a los procesos revolucionarios de nuestro tiempo. Tanto la práctica de la confrontación como la de la concertación implican medidas de organización de la moral, de la conciencia y de la voluntad colectivas. Suponen también un claro planteamiento de que la concertación puede darse en medio de conflictos y de una lucha de clases que sigue incluso cuando parecen predominar los consensos. La experiencia de Cuba a ese respecto es inmensa, y no solo en defensa de su propia revolución y por los variados enfrentamientos y acuerdos con los Estados Unidos, sino por haber participado en la guerra de Angola contra el ejército del antiguo país colonialista y racista de África del Sur –el más poderoso del continente–, y tras haber ayudado a su derrota, lograr que se sentara en la mesa de negociaciones hasta llegar a un compromiso de paz. Si la historia de la guerra y de la paz en África, con un inmenso destacamento de fuerzas cubanas dirigidas por Fidel desde La Habana, es una de esas formas de la realidad que superan la

imaginación, también es otra experiencia, que junto con la resistencia inconcebible a un bloqueo de más de cincuenta años confirma la capacidad de Cuba para actuar en una historia en que, como la de Colombia, también combina un proceso revolucionario que alterna confrontaciones y concertaciones. Si semejante posibilidad está y estará llena de incógnitas, nada impide explorar los nuevos terrenos de la guerra y la paz en un mundo cuyo sistema de dominación y acumulación se encuentra en crisis terminal.

\*\*\*

Las lecciones de Fidel en el juicio de las conductas seguidas son también particularmente creadoras y fecundas en la crítica de aciertos y desaciertos, y no solo de conductas políticas o morales —con llamados de atención, dictámenes favorables o desfavorables, aprobaciones y reprobaciones, elogios y estímulos—, sino con sus reflexiones sobre las mejores formas de actuar para alcanzar las metas emancipadoras.

En cualquier caso es indispensable tener presente que las lecciones de Fidel, incluso cuando a primera vista suenan a veces como meras formas de hablar, obvias o elementales, encierran a menudo modos de incesante conducta real antes desacostumbrada, desentendida y desoída como guía de la acción que se vive, y que solo aparece con la vinculación de la palabra y el acto. Con esa amalgama se hace la historia.

En aquel discurso que pronunció la noche del 8 de enero de 1959, a su llegada a La Habana, dijo entre sus primeras palabras: «la tiranía ha sido derrocada. La alegría es inmensa [...]. Y sin embargo queda mucho por hacer todavía. No nos engañemos creyendo que en lo adelante

todo será fácil: quizá en lo adelante todo sea más difícil». Y a esa afirmación que podía frenar el ilimitado entusiasmo reinante añadió, más como explicación que como excusa: «Decir la verdad es el primer deber de todo revolucionario». Aclaró lo que entraña no engañar ni engañarse. «¿Cómo ganó la guerra el Ejército Rebelde? Diciendo la verdad. ¿Cómo perdió la guerra la tiranía? Engañando a los soldados». El mensaje era la primera lección del arte revolucionario de gobernar para ganar. No engañar al pueblo ni dejar que el pueblo se engañe con los triunfos. Y tras narrar, como ejemplo, en qué forma, decir la verdad había servido para el triunfo del Ejército Rebelde, concluyó: «Y por eso yo quiero empezar —o mejor dicho, seguir— con el mismo sistema, el de decirle al pueblo siempre la verdad».

La práctica de la verdad y de la moral serían los valores y los medios de una lucha revolucionaria que además organizaría su legítima defensa, frente a las tradicionales ofensivas de «la zanahoria y el garrote», de la corrupción y la represión permanentemente renovadas y armadas por la oligarquía y el Imperio. Tanto la verdad como la moral practicadas serían constitutivas de un proceso que necesariamente tendría que armarse para defenderse.

En aquel discurso en la Plaza de la Revolución en que Fidel empezó a definir cómo sería la democracia en Cuba, y en aquella plaza donde había un inmenso «lleno» de guajiros y de trabajadores de la caña, de las fábricas y de los servicios, Fidel le preguntó al pueblo: «En caso de tener que escoger, ¿qué preferirían? ¿Un voto o un rifle?». Y se oyó un grito gigantesco: «¡Un rifle!». El clamor vehemente y el gozo inmenso de la multitud determinaron la meta y la organi-

zación de un ejército y un Estado del pueblo y de los trabajadores. De paso expresó la temible dificultad que para los imperialistas presentaría invadir Cuba. Fue esa una de las primeras clases para aprender a tomar decisiones. Planteó, además, uno de los más difíciles problemas: el de la lucha política y armada de todo el pueblo, y el de la construcción de un Estado de todo el pueblo, con mediaciones que de por sí eran distintas a las de los Estados de corporaciones y complejos, pero que requerían combinar los conocimientos especializados que se transmiten en institutos y universidades con el saber de los pueblos. Lograr una decisión acorde con el proyecto del Estado del pueblo, y hacerlo con el saber del pueblo y con el uso óptimo de los conocimientos técnicos y científicos más avanzados, sería a lo largo de toda la historia cubana una de las principales tareas de la población militante y trabajadora con sus distintas especialidades y conocimientos. En ella, aprender a aprender fue y es una experiencia muy rica para cada uno y todos los participantes. También destaca la organización de un Estado y un sistema político que para ser de todo el pueblo y resultar a la vez eficaz en la defensa, en la producción, en la distribución, en el intercambio, en los servicios, tiene que plantearse constantemente el problema de la libertad y la disciplina sin que una avasalle a la otra ni disminuya su respectivo peso en las argumentaciones y las decisiones. A ese objetivo —que necesariamente debe vencer muchas contradicciones— se añaden combinaciones de estructuras y comportamientos que tradicionalmente se plantearon como opuestos. Para funcionar en el interior de la Isla y en sus relaciones internacionales, el Estado del pueblo revela una necesidad ineludible de combinar las

organizaciones coordinadas con las jerárquicas centralizadas y descentralizadas; la democracia directa con la representativa, de donde deriva el problema del Estado de todo el pueblo y del Partido Comunista de la revolución nueva, martiana y marxista, con militantes cuyos méritos comprobados puedan ser confirmados una y otra vez, y cuya misión consiste en lograr el mejor funcionamiento y coordinación de las fuerzas y empresas estatales, y en la defensa e impulso de una revolución democrática y socialista, de veras nueva por sus prácticas y principios, por su moral comprobada en la conducta, y por «su hablar a la conciencia del hombre, al honor del hombre, a la vergüenza del hombre».

♦ Las contradicciones que en el proceso necesariamente aparecen corresponden por un lado a las de una «clase subordinada» —como diría Gramsci—; pero subordinada al poder del pueblo y no al de las corporaciones, y en que al motor moral e ideológico de exigencias ejemplares en sus miembros se añaden los oídos y los ojos del propio pueblo, organizado desde las asambleas locales hasta la Asamblea Nacional del Poder Popular.

Si en todo este proceso la moral de lucha y cooperación es fundamental, precisamente lo es porque se trata de hacer una «revolución nueva», como dijo el manifiesto del Moncada, cuyo propósito vital consiste en «realizar el sueño irrealizado de Martí», y en la que «lo decente y lo moral es raíz fuerte y poderosa de lo revolucionario recordando que la base de la moral está en la verdad», como también señaló Fidel en su lección sobre la vanguardia. «La vanguardia», sostuvo, «transmite con su acción y su pensamiento, la teoría, la ideología revolucionaria que viene de un marxismo no solo aprendido de

los libros, sino de las experiencias propias en la vida». Y en relación con el conocimiento, desde los inicios de la Revolución, Fidel precisó que, como parte esencial, el método del saber y el hacer se apoya en el saber anterior del pueblo y en el que adquiere en el curso de la lucha, como había dicho el Che.

Es cierto que al destacar palabras y actos a los que ninguna revolución había dado semejante peso ni en sus teorías, ni en sus ideologías, ni en su práctica, es necesario añadir dos comentarios más que de ellas derivan: uno es que representan no solo a la nueva revolución que se inicia en Cuba, sino a la que debe plantearse en el mundo entero –con el pensar y el hacer de la inmensa variedad de pueblos, naciones y condiciones en la lucha de clases.

Dominar totalmente la actual desesperanza que deriva del fracaso de reformas y revoluciones que dieron al traste con la moral como filosofía vital y como práctica colectiva e individual, es sin duda el camino que habrá de seguir la humanidad para salir de esa terrible desesperanza que señaló recientemente Noam Chomsky en palabras precisas.

Superar la desesperanza es la nueva batalla y en ella Fidel con Cuba tienen otra gran experiencia que ofrecer a la humanidad. A partir de movimientos como el de Cuba, y tomando en cuenta el estado actual de las luchas, de las organizaciones y de la conciencia rebelde, como en el llamado del Moncada, se ha vuelto necesario plantear en el mundo entero una Revolución realmente nueva. Y si en Cuba encontramos logros increíbles alcanzados en la lucha por una independencia, un socialismo, una democracia y una libertad de veras, y vemos que en ella hay aún serias limitaciones a superar, encontramos

también lo más avanzado que en la organización del trabajo y la vida ha alcanzado la humanidad. Cualquier intento por salir de la desesperanza necesitará más pronto de lo que nos imaginamos tomar en cuenta las aportaciones de la Isla para la organización de otro mundo posible. Y al hacerlo encontrará confirmada la aportación de la Isla a una nueva revolución democrática y socialista, leyendo la sentencia que se dictó contra los intentos conspirativos de un grupo que bajo los auspicios de la URSS pretendió organizar un Estado y un Partido como los que –en su largo ocaso– la URSS implantó en los países satélites y en su propia tierra.

Abordar el problema en relación con el debate que se da sobre la democracia directa y la representativa, y de la Revolución social en que los pueblos se organicen en formas puramente horizontales, es fundamental para advertir el sentido que Fidel ha dado a una y otra posición en el curso de sus palabras y sus juicios.

Entre los problemas que plantea la alternativa uno es el que se refiere a las limitaciones y contradicciones internas de los propios partidos y organizaciones comunistas, socialistas, populares y de liberación nacional o regional. Es cierto que el control de los gobiernos por los pueblos es la solución fundamental, pero que su organización debe hacerse, a sabiendas –entre otras fuentes– de lo que le dijo Fidel en Chile a una inmensa multitud, cada vez más presionada por los agentes provocadores de la CIA, por los «maoístas», ya infiltrados de arriba a abajo, y por organizaciones supuestamente más radicales que la Unidad Popular encabezada por el presidente Allende. Cuando Fidel, tras un emocionante discurso en la Plaza Municipal de Santiago, ya tenía ganada a la multitud y levantando la mano y la

voz le preguntó animoso: «¿Ustedes creen que el pueblo se equivoca?», y el pueblo le contestó con un clamoroso ¡NOOOOOO!, Fidel le contestó a toda voz, como si estuviera conversando: «Pues fíjense que sí». A lo que sucedió una inmensa risa solidaria contra los provocadores del golpe, y en apoyo a Fidel y la Unidad Popular.

Tiene razón Marta Harnecker cuando en su *América Latina y el socialismo del siglo XXI*, a diferencia de lo ocurrido en el XX, afirma que «debe ser la propia gente la que defina y fije las prioridades», la que controle eficiencia y honestidad de un trabajo «no alienado» y de cualquier vicio burocrático, administrativista, centralista y autoritario. Ella misma hace ver que no estamos contra la democracia representativa, sino contra la que no es representativa de los trabajadores y las comunidades. Marta Harnecker recuerda que Marx plantea que hay que descentralizar todo lo que se pueda descentralizar, y sostiene con razón que el Estado que tiene fines sociales lejos de debilitarse se fortalece con la descentralización. Hoy, en México, el zapatismo por su lado ha realizado el máximo empeño para que los pueblos y comunidades aprendan a gobernar y para que el Estado del pueblo se integre de tal modo al pueblo que ya no se pueda hablar de aquel sin referirse a este, y a las comunidades, no solo organizadas en formas coordinadas y jerárquicas, sino en redes de resistencia, cooperación y «compartición», que dominen las artes y las ciencias, así como el saber popular; y que a la cultura general del aprender a aprender y a informarse añadan conocimientos especializados, que puedan cambiar si lo quieren a lo largo de la vida. Por su parte, ese gran pensador que fue el comandante bolivariano Hugo Chávez hizo particular énfasis en que «sin la participación de fuerzas

locales, sin una organización de las fuerzas desde abajo, de los campesinos y los trabajadores por ellos mismos, es imposible el construir una nueva vida». La Venezuela del presidente Nicolás Maduro hizo realidad ese objetivo, al organizar sus fuerzas desde abajo, dispuestas a dar la vida para defender su independencia, su libertad y su proyecto socialista. Por eso precisamente la oligarquía y el Pentágono no pudieron realizar el «golpe blando» que tanto prepararon en todos los terrenos contra el pequeño pueblo del Caribe, rico en petróleo.

En el párrafo citado, Chávez recuerda que el proyecto de control del poder por las comunidades fue el de los soviets con que Lenin quiso estructurar el Estado de los trabajadores y las comunidades de la Unión Soviética, y añadió con razón que con el tiempo, la URSS «se convirtió en una república soviética solo de nombre» y, ahora, hasta el nombre se ha quitado.

Si tras esta exploración del cuerpo político y revolucionario del siglo XXI volvemos a las lecciones de Fidel, recordamos aquella, entre muchas más, con que queremos dar término a este breve recuento. En el juicio a Escalante y a propósito de las intromisiones de la Unión Soviética —que en tantos otros casos apoyó a Cuba, pero que no por su solidaridad tenía derecho alguno de patrono—, el pensamiento de Fidel, del fiscal, del Partido, y de Cuba revolucionaria precisó claramente lo que la Revolución en esa Isla es dentro de la historia universal y por lo que puede contribuir tanto —con sus experiencias— a la historia universal.

Con el juicio a Escalante y su grupo se derrotó deliberadamente la intención de hacer de Cuba un satélite de la URSS. La sentencia del fiscal expresó todas las lecciones de Fidel al rechazar

las falsas acusaciones de Escalante y su «grupo de conspiradores» que se habían vuelto agentes de la gran potencia. El fiscal, en su sentencia, negó terminantemente la falsa acusación de los conjurados contra el gobierno cubano de que estaba persiguiendo a los miembros del antiguo Partido Comunista, antes llamado Partido Socialista Popular, y afirmó que no solo gozaban estos de todo respeto, sino que se les consideraba como miembros activos de la Revolución. El fiscal denunció calumnias miserables, como que había un frente antisoviético y tachó de serviles a quienes lanzaban tales infundios. Y lo más importante, se expresó en un párrafo en que se advierte que las lecciones de Fidel ya se habían vuelto lecciones de colectividades. Ese párrafo decía: «Lo que no nos perdonan estos enanos es ser capaces de pensar y actuar independientemente, al apartarnos de los clisés de los manuales, lo que no nos perdonan es la fe en la capacidad de nuestro pueblo para seguir su camino, la decisión de dar nuestro aporte a la causa revolucionaria». Y añadía: «Nadie puede endilgarnos el calificativo de satélites y por eso se nos respeta en el mundo. Y esta nuestra práctica revolucionaria, es una actuación conforme al marxismo-leninismo, a la esencia del marxismo-leninismo», una esencia que concretamente deriva de la acción y la reflexión del pensar y el hacer revolucionario en el acá y el ahora y no en el antes y el allá.

Si la situación crítica del mundo y de sus alternativas ha sembrado la desesperanza, hay grandes experiencias para la organización de la libertad, de la vida y el trabajo en otro mundo posible y necesario. Entre ellas destaca la Cuba marxista y martiana.

Podríamos detenernos en muchas otras lecciones fundacionales, precisarlas y ampliarlas, pero

en la imposibilidad de incluir su inmenso número y de analizar con detalle las formas de actuar a que las lecciones conducen, voy a destacar algunas más, relacionadas con las motivaciones y acciones conducentes al logro de las metas revolucionarias.

Fidel —en sus reflexiones y acciones— plantea una lucha, una construcción y una guerra integral que incluye los problemas empresariales, militares, políticos, ideológicos y culturales, así como los de la comunicación y la información. Aquí las lecciones adquieren un carácter de tal modo colectivo que solo se pueden expresar como obra de la Revolución y de las crecientes avanzadas de un pueblo que venía del Estado del Mercado Colonial y del Complejo empresarial-militar-político y mediático. Y que así como lo dejaron —con la cultura que lo dejaron, con la moral que muchos de sus miembros enajenados dejaron a muchos de sus miembros enajenados, con el analfabetismo integral que a tantos de ellos la opresión les impuso—, y también con numerosísimos contingentes de admirable resistencia moral, intelectual y colectiva, entre todas esas desigualdades, frenos y también virtudes innegables, inició la marcha de la emancipación y aprendió, con las juventudes revolucionarias, a aprender mucho de lo que su memoria y saber ignoraban, y que él y las juventudes fueron haciendo suyo.

La construcción del nuevo poder se inició al mismo tiempo en el Estado, en el sistema político, en la sociedad, en la defensa integral, en la cultura y la economía, en la información y la comunicación, el arte y la fiesta. Adentrarse en ella puede empezar por la construcción y la transición a un Estado del poder del pueblo. En ese terreno Ricardo Alarcón de Quesada ha

escrito –con toda experiencia– un libro sobre Cuba y su lucha por la democracia. En ese y muchos otros escritos puede verse que al objetivo de la democracia como poder (*Kratia*) del pueblo (*Demos*) en un Estado-nación corresponde necesariamente una variante histórica de la lucha de clases y por la independencia. Entre las variaciones más profundas de esa historia se encuentra el Período Especial tras la disolución del bloque socialista, y el que hoy vive

Cuba con el paulatino cese del bloqueo a que la sometieron los Estados Unidos.

Hoy, más que nunca, la principal defensa del proceso revolucionario cubano consistirá en la atención creciente a la democracia integral, y en ella a la organización permanente del diálogo y la interacción entre sus miembros, como tarea prioritaria. Nuevamente, la democracia de todo el pueblo será el arma más poderosa con que cuente Cuba. ¡Vencerá! ¡Venceremos! **C**



1999. Fidel Castro y José Balmes en la exposición de este último en la Galería Haydee Santamaría. Detrás aparece Eduardo Araya Alemparte, embajador de Chile en Cuba.

**A** *pasionado contador de historias verdaderas y ficticias; entusiasta visitador de próceres y héroes, tanto como de seres anónimos o del inefable detective Belascoarán; maestro de la letra impresa y de la oralidad, de la página y de la pantalla; grafómano impenitente; activista político y agitador cultural (en esa amplia gama que va de fundar colecciones y premios literarios, a desatar ferias del libro y campañas de lectura)... Todo eso y más es Paco Ignacio Taibo II, quien regresó a la Casa de las Américas como protagonista de la Semana de autor para entablar un diálogo directo con amigos y lectores. Nacidas en el año 2000, como es bien sabido, estas Semanas han sido dedicadas desde entonces a figuras como Ricardo Piglia, Diamela Eltit, Ernesto Cardenal, Sergio Pitol, Pedro Lemebel, Juan Villoro, Fina García Marruz y Rodrigo Rey Rosa, entre otros, aparte de a dos autores cercanos al universo de Taibo como Rubem Fonseca y Leonardo Padura.*

*Ha querido el azar que se hayan cumplido el pasado año, mientras se realizaba dicho encuentro, cuarenta de la aparición del primer libro de Taibo: *Días de combate*. Desde entonces ha publicado varias decenas de ellos, algunos de los cuales han circulado ampliamente en Cuba. Autor de títulos de los más insospechados géneros (en un arco que cubre tanto el volumen de rigor histórico como la novela de aventuras), Taibo es co-*

*nocido en la Isla, sobre todo, por sus biografías de Guiteras y de Pancho Villa, o su historia –en versión antihollywoodense– de la batalla de El Álamo. A la vez, su trabajo ha circulado también gracias a la serie «Los nuestros», de Telesur, con capítulos dedicados, entre otros, a Rodolfo Walsh, a Roque Dalton y al propio Guiteras.*

*Aunque sea más distinguido por su costado literario, ese en el que se ha movido con soltura, es imposible acercarse a este personaje multifacético sin analizarlo también en varias de sus otras aristas; es por ello que este dossier se detiene en zonas menos exploradas de su quehacer, y reproduce un texto suyo perteneciente al volumen Arcángeles. Doce historias de revolucionarios herejes del siglo xx.*

*En cierto sentido, Taibo es un escritor de otro tiempo, convencido de que un ejecutante de ese oficio puede, además de escribir, ser también muchas otras cosas. En una época en la que es frecuente escuchar que el escritor no tiene más compromiso que consigo mismo, él se empeña en poner la palabra al servicio de convicciones*

*profundas, sin eludir su inclinación por la irreverencia. De hecho, si hay una figura que Taibo respeta es la del lector, y si hay un pecado que abomina es el de permitir que este abandone la lectura de un libro.*

*La reciente publicación por el Fondo Editorial de la Casa del volumen Ernesto Guevara, también conocido como el Che (gracias al apoyo de la oficina regional para México, Centroamérica y el Caribe de la Fundación Rosa Luxemburgo) constituye un hecho de especial relevancia. Si es cierto que esa biografía –considerada por muchos la mejor de las escritas sobre el Che– llega con dos décadas de atraso a los lectores cubanos (que son casi, por decirlo así, su público natural), su lectura resulta hoy particularmente pertinente, y la Casa de las Américas la propone como el primero de los varios acercamientos que tendrá a la figura y al pensamiento del Che con motivo de cumplirse, el próximo mes de octubre, los cincuenta años de su asesinato en la escuelita de La Higuera. *

FRANCISCO PÉREZ ARCE IBARRA

# Historia de combate

(Notas sobre la obra historiográfica de Paco Ignacio Taibo II)

## Una generación cargada de historia

**E**n 1965 Paco Ignacio ingresó a la Escuela Nacional Preparatoria No. 1 de la UNAM, más conocida como Prepa 1. Estaba en el centro de la Ciudad de México, a una cuadra del Zócalo, en un histórico edificio colonial con un gran patio central. Los muros de sus tres pisos contenían frescos de grandes pintores mexicanos que conformaron la escuela muralista de la posrevolución (Orozco y Rivera entre otros). En cada piso te topabas con imágenes de la Revolución mexicana. El edificio y sus murales contenían la historia de la nación. Los alumnos adolescentes que recorrían esos pasillos no podían sino entenderse como parte de ese legado, herederos, nietos de la revolución. Y algunos cargaban historias que rebasaban el límite de lo nacional. Uno de ellos, Sergio Greinstein, era hijo y nieto de víctimas del genocidio nazi. Era tan mexicano como los demás, pero poseía un bagaje familiar y cultural que conectaba con Europa, con otras revoluciones y otras tragedias. Paco Ignacio Taibo venía de España, era tan mexicano como los demás, pero era portador de una historia familiar conectada con la Guerra Civil española y todo su significado. Por aquellos pasillos caminaban jóvenes que, mirando de reojo los murales,

reconocían la carga que llevaban. Paco Ignacio, que de niño había cruzado el Atlántico desde su natal Asturias, absorbió la cultura y la historia del país al que llegaba, pero sin despojarse de las del que dejaba. (Traía como música de fondo la poesía de Miguel Hernández, Machado y García Lorca, y las canciones de la Guerra Civil: «El Ejército del Ebro», «Madrid, qué bien resistes»).

Y, desde luego, estaba la Revolución Cubana. Habían pasado apenas seis años del triunfo de Fidel y sus barbudos, aquellos jóvenes rebeldes que partieron de México en el Granma y que iluminaron a la juventud rebelde del mundo desde la Sierra Maestra. El grupo político que Taibo y otros preparatorianos formaron se llamó GRFC, las siglas de Grupo Revolucionario Fidel Castro.

Visto a la distancia no resulta extraño que Taibo se apasionara por la historia y acabara adoptando el oficio de historiador, aunque antes fue activista del movimiento estudiantil y escritor de novelas policíacas. Lo primero en el 68, año emblemático de rebeldía juvenil en el mundo, y de manera muy especial en México, que vivió una revuelta de dos meses, en la que los estudiantes, para exigir libertades democráticas, tomaron las calles de manera festiva, antisolemne, alegre; el episodio terminó en la tragedia de Tlatelolco, cuando el gobierno criticado, al que se le pedía «diálogo», respondió con balas y asesinó a decenas o cientos de personas que realizaban un mitin pacífico.

Aquellas jornadas del 68 hicieron que los estudiantes se preguntaran sobre sus raíces y, además de identificarse con figuras internacionales del presente como Ho Chi Minh y el Che (que había muerto apenas meses antes en Bolivia), buscaran referentes en la historia de México. Y erigieron como iconos a Emiliano Zapata, Pancho Villa y Flores Magón, entre otros.

La marca del 68 estuvo presente en la obra literaria de Taibo. Las novelas policíacas, que lo hicieron célebre muy pronto, contienen esa marca. Son novelas que cuentan una ciudad y un país lleno de injusticias y de rebeldía.

No voy a hablar más de las trayectorias política y literaria de Paco Ignacio, de las que ya se habló en esta semana aquí, en Casa de las Américas.

## Paco Ignacio Taibo II, historiador

Sus libros de historia mexicana recorren dos siglos, desde la guerra de independencia hasta los primeros años del XXI.

*Miguel Hidalgo y sus amigos, La lejanía del tesoro* (novela histórica), *Los libros no reconocen rivales* (sobre la batalla de Puebla), *El general orejón ese* (Mariano Escobedo), *El Álamo, Yaquis* (historia de una guerra y un genocidio en México), *Pancho Villa, Tiempo de zopilotes* (crónica de la decena trágica), *Bolcheviques, El 68* (testimonio). La lista es incompleta, pero sirve para investigar al investigador, revelar sus obsesiones, sus métodos, y descubrir su idea de la historia.

### 1.

En *Yaquis*, uno de sus libros más recientes, escribió: «A lo largo de los años explorando el pasado de México he encontrado historias canallescas y miserables, pero de todas esta es la peor y al mismo tiempo la más grandiosa porque cuenta la gran épica de la resistencia y la guerra popular de una comunidad [...]».

En su relato de la batalla de Puebla del 5 de mayo empieza diciendo: «Desde el México de

hoy, la generación de cuadros político-militares que hizo la reforma nos resulta extraordinariamente atractiva: abogados que se interesaban por la astronomía, poetas que se trasmutaban en coroneles, generales que se hacían constitucionalistas [...], sastres, rancheros o empleados de comercio que se tornaban generales [...].»

«Desde el México de hoy», dice, y yo lo subrayo, desde el México de hoy, Taibo cuenta episodios de la historia de manera apasionada. Investiga obsesivamente los siglos XIX y XX. Su interés parece centrarse en los avatares de la construcción de un país, de una nacionalidad, de una patria. Sus libros se refieren a los períodos críticos, conflictivos, riesgosos. La guerra de independencia, la defensa de la república, la lucha contra las invasiones extranjeras, la Revolución mexicana. Es historiador de la guerra y sus guerreros. Adopta siempre el punto de vista de los oprimidos. Es una opción ética.

Como investigador del pasado, hace honor a la idea de Benedetto Croce: «toda investigación sobre el pasado es historia contemporánea».

¿Puede acercarse uno a la historia sin buscar la identificación del presente en el pasado, la continuidad de las voluntades o la herencia?

Yo no puedo –declara.

Peligroso en tiempos de insurgentes andar recordando los gritos completos, con todo y el remate de *Muera el mal gobierno*. Peligroso intentar recuperar el sentido de palabras que se han ido vaciando de contenido, como *patria*, *heroísmo*. Palabras que suenan asociadas a la cursilería y a la demagogia.

Mucho mejor sacarlas y olvidarlas, convertir el estudio de la Independencia en castigo a escolares que tienen que memorizar cuatro

pendejadas, nombres de plazas, estaciones de metro, monumentos.

Hay un homenaje que es deshomenaje, hay una memoria que es desmemoria. [*El cura Hidalgo y sus amigos*].

2.

Taibo cita la página de internet del Memorial de El Álamo: «Sin El Álamo no habría habido batalla de San Jacinto, sin esta, Texas no habría existido. Sin Texas, la expansión hacia el oeste de los Estados Unidos hubiera sido frustrada, sin el oeste, los Estados Unidos se hubieran limitado a ser un poder atlántico, y no se hubieran alzado como un poder mundial. Sin los Estados Unidos como poder planetario, el mundo como lo vemos ahora no existiría». Esta visión excesiva, sin dudas excesiva, justificaría para cualquiera preguntar ¿qué diablos pasó en El Álamo que tuvo tan tremendas consecuencias históricas universales? Paco Ignacio se hizo la pregunta y buscó en los libros de historia y luego en los documentos y los testimonios reales. Encontró una enorme falsificación histórica, un mito construido con bases históricas frágiles (por decir lo menos): supuestas, inventadas, imaginadas. Para crear la imagen de un grupo de texanos heroicos que dieron la vida en la lucha por la libertad, se ven obligados a ocultar que entre otras cosas defendían la vigencia de la esclavitud y del tráfico de esclavos, cosa que la constitución mexicana prohibía. Estos héroes de la libertad peleaban también por la libertad de comprar y vender esclavos, y de sustentar su economía agraria en el trabajo de estos últimos. Taibo no defiende las prácticas militares de Santana, el presidente mexicano (son indefendibles); pero desmonta

el mito, pone el episodio en su dimensión real, y recuerda que los independentistas texanos defendían la esclavitud. Que el mito fue construido con la participación decisiva de Hollywood.

3.

Si Marc Bloch era judío, historiador y soldado, PIT es mexicano, español, narrador y militante. Y se da el extraño caso, no conozco otro, de que es al mismo tiempo investigador de tiempo completo, escritor de tiempo completo, lector de tiempo completo, y militante de tiempo completo. Y también duerme y se levanta tarde. En sus tiempos libres conduce videos de Telesur y de *History Channel*, da conferencias en plazas públicas, viaja a otros países para presentar sus libros recientes, coordina mesas redondas y, cuando hace falta, escribe artículos en *La Jornada*.

4.

Indaga los hechos y los expone debatiendo implícita o explícitamente con otras versiones, otros sesgos, otras interpretaciones de los mismos acontecimientos. No oculta sus simpatías. Todos sus libros son historia-debate.

Sus investigaciones acuciosas buscan la objetividad, que no es lo mismo que imparcialidad. No la confunde con neutralidad ideológica.

Cuando tiene dudas, y sucede muy a menudo, las comparte con el lector. El relato histórico se mezcla con las dificultades que el investigador va encontrando, las lagunas, las mentiras de otros relatos, los hechos que pudieron suceder pero no están plenamente comprobados, los lugares comunes que se dan por verdaderos simplemente porque han sido repetidos por todo el mundo.

Comparte también las preguntas que se hizo y que no pudo responder.

Sus relatos son fluidos, están escritos en una prosa estupenda. Pero no evita los paréntesis para mostrar al lector las costuras del texto.

Se ha convertido en un gran narrador de hechos militares, batallas, guerras e infamias. Sorprende la exactitud de las descripciones. Le preocupa el detalle. La descripción exacta de los movimientos de los ejércitos, de sus columnas, en un territorio concreto que él mismo ha recorrido. Describe uniformes y armamento (a este le da un trato cuidadoso). Saber qué armas se usaron, cuál es su alcance, cuáles sus virtudes dado el territorio que se pisa. No se conforma con el panorama general, se obsesiona por el detalle. Solo así puede poner a prueba los testimonios, encontrar su lógica, su veracidad, su sentido. Dos de sus más acuciosas recreaciones son la batalla de Puebla del 5 de mayo y el cerco de Querétaro. La primera cuenta el triunfo de un ejército de desarrapados dirigidos por el general Zaragoza sobre el orgulloso ejército francés y, en el segundo, la derrota del ejército de Maximiliano ante el republicano.

5.

Taibo escribió dos libros monumentales, muy extensos y sostenidos en exhaustivas investigaciones: las biografías del Che y de Pancho Villa.

De la primera ha vendido más de un millón de ejemplares en varios idiomas y en muchos países. El dato me pareció excesivo y le pregunté si era real; hizo las cuentas y estas confirman: más de un millón en sus versiones en siete idiomas.

Pancho Villa no se queda muy atrás: su difusión en México ha sido grande y ha tenido una

recepción entusiasta en un público muy amplio. La información obtenida de archivos, revistas, testimonios, libros y fotografías es monstruosa. Los setenta y un capítulos contienen otros tantos apartados de fuentes. En algunos capítulos las páginas dedicadas a exponer las fuentes son tantas como las del texto mismo. Parece no querer dejar espacio para la duda sobre la validez de sus asertos, o de sus incertidumbres: que estas también quedan documentadas.

Sorprendentemente, el *Villa*, un libro tan voluminoso (casi mil páginas), no es solo para especialistas; es también, y yo diría principalmente, para el lector común. Y se han vendido cientos de miles de ejemplares, en no sé cuántas ediciones.

6.

No es necesario decir la importancia que tienen las fuentes en los libros de historia. Taibo adoptó una forma original para dar cuenta de las referencias. Lo hace capítulo por capítulo con un listado preciso e incorpora una valoración de las mismas. En algunos casos, como el de *Villa*, añade fotografías como fuentes utilizadas; son elementos que obtuvo en la investigación y los trasmite al lector: las fotografías, empleadas de ese modo, no ilustran, sino que informan, enriquecen el texto o, mejor dicho, forman parte de este.

7.

En años recientes ha escrito libros de corta extensión, notables también, tanto por la investigación que contienen como por la forma de exposición. Me refiero en particular a uno: *Temporada de zopilotes* (una historia narrativa de la

decena trágica). Se trata del relato de diez días de guerra, de traiciones, de malas decisiones, de golpe de Estado, de asesinatos. El relato es trepidante. Taibo describe puntualmente, día por día, hora por hora, los acontecimientos. Delinea a los protagonistas hasta psicológicamente. Con su oficio de narrador, de novelista, se encuentra con un episodio que tiene todos los elementos de un *thriller*. Taibo no tiene que recurrir a la invención del novelista, sino al oficio de narrar. Nada tiene que hacer la ficción ante episodios como este. Lo que hay que hacer es encontrar los hilos del relato. Y en ciertos gestos o diálogos descubrir el alma de la historia narrada. Como en este sencillo y brevísimo diálogo: «El general (Blanquet) le dice al presidente (Madero): –Es usted mi prisionero–. Madero responde: –¡Es usted un traidor!–. El general baja la mirada y repite: –Es usted mi prisionero» (109).

8.

Su trabajo de historiador, rigor, el manejo de las fuentes, la originalidad y pertinencia de los temas, fueron reconocidos muy pronto en su carrera por la academia mexicana. Por su primer libro de historia, *Bolcheviques*, obtuvo el Premio Nacional de Historia (INAH).

Fue coordinador de investigaciones del Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero (CEHSMO). De allí sería despedido, junto con otros investigadores, por una postura demasiado radical para una institución dependiente del gobierno. Llevó consigo a España el interés en la historia de la clase obrera, y acumuló un volumen de información impresionante. Hizo una historia asturiana publicada en folletos de aparición periódica. Treinta años después sacó de un cajón los

documentos que habían descansado ese tiempo y escribió el libro *Que sean fuego las estrellas*, donde relata la lucha de los anarcosindicalistas catalanes entre 1917 y 1923. Una épica obrera, como él la llama.

9.

Da la impresión de que Taibo piensa en varios libros al mismo tiempo. Se concentra en uno, pero a la vez está llenando cajas de información de varios temas, que quedan hundidas en el tiempo y eventualmente salen a la luz para convertirse en volúmenes inesperados, o artículos, o programas

para la televisión. Mantiene una extensa red de contactos con otros investigadores, encargados de archivos, directores de museos regionales. Es un viajero empedernido y, en todos sus viajes, como se dice en México, «no da paso sin huarche». Acumula papeles. Los pone en cajas. Me late que algunos los tiene olvidados. Pero llega el momento en que los recuerda y los rescata y entonces, inesperadamente, nos asesta otro volumen de mil páginas. Si no fuera porque lo conozco, pensaría que no es un autor, sino una industria.

La Habana, noviembre de 2016 



2000. Recepción del premio Casa. Aparecen junto a Fidel, Roberto Fernández Retamar, Paz Terán, José Medina, Pablo Armando Fernández, entre otros.

ARMANDO BARTRA

# Paco Ignacio Taibo II: retrato hablado con paisaje social

*Los agitadores son personas que interfieren,  
que perturban, que siembran las semillas  
del descontento. Por esa razón los agitadores  
son absolutamente necesarios.*

OSCAR WILDE

## Umbral

**S**i ustedes han leído *Días de combate*, la primera novela de Paco Ignacio Taibo, quizá recordarán que empieza con un diálogo entre el detective Héctor Belascoarán Shayne y el plomero Gilberto Gómez Letras con quien comparte oficina. Intercambio de *jabs* verbales que alude tanto a los periódicos que están regados en el piso del despacho como a los testículos de Belascoarán

–Abusado, güey, que me los pisa.

[...]

–Pues pa' qué los pone en el suelo.

–Para verlos todos, carajo.

–¿Al mismo tiempo?

–A la mierda.

–Una hermana...

Plomero y albur inexplicables sin los cinco años de activismo obrero que ya para entonces acababa Paco Ignacio Taibo. In-

tensa convivencia con gente de a de veras, de esa que lleva su humanidad a flor de piel y hace del juego de palabras su gallardete. Baños de polvo y pueblo que le descubrieron al futuro novelista nacido en Gijón el filoso humor del lenguaje popular mexicano, la eficacia subversiva de la leperada y el albur. Y es que Paco es novelista, historiador, promotor cultural, guionista, editor, antiorador carismático... y muchas cosas más. Pero ninguno de sus oficios se entiende sin asomarse su faceta de activista social.

Nos conocemos desde hace ya medio siglo y puedo afirmar, porque me consta, que Paco es un activista de todas las causas populares, un militante *full time*, un agitador de esos que Oscar Wilde decía que son absolutamente necesarios porque interfieren, porque perturban... Y también, diría yo, porque remueven las conciencias y los cuerpos.

No intentaré una de seguro omisa y quizá falaz biografía política. Y menos en presencia de Paco que, además, es mucho mejor que yo para inventar historias fabulosas. De modo que esto será apenas un retrato hablado con paisaje social.

## La fiesta a la que llegó tarde

Quién le manda haber nacido en Gijón. Y es que por haber vivido su primera infancia en España y no en México, el futuro activista se perdió lo mejor del festival de luchas populares que empieza a mediados de los años cincuenta de la pasada centuria.

En el carnaval contestatario del medio siglo destacan los combativos ferrocarrileros que con Demetrio Vallejo al frente democratizan el

sindicato y estallan huelgas por las condiciones de trabajo; los maestros que encabezados por Othón Salazar liberan de líderes venales la Sección 9 de su sindicato; los telegrafistas que también se van al paro; y así los electricistas, los telefonistas, los petroleros... Mientras tanto los estudiantes queman camiones en protesta por el alza de pasajes y en el agro reverbera la ocupación campesina de los llanos de Michapa y El Guarín, toma de tierras liderada por Rubén Jaramillo, quien había luchado junto a Emiliano Zapata en la revolución de 1910.

Para su desgracia Paco llega a México en 1959. La buena nueva es que ese año Cuba, el «largo lagarto verde» del Caribe, se proclama «Primer Territorio Libre de América», entre los vítores de todo el Continente. La mala noticia es que en México por esos días el ejército ocupa las instalaciones ferrocarrileras acabando a punta de bayoneta con la huelga que encabezaba Demetrio Vallejo, a quien manda a la cárcel junto con otros mil trabajadores del riel. Poco antes, en la Ciudad de México, las marchas de los maestros habían sido ferozmente machacadas por la fuerza pública. Algo después, en Morelos, el ejército expulsa a los campesinos ocupantes de Michapa y El Guarín y ahí mismo, en 1962, los soldados cosen a balazos a Rubén Jaramillo, a tres de sus hijos y a su esposa embarazada.

## Paisaje después de la batalla

Paco tiene diez años al llegar a México. Y en cuanto empieza a percatarse de su nuevo entorno, lo que ve son ruinas: el desolado paisaje después de la batalla. Los obreros, los maestros, los estudiantes, los campesinos que en los cincuenta levantaron reivindicaciones económicas

pensando que el gobierno reconocería su legitimidad, toparon con la pared. Y es que después de la memorable presidencia de Lázaro Cárdenas, las brasas del nacionalismo revolucionario se fueron apagando y los gobiernos conservadores que siguieron al del General orinaron sobre ellas.

Pero el presidente López Mateos no solo quebraba huelgas, golpeaba manifestaciones, asesinaba luchadores sociales... también se allanaba a los designios del imperialismo gringo reprimiendo las marchas contra la guerra de Vietnam, así como las movilizaciones de apoyo a Cuba ante el intento yanqui de invadir la Isla por Bahía de Cochinos.

Y, como siempre, en la debacle la izquierda se divide. Los que pensábamos que la política del Partido Comunista Mexicano (PCM) en las luchas sindicales había pecado de excesiva confianza en el gobierno, favoreciendo con ello la derrota, nos escindimos hacia la izquierda formando una agrupación espartaquista y otra bolchevique que a la postre se fusionan en una Liga Comunista Espartaco, que desde mediados de los sesenta se afilia al maoísmo.

## En las catacumbas

Represión y persecución política de los opositores; derrota, reflujo y desaliento en los movimientos populares; clandestinidad, fragmentación y canibalismo en una izquierda que vive a salto de mata... Este es el escenario en el que Paco inicia su activismo político. Y lo hace, como es su costumbre, buscando formar grupo, y en este caso afiliándose con otros estudiantes a la Liga Comunista Espartaco.

Más allá de algunas nociones políticas fundamentales sobre el agotamiento del impulso

progresista de la Revolución de 1910 y el carácter definitivamente reaccionario del Estado mexicano, en la Liga a la que había ingresado Paco la vida se nos iba en criticar a los reformistas del PCM y en lo que llamábamos la «lucha interna», consistente en fustigar con ferocidad fratricida las presuntas «desviaciones» políticas de los camaradas. Aunque también hacíamos periodiquitos mimeografiados para obreros que, con escasa respuesta, distribuíamos a puerta de fábrica. Y si bien habíamos pasado del bolchevismo al maoísmo y con él a la «línea de masas», en la práctica seguíamos igual de sectarios. Siendo cuatro gatos y para colmo mal avenidos, los de la Liga nos sentíamos la esclarecida vanguardia del proletariado.

## Llegó el 68 y mandó parar

Clandestinos, ensimismados y sin «bases» los espartaquistas mexicanos tratábamos de salir del pantano de la marginalidad tirando de nuestros propios cabellos. Militancia introspectiva y subterránea que se prolongó hasta que el multitudinario y bullanguero movimiento estudiantil de 1968 llenó calles y plazas de gritos, consignas, canciones y mentadas de madre al mal gobierno. Para entonces Paco estudiaba Ciencias Políticas en la Universidad Nacional Autónoma de México y también para él la explosión de rebeldía juvenil fue un parteaguas.

«Estamos condenados a ser fantasmas del 68», ha escrito Paco. Y sí. Para Paco, para mí y para todos los conspiradores que usábamos seudónimo, que nos reuníamos en casas de seguridad, que forrábamos con papel de florecitas los comprometedores folletos de Lenin, que escribíamos con letra pequeña, que hablábamos en voz baja y que a cada rato mirábamos por encima del hom-

bro fue un orgasmo marchar por la anchurosa Avenida Juárez gritando a voz en cuello: «¡¡No queremos olimpiadas, queremos revolución!!». Y más porque decenas de miles de desconocidos marchaban gritando lo mismo que nosotros.

Así como algunos salen del clóset para desfilan con medias caladas y zapatos de tacón, en el 68 nosotros, los «rojillos», los apestados políticos, salimos del clóset, salimos de las catacumbas del sectarismo.

Y Paco, además de escribir en varios cuadernos una primera novela aún hoy inédita de la que me leyó fragmentos, de aniquilar algunos pares de calcetines, pues no se los cambiaba y se le quedaban pegados a los pies, adquirió en los comités de lucha y en las brigadas del movimiento estudiantil el impulso que lo transformaría en el incansable activista que hoy conocemos. Una «fuente brotante», como dirían el Belar, el Cabezón, los Pacos o el Rompecoches...; un avasallante borbotón de iniciativas.

Víctima de la pandemia universal provocada por el incontenible virus de transmisión oral que se propagó por todo el planeta en 1968, Paco contrajo una enfermedad contagiosa e incurable que yo he llamado el síndrome de Peter, consistente en que quienes la padecen nunca se hacen viejos: echan panza, se arrugan, les salen canas, pierden pelo... y algunos hasta se mueren, pero siguen siendo jóvenes. Jóvenes para siempre. Como Peter Pan. Y por culpa del virus del 68 Paco es hoy un joven sesentón.

## Narodnikis

Al 68 siguieron en los setenta y ochenta las llamadas «insurgencias populares». Movimientos contestatarios de obreros, maestros, colonos y

campesinos por los que el gobierno, que había sido escupido y moralmente defenestrado por el movimiento estudiantil, va perdiendo también legitimidad social. Y en una suerte de *narodnikismo* a la mexicana, muchos jóvenes activistas –muchos «fantasmas del 68», que diría Paco– nos sumamos de diversos modos a las insurgencias. Hay que «servir al pueblo de todo corazón», sosteníamos los maoístas.

Gente de banqueta –quizá porque en el campo, luego no se consiguen cocacolas–, Paco se vincula sobre todo con el movimiento obrero y con el urbano popular. Convive por semanas con los huelguistas en campamentos a puerta de fábrica; redacta y distribuye volantes; hace pintas, botea, participa en mítines... Y sobre la marcha descubre que los que no somos «clase» podemos ser muy útiles recuperando las experiencias populares y dándolas a conocer entre la «raza pinolera», entre los que hoy llamamos «la banda».

Así, Paco pasa de los periodiquitos impresos en mimeógrafos de rodillo marca *Tempo* sobre hojas tamaño oficio que luego doblábamos a la mitad, a un semanario en forma, tamaño tabloide e impreso a dos tintas (roja y negra, claro), donde se trata de «hacer correr las verdades que no son nuestras, de contar las experiencias del pueblo», como dice el editorial del primer número publicado en julio de 1972. Y dado que estábamos transitando del maoísmo al populismo, el periódico se llama *La Causa del Pueblo*, igual que el que Jean-Paul Sartre hacía y distribuía en el 68 francés.

A principios de los setenta no se había popularizado el video pero sí las cámaras de cine súper 8 que, mediante un procedimiento artesanal y laborioso pero barato, permitían registrar,

editar y proyectar cine documental o de ficción. Se funda entonces la *Cooperativa de Cine Marginal* de la que, además de Paco, forman parte, entre otros, Gabriel Retes, quien después se haría cineasta formal.

Paco y sus cómplices pergeñan una peliculita de ficción que se llama *El día del asalto*, pero sobre todo cubren luchas populares a través de lo que llaman *Comunicados obreros*. Así registran movimientos reivindicativos, como uno de panaderos para el que Paloma –la compañera de Paco– realiza un memorable documental, pero también de electricistas, de telefonistas, de ferrocarrileros... Documentos filmicos instantáneos que apenas salidos de la moviola se exhiben sobre paredes, sábanas o lo que haya en los espacios de los propios luchadores. Editadas en el original, las películas se rompen a la primera exhibición y hay que pegarlas de inmediato con cinta adhesiva para que la función pueda continuar. Tengo entendido que ni un fotograma queda de ese copioso cuanto efímero trabajo.

Apasionado de la difusión popular, de la historia y del cómic, a fines de los setenta y en los primeros ochenta, Paco impulsa proyectos de historieta como las revistas *Snif* y *Bronca* y las series *México historia de un pueblo*, *Episodios mexicanos*, *Novelas mexicanas* y *Aventura*, donde se emplea este generoso medio para esparcir en cientos de miles de ejemplares versiones dibujadas de los avatares más importantes y novelescos de nuestra historia. Pero como Paco es un incontenible organizador, también promueve entre el gremio de los historietistas la defensa colectiva de los derechos autorales de los «moneros», que entonces como ahora no eran dueños de sus personajes.

## Entre Cárdenas y Marcos

Secuestradas por un régimen de partido de Estado que –por una vez políticamente acertado– Vargas Llosa llamó «dictadura perfecta», las elecciones mexicanas nunca entusiasmaron a Paco.

Pero eso cambió a fines de los ochenta, cuando el agotamiento de las insurgencias populares, hartas de negociar con gobiernos intransigentes y mentirosos, coincide con una escisión del Partido Revolucionario Institucional (PRI), del que sale un puñado de militantes convencido de que su nacionalismo revolucionario no tiene cabida en un partido ya para entonces copado por los tecnócratas neoliberales.

Entre los que desertan está Cuauhtémoc Cárdenas, hijo y heredero político del que había sido Presidente de la República en los años treinta. En 1988 el disidente Cárdenas es lanzado como candidato a la jefatura del poder ejecutivo federal por una alianza de prácticamente todas las izquierdas. Y Paco, que seguramente por ese entonces ni siquiera tenía credencial de elector, llega a la conclusión de que ahora sí vale la pena apostar por el cambio de régimen y –sin abandonar la que sus amados anarquistas llamaron «acción directa»– canaliza parte de su activismo a la «acción política», a la vía comicial. Y lo hace, entre otras cosas, escribiendo *Cárdenas de cerca*, que es una entrevista biográfica del que después sería otras dos veces candidato a la Presidencia de la República.

Por esos años los cardenistas y comunistas, que habían ido juntos a los comicios, forman el Partido de la Revolución Democrática (PRD), instituto en el que por un tiempo Paco milita de manera cada vez más crítica, hasta que la

progresiva e imparable descomposición política del nuevo organismo lo desalienta por completo.

El descontón político que representa la aparición en 1994 de los indígenas insurrectos que se hacen llamar Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y su sorpresiva conversión en una fuerza cívica que –sin decir agua va– apoya la candidatura de Cárdenas a la Presidencia de la República con la fórmula «Gobierno de transición, nueva Constituyente, nueva Constitución», son malabares estratégicos y tácticos que nos deslumbran a casi todos. Entre otros al neocardenista Paco, que incluso acabará escribiendo una intriga policíaca al alimón con el Subcomandante Marcos, novela que lleva por título *A cuatro manos*.

## El poder nace del libro

Paco es hombre de libros y el activismo en calles y plazas de quien ha leído varios miles y ha escrito algunos cientos no podía estar al margen de tan bibliofílica vocación. La fórmula para combinar sus dos amores fue la misma que empleara en *La Causa del Pueblo* y en la *Cooperativa de cine marginal*: la conformación en 2010 de un grupo de activistas que se llama *Brigada Para Leer en Libertad*.

La convicción de que la gente no lee porque nunca ha tenido oportunidad de asomarse a los libros o porque los que en la escuela la obligaron a empacarse eran plomos, pero también porque no están a la mano y son caros, convence a Paco, a su compañera Paloma y a su hija Marina de que vale la pena hacer ferias y tianguis de libros, formar bibliotecas comunitarias y editar. Editar libros gratuitos. Libros para ser leídos, no para ser vendidos. Libros que después de que alguien

los presenta se reparten entre quienes asisten a las vendimias librescas que la Brigada organiza por todo el país.

Y Paco se las ingenia para conseguir el dinero con que publicar libros y los permisos para reimprimir aquellos que siempre le gustaron, como los de Howard Fast. Pero la Brigada también saca primeras ediciones de textos escritos especialmente para ella. En menos de siete años un pequeño grupo de entusiastas que corrige, diseña y cuida la impresión ha publicado más de ciento cincuenta títulos y distribuido gratuitamente muchos cientos de miles de ejemplares a personas, con frecuencia literariamente vírgenes, para quienes el de la Brigada era quizá el primer libro que se llevaban a casa.

Han sido años de intenso activismo en que se han realizado decenas de ferias y tianguis; espacios de convivencia a veces multitudinaria en los que además de libros baratos o regalados hay charlas, conferencias, mesas redondas, conversatorios; diálogos donde los invitados y el público debaten sobre temas de preferencia políticos pero también sobre historia, literatura, caricatura y cuanto hay.

Para alguien como yo, que a veces me deprimó porque los libros que escribo no siempre llegan a sus presuntos lectores, las ferias que organiza la Brigada son en verdad un agasajo.

## Un partido en movimiento

Y llegamos al tercer milenio.

Debo reconocer que en los años recientes nos costó bastante trabajo lograr que Paco subiera al templete desde el que habla Andrés Manuel López Obrador, el personaje más reconocido de la izquierda mexicana.

Las razones de la dificultad tienen historia. En 1988 el PRI y el gobierno le robaron a Cárdenas unas elecciones que había ganado y en 1994 y 2000 –comicios en que también fue candidato– ya no se repitió la magia triunfadora. Por otro lado, el partido formado en 1989, después del fraude electoral, con el paso del tiempo se burocratiza, corrompe y envilece.

Y Paco, a quien no le gusta chapotear en el lodo y que después de sus años juveniles en las catacumbas de la Liga Comunista Espartaco se había vuelto un activista de movimiento más que de partido, llega a la conclusión de que las organizaciones formales de la izquierda son un mal lugar para militar.

Por eso –y porque a veces pasa temporadas largas fuera del país– fue difícil subir a Paco al templete de López Obrador.

Nacido de la gestión de Andrés Manuel como Jefe de Gobierno de la Ciudad de México y de su resistencia a una maliciosa triquiñuela judicial diseñada para sacarlo de la futura elección –lucha que movilizó en su defensa a cerca de un millón de personas–, el obradorismo es más movimiento ciudadano que estructura formal, y desde el principio rebasa al anquilosado PRD del que López Obrador formaba parte.

Con ofertas de honestidad, democracia, soberanía y justicia, más un programa antineoliberal similar a los que en los últimos tres lustros enarbolaron los gobiernos progresistas del Cono Sur de nuestra América, López Obrador ha sido dos veces candidato a la Presidencia de la República. En 2006 gana en los comicios, pero el entonces gobernante Partido Acción Nacional (PAN) le hace fraude y en 2012 el PRI –que viene de regreso– se roba la elección comprando millones de votos. El obradorismo decide entonces formar un

nuevo partido. Pero un partido peculiar, uno que sea a la vez partido político y movimiento social.

Al principio Paco recela de López Obrador y del debutante Movimiento Regeneración Nacional (Morena). Recelo que se explica porque Andrés Manuel y Paco se parecen mucho: ambos son militantes de larga data, a ras de tierra y de tiempo completo; activistas incansables que van de mitin en mitin y de asamblea en asamblea; sin olvidar que los dos aman la historia y escriben libros, muchos libros. Es verdad que el uno tiene vocación de Presidente y el otro no, pero en el fondo su estilo y su impulso vital son los mismos. Y, claro, el de Macuspana y el de Gijón sacan chispas.

Hasta que un buen día Paco se sube, por fin, al tapanco de los discursos –si no me equivoco en el marco de la lucha en defensa de un petróleo que finalmente sí privatizaron– y poco después se incorpora al nuevo partido donde es elegido Secretario de Arte y Cultura.

Morena tiene millones de adherentes, pero el activismo de Paco desborda cualquier estructura partidaria, de modo que no se eterniza en el cargo, pues prefiere desarrollar dentro y fuera de su partido una militancia más libre y creativa.

Por un tiempo los de Morena fuimos sobre todo personas mayores –algunos muy mayores– pero por fortuna su membresía ha ido rejuveneciendo. Y Paco –el fantasma del 68, el activista que desde entonces no ha dejado de ser joven– es sin duda un referente de los nuevos militantes.

## Hacer que las cosas sucedan

Cualquiera puede ser activista, pero pocos son buenos para hacer que las cosas ocurran. Y Paco es de esos pocos. Su capacidad de realización

es directamente proporcional a su apabullante iniciativa.

Paco canta mal, no sabe manejar, le salen cojos los manifiestos y no sirve para dar malas noticias, pero fuera de eso es capaz de casi cualquier cosa. No dudo que si se lo propusiera haría una feria del libro en el Tíbet con permiso de los chinos o

convencería al papa Francisco de escribir juntos una biblia del arcoíris dirigida a la gente de la diversidad.

Lo único que Paco Ignacio Taibo no ha logrado aún es que en México el régimen autoritario deje paso a uno democrático. Pero en eso está. En eso estamos. **C**



2003. Presentación del proyecto Biblioteca de la Casa de las Américas.  
Fidel conversa con Marcia Leiseca y Roberto Fernández Retamar.

# El muro y el machete. Notas sobre la breve experiencia del sindicato de pintores mexicano (1922-1925)

## «La Creación» y «los dieguitos»

«Hace diez años yo había soñado con pintar este mural», dice Diego Rivera a un reportero. Tiene ante sí noventa metros cuadrados de pared en el salón de conciertos de la Escuela Nacional Preparatoria, «El generalito», donde comienzan a aparecer las primeras monumentales figuras de cuatro metros de alto que formarán parte del mural *La Creación*.

Rivera dirá más tarde: «A pesar del esfuerzo por expresar en los personajes la belleza genuina mexicana, se resiente aun en su ejecución y aun en su mismo sentido interno, de influencias europeas demasiado fuertes».

Pero las figuras en la pared crecen, y lo que haya en este primer mural de fracaso se ve desbordado por lo que tiene de victoria. Rivera ha convencido al gobierno surgido del golpe de Agua Prieta en 1920, el que sería el último enfrentamiento militar de una revolución que ha durado diez años, de que abra sus muros a los jóvenes pintores. El intermediario entre el poder y el pintor es José Vasconcelos, ministro de Instrucción Pública desde octubre de 1921.

Diego Rivera tiene treinta y seis años, y hace uno tan solo que regresó a México tras haber pasado la mayor parte del

período revolucionario en Europa (desde julio de 1911), donde trabaja, convive y debate con las corrientes más renovadoras de la literatura y la pintura mundial: Modigliani, Iliá Ehrenburg, Juan Gris, Picasso, Léger, Jean Cocteau, Ramón Gómez de la Serna, Georges Braque. Allí vive la desesperanza de la guerra y las nuevas esperanzas de la revolución.

El mural se inicia en marzo de 1922 y progresa rápidamente. Rivera, como si le fuera la vida en ello, y ciertamente se la está jugando, pinta entre doce y quince horas diarias hasta quedar completamente exhausto. Colabora con él en esta primera experiencia un grupo de jóvenes pintores: Xavier Guerrero, coahuilense de veintiséis años que ha tenido experiencias en muros de iglesias; Jean Charlot, un francés de veinticinco años que ha llegado a México en 1921, tras haber sido oficial de artillería durante la Primera Guerra Mundial, y que ha sido contratado como ayudante con la mísera cantidad de ocho pesos diarios de salario, y el guatemalteco Carlos Mérida.

*La Creación* será una mezcla de cristianismo y paganismo, en la que las simbologías son confusas, y a la que salva esencialmente el tremendo poder de las dieciocho mujeres, mestizas y mexicanas, que dominan a un ángel inútil.

Y este es solo el primer paso. Rivera obtiene poco después un contrato monumental. Vasconcelos le ofrece, el 4 de julio, seiscientos setenta y cuatro metros cuadrados en el edificio de la Secretaría de Educación Pública (SEP), que se inaugurará cinco días más tarde. La temática, según Vasconcelos informa a la prensa, porque son los ministros los que cuentan los murales y no los pintores, será la siguiente: «Paneles con mujeres, vestidas típicamente y para la escalera

[...] un friso ascendente que parte del nivel del mar con su vegetación tropical, y se transforma después en paisaje de altiplanicie para terminar con los volcanes».

La decisión de darle a Diego una obra de estas dimensiones va acompañada de contratos menores para el grupo de pintores que se ha reunido en torno a *La Creación*: al francés Charlot le dan un muro donde se propone realizar una estampa de la guerra de conquista española contra los aztecas, la *Matanza en el templo mayor*; Ramón Alva de la Canal obtiene el suyo, donde se propone pintar algo que se llamará *La Cruz en el nuevo mundo*, y que verá la entrada de la religión católica en América como tragedia; Fermín Revueltas, un joven de Durango que tiene diecinueve años, miembro de una familia notable de escritores, músicos y actrices, y que ha estudiado pintura en Chicago, hará otro, al igual que Emilio García Cabero y Fernando Leal, un estudiante de pintura de veintiún años, nacido en el D.F., quien realizará en una escalera de la preparatoria un mural sobre los danzantes de Chalma.

Los cinco jóvenes, a los que la opinión pública bautizará como «los dieguitos», se enfrentan a sus monumentales paredes con una mezcla de miedo y ansia. Les han ofrecido cuatrocientos pesos por cada mural, y se proponen ir más lejos que Diego en el enfoque nacionalista de su pintura. Esto hace que Revueltas, a pesar de ser ateo, elija como tema a la Virgen de Guadalupe, indígena y morena, rodeada de prostitutas, y vestida con tonos pastel absolutamente mexicanos, y que los otros trabajen sobre materiales indiscutiblemente nacionales.

Mientras Rivera avanza en *La Creación*, «los dieguitos» comienzan a pintar sus muros, entre

junio y octubre de 1922, y lo tienen que hacer al aire libre. Así se inicia una tormentosa relación entre los muralistas y los estudiantes, bastante conservadores y mojigatos, que durará dos años. Michel, un crítico norteamericano, reseña:

El nuevo movimiento comenzó hostigado por el escarnio y los silbidos, el sarcasmo y el desprecio. Los proyectiles comenzaron a volar; papeles mascados, chicle, escupitajos, cayeron sobre los murales, mientras descendían de los andamios las maldiciones, y brochas cubiertas de pintura ondeaban amenazadoras. Hubo actos de vandalismo. Intrusos abalanzándose en repentinos ataques, trepando a los frescos, pintando en los círculos que marcaban el lugar donde se pintarían las cabezas narices grotescas y cómicos ojos. Los acosados alzaron robustas barricadas, pero estas fueron inútiles para detener a los atacantes. Los pintores fortificaron los pasamanos y las escaleras con maderas y clavos, y tras este escenario continuaron con sus grandes decoraciones.

El escultor Ignacio Asúnsolo, que había combatido en la revolución, decidió tomar cartas en el asunto y un buen día entró a la preparatoria con un grupo de campesinos armados y persiguió a tiros a los estudiantes que querían linchar a los muralistas.

### Imágenes: las pirámides

«—¿Llamas arte a eso? —preguntó un estudiante a su compañero mientras estaban de pie contemplando a Diego, que se encontraba en su andamio pintando su primer mural en la preparatoria—. ¡Mira aquella mujer desnuda! —continuó el

estudiante refiriéndose al desnudo de la parte izquierda inferior—. ¿Te agradaría casarte con una mujer como esa?

»—Joven —dijo Diego inesperadamente, mirando hacia abajo por encima del hombro desde su encaramada posición—, nadie exigiría de usted que se casara con una pirámide, pero una pirámide también es arte. —Y continuó pintando tranquilamente».

### Incorporaciones y luna con hoz y martillo

En septiembre de 1922 se producen dos nuevas incorporaciones al grupo de pintores muralistas. David Alfaro Siqueiros llega a Veracruz en la tercera clase de un barco. Chihuahuense de origen, tiene veintiséis años, ha estudiado pintura en San Carlos, ha sido militar en el ejército constitucionalista, y desde 1919 se encuentra en Europa combinando un cargo diplomático con una beca de estudios que le dio Vasconcelos, y que le fue cortada en agosto para que regresara a México a pintar. Es amigo de Rivera y con él ha debatido muchas veces la posibilidad de conseguir un muro en Ciudad de México. Ahora, la posibilidad está abierta, con un salario de 3,30 diarios; es el octavo «maestro de dibujo» contratado por Vasconcelos para que trabaje en la preparatoria. Su primer proyecto, una obra monumental, un «muro de verdad», donde pintará *El espíritu de Occidente*.

En ese mismo mes aparece en Ciudad de México el pintor jalisciense Amado de la Cueva, que a sus treinta y un años también regresa de Europa y se incorpora al grupo de ayudantes de Rivera.

Años más tarde sus nombres formarán parte de un mito que recorrerá el planeta.

El grupo se va amalgamando, no solo por su carácter de asalariados de la Secretaría de Educación Pública (por cierto mal pagados) y el uso común de las paredes de la Escuela Nacional Preparatoria, también por las continuas conversaciones sobre la técnica para pintar murales y los contenidos nacionalistas de su pintura. A fines de 1922, un nuevo elemento vincula más aún entre sí a los pintores: la participación política, en un país que tras una sangrienta revolución comienza a reactivarse bajo la sensación de que todo ha ido a medias, que algo se le ha escamoteado.

Rivera se había ligado durante los primeros meses de 1922 a un grupo de intelectuales encabezado por Vicente Lombardo Toledano, director de la Escuela Nacional Preparatoria que, con el membrete «Grupo Solidario del Movimiento Obrero», mantenía estrechas relaciones con la CROM [Confederación Regional Obrera Mexicana], la central sindical moderada de la década de los veinte. En septiembre, el pintor asistió como delegado a la IV Convención Nacional de la CROM.

Desengañado por los crecientes compromisos de la organización con el gobierno y el conservadurismo de sus dirigentes, Rivera busca una opción política más a su izquierda. Probablemente el motín del agua provocado por la CROM en noviembre de 1922 para derrocar al ayuntamiento de Ciudad de México, que terminó en un enfrentamiento entre manifestantes y soldados con varios muertos y heridos, en el que estuvieron presentes Rivera, Siqueiros y Revueltas (el ayuntamiento se encontraba a pocos pasos de la Escuela Nacional Preparatoria donde los tres estaban pintando), haya acabado de confirmar a los pintores en la búsqueda de una opción más radical en materia política. Muy pronto habrán de encontrarla.

Un texto de Diego de aquellos meses muestra el sujeto de su hallazgo político: «[...] en la pizarra negra del cielo de México una estrella grande que luce roja con cinco picos en ella, como en las facciones de la cara de la luna pueden adivinarse un martillo y una hoz. Y unos emisarios han venido diciendo que es presagio del nacimiento de un nuevo orden y una nueva ley».

Es el comunismo, con la aureola de la Revolución soviética. Diego ingresa entonces en el Partido Comunista Mexicano y es inscrito con la credencial número 992. El PCM se encuentra entonces en un mal momento. Tras la derrota de la gran huelga inquilinaria que dirigió en Ciudad de México en 1922 y la separación de un grupo importante de sus dirigentes, con la salida forzada del país de los cuadros de la Internacional Comunista que lo dirigían, se encuentra reducido a un puñado de militantes y en una profunda crisis política. Pero Diego le pide poco al partido; concentrado en los murales, dedicando quince o dieciséis horas al trabajo en el andamio de la Escuela Nacional Preparatoria, poco puede percibir de esta crisis y su militancia esos meses solo habrá de expresarse hacia el interior de su mundo de trabajo, el círculo de muralistas. Pero ahí, sus ideas y las de Siqueiros harán germinar un proyecto: «El sindicato».

### Pintores y «gremios similares»

El sindicato nació entre los últimos días de noviembre y finales de diciembre de 1922, entre conversaciones mientras se pintaba, pláticas callejeras y reuniones en la casa de Diego Rivera. Sus fundadores fueron los nueve muralistas con contratos en la preparatoria (Diego, Siqueiros, Charlot, Revueltas, Alva de la Canal,

Emilio García Cabero, Carlos Mérida, Xavier Guerrero y Fernando Leal) y algunos de sus ayudantes: Máximo Pacheco (que trabajaba con Revueltas) y Roberto Reyes Pérez (que laboraba con Siqueiros). Al grupo se adhirió el pintor jalisciense José Clemente Orozco, que volvía de los Estados Unidos, donde se había cruzado con Siqueiros. Orozco tenía treinta y nueve años, había estudiado en San Carlos y trabajado como ilustrador en varias revistas; autor de caricaturas mordaces, un tanto nihilista y escéptico, solitario y muy áspero en las relaciones, no dio demasiada importancia ni tiempo al movimiento, aunque se sintió obligado a sumarse a la iniciativa.

La reunión constitutiva se celebró en la casa de Diego Rivera y se acordó nombrar a la organización Unión Revolucionaria de Obreros Técnicos, Pintores, Escultores y Gremios Similares, aunque más tarde se adoptó definitivamente el de Sindicato de Obreros Técnicos, Pintores y Escultores, con el que firmó todos sus documentos y comunicados.

La naciente organización produjo una declaración de principios que nunca se publicó, pero en la que se consumieron varios días de discusión. De los testimonios de Siqueiros, Charlot, Orozco y Rivera puede obtenerse una buena aproximación a las ideas centrales del texto, que iba mucho más allá que una propuesta gremial:

a) Una definición antimperialista y revolucionaria.

b) Adhesión a la Tercera Internacional y a sus principios: abolición del capitalismo y dictadura del proletariado.

c) Una concepción del trabajo artístico como producción artesanal, realizada por trabajadores del andamio y la brocha, «obreros del arte».

d) Una concepción del trabajo artístico como un reflejo de la sociedad en que se vive y como una toma de posición frente a esta.

e) La proposición de un desarrollo del arte por un camino social, nacionalista y «conectado íntimamente con las corrientes internacionales del arte moderno».

f) Establecimiento del sentido de la «utilidad» de sus pinturas para las clases desposeídas. Vincularlas a la lucha de clases. «Socialización del arte».

g) Prioridad al trabajo mural ante la pintura de caballete. «Obras monumentales de dominio público».

h) Aprendizaje en el proceso de trabajo.

i) Promoción del trabajo colectivo. «Destrucción del egocentrismo, remplazándolo por el trabajo disciplinado de grupo».

j) Creación de la Cooperativa Francisco Tresguerras, para buscar nuevos trabajos y administrar financieramente los resultados.

La declaración de principios era el resultado, más que de la evolución política del grupo, de las proposiciones más radicales de algunos de sus miembros. Las posiciones de Rivera, en aquel entonces miembro nominal del Partido Comunista; de David Alfaro Siqueiros, que se había formado políticamente en los agitados ambientes políticos anarquistas y comunistas de la España y Francia de la posguerra; el radicalismo de Fermín Revueltas y de Amado de la Cueva, incluso el izquierdismo católico de Charlot, se imponían a la apatía de algunos o al conservadurismo de otros. Pesaba la juventud del grupo, su adhesión a la pintura mural, la idea de que se encontraban ante una revolución que los llevaba hacia una pintura apreciable por las grandes masas y su condición laboral (trabajaban mucho más de diez

horas diarias de promedio, trepados en andamios, en contacto con el yeso, la brocha, la espátula, con salarios mezquinos y en estrecha armonía con los albañiles, de cuya eficacia dependía la consecución del fresco). Estos eran los puntos de apoyo de la naciente organización. La individualidad del trabajo de creación, las manías de un montón de apasionados genios, su peor enemigo.

Y todo esto en medio de un interesante cóctel ideológico en el que las definiciones de radicalismo formal iban acompañadas de un indigenismo precursor. Siqueiros resumirá más tarde: «Mezclaba mis sueños políticos con ideas cosmogónicas y con teorías de cerebralismo puro sobre equivalencias plásticas de la geografía y la etnografía».

El primer comité estuvo formado por Siqueiros como secretario general, Diego Rivera y Xavier Guerrero como primer y segundo vocal, y Fermín Revueltas, Ramón Alva, Orozco, Carlos Mérida y Germán Cueto. Algunos testimonios incluyen a Fernando Leal como tesorero.

Una de las primeras tareas del sindicato fue entrevistarse con Vasconcelos para que le diera un muro a José Clemente Orozco, pero el ministro, al que no le gustaban las caricaturas del pintor jalisciense ni sus dibujos del mundo marginal, se negó enérgicamente. Orozco reaccionó diciendo: «Ya les había dicho que el sindicato era una pendejada».

Este no fue el único enfrentamiento de los pintores con su contratador y primer, aunque mezquino, mecenas. En sus memorias, Vasconcelos reseña de forma muy dudosa una entrevista con Siqueiros al fundarse el sindicato, en la que se negó a tratar colectivamente con el grupo un aumento salarial, despidiendo a los representantes y luego readmitiéndolos de inmediato tras

«darles una lección»; y Reyes Pérez recuerda que el ministro suspendió el pago del salario de Fermín Revueltas porque un día pasó frente al mural en que este trabajaba y encontró laborando a su ayudante y ausente al maestro. Vasconcelos decidió retirarle el pago a Revueltas y darle el sueldo íntegro en su lugar a Máximo Pacheco. La historia se hizo más complicada cuando Vasconcelos descubrió que Pacheco cobraba, pero le reintegraba el salario a Revueltas, que seguía pintando su enorme Virgen de Guadalupe. El ministro suspendió entonces el sueldo de ambos. El principio de autoridad atacaba a la Virgen de Guadalupe de mantos lilas y rojos cálidos.

### Imágenes. Fermín en solitario

Siqueiros cuenta:

Al llegar en una ocasión a la Escuela Nacional Preparatoria por el lado de San Ildefonso me encontré con una enorme multitud de alumnos y maestros de la propia escuela [...]. ¿Qué había pasado? ¿Quién había ordenado que se cerraran todas las puertas de la preparatoria? ¿Quién había ordenado que se colocara aquella bandera roja en lo alto del edificio? [...]. Vasconcelos me llamaba con urgencia.

Me lo encontré en un estado de indignación inenarrable. Lo que ustedes, su famoso sindicato de pintores, están haciendo es verdaderamente increíble y yo ya no voy a seguir tolerándolo [...]. Ese loco de Revueltas, por sus propias pistolas y en perfecto estado de ebriedad, llegó esta mañana muy temprano a la escuela y a punta de pistola sacó al prefecto y a todos los mozos y se ha encerrado adentro alegando que no le abre hasta que le paguen lo

que le deben [...]. La huelga de un solo hombre contra todos los demás. En el primer momento quise ordenar que la policía o los soldados del cuartel de enfrente lo sacaran por la fuerza, inclusive sabiendo que ese muchacho es un atrabiliario y se hubiera defendido a balazos [...]. ¿Qué cree usted que debemos hacer en su carácter de secretario general del sindicato?

Sin abandonar la sonrisa irónica, le dije: Licenciado, pues a mí me parece que la solución es muy sencilla: ordene que le paguen.

Avanzando entre la multitud le gritaba yo a Revueltas desde abajo: ¡Fermín, Fermín, ya ganamos!, a la vez que le mostraba la bolsa con los dineros de la victoria. ¿Qué, qué?, me decía él desde arriba con unos ojos ambulantes de borracho, aquellos inmensos ojos negros de Fermín, en ese momento enloquecidos, más que nunca. Mis palabras provocaron un verdadero entusiasmo en la multitud, que comenzó a vitorearnos a él y a mí. Entonces le indiqué a Revueltas que bajara y con muchas precauciones, él, aún con la pistola en la mano, entreabrió la puerta y no se resolvió a dejarme entrar sino cuando tocó la plata.

## Los patios de la SEP y las muchachas de la Lerdo

Rivera terminó definitivamente *La Creación* en enero de 1923 y pasó a planear la realización del contrato que tenía con Vasconcelos para decorar la SEP. Lo acompañaban Guerrero, Amado de la Cueva y Charlot, que había terminado su *Masacre en el templo mayor*: un mural apasionante en su renarración de la conquista de México, donde los caballeros españoles dominaban gracias al hierro y al caballo.

El 20 de marzo de 1923, los pintores hicieron una fiesta en el taller de la Cooperativa Tresguerras para celebrar el fin del primer mural de Rivera, a la que invitaron a Vasconcelos y a Lombardo Toledano. En la invitación se pedía a todos los asistentes, incluso a los celebrados, que llevaran sus cinco pesos para pagar la comida.

Tres días después, Rivera se lanzó febrilmente a decorar los ciento veinticuatro muros de la secretaría. Durante los últimos meses, Diego había modificado el proyecto inicial para la decoración de la SEP del que había hablado Vasconcelos. Una nueva idea había tomado forma en su cabeza. Mientras su biógrafo Bertram Wolfe sugiere que *La Creación* había sido un inicio en falso, y que sus grandes desnudos violentamente mexicanos le indicaron el camino a seguir, Jean Charlot atribuye la evolución de Diego Rivera a la influencia que sobre él desarrollaron los jóvenes pintores que trabajaron en la preparatoria; la Virgen de colores audaces de Revueltas, los peregrinos de Chalma de Leal, o los robóticos caballeros acorazados del propio Charlot.

Fuera por una u otra razón, o ambas combinadas, Rivera no solo mexicanizó absolutamente sus temas como ya había indicado en la propuesta que Vasconcelos reseñó en julio del año anterior, sino que, siguiendo los alineamientos del manifiesto del sindicato, los politizó.

Mientras dejaba que sus compañeros Charlot y Amado trabajaran en un patio al que llamó «de las fiestas», donde se recogería el folclor popular, el color y los paisajes humanos mexicanos, él se sumergió en el «patio del trabajo». Laborando durante todas las horas de luz hasta que quedaba totalmente agotado, Rivera, ayudado por Xavier Guerrero, comenzó a llevar a los muros historias de obreros y campesinos, luchas y labores,

empezando, conciente y obsesionado, enloquecido y ansioso, una de las historias inmortales de México, una de las narrativas paralelas a la historia oficial, en la que, muchos años después, los mexicanos aún nos reconocemos...

Ahí lo encuentra Wolfe, un brillante periodista y comunista norteamericano recién llegado a México, que trabajaba como profesor de inglés para la Secretaría de Educación. De este primer encuentro nace el siguiente retrato:

Un hombre de rostro de rana, de inmenso volumen, genial, de movimientos lentos, vestido con un overol gastado por el uso, un inmenso sombrero Stetson, bien provisto cinturón de cartucheras, gran pistola al cinto, amplios zapatos manchados con pintura y yeso. Todo lo suyo parecía pesado, lento, tosco, excepto la vívida y brillante inteligencia, los alertas sentidos prensiles, las pequeñas manos regordetas, sensitivas, ágiles, inesperadamente pequeñas para este hombre monumental, y que terminaban, a pesar de su gordura, en dedos casi esbeltos.

En los primeros días de abril, Diego se permitió una pausa en su trabajo y asistió como delegado del sindicato de pintores al II Congreso del PCM. En él, el partido trató de reorganizar sus mermadas fuerzas y reconstruyó su Comité Ejecutivo Nacional incorporando a Diego Rivera al equipo dirigido por Manuel Díaz Ramírez y Rosendo Gómez Lorenzo. Sin duda influyó en esta decisión el que, por primera vez en su historia y gracias al sindicato de pintores, el PCM tenía un cierto eco entre los intelectuales.

Tras este breve intervalo, Rivera volvió a sus muros. En rápida secuencia pintó un mural sobre

una fábrica textil, se introdujo en el mundo de los mineros, narró gráficamente el interior de una fundición, donde el ritmo del trabajo está marcado por un tosco ballet, se fue al campo a contar el corte de la caña y, al fin, en el mural *Salida de la mina*, donde se ve a un minero registrado por los capataces, para hacer más explícito el mensaje pintó unas frases del poema de su amigo Carlos Gutiérrez Cruz que decían:

*Compañero minero,  
doblado por el peso de la tierra tu mano yerra  
cuando saca metal para el dinero. Haz  
puñales  
con todos los metales, y así  
verás que los metales después son para ti.*

Uno de los ministros del gobierno, Pani, se quejó al presidente Obregón y este a Vasconcelos. La prensa, siempre atenta a los retos del muralismo, y repentinamente hostil, cargó contra Diego. Vasconcelos presionó a Rivera para que borrara el poema. Los miembros del sindicato se reunieron urgentemente y se produjeron acaloradas discusiones. Finalmente se decidió ceder, pero solo en este caso, ¿eh?, y salvar los murales a costa de los versos, y Rivera accedió a borrarlos. En cambio, pintó un nuevo cuadro: *El abrazo*, donde un obrero y un campesino se estrechan, y en él escribió otros versos menos explícitos de Gutiérrez Cruz. Las protestas volvieron a hacerse oír, pero Rivera no cedió. Los medios tampoco.

La campaña de prensa arreciaba y en junio del 23 llegó a su punto más alto. *El Herald* acusó a Vasconcelos de estar dilapidando grandes sumas; habló de «precios fabulosos, ganancias pingües, con gran derroche».

El sindicato respondió con un manifiesto dos días más tarde en que invitaba a que se hicieran públicos los contratos, porque en ellos se demostraba que los muralistas no ganaban más que un pintor de brocha gorda, y acusaba a sus detractores de «retardatarios ignorantes» y de «fracasados envidiosos de los artistas que trabajan de acuerdo con el sentir del pueblo».

Pero la cosa no se detenía allí; la prensa estaba fabricando un mal ambiente para el naciente muralismo mexicano, la batalla política se convertía en batalla estética. ¿O no era lo mismo? En el Lírico, un teatro de variedades y comedia, los cómicos cantaban:

*Las muchachas de Lerdo  
toman baños de regadera  
pa' que no parezcan  
monos de Diego Rivera*

*El Universal* decía: «Las niñas de algunos ministerios escribiendo en la máquina, vestidas a lo Tutankamen, con una falda abierta en el costado y luciendo en la pierna una guirnalda o un nuevo decorado entre egipcio y moderno, cual si fuera un fresco de Charlot o de Rivera».

Y *El Demócrata* añadía, hablando de los murales: «La mayoría los considera una broma de mal gusto o fruto de una aberración estética».

Si bien el debate estético les importaba un bledo, porque consideraban a sus detractores analfabetos en materia de plástica, los muralistas estaban inquietos por la campaña sobre «el derroche» que significaban sus muros. Bertram Wolfe respondió por Diego en *The Nation*: «Mientras que Manuel Lourdes, un pintor burgués, cobra ocho mil pesos por un retrato de Horacio Casa-

sús, Diego gana doce pesos diarios trabajando doce o catorce horas».

Y Diego, al comparar su salario con el de un obrero, para renfocar la polémica, declaró con grandeza: «Trabaja más duro que yo. A él no le gusta su trabajo. Yo amo el mío. Debería estar mejor pagado que yo».

## Mariguaneros

Un día, Rivera, en una de las múltiples asambleas que el sindicato realizaba, lanzó la siguiente aventurada hipótesis: «Lo excepcional de la creación artística prehispánica se debe a que se realizaba bajo los influjos de la *cannabis indica*, la mariguana».

El asunto fue discutido y logró la unanimidad, incluso la del retorcido Orozco, que en una nota se adhirió: «Por principio, toda proposición del farolón Rivera debería ser desechada, pero en este caso, como sucede con la adhesión a una religión que garantice la posibilidad del paraíso en el más allá, en caso de confesión premortum, yo me adhiero a la experiencia, por las dudas».

Rivera consiguió a un introductor llamado enigmáticamente Chema. En la primera sesión, el personaje declaró: «Aquí, dentro de esta maleta, hay arte, hay ciencia, hay política; está todo lo que necesitamos no solamente para que ustedes hagan ese arte gigantesco que quieren construir, sino para la salvación de nuestra patria».

La experiencia se desarrolló a lo largo de varios días hasta que Siqueiros y su ayudante Reyes Pérez, por pasarse de fumada, se cayeron de un andamio de siete metros y casi se electrocutan. Finalmente los miembros del sindicato llegaron a la conclusión de que ya eran de naturaleza mariguaneros y que el consumo de la droga no

los hacía más inteligentes, sino más lentos, y decidieron abandonar la experiencia.

## Orozco pinta, Rivera se pelea y estalla una rebelión

Al fin, la persistencia del sindicato hizo su efecto ante Vasconcelos y José Clemente Orozco fue contratado para pintar en la Escuela Nacional Preparatoria. El 7 de julio, tras un par de meses de preparación, comenzó a trazar el mural *Los presentes del hombre*.

Orozco, al igual que sus compañeros, se debatía en sus inicios en la búsqueda formal, donde el clasicismo llegaba hasta el Renacimiento (*Maternidad*) y los demonios que llevaba dentro y que poco a poco fue soltando (como en *El padre eterno*, un mural en boceto dominado por un dios bobalicón, autoritario y arbitrario con diablillos en el lado derecho martirizando al pueblo y una burguesía de híbridos de oligarcas y niños chismosos); pero lo esencial, lo dominante, era aprender a hacer del muro como narrativa, en el caso de Orozco con un cierto tremendismo que a veces amortigua con sus virtudes de caricaturista.

Su trabajo pronto fue combatido por la prensa hostil y un joven poeta relamido, Salvador Novo, calificó sus figuras como «repulsivas». Orozco se lo cobraría más tarde con una cruel caricatura donde se alude a la homosexualidad de Novo y algunos miembros de su joven grupo de intelectuales, en que los personajes se encuentran tocándose las nalgas embutidas en femeninos y ajustados pantalones.

Orozco, más allá de las críticas, y enfrentado más bien a sus demonios personales, avanzó en un proyecto donde mezclaba la pintura de una Virgen italianizante con la aparición de cuerpos,

deformados y agresivos, pero temáticamente se mantuvo dentro de la línea oscura que caracteriza todo el trabajo inicial de los muralistas: *Cristo destruye su cruz*, *Maternidad* y *Hombre matando a un gorila* fueron las primeras obras, apasionantes, dotadas de una capacidad narrativa extraña, llenas de alegorías inquietantes. Orozco y sus murales, en ángulos oscuros y un tanto tétricos de la escuela, mantenían a Vasconcelos a distancia, que recuerda: «Al edificio principal de la preparatoria me presentaba rara vez; Orozco me hacía mala cara cada vez que me asomaba a ver sus frescos».

Temáticamente, también Siqueiros, que pintaba en otra parte de la escuela (el patio chico), andaba en las mismas, y de su brocha surgía la fuerza de las figuras aladas que se desprenden del techo, y propuestas extrañas, de enormes fuerza y belleza.

Sin duda los choques entre el gobierno y Rivera a raíz del texto de Gutiérrez Cruz en *Saliendo de la mina* invitaron a la reflexión a los dos creadores, porque una nueva temática apareció en las paredes, realizada por Siqueiros y Orozco. El primero pintó *La revolución desencadenada*, y hacia los últimos meses del año 1923 pintaría el *Entierro del minero*, en cuyo féretro aparecen claramente grabados una hoz y un martillo. En esos mismos días Orozco comenzaría a trabajar en la *Trinidad revolucionaria*.

Parecía que el sindicato en su conjunto buscaba endurecer social y políticamente los temas narrados en las paredes de una manera explícita, mientras se consolidaban los estilos. Los golpes unían a los creadores. Pero en junio de 1923 se presentó la primera fisura.

Mientras Diego terminaba el «patio del trabajo» en la Secretaría de Educación Pública, Charlot y Amado de la Cueva habían culminado

cinco murales en el «patio de las fiestas». Rivera se dirigió al trabajo de sus compañeros dispuesto a tomarlo en sus manos. Supuestamente los dos pintores tenían que haber pintado veinticuatro murales y Vasconcelos, apremiado por la opinión pública, los presionaba. Fuera esto, o el que Diego se sentía responsable del conjunto de la obra y quería intervenir en su realización, de la que no estaba muy contento, el caso es que chocó con Charlot y Amado y decidió continuar él solo el trabajo con la ayuda de Guerrero, e incluso borrar uno de los tres paneles que había realizado Charlot. Siqueiros, como secretario general del sindicato, intervino apoyado por Fermín Revueltas, y Diego accedió a readmitir a los dos pintores, pero subordinándolos. Con las relaciones viciadas, la ruptura no tardó en producirse y el 10 de agosto Charlot abatido abandonó la SEP y se fue a trabajar como ayudante de Siqueiros en la preparatoria; dos meses después, el 16 de octubre, Amado de la Cueva renunció y partió para Guadalajara.

Tampoco en la preparatoria las cosas iban mejor entre los pintores: Revueltas estaba sin trabajo propio y se limitaba a ayudar a alguno de los otros; Fernando Leal se había peleado con Charlot y Siqueiros por una mezcla de envidias, motivos políticos (sin duda Leal era el más conservador del grupo) y roces personales, y Orozco no quería saber nada de nadie y pintaba en solitario.

Un acontecimiento exterior vino a restablecer la unidad del sindicato y a darle un lugar importante dentro de la política de la izquierda y en particular del Partido Comunista.

El partido se había movido a lo largo de 1923 como barco a la deriva buscando un espacio propio en el movimiento popular. Cercado por

los cromistas por su derecha y los anarcosindicalistas de la CGT por la izquierda, se encontraba desplazado totalmente del movimiento obrero.

Sus experiencias en la huelga inquilinaria de 1922 habían terminado con derrotas. Había acordado abandonar el abstencionismo y promovía la intervención electoral, pero no tenía fuerza para desarrollarla; y apenas brillaban en su horizonte los trabajos en el movimiento campesino iniciados por las secciones de Morelia y de Veracruz. En julio se había reorganizado el Comité Ejecutivo Nacional y Rivera había permanecido formalmente dentro de él, aunque no asistía a las reuniones.

Pero en diciembre una parte de los generales de la facción revolucionaria triunfante se alzaron en armas contra la voluntad del presidente Álvaro Obregón de imponer a su sucesor en la presidencia, Plutarco Elías Calles. La revuelta abrió un espacio por donde los comunistas trataron de meterse.

El 7 de diciembre, el sindicato de pintores se manifestó contra la rebelión calificándola de fascista, y el 9 publicó un manifiesto contra el Cuartelazo. Los más militantes del grupo, Revueltas, Siqueiros, Rivera y Guerrero se fueron hacia los frentes de combate, aunque no tuvieron participación en los enfrentamientos (Siqueiros estuvo en Puebla y Diego en Guanajuato).

La caracterización del partido que se produjo días más tarde, bajo presión de Bertram Wolfe, resultaba muy superficial, y el sindicato de pintores la había impulsado. Si bien es cierto que entre los alzados se encontraban algunos de los generales más reaccionarios y que habían tenido largos enfrentamientos con el movimiento obrero y el agrarismo, entre las fuerzas gubernamentales se encontraban ese mismo tipo de personajes.

Definiéndose contra la rebelión delahuertista (llamada así porque el candidato de los alzados era Adolfo de la Huerta) se pasaba a una solidaridad acrítica hacia el bloque gubernamental. Un año después, el informe del III Congreso del PCM acusaba al Comité Ejecutivo Nacional y en particular a Díaz Ramírez y Rivera, aunque sin mencionar sus nombres, de haber llevado al partido a un «callismo no menos burdo y anticomunista».

La rebelión, que terminó con la total derrota militar de los sublevados, tuvo un epílogo que resultó muy peligroso para los pintores. A raíz del asesinato por la CROM del senador opositor Fidel Jurado, Vasconcelos presentó su renuncia al gobierno. Aunque Obregón no la aceptó, señalando que el gobierno no era solidario con el asesinato, la posición de Vasconcelos se vio debilitada, lo que aprovecharon los estudiantes conservadores de la preparatoria, eternos enemigos de los muralistas, para hostigar a los pintores. En los primeros meses de 1924 (enero-febrero) los choques se multiplicaron y fueron dirigidos principalmente contra Orozco y Siqueiros.

Insultos, ataques en la prensa, e incluso agresiones; críticas solapadas de funcionarios, desprecios, ninguneos. En marzo, Rivera tuvo que salir públicamente a la defensa de Orozco declarando lo que era una gran verdad: «José Clemente no nació para ser un pintor al gusto de los burócratas».

### Imágenes: guerras estéticas

Siqueiros cuenta:

Tan grave fue la situación que los pintores tuvimos que defendernos a balazos de los disparos que con frecuencia lanzaban los

estudiantes, sin duda alguna más contra nuestras obras que contra nosotros mismos [...]. Hacían funcionar la fonética mediante un incesante golpear contra las bardas de madera que habíamos nosotros colocado para proteger nuestros trabajos en desarrollo [...]. El choque más grave con los estudiantes se produjo de la manera siguiente: empezaron los alumnos de la preparatoria provocando a quien ya desde entonces era más susceptible a la provocación, o sea, a mí; y su provocación consistió en el uso de cerbatanas para lanzar en contra de la pintura [...] una ininterrumpida sucesión de plastas de papel masticado. Y después, ante mis respuestas de puntería familiar muy directa, alguno de ellos llevó una pistola de pequeño calibre [...] a lo cual yo contesté haciendo un ruido horrible con mi cuarenta y cuatro. Entonces ellos, en formación cerrada, pretendían arrebatarme la justiciera arma ofensiva. Felizmente las detonaciones de mi casi arcabuz llegaron hasta el primer patio y de esa manera todos los flamantes muralistas acudieron rápidamente en mi auxilio. Juntos todos nosotros y con nuestros ayudantes, hacíamos un número muy próximo al de treinta [...]. Hasta ese momento tanto nuestros disparos como los de los estudiantes tenían una finalidad más psicológica que real, pero las cosas empezaban a tomar un sesgo en extremo peligroso. Una bala de las nuestras, al rebotar, le pegó en la cara a uno de los estudiantes, con lo cual la mayor parte de ellos creyó que había recibido un disparo directo y empezaron a tratar de atinarnos en lo que nos veían de las cabezas. El escándalo crecía cada vez más en sus proporciones, haciéndolo llegar hasta el edificio que había ocupado antes la escuela

de leyes, entonces ocupada por un batallón de indios yaquis. Creo que alguno de los nuestros [...] fue hasta aquel lugar para explicarles a los soldados la finalidad de nuestra pintura «estrechamente ligada a la revolución» y por tanto a ellos que eran los artífices de la misma. Los soldados yaquis comprendieron perfectamente las palabras de nuestro agitador furtivo y llegaron para imponer el orden con toda energía. Después se quedaron viendo lo que habían defendido y me parece que no estuvieron muy seguros de haber procedido adecuadamente.

### «El Machete»: «Para humillar la soberbia de los ricos impíos»

La rebelión delahuertista dejó al PCM más débil de lo que había estado anteriormente. En Veracruz, los rebeldes, dirigidos por el general Sánchez y al servicio de los latifundistas, mataron a varios de los militantes del partido. En Michoacán, los agraristas del PCM se vieron colocados entre los dos bandos, que a escala local pactaron con los caciques y las guardias blancas. Su apoyo al gobierno de Obregón, aunque condicionado en una segunda instancia por el manifiesto «Hacia un gobierno obrero y campesino», había sido repudiado en los apolíticos medios del radicalismo sindical, y el Comité Ejecutivo Nacional había fracasado al intentar mantener cohesionadas a las organizaciones locales. Al llegar al mes de marzo de 1924, el partido estaba formado por «no más de un centenar de personas en todo el país».

Paradójicamente, la respuesta de los pintores a la revuelta los había fortalecido políticamente y su posición, equivocada pero coherente, era la única definida entre las tendencias de la dirección

nacional del PCM. Esto influyó indudablemente en que el sindicato tomara la iniciativa de realizar un periódico, en un momento en que la prensa del partido estaba prácticamente muerta en el país (su último órgano, *Frente Único* de Veracruz, había fallecido en junio de 1923).

*El Machete*, dirigido colectivamente por Rivera, Siqueiros y Xavier Guerrero, salió a la calle en la primera quincena de marzo de 1924. Había sido financiado por el sindicato, fundamentalmente por Diego, que era el que ganaba un mayor sueldo. Graciela Amador, esposa de Siqueiros y tesorera del grupo, había compuesto un verso para los contribuyentes: «El que quiera su rojo celeste, que le cueste». De ella también era la versión final de la cuarteta que lucía el diario en su cabecera y que justificaba el título (una brillante nacionalización de las obligadas hoz y martillo): «El machete sirve para cortar la caña, para abrir las veredas en los bosques umbríos, decapitar culebras, tronchar toda cizaña y humillar la soberbia de los ricos impíos».

En el editorial, firmado por Xavier Guerrero, se atacaba con igual devoción a los intelectuales europeizantes y reaccionarios y a la burguesía nacional y al imperialismo. El periódico mostraba bien a las claras su voluntad de combinar la divulgación ideológica, las expresiones del sindicato de pintores y la difusión del trabajo del PCM y su programa.

Curiosamente, su primer número no tenía más que unas pocas ilustraciones (entre ellas la cabecera debida a Guerrero) y aún no se desplegaban los trabajos gráficos que habrían de hacerlo famoso. Además de los citados, en el equipo de colaboradores se encontraban Bertram Wolfe, miembro entonces de la dirección en el D.F. del partido, el profesor universitario marxista Alfon-

so Goldschmidt, el periodista canario dirigente del PCM Rosendo Gómez Lorenzo y el joven periodista Jorge Piñó Sandoval.

Rivera no dibujó en *El Machete*; en cambio, en los primeros tres números escribió invariablemente su artículo, al igual que Siqueiros y Guerrero. La parte gráfica en las diez primeras ediciones del quincenario quedó en manos de Guerrero, apoyado por Siqueiros.

A pesar de la constancia de la publicación y el aumento de la calidad gráfica, los números de marzo, abril y mayo hicieron patente su debilidad, el alejamiento del sindicato de pintores y sus animadores de las luchas obreras y campesinas, que era suplido por la abundancia de artículos editorializantes y materiales teóricos del PCM, en su enorme mayoría debidos a las plumas de Wolfe, Goldschmidt y Rafael Mallén.

## Imágenes: trabajo completo

Cuenta Xavier Guerrero:

Escribíamos los artículos, dibujábamos las ilustraciones, grabábamos la madera; imprimíamos y doblábamos el periódico, lo entregábamos y pagábamos el costo. El gobierno estaba contra nosotros y trabajábamos en secreto. A las cuatro de la mañana, las luces callejeras se extinguían y quedaba un breve tiempo antes del amanecer. Entonces, actuábamos Siqueiros y yo, cargados con papeles, brochas y un bote de cemento. En la oscuridad nos apresurábamos para pegar *El Machete* en paredes estratégicas y retirarnos antes del amanecer.

Sufrimos colectivamente por la causa del periódico. A Siqueiros le suspendieron su salario en la SEP por un dibujo que yo hice,

uno muy fuerte contra el imperialismo; y yo fui despedido de mi empleo en el Ministerio de Agricultura por un dibujo de Orozco contra el presidente Obregón...

## Presiones contra los «macheteros». Ofensiva final contra los murales

En abril de 1924, el PCM comisionó a Diego Rivera para que tuviera una entrevista con el candidato presidencial Plutarco Elías Calles y le ofreciera el apoyo condicionado del partido. Rivera, que creía posible una alianza con el grupo en el poder, cumplió su cometido. Sin embargo, su posición en el interior del PCM se estaba debilitando, enfrentada con una propuesta más radical, y en la conferencia del 25 de abril fue cesado en su puesto en el Comité Ejecutivo Nacional junto con Díaz Ramírez.

Mientras tanto, los pintores miembros de *El Machete* recibían presiones y amenazas del gobierno por su intervención en el quincenario, transmitidas a través de Vasconcelos. Y en junio, los estudiantes conservadores de la preparatoria, eternos enemigos de los muralistas, pasaron a la ofensiva junto con la prensa.

Todo comenzó con una campaña de *El Heraldo* contra los murales de Diego volviendo al argumento de las exorbitantes ganancias de los pintores.

El sindicato respondió el 22 de junio señalando que el pintor que más ganaba lo hacía tanto como un artesano que pintara paredes por metro cuadrado. El público podía comprobarlo viendo los contratos.

A pesar de las presiones, el 23 de junio Vasconcelos amplió el contrato de Diego, ahora para pintar la escalera de la SEP, a seis pesos el metro cuadrado.

Un día más tarde, el 24, los estudiantes mutilaron los frescos de Orozco y de Siqueiros en la preparatoria. Navajazos, pedradas, palos, raspones...

El fresco de Orozco *El rico arrasa la cara del pobre* quedó absolutamente destruido, al igual que *Monarquía y democracia* de Siqueiros. Los pintores fueron arrojados a la calle. En medio de una huelga estudiantil, el día 25 Vasconcelos accedió a suspender los trabajos en la escuela, a petición de los estudiantes.

El 2 de julio, el sindicato respondió violentamente advirtiendo a los estudiantes y a los profesores reaccionarios que el asunto sería de «ojo por ojo y diente por diente».

Un día después, Vasconcelos presentó su renuncia definitiva; se iba a hacer campaña para la gobernación de Oaxaca. Los pintores le agradecieron el día 4 el apoyo, ya que les había permitido trabajar «a pesar de los imbéciles que lo rodean» y se reunieron en sesión. Una parte del sindicato propuso que se respondiera a las agresiones con el boicot a los murales de la SEP, en los que en esos momentos trabajaba Rivera ayudado por Guerrero. Rivera se declaró en contra. Había que seguir pintando si se podía. El sindicato votó por el boicot. Rivera se negó a acatarlo y se le expulsó.

Las mutilaciones prosiguieron, reduciendo algunos de los murales a viles restos y el sindicato, impotente, protestó a través de volantes.

Mientras tanto, Bernardo Gastélum se había hecho cargo de la SEP y el 15 de julio despidió a Siqueiros y Orozco. Rivera hizo pública su renuncia señalando que estaba en contra del llamado boicot que proponía el sindicato. De cualquier manera su posición fue inútil. El 23 de julio de 1924 el decreto presidencial 1200, a

petición del secretario de Educación, cancelaba todos los contratos que Diego tenía pendientes con la SEP y además suspendía contratos futuros para pintar murales en el Estadio Nacional y en la escuela Gabriela Mistral.

Rivera siguió pintando a pesar de tener suspendidos los sueldos y por esos días realizó el mural *Afilando el machete*, donde un indígena acucillado afilando un machete fue acompañado de algunos de los versos del periódico. Se podía morir, pero los muralistas estaban dispuestos a morir al pie del andamio.

Con Rivera fuera del equipo y los miembros del sindicato despedidos, Graciela Amador se hizo cargo de la administración del periódico. Gómez Lorenzo sustituyó a Rivera en la dirección colectiva y Orozco inició sus colaboraciones con una serie de violentísimos dibujos, que mostraban la sana furia que tenía contra el Estado mexicano.

En el número extra del 10 de agosto, los muralistas desempleados declaraban por boca de su secretario general David Alfaro Siqueiros:

A nadie puede ocultársele la fuerza de la gráfica satírica o simplemente de la plástica como arma social. Los miembros del sindicato de pintores y escultores que hemos sido arrojados por los reaccionarios colados en la administración pública, y los que sus intrigas jesuíticas sigan arrojando, colaboraremos en *El Machete*. Cambiaremos los muros de los edificios públicos por las columnas de este periódico revolucionario.

El 3 de septiembre de 1924, uno de los murales de Rivera en la SEP fue dañado por mano desconocida y el sindicato protestó por el hecho,

haciendo público que Rivera había abandonado la organización desde julio.

Solo quedaba la posibilidad de que al entrar Calles al poder el primero de diciembre reconsiderara la actitud de Gastélum y la administración de Obregón. Mientras tanto, Guerrero y Siqueiros fueron incorporados, el 16 de septiembre, al Comité Ejecutivo Nacional del PCM por cooptación y el periódico se volvió el eje de la política del partido, publicando cada vez más la información sobre las luchas populares, sindicales y agrarias.

## Epílogo al Sindicato

La experiencia muralista se encontraba en el final de su primera etapa. Cuando Edward Weston tomó el 24 de noviembre la foto de Rivera, que más tarde este utilizaría para su autorretrato, se descubría en el rostro y la actitud del pintor un tremendo cansancio, una absoluta desesperanza respecto al destino de su obra en manos de los futuros funcionarios. Los rumores de que las pinturas serían borradas abundaban. Muchos burócratas del próximo equipo de Calles alardeaban, ante todo el que quisiera oír, de que la primera medida de Puig Casauranc, futuro ministro de Educación, sería «borrar esos horribles monos de Rivera».

No sirvió de consuelo que uno de los primeros actos de Calles fuera perdonarle por decreto presidencial a Siqueiros los 101 pesos con 29 centavos que este había recibido como adelanto por los murales en la preparatoria.

La política inicial del nuevo ministro de Educación quedó bien reflejada en el contenido de la entrevista que tuvo con Máximo Pacheco, el más joven de los muralistas, a quien pidió que

pintara un fresco en el que se viera a un niño rico y otro pobre tomados de la mano camino de la escuela.

Rivera se fue a pintar a Chapingo y pidió durante el III Congreso del PCM que se le permitiera renunciar al partido y ser considerado como simpatizante, lo que un mes después se acordó; Siqueiros terminó en Jalisco pintando y organizando sindicatos mineros; Guerrero permaneció en la dirección del PCM y realizó decenas de grabados para *El Machete*; Orozco subsistió dibujando viñetas para libros; Revueltas se fue también a la provincia.

En abril de 1925, cuando el PCM se reunió en su III Congreso, las actas dejaron constancia de la desaparición del sindicato de pintores y escultores.

La experiencia había durado treinta y dos meses. Cientos de metros de pared que habían de maravillar al mundo quedaban como huella, eco, propuesta, magia, talento y descripción de lo mejor de México.

Poco después, Orozco volvió a la preparatoria y sustituyó los murales dañados por otros más radicales en la temática y en la expresión gráfica (*La trinchera*, pintado en 1926, es quizá el mural más brutal y potente de su trabajo: sobre unas masas que vagamente semejan restos industriales se produce una singular crucifixión, tres indios sin rostro de torsos desnudos y descalzos han sido inmolados); y Rivera regresó a los patios de la SEP para culminar su obra. Pero esto es parte de otra historia.

También es parte de otra historia que el autor tenía dieciséis años en 1965 cuando llegó a la Escuela Nacional Preparatoria para estudiar su bachillerato, enamorarse, organizar su primer grupo político clandestino, jugar al ajedrez, leer

un libro diario, estudiar historia y matemáticas y pasear en medio de aquellos murales. Los estudiantes de mi generación apreciábamos profundamente el orgullo de que se nos permitiera estudiar en medio de aquella visión del país, aquellos ecos de palabras que estaban pasadas

de moda como: «patria», «pasión», «orgullo». Todavía les agradezco, desde el más profundo reducto de mi alma de ateo, a Diego, Orozco, Revueltas, Siqueiros, Charlot, Guerrero, Pacheco, Leal, la experiencia de crecer entre sus muros.

He retornado frecuentemente. ©



2004. Visita de Augusto Roa Bastos a la Casa de las Américas. Junto a Fidel Castro, Roberto Fernández Retamar, Pablo Armando Fernández, Rafael Bernal e Iroel Sánchez, entre otros.

## La esperanza de Óscar

**T**ras una larga campaña internacional que pedía su liberación, el luchador independentista puertorriqueño Óscar López Rivera recibió, el pasado 17 de enero, el indulto del presidente estadounidense Barack Obama. La decisión se hará efectiva el próximo 17 de mayo, y hasta entonces López Rivera cumplirá prisión domiciliaria en su isla natal. Acusado de conspiración sediciosa para derrocar al gobierno de los Estados Unidos en Puerto Rico, fue condenado en 1981 a cincuenta y cinco años de prisión, a los que se agregaron otro quince en 1988 por un supuesto intento de fuga. En 1999, el presidente Bill Clinton le ofreció el perdón tanto a él como a otros miembros de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional Puertorriqueña (FALN), pero López Rivera –a quienes muchos equiparan con la figura de Nelson Mandela– rechazó la posibilidad de reducir su condena mientras no incluyera a todos los miembros del grupo. Una petición al presidente Obama a favor de la inmediata excarcelación del patriota puertorriqueño había sumado más de cien mil firmas a principios de diciembre pasado. Incluso, un día antes de

anunciarse la decisión presidencial, la Coalición Ecuménica e Interreligiosa de Puerto Rico, a la que pertenecen las autoridades religiosas de la isla, entre ellos el arzobispo metropolitano de San Juan, se manifestaron en reclamo del indulto. Líderes políticos y reconocidas figuras del ámbito cultural latinoamericano reaccionaron entusiastas ante la noticia. El pasado 6 de enero, al ser entrevistado por el periódico *El Nuevo Día* con motivo de su cumpleaños setenta y cuatro, el incansable luchador independentista había expresado: «Tengo la esperanza de que podré salir de la cárcel y que el tiempo que sea que me quede en este mundo dedicarlo a trabajar y luchar para ayudar a resolver el mayor problema que enfrentamos».



## Agresión a la Escuela del Movimiento Sin Tierra

*En un artículo del 5 de noviembre titulado «En defensa de la Escuela Nacional Florestan Fernandes y el MST», Boaventura de Sousa Santos denuncia la agresión policial a esta importante institución popular brasileña. Allí expresa:*

**A**nte la incursión policial truculenta, arbitraria e ilegal (sin orden judicial) en la sede de la Escuela Nacional Florestan Fernandes (ENFF) durante la mañana del pasado viernes 4 de noviembre, en Guararema (São Paulo), expresamos públicamente nuestra solidaridad con el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST) y una de sus conquistas más simbólicas e irradiadoras en la ardua lucha por la justicia social y la fraternidad. Inaugurada en 2005, la ENFF se constituyó como espacio de encuentros, formación e intercambios que contribuyen significativamente a la ampliación y al fortalecimiento de la acción de los movimientos sociales –no solo de Brasil, sino de la América Latina y otros continentes [...]. // Alrededor de las 9:30 de la mañana, la escuela, que albergaba decenas de participantes venidos de más de treinta países, fue brutalmente invadida por policías civiles del Grupo Armado de Represión, Robos y Asaltos del Departamento de Investigaciones sobre el Crimen Organizado (GARRA/DEIC). Según el relato de testigos, sin mostrar orden judicial, y tras ser informados de que la persona buscada no se encontraba presente, invadieron el local saltando por encima de

uno de los accesos, como mostraron imágenes grabadas por las cámaras de seguridad. Armas de fuego fueron disparadas contra el suelo (cuya metralla llegó a provocar daños a una de las personas presentes) y se efectuaron dos detenciones por desacato. Uno de los detenidos, Ronaldo Valença, ejerce de forma voluntaria como profesor de la ENFF, tiene sesenta y cuatro años y padece la enfermedad de Parkinson. Durante el ataque de la policía, fue inmovilizado y agredido, y acabó por ser conducido a la comisaría de la policía local junto con una artista que intentó protegerlo. // Esta acción de intimidación y criminalización de uno de los movimientos sociales más importantes de Brasil y de todo el continente se enmarca en un contexto más amplio de intensificación de ataques a derechos, impulsado por el reciente golpe parlamentario, jurídico y mediático que culminó con un cambio ilegítimo en el Ejecutivo federal, y con la adopción de una agenda regresiva y conservadora llevada a cabo por el contestado gobierno actual. En los últimos tiempos, en Brasil se repiten noticias y casos de persecución y criminalización de movimientos y organizaciones sociales, de restricción de la libertad de expresión y manifestación política de artistas, estudiantes y profesores, así como de vulneración de derechos fundamentales, lo que refuerza un cuadro repleto de trazos de lo que hemos denunciado ampliamente como «fascismo social» [...]. // Ante este panorama de sucesivos ataques a las bases del estado democrático de derecho no podemos guardar silencio: además de repudiar la absurda y desproporcionada violencia contra la

ENFF, las víctimas de este desastroso episodio de ataque policial y todo lo que simboliza la escuela, reafirmamos y apoyamos los derechos del MST y de los demás movimientos sociales para manifestarse y organizarse de manera libre, democrática y autónoma, pues creemos que «¡Luchar no es un crimen!».



## La rumba cubana, Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad

*A finales de noviembre de 2016 conocimos de la inscripción de la rumba cubana y todas las prácticas culturales inherentes, en la lista representativa del Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad de la Unesco. En una nota publicada el 30 de noviembre por la Agencia Cubana de Noticias, se dice:*

La Organización de Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) incluyó hoy a la rumba cubana en la selección de manifestaciones que constituyen Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad, según reportan varios medios de prensa en Internet. // Tal declaración se efectuó en el Comité Intergubernamental de la Unesco, reunido en Etiopía, y constituye un reconocimiento al valor social de las prácticas culturales de comunidades y grupos sociales. // Gladys Collazo Usallán, presidente del Consejo Nacional de Patrimonio Cultural de

Cuba (CNPC), en su intervención ante el Comité Intergubernamental de la Unesco, destacó que dedicaban esa declaratoria al Comandante en Jefe Fidel Castro, quien jugó un papel fundamental en la concepción de la política cultural de la Isla desde los primeros años de la Revolución. // Collazo subrayó que esa política tiene como centro fundamental el acceso y disfrute pleno del arte como derecho humano vital, y que el dirigente histórico tuvo una profunda visión humanista que defendió el desarrollo cultural del pueblo, elemento decisivo para alcanzar sociedades justas, equitativas e inclusivas. // Recordó que en 1961 el líder de la Revolución Cubana en su discurso «Palabras a los intelectuales» precisó el carácter esencial de poner al alcance del pueblo el patrimonio artístico de la humanidad y forjar una sociedad capaz de comprender todas las manifestaciones. // La presidenta del CNPC puntualizó que tal declaración se vivía con especial emoción porque quiso el destino que ocurriera en África, tierra en la que Cuba y su rumba tienen profundas raíces. // Agradeció a todas las personas que hicieron posible esta inscripción, en especial al doctor Miguel Barnet, presidente de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, poeta, etnólogo y escritor, quien tuvo la profunda convicción de que este día llegaría. // En nombre de los rumberos de Cuba, Esmidio Iyerosum agradeció esta distinción porque esta es la historia de Cuba cantada y bailada por su gente y porque en ella se cristaliza la identidad de toda la nación. // «La rumba deviene expresión de autoestima y resistencia, síntesis del patrimonio oral e inmaterial donde

coinciden con armonía tradición y contemporaneidad», valoró el Comité Intergubernamental de la Unesco.

## Premios

El Premio Carbet del Caribe 2016, en su edición número veintisiete, fue concedido al poeta haitiano Anthony Phelps (1928), quien desde mediados del siglo pasado se estableció en la ciudad de Montreal, cuya comunidad intelectual acogiera a buena parte del exilio provocado por la dictadura de François Duvalier. El jurado reconoció la excelencia literaria de su más reciente poemario, y la sostenida calidad de toda su obra a lo largo de varias décadas. Auspiciada por el *Institut du Tout Monde*, que preside desde su fundación la señora Sylvie Glissant, adscrito a la Casa de América Latina en París, esta edición, que tuvo como presidenta a la escritora Nancy Morejón, estuvo dedicada a celebrar la confluencia de varias literaturas regionales de diversos idiomas. El Premio Carbet fue fundado por el gran pensador Édouard Glissant en su natal Martinica, en diciembre de 1990. El primer escritor en recibirlo fue el prestigioso narrador Patrick Chamoiseau, quien presentó el 17 de diciembre su más reciente novela, hecho que ocurriera en *Le Zéphir*, la más representativa instalación cultural de Cayena, capital de la Guyana francesa, donde se desarrollaron tanto los trabajos del jurado como un programa colateral de alta significación cultural.

## Adioses

Con el título «Muere el actor Reynaldo Miravalles, leyenda del cine de Cuba», daba a conocer *BBCMundo* el fallecimiento el 31 de octubre, en La Habana, a la edad de noventa y tres años, del prestigioso intérprete de la Isla. Varios medios cubanos y extranjeros reseñaron la impronta de Miravalles en memorables filmes como *Las doce sillas* y *El hombre de Maisinicú*, y el hecho de que aunque se instaló en Miami hace varios años, nunca perdió el vínculo con Cuba, donde protagonizó su última película, *Esther en alguna parte* (2012), bajo la dirección de Gerardo Chijona y compartiendo protagonismo con Enrique Molina. Nacido en La Habana en 1923, Miravalles debutó en 1944 en la radio cubana con el programa humorístico «La voz de los Ómnibus Aliados». En 1951 dio el salto a la televisión, medio en el que interpretó a cientos de personajes, aunque el más popular fue el campesino Melesio Capote. Tras el triunfo de la Revolución participó en algunas de las películas más destacadas desde la década de los sesenta en Cuba, entre ellas—además de las ya citadas—figuran *El joven rebelde* (1961), *Una pelea cubana contra los demonios* (1971), *Rancheador* (1976), *Los sobrevivientes* (1978) y *Los pájaros tirándole a la escopeta* (1984).

El 14 de diciembre falleció el escritor mexicano Guillermo Samperio (Ciudad de México, 1948), autor de más de cincuenta libros que abarcan los géneros de cuento, novela, ensayo, literatura infantil, poesía y crónica.

En 1977 ganó el Premio Casa de las Américas con el volumen de cuentos *Miedo ambiente*, y al año siguiente integró el jurado en ese género. Desde entonces colaboró en diversas ocasiones con nuestra publicación. En 1988 obtuvo el Premio Nacional de Periodismo Literario al mejor libro de cuentos por *Cuaderno imaginario*; en 2000 fue merecedor del Premio Instituto Cervantes de París, del Concurso Juan Rulfo, y diez años más tarde su libro *La Gioconda en bicicleta* obtuvo en Italia el Premio Letterario Nazionale di Calabria e Basilicata. Al morir, Samperio—sobre quien Pedro Ángel Palou diría que «era en sí mismo un género»—tenía en proceso de edición la novela *Vosotros los mismos*.

Con *El imperio de La Habana* (1993) el escritor cubano Enrique Cirules (nacido en 1938 y muerto el pasado 18 de diciembre) obtuvo el Premio Casa de las Américas en el género Testimonio, así como el Premio de la Crítica Literaria. Cirules fue mención en dos ocasiones en el certamen convocado por la Casa: en 1995 con la novela *Las nieves y el sol*, y en 1999 con el volumen testimonial *El iceberg de Ernest Hemingway en la cayería de Romano*. Sus obras—centradas fundamentalmente en la vida y la obra del escritor estadounidense y en la presencia de la mafia en Cuba, y traducidas al inglés, ruso, francés, alemán y portugués—incluyen también títulos como *Conversación con el último norteamericano* (1973), *La saga de la Gloria City* (1983), *La vida secreta de Meyer Lansky en La Habana* (2004) y *Santa Clara Santa* (2007).

A los setenta y cinco años falleció en Buenos Aires, el 22 de diciembre, el escritor argentino Alberto Laiseca, nacido en Rosario en 1941. Autor de una obra peculiar y un estilo que él mismo denominó «realismo delirante», porque situaba la desmesura y la libertad creativas—según recordaba su compatriota Patricio Pron siguiendo al crítico Martín Prieto—por sobre la demanda de verosimilitud de los hechos narrados, que «no se suceden o precipitan debido al puro automatismo psíquico, las alucinaciones o la escritura bajo el dictado del inconsciente, como en la receta del surrealismo histórico, ni tampoco a partir de los desplazamientos por contigüidad del significante, como en el modelo barroco», sino mediante el ejercicio deliberado de la exageración. Con su método, confesó en una célebre entrevista concedida a Graciela Speranza, no hacía otra cosa que ponerse «a la altura del universo, porque el universo es realista delirante». Entre sus libros se destacan *Matando enanos a garrotazos* (1982), *Aventuras de un novelista atonal* (1982), *Por favor pláguenme* (1991), *La mujer en la muralla* (1990), *El jardín de las máquinas parlantes* (1994) y *Los sorias* (1998). Laiseca formó parte del jurado de novela del Premio Casa de las Américas en 2002.

Conocido por el seudónimo Andrés Rivera (su nombre real era Marcos Ribak), el pasado 23 de diciembre murió el autor de una amplia y prestigiada obra narrativa. Nacido en 1928, Rivera fue hijo único de dos obreros judíos, militantes sindicales, y durante años militó en el Partido Comunista, del cual fue expulsado

en 1964. Trabajó en la redacción de la revista *Plática* (1953-1957) y debutó en la ficción con la novela *El precio* (1956). A partir de la década del setenta—según ha expresado la crítica Jorgelina Núñez—el tema de la derrota recorrerá de manera insistente sus libros, debido a «la certeza de que la sociedad no se halla a las puertas de la revolución y que el aire equívoco de revuelta que se respira en aquellos años empieza a percibir los primeros signos de su fracaso más rotundo y definitivo». A partir de entonces publicó novelas entre las que sobresalen *En esta dulce tierra* (1984), *El amigo de Baudelaire* (1991), *El farmer* (1996) y *Kadish* (2011). Este último año obtuvo el Premio Fondo Nacional de las Artes y las Letras. Una de sus más reconocidas novelas, *La revolución es un sueño eterno*, Premio Nacional de Literatura 1992, fue publicada por el Fondo Editorial Casa de las Américas. El decidido apoyo de Rivera y, sobre todo, de su esposa Susana Fioritto a proyectos de diverso tipo como la Biblioteca Popular, en Córdoba, se puso de manifiesto en 2001, cuando él integró el jurado de novela del Premio Casa. En esa ocasión ambos donaron a nuestra institución veinte mil dólares para la adquisición de libros.

En una entrada de su diario, del 31 de octubre de 1967, Ricardo Piglia escribía: «Andrés Rivera me trae de Montevideo un folleto de Casa de las Américas con noticias sobre el libro, una reseña y una foto en la que veo la tapa del libro impresa en color verde. El primer libro es el único que importa, tiene la forma de un rito de iniciación, un pasaje, un cruce de

un lado al otro. La importancia del asunto es meramente privada pero nunca se puede olvidar, estoy seguro, la emoción de ver por primera vez un libro impreso con lo que uno ha escrito. Después, hay que tratar de no convertirse en “un escritor”». Se refería, naturalmente, a *Jaulario*, volumen que había obtenido mención de la Casa de las Américas unos meses antes. Pese a sus prevenciones, fue así como se inició la carrera como escritor de quien al paso de los años se convertiría en uno de los más importantes referentes literarios de la literatura argentina y latinoamericana. Al morir el 6 de enero último, víctima de una esclerosis lateral amiotrófica, Ricardo Piglia (nacido en 1941) dejaba una obra que incluía novelas como *Respiración artificial* (1980), *La ciudad ausente* (1992), *Plata quemada* (1997) y *El camino de Ida* (2013); libros de ensayo y crítica como *Crítica y ficción* (1986), *Formas breves* (1999) y *El último lector* (2005), así como *Los diarios de Emilio Renzi*, dos volúmenes impresos y el tercero en proceso de edición de los diarios que Piglia comenzó a escribir a mediados de los años cincuenta. En 2000 la Casa de las Américas dedicó a Piglia su primera Semana de Autor, y un volumen de la colección Valoración múltiple. Desde entonces le fueron conferidos, entre muchas otras distinciones, el Premio Iberoamericano de Letras José Donoso (2005), el Premio Internacional de Novela Dashiell Hammett de la Semana Negra de Gijón (2011), el Gran Premio de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores (2012) y el Premio Iberoamericano de Narrativa Manuel Rojas (2013). Su novela

*Blanco nocturno* (2010), que mereciera el Premio Rómulo Gallegos al año siguiente de su publicación, fue distinguida por la Casa de las Américas con el Premio de narrativa José María Arguedas. Entonces comentó a nuestro portal informativo *La Ventana*: «Fue una gran emoción que mi primer libro fuera publicado en Cuba por la Casa de las Américas [...]. La generosidad del jurado y de los amigos de la Casa permitió que los cuentos de un joven escritor argentino inédito y desconocido pudieran ser publicados. No hay nada igual para un escritor que la edición de su primer libro. Y estaré siempre agradecido por ese inolvidable reconocimiento inicial». Y añadía: «A lo largo de todos estos años la relación con la Casa de las Américas ha sido fraternal y duradera. Como en todas las amistades intelectuales que duran años, tuvimos épocas de grandes discusiones, de críticas y distanciamientos, sin que esas diferencias impidieran el diálogo y la consideración mutua».

La editora Neus Espresate, una de las grandes impulsoras de la literatura latinoamericana en México, falleció el 21 de febrero a los ochenta y tres años, debido a problemas respiratorios. Fundadora de la editorial Era en los años sesenta, Neus Espresate Xirau nació en 1934 en Canfranc (Huesca), España. Su familia se trasladó a México a principios de los años cuarenta. El diario mexicano *La Jornada* publicó un obituario en el que recordaba que al recibir su doctorado *Honoris causa* de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), en 2011, la editora señaló que Ediciones Era «buscó poner al alcance

de México y el mundo hispano las principales obras y experiencias de la izquierda, aquellas que resultaban imprescindibles para la reflexión, la crítica y la acción». Con motivo de ese reconocimiento, la escritora y periodista Elena Poniatowska, una de las autoras incluidas en el catálogo de Era, evocó la llegada de Neus a México «con sus hermanos Jordi y Enrique (Quique) en 1943. Era una niña de doce años, tímida y reservada, que guardaba secretos y vivencias demasiado duros para sus pocos años. Antes de poder salir a México, los niños conocieron escuelas y conventos de la derecha franquista. [...] En México, el cielo se les abrió. Habían dejado atrás la guerra y el solitario Atlántico y reunido con sus padres. Esta niña forjada en la soledad se transformó en una formidable lectora y una apasionada de la política; de lectora pasó a proponerle a su padre, don Tomás, hacer una editorial». La editorial Era publicó títulos de autores como Octavio Paz, Carlos Fuentes, Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco, Roger Bartra, Rosa Luxemburgo, Antonio Gramsci, Remedios Varo y Leonora Carrington. También, de Augusto Monterroso, Juan Gelman, Juan García Ponce, José Revueltas, Sergio Pitlor, Nellie Campobello, José Lezama Lima, Luis Cardoza y Aragón, Malcolm Lowry, Miguel León Portilla, John Berger, Jacobs, Margo Glantz, Mircea Eliade, Eduardo Antonio Parra y Ana García Bergua. En los años sesenta, el primer libro que publicó fue *La batalla de Cuba*, del periodista Fernando Benítez. La editorial publicó también la primera antología de la obra revolucionaria del Che Guevara. Según *La*

*Jornada*, tras una vida que tuvo que enfrentar en sus inicios los horrores del fascismo, Espresate lamentó que en su vejez veía «regresar la violencia ciega de una derecha oscurantista, contra la que he luchado durante toda mi vida». En 2004, al ser reconocida en España con el premio Liber, insistió en que «el pasado no debe olvidarse y en esa tarea los editores adquirimos una responsabilidad enorme en la conservación de la memoria».

---

## Paso de revistas

Ha llegado a nuestra redacción el número 28 (año 14), correspondiente a abril de 2016 de *Chasqui*. *El Correo del Perú*, boletín cultural del Ministerio de Relaciones Exteriores de ese país, que comenzó a circular en 2003 con el ánimo de mostrar al mundo la riqueza cultural de la nación sudamericana. En sus dieciséis páginas y formato de periódico, la entrega está dedicada a los cuatrocientos setenta y siete años del nacimiento del Inca Garcilaso de la Vega, y a recordar al poeta y pintor surrealista César Moro (nacido con el nombre de Alfredo Quíspez), a los sesenta años de su fallecimiento. Las páginas centrales presentan varias obras del célebre santuario antropológico de la costa peruana Pachacámac, del pintor limeño Ricardo Wiese. Recetas culinarias aderezan el número que concluye con una reseña sobre la exposición que el Museo de Arte de Lima le dedica al artista Emilio Rodríguez Larraín. Consultas en: <[www.reee.gob.pe/politicaexterior/Paginas/boletin\\_chasqui.asp](http://www.reee.gob.pe/politicaexterior/Paginas/boletin_chasqui.asp)>.

Damos la bienvenida a una de las publicaciones seriadas más antiguas del Continente, que en 2018 llegará a los ochenta años de vida: la *Revista Nacional de Cultura*, fundada por el ensayista e historiador venezolano Mariano Picón Salas, y actualmente dirigida por el poeta y cronista Antonio Trujillo. El número 340 corresponde a finales de 2015, pero fue «bautizado» a comienzos del pasado año en el café-librería El Techo de la Ballena, centro que homenajea desde 2014 al movimiento poético homónimo de la década de los sesenta. La revista recoge en sus 473 páginas y diez secciones a autores venezolanos de diferentes géneros como la narrativa, la poesía, la crónica, la crítica literaria y la literatura para niños, cuya sección comienza con la portada de *La Edad de Oro*; allí el estudioso cubano Enrique Pérez Díaz evoca a José Martí, uno de los «fundadores de la creación». En la revista también encuentran espacio el ensayo, artículos más breves, el cine, el teatro y la danza y, por primera vez en esta entrega, el pensamiento filosófico latinoamericano. Auspiciada por la Fundación para la Cultura y las Artes (Fundarte) tiene como correo <revisitanacionaldeculturavz@gmail.com>.

Llega a sus veinte años en este 2017 *Literatura y Lingüística*, publicación semestral del Departamento de Humanidades de la Universidad Católica Cardenal Raúl Silva Henríquez, de Chile. Está dedicada a estimular la investigación en el campo de las ciencias del lenguaje y la teoría literaria, especialmente la relativa a la literatura chilena y al español de ese país. Para el número 33, de mayo de 2016, su

directora Marina Alvarado y el equipo editorial que la acompaña han seleccionado diez ensayos para cada una de las secciones principales de la revista y tres reseñas de libros. Entre los textos de «Literatura» se destaca el dedicado a los poetas limeños Carlos Germán Belli (1927) y Jorge Eduardo Eielson (1924-2006), en el que se compara la obra de ambos sobre la base del análisis de las figuras literarias y las técnicas argumentativas. En tanto la sección «Lingüística» está encabezada por un análisis sociolingüístico de los reformuladores de rectificación en el habla santiaguina. Más información: <literaturalinguistica@ucsh.cl>.

De *Taller de Letras*, publicación bianual fundada en 1971 por la Pontificia Universidad Católica de Chile, se han recibido los números 58 y 59, de 2016. Como su nombre sugiere, la revista es un espacio comprometido con la búsqueda permanente de nuevos enfoques y materiales críticos. El número 58 presenta, entre otros, artículos sobre las mujeres decimistas; la *Revista Índice*, un relevante proyecto intelectual y polémico del Chile de los años treinta; la violencia urbana en la fotografía de Nelson Garrido y la entrevista a Victoria Cirlot, estudiosa catalana de la cultura y la literatura medieval sobre sus visiones de la Edad Media y el siglo xx. En la entrega 59, por su parte, se analizan, entre otros temas, a Mário de Andrade y su *Macunaíma*; dos mujeres poetas en la modernidad: Nahui Olin y Gabriela Mistral en México; religión y tradición de El velorio del angelito (costumbre folclórica suramericana) en el arte y la lírica de Violeta Parra, y la crisis de la

vanguardia política, nuevas narrativas en la literatura uruguaya de los años sesenta. La dirección de la publicación es de Rubén Carreño y el correo electrónico: <letra@uc.cl>.



## Para recordar en el tiempo de Trump

*Mayra Montero publicó el 13 de noviembre, con el título de «Antes que llegue el lunes», un comentario a propósito de la victoria de Donald Trump en las elecciones presidenciales de los Estados Unidos que merece, por su sensatez, ser tomado en consideración.*

**M**e parece más preocupante el pánico y la histeria que ha provocado la victoria de Donald Trump que cualquier amenaza que haya formulado o pueda formular en el futuro el presidente electo. // Se ha puesto de moda, en las redes sociales, decir «siento miedo». Supongo que, en efecto, causa un poco de miedo, pero no todo el mundo puede ceder al melodrama colectivo del terror y repetir hasta la saciedad esos lamentos que no ayudan a pensar. // Ya hemos pasado por mucho en este mundo. ¿Es que nadie le tuvo miedo a Lyndon B. Johnson? Porque a Trump, a sus setenta años, con todo lo viejo verde y jactancioso que es, no le alcanzaría otra vida para hacer el daño que hizo Johnson en los años sesenta. En el barrio en que me crié, al menos, teníamos a LBJ por un ser espantoso, del que se comentaban, y nunca se investigaron, cosas terribles. Y Trump es una margarita

tibetana al lado de quien fue Secretario de Estado de dos presidentes por esa misma época, el pavoroso Dean Rusk. ¿Alguien se acuerda de las cosas que decía –y hacía– Dean Rusk? // Luego vino Nixon, bajo cuya presidencia se produjo la feroz persecución de John Lennon (ver «The U.S. vs. John Lennon»), y murieron cientos de miles de seres humanos, incluyendo las víctimas de ambos bandos en el sudeste asiático. En el barrio del que hablaba, haciendo un esfuerzo tipográfico, donde quiera que se escribía la palabra Nixon, se sustituía la x por una esvástica. // Trump andaba muy ocupado haciendo millones cuando otro presidente le mintió a su pueblo asegurando que había armas de destrucción masiva en Irak, una mentira cuyas consecuencias sigue sufriendo el mundo entero [...]. // No creo que sea verdad que a Trump lo votara solamente un sector, el más blanco y rubio. ¿En Florida qué, cuántos cubanos, venezolanos y puertorriqueños? Los pensamientos de la gente, a solas, en una caseta de votación, son insondables. // A última hora, la avalancha de ataques desde todos lados, el desdén con que lo trataron los líderes de su propio partido, terminaron por convertirlo en víctima. Un proceso increíble: se necesita un trabajo de hormiguña para convertir en víctima a un multimillonario petulante. Pues lo lograron. Llegó un momento en que vimos en Trump a un tipo acorralado que no tenía ninguna posibilidad de ganar [...]. // Mucho miedo, pero poca memoria. Aburre un poco todo este escándalo y ese rasgarse las vestiduras, como si no hubiéramos visto mundo. Y como si no supiéramos que un presidente, en

los Estados Unidos, y en casi todas partes, siempre tiene mandos superiores. Gente muy centrada, buena o peor –eso es harina de otro costal– que aconseja, persuade, y cuando tiene que disponer, dispone [...].



## ¿El futuro del cristianismo?

«¿Por dónde pasa el futuro del cristianismo?», tituló el teólogo y ambientalista brasileño Leonardo Boff este artículo publicado el 30 de noviembre en su blog Koinonia.

El papa Francisco tiene un mérito innegable: sacó a la Iglesia católica de una profunda desmoralización debida a los delitos de pedofilia que afectaron a cientos de eclesiásticos. Después desenmascaró los crímenes financieros del Banco del Vaticano, que involucraban a monseñores y a gente de las finanzas italianas. // Pero principalmente dio otro sentido a la Iglesia, no como una fortaleza cerrada contra los «peligros» de la modernidad, sino como un hospital de campaña que atiende a todos los necesitados o en busca de un sentido de vida. Este Papa acuñó la frase «una Iglesia en salida» en dirección a los demás y no a sí misma, autofinalizándose. // Los datos revelan que el cristianismo es hoy una religión del Tercero y Cuarto Mundo. El 25 % de los católicos viven en Europa, el 52 % en América y los demás en el resto del mundo. Esto significa que, terminado el ciclo occidental, el cristianismo vivirá en su etapa planetaria una presencia más densa en algunas partes del

mundo hoy consideradas periféricas. // Solo tendrá un significado universal con dos condiciones. // La primera, si todas las iglesias se entienden como el movimiento de Jesús, se reconocen mutuamente como portadoras de su mensaje sin que ninguna de ellas pretenda reclamar exclusividad sino en diálogo con las religiones del mundo, valorándolas como caminos espirituales habitados y animados por el Espíritu. Solo entonces habrá paz religiosa, una de las condiciones importantes para la paz política. Todas las iglesias y las religiones deben estar al servicio de la vida y de la justicia para los pobres y para el Gran Pobre que es el planeta Tierra, contra el cual el proceso industrial lleva a cabo una verdadera guerra total. // La segunda condición es que el cristianismo relativice sus instituciones de carácter occidental y se atreva a reinventarse a partir de la vida y la práctica del Jesús histórico con su mensaje de un reino de justicia y de amor universal, en una total apertura a lo trascendente. Mantener el canon actual puede condenar al cristianismo a transformarse en una secta religiosa. // Según la mejor exégesis contemporánea, el proyecto original de Jesús se resume en el Padre Nuestro. En él se afirman las dos hambres del ser humano: el hambre de Dios y el hambre de pan. El Padre Nuestro enfatiza el impulso hacia lo Alto. Solamente uniendo el Padre Nuestro con el Pan Nuestro se puede decir Amén y sentirse en la tradición del Jesús histórico [...]. // Esto implica para el cristianismo la audacia de desoccidentalizarse, desmachicizarse, despatriarcalizarse y organizarse en redes de comunidades que se acogen

recíprocamente y se encarnan en las culturas locales y forman juntas el gran camino espiritual cristiano que se suma a los otros caminos espirituales y religiosos de la humanidad. // Realizados estos supuestos, en la actualidad se presentan a las iglesias y al cristianismo cuatro retos fundamentales. // El primero es salvaguardar la Casa Común y el sistema de vida amenazados por la crisis ecológica generalizada y el calentamiento global. No es imposible una catástrofe ecológico-social que diezmará la vida de gran parte de la humanidad. La pregunta ya no es qué futuro tendrá el cristianismo, sino cómo ayudará a asegurar el futuro de la vida y biocapacidad de la Madre Tierra. Ella no nos necesita. Nosotros sí la necesitamos. // El segundo reto es cómo mantener a la humanidad unida. Los niveles de acumulación de riqueza material en muy pocas manos (el 1 % controla la mayoría de la riqueza del mundo) pueden dividir a la humanidad en dos partes: los que gozan de todos los beneficios de la tecnociencia y los condenados a la exclusión, sin esperanzas de vida o incluso siendo considerados subhumanos. Es importante afirmar que tenemos una sola Casa Común y que todos somos hermanos y hermanas, hijos e hijas de Dios. // El tercer desafío es la promoción de la cultura de la paz. Las guerras, el fundamentalismo político y la intolerancia frente a las diferencias culturales y religiosas pueden llevar a niveles de violencia de alto poder destructivo. Eventualmente pueden degenerar en guerras mortales con armas químicas, biológicas y nucleares. // El cuarto desafío se refiere a la América Latina: la encarnación en las culturas indígenas

y afroamericanas. Después de haber casi exterminado las grandes culturas originales y esclavizado a millones de africanos, es necesario trabajar para ayudarles a rehacerse biológicamente, a rescatar su sabiduría ancestral y a ver reconocidas sus religiones como formas de comunicación con Dios. Para la fe cristiana el reto consiste en animarles a hacer su síntesis con el fin de dar lugar a un cristianismo original, sincrético, africano-indígena-latino-brasileño. // La misión de las iglesias, de las religiones y de los caminos espirituales es alimentar la llama interior de la presencia de lo Sagrado y lo Divino (expresado en millares de nombres) en el corazón

de cada persona. // El cristianismo, en la fase planetaria y unificada de la Tierra, posiblemente se constituirá en una inmensa red de comunidades, encarnadas en las diferentes culturas, dando testimonio de la alegría del Evangelio que promueve ya en este mundo una vida justa y solidaria, especialmente para los más marginados, que se completará en la culminación de la historia. // En la actualidad, nos corresponde a nosotros vivir la *comensalidad* entre todos, símbolo anticipador de la humanidad reconciliada, celebrando los buenos frutos de la Madre Tierra. ¿No era esta la metáfora de Jesús cuando hablaba del Reino de vida, de justicia y de amor?



2004. Presentación de libros de Augusto Roa Bastos en la sala Che Guevara de la Casa de las Américas. Junto a Fidel Castro, Roberto Fernández Retamar, Rafael Bernal e Iroel Sánchez, entre otros.

## RECIENTES

### Del Premio Literario Casa de las Américas

Entre los días 16 y 26 de enero de 2017, la Casa acogió la edición 58 de su Premio Literario. El jurado estuvo integrado por Rey Andújar (República Dominicana), Juan Cárdenas (Colombia), Milton Fornaro (Uruguay), Ana García Bergua (México) y Ahmel Echevarría (Cuba) en novela; Leonel Alvarado (Honduras), Eduardo Langagne (México), Selena Millares (España), Freddy Nández (Venezuela) y Sigfredo Ariel (Cuba) en poesía; Pablo Mella (República Dominicana), Berenice Ramírez López (México) y Aurelio Alonso (Cuba) en ensayo histórico-social; Stella Calloni (Argentina), Alberto Salcedo Ramos (Colombia) y Arístides Vega Chapú (Cuba) en literatura testimonial; Lúcia Bettencourt, Adriana Lisboa y Guiomar de Grammont en literatura brasileña, y João José Reis (Brasil), Gloria Rolando (Cuba) y Silvio Torres-Saillant (República Dominicana) en Estudios sobre la presencia negra en la América y el Caribe contemporáneos. Precisamente, correspondió a este último decir las palabras inaugurales del evento, en las que destacó, entre otros elementos, el papel de la Casa de las Américas en la creación y el fortalecimiento de los vínculos entre Cuba y la América Latina y el Caribe, así como su contribución al proceso de descolonización de la lectura en esta región. Tras la instalación del jurado, el lunes 16, sus integrantes partieron a la ciudad de Cienfuegos, donde realizaron la lectura de las obras en concurso. En esa urbe participaron en recorridos y encuentros con estudiantes y, el sábado 21, en la presentación de los libros ganadores de la edición anterior del Premio, así como de las más recientes entre-

gas de las revistas *Casa de las Américas* y *Conjunto*. El lunes 23, en la sala Manuel Galich, iniciamos los paneles, con el tema *¿Conquistas sociales y solidaridad?*, y la participación de los jurados de ensayo de tema histórico-social. Amenazados por la entrada del mar a la zona baja del Vedado habanero, donde se encuentra nuestra sede, debió cancelarse la lectura de los poetas, prevista a continuación, y se postergó la inauguración de la muestra *En el espacio: de lo escultórico a lo instalativo* en la Galería Latinoamericana, pero retomamos el programa al día siguiente con un conversatorio en el que participaron Stella Calloni y Alberto Salcedo Ramos. Ese día, pero en la tarde, se produjo el diálogo con las narradoras brasileñas, y la presentación del número 285 de nuestra publicación, y el 181 de *Conjunto*. Después, los integrantes del jurado de novela participaron en una mesa bajo el título *Narrar Latinoamérica a medio siglo de «Cien años de soledad»*. João José Reis, Silvio Torres-Saillant y Gloria Rolando se refirieron, el miércoles 25, a *Insurgencias y emergencias afroamericanas: pensar la cultura, pensar la política en el siglo XXI*, y ese mismo día fueron presentados los libros ganadores del Premio Casa de las Américas 2016: *Si esto es una tragedia yo soy una bicicleta*, de Legna Rodríguez Iglesias (teatro, Cuba); *Ni una sola voz en el cielo*, de Ariel Urquiza (cuento, Argentina); *De las cenizas al texto. Literaturas andinas de las disidencias sexuales en el siglo XX*, de Diego Falconí Trávez (ensayo, Ecuador); *Mingas de la palabra*, de Miguel Rocha Vivas (ensayo sobre culturas originarias, Colombia); *El batallón creol*, de Raphaël Confiant (novela, Martinica), y *Devotos y libertinos*, de Cristian Santos (ensayo, Brasil), así como *Verdad posible*, de Eduardo Langagne (Premio de poesía José Lezama Lima, México); *Las cenizas del cóndor*, de Fernando Butazzoni (Premio de narrativa José María

Arguedas, Uruguay), y *Cuando lo nuevo conquistó América. Prensa, moda y literatura en el siglo XIX*, de Víctor Goldgel (Premio de ensayo Ezequiel Martínez Estrada, Argentina). El jueves 26, en la sala Che Guevara, se dieron a conocer los premios de la edición 58, que correspondieron a *Incendiamos las yeguas en la madrugada*, de Ernesto Carrión (novela, Ecuador), con mención para *La pérdida*, de Karina Puentes (Argentina); *Esto es un disco de vinilo donde hay canciones rusas para escuchar en inglés y viceversa*, de Reynaldo García Blanco (poesía, Cuba), con mención para *Carta de las mujeres de este país*, de Fredy Yezzed López (Colombia); *América pintoresca y otros relatos ecfrásticos de América Latina*, de Pedro Agudelo Rondón (ensayo de tema histórico-social, Colombia), con mención a *Los movimientos sociales y la izquierda en México. 150 años de lucha*, de Baloy Mayo (México); *Lloverá siempre*, de Liliana Villanueva (literatura testimonial, Argentina), con mención para *Charlas en el mosaico*, de Yoe Suárez (Cuba); y *Outros cantos*, de Maria Valéria Rezende (literatura brasileña de ficción), con mención a *Rol* (poesía), de Armando Freitas Filho. El Premio de estudios sobre la presencia negra en la América y el Caribe contemporáneos correspondió a *Una suave, tierna línea de montañas azules*, de Emilio Jorge Rodríguez (Cuba). Ese día fueron dados a conocer también el Premio de poesía José Lezama Lima, para *Mística del tabernario*, de Raúl Vallejo (Ecuador); el Premio de ensayo Ezequiel Martínez Estrada, para *Cuestiones y horizontes: De la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder*, de Aníbal Quijano (Perú) (selección y prólogo de Danilo Assis Clímaco), y el Premio de narrativa José María Arguedas, que correspondió a *Tríptico de la infamia*, de Pablo Montoya (Colombia). Vea al cierre de esta misma sección las bases del Premio Literario Casa de las Américas 2018.

### De la Casa al Centro Pablo

El miércoles 2 de noviembre la Casa de las Américas rindió un homenaje al Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, de La Habana, en ocasión de su vigésimo aniversario. Un panel en el que participaron Jorge Fonet, director del Centro de Investigaciones Literarias de la Casa; Pepe Menéndez, director de Di-

seño de esta institución, y Rafael Villares, artista de la plástica premiado en una de las ediciones del Concurso de Arte Digital que durante más de una década convocara el Centro Pablo, se refirieron a la producción editorial de esta entidad, así como a sus aportes a la gráfica cubana y a las artes visuales. Asimismo, los asistentes al encuentro pudieron disfrutar de un audiovisual en el que, entre otros testimonios, fueron incluidos los de la folclorista Liliana Herrero, la cantautora Teresa Parodi y la exembajadora de Argentina en la Isla Juliana Marino. Los trovadores Marta Campos, Ángel Quintero y Augusto Blanca se encargaron de aportar el cierre musical al homenaje.

### Artes visuales

La muestra *Muchedumbre*, del fotógrafo chileno Jorge Brantmayer, curada por Camilo Yáñez con la colaboración de la dirección de Artes Plásticas de la Casa, ocupó durante varias semanas las paredes de la institución, a partir de su apertura el viernes 4 de noviembre. Según las palabras del catálogo, la serie «es el resultado de una documentación constante. Es un proyecto fotográfico centrado en la construcción de un archivo abierto y en progreso; una investigación de largo aliento que busca conocer e identificarse con el otro».

### Música en la Casa

El martes 8 de noviembre tuvo lugar en la sala Manuel Galich la conferencia «La creación musical contemporánea en Chile», a cargo del compositor de ese país sudamericano Boris Alvarado.

El miércoles 16 de noviembre, como parte de su habitual participación en el Festival de Música Contemporánea de La Habana, en su edición vigésimo novena, la Casa acogió el concierto con obras del compositor cubano-estadunidense Orlando Jacinto García, así como el estreno de la ópera de cámara *Caturla, la muerte y la vida*, de Guido López-Gavilán.

Los Camperos, mariachi latino de la ciudad de Los Ángeles, Estados Unidos, se presentaron el martes 13 de diciembre en el espacio *Música en la Casa*, en un concierto coordinado con la Universidad de California.

Los conciertos de 2016 cerraron con un homenaje por los cincuenta años del Encuentro de la Canción Protesta. Para la ocasión, tuvimos el privilegio de reencontrarnos con la cantautora estadounidense Barbara Dane, protagonista de la primera edición de aquella histórica cita de 1967. El concierto tuvo lugar el miércoles 28 de diciembre, en la sala Che Guevara.

El viernes 3 de febrero la sala Che Guevara acogió el concierto del cantautor cubano Athanai, quien propuso un recorrido por su creación musical a lo largo de veinte años de carrera artística.

El espacio *Casa Trovada* presentó el viernes 17 de febrero el documental *El último bohemio*, del realizador Carlos León, dedicado a la memoria del trovador camagüeyano Miguel Escalona. Vicente Feliú y Augusto Blanca interpretaron temas de este destacado fundador del Movimiento de la Nueva Tropa.

## Audiovisuales en la Casa

El miércoles 9 de noviembre se exhibió en la sala Manuel Galich el documental *Diálogo con mi abuela*, de la realizadora cubana Gloria Rolando. El material audiovisual se basa en una conversación sostenida por la cineasta con su abuela Inocencia en 1993, así como en fotos familiares que contribuyen a poner en valor la contribución de los pequeños y grandes pasajes de la vida cotidiana de una familia negra en la historia social cubana. La proyección tuvo como preámbulo musical la actuación del grupo coral Baobab.

El miércoles 14 de diciembre tuvimos la ocasión de ver el documental *Ni un pibe menos*, del realizador Antonio Marco. El audiovisual denuncia las circunstancias de la muerte de Kevin Molina, un niño de nueve años atrapado en un enfrentamiento entre dos bandas de narcotraficantes el 7 de septiembre de 2013, en el humilde barrio de Zavaleta, en Buenos Aires.

La sala Manuel Galich acogió el martes 20 de diciembre la proyección del documental *Victor Jara no. 2547*, de la cineasta chilena Elvira Díaz. La actividad, coordinada con la embajada de Cuba en la República de Chile, contó con la presencia de Héctor Herrera, la persona que recuperó el cuerpo de Jara a escondidas de la vigilancia de la junta militar.

## De libros y revistas

El miércoles 16 de noviembre tuvo lugar en la Sala Contemporánea un homenaje a Herminio Almendros. El Centro de Estudios de Migraciones y Exilios (Madrid) presentó una nueva edición del libro *La escuela moderna ¿reacción o progreso?*, y el documental *El exilio español en Cuba. Una doble mirada* (2015), basado en una entrevista realizada a Germán Amado Blanco.

El jueves 17 de noviembre, en la Sala de Lectura de la Biblioteca quedó inaugurada la exposición bibliográfica *De y sobre Rubén Darío: cada cien años evocando a Rubén Darío*, en coordinación con la Unión de Escritores y Artistas de Cuba.

El número 284 de nuestra revista fue presentado ese mismo día, en la sala Manuel Galich. La entrega cuenta con un dossier dedicado a la América Latina y el asalto de la derecha, con análisis, entre otros, de los intelectuales Luis Britto García (Venezuela), Frei Betto (Brasil) y Atilio A. Boron (Argentina). Asimismo, la edición incluye textos de Ernesto Cardenal y Hugo Achugar, así como un artículo devenido homenaje a Fidel Castro, que analiza los discursos del líder de la Revolución Cubana sobre África.

El volumen *Bolaño por sí mismo*, publicado por el Fondo Editorial Casa de las Américas, fue presentado el jueves 15 de diciembre en la sala Manuel Galich. El libro –cuya primera edición corrió a cargo de la Editorial Diego Portales, la cual cedió a la Casa los derechos de esta nueva edición– recoge varias de las mejores entrevistas realizadas al autor chileno, fallecido en el año 2003.

La edición correspondiente a 2016 de la revista *Anales del Caribe* fue presentada el jueves 22 de diciembre en la sala Manuel Galich. El número incluye los dossieres temáticos «Caliban multiplicado» y «Frantz Fanon, por un hombre nuevo, por un nuevo humanismo», un acercamiento a obras de creadores haitianos contemporáneos bajo el título «Siempre Haití: los desafíos de un pueblo en resistencia artística», ponencias del Primer Encuentro de Revistas Caribeñas (2009) en la sección «El Caribe en sus revistas», y el espacio «Literaturas en contacto», a

propósito del roce e interpenetración de las escrituras, de los autores y procesos literarios. La cubierta y la sección «Galería de Arte» incluyen piezas de los ganadores del Concurso ClimArte.

El número 181 de la revista *Conjunto* fue presentado el jueves 12 de enero en la Casa de la Uneac de la ciudad de Santa Clara, coincidiendo con el encuentro internacional *Magdalena sin Fronteras*, que reúne a mujeres teatristas de Latinoamérica y otras regiones. La edición contiene materiales de la escena de una veintena de países, a partir de un recorrido por festivales y encuentros latinoamericanos, con especial énfasis en Centroamérica, y la publicación de la obra *Odisea doble par*, del argentino Mariano Saba, mención del Premio Casa de las Américas 2016.

El martes 17 de febrero, en la Casa de la Obrapía, se realizó –auspiciado por nuestro Programa de Estudios sobre Afroamérica– la presentación del volumen *Escritura, derecho y esclavitud: Francisco José de Jaca ante el nomos colonial* (Ediciones Puerto, San Juan, 2016), de Rebeca Moreno-Orama (Puerto Rico).

---

## Rumbo a Casa Tomada

Como parte de los eventos previos a la próxima edición del Encuentro de Jóvenes Creadores de la América Latina y el Caribe, Casa Tomada, que tendrá lugar en septiembre de este año, el viernes 18 de noviembre se realizó en la institución un diálogo con la cantante, músico y compositora chilena Ana Tijoux, quien compartió experiencias acerca de la inserción de la mujer dentro del género del rap, así como el vínculo de esos discursos con la realidad social de su país.

---

## Teatreado

La Casa acogió algunos de los eventos relacionados con la visita a Cuba del grupo Odin Teatret, de Dinamarca, entre el lunes 14 y el miércoles 16 de noviembre. En esa primera jornada, Kai Bredholt tuvo a su cargo la conferencia «El teatro de la reciprocidad», y al día siguiente, Eugenio Barba –quien fundó esa agrupación en Oslo en 1964, y se trasladó luego a Dinamarca– y la actriz Julia Varley, impartieron una clase magistral. El 16, Jan Ferslev realizó una demostración de trabajo con la presentación de *Casi Orfeo, el actor músico*.

El jueves 8 de diciembre, el tradicional *Espacio para el riesgo*, de la Casa de las Américas, presentó *Historias bien guardadas*, a cargo de Teatro La Salamandra. Tres jóvenes teatristas indagaron acerca de una modalidad titiritera hasta ahora ausente de los escenarios cubanos, la del teatrino de papel.

Un encuentro con el dramaturgo argentino Leandro Airaldo tuvo lugar el lunes 27 de febrero en la sala Manuel Galich. Discípulo de Mauricio Kartun, Alejandro Tantanian, Luis Cano e Ignacio Apolo, entre otros, Airaldo es autor de las piezas *Sobre el daño que causa el olvido*, *AbraKadabra* y *Enamorarse es hablar corto y enredado*, que han recibido premios en su país.

---

## Semana de Autor

Del 22 al 25 de noviembre, la habitual Semana de Autor de la Casa estuvo dedicada al escritor mexicano Paco Ignacio Taibo II. El evento contó con la participación de varios estudiosos de su obra, y en sus jornadas se analizaron las diversas aristas que conforman la creación de este polifacético narrador y cronista. Durante la última jornada se presentó una nueva edición de su biografía *Ernesto Guevara, también conocido como el Che*. Más detalles sobre esos días en la sección «Semana de Paco Ignacio Taibo II», en esta entrega.

---

## La Casa, Cuba y el Caribe

El viernes 9, como parte de la X Conferencia Internacional de Estudios Caribeños *Cuba, Estados Unidos y el Caribe a dos años del 17-D*, organizada por la Cátedra de Estudios del Caribe *Norman Girvan* de la Universidad de La Habana, tuvieron lugar los talleres «La enseñanza del Caribe en nuestras universidades» y «Cuba como espacio de diálogo de la intelectualidad caribeña».

---

## Conferencias

El martes 1 de noviembre, a las 10 de la mañana, en la sala Manuel Galich, el político argentino Fernando Vaca Narvaja ofreció una conferencia sobre la situación actual de su país.

El jueves 27 de diciembre la Casa acogió al actor y activista estadounidense Danny Glover, y a James Early, miembro del comité político de la Articulación Regional de Afro-

descendientes en América Latina y el Caribe, quienes, invitados por el Programa de Estudios sobre Afroamérica de nuestra institución, disertaron sobre el aporte y los retos de la comunidad afrodescendiente en su país.

El jueves 12 de enero, en la sala Manuel Galich, la doctora Luisa Campuzano ofreció una charla sobre intelectuales latinoamericanos que vivieron en Cuba y trabajaron en la Casa.

### Miradas del Abya Yala

El miércoles 21 de diciembre se ofreció la conferencia «Las costumbres alimentarias de las poblaciones “arcaicas” en las Antillas: de los paradigmas tradicionales a las investigaciones actuales», de la antropóloga cubana Yadira Chinique de Armas, investigadora posdoctoral y profesora adjunta de la Universidad de Winnipeg, Canadá.

El viernes 13 de enero tuvo lugar un conversatorio con el músico y compositor del pueblo huarpe (Mendoza, Argentina) Marcelino Azaguate y con la realizadora audiovisual Laura Piastrellini, así como la presentación del documental *Huarpes en su propia voz*. El miércoles 25 de enero, en la sala Manuel Galich, tuvo lugar la conferencia «Oralitegrafías y visiones de cabeza en una lectura cartográfica de Colombia a partir de textualidades indígenas», a cargo del ensayista colombiano Miguel Rocha Vivas, como antesala de la presentación de su libro *Mingas de la palabra*, Premio Casa de las Américas 2016 en la categoría de Estudios sobre las Culturas Originarias de América.

### Consejo Científico de la Unesco

Del 23 al 28 de enero, la Casa de las Américas acogió la Reunión del Comité Científico Internacional de la Unesco para la elaboración del volumen IX de la *Historia General de África*. Científicos de todos los continentes, convocados por la Sección «Historia y Memoria para el Diálogo» de la organización de Naciones Unidas, trabajaron con vistas a la preparación de ese volumen.

### La Casa en la Feria

El martes 7 de febrero la sala Che Guevara acogió la conferencia de prensa de la XXVI edición de la Feria

Internacional del Libro, Cuba 2017, cuya primera etapa se celebró en La Habana del 9 al 19 de ese mes. Dedicada a Canadá como país invitado de honor, la Casa de las Américas fue nuevamente subsede del evento. La significativa presencia de la diáspora caribeña en Canadá y su producción intelectual fue el interés mayor de la Casa en esos días. El viernes 10, los escritores curazoleños Diana Lebac, Loekie Morales y Roel Jungslager se refirieron a la «Visión actual de la literatura del Caribe neerlandés», y en la tarde fue presentado el libro *Tell My Mother I Gone to Cuba: Stories of Early Twentieth-Century Migration from Barbados* (UWI Press, Barbados), de Sharon Milagro Marshall. Luego tuvo lugar un panel sobre la diáspora caribeña en Canadá, con la participación de David Austin, Premio Casa de las Américas 2014 por su libro *Miedo a una nación negra*. Estuvieron como panelistas Emilio Jorge Rodríguez y Josefina Castro. El lunes 13 se recordó al cineasta cubano Tomás Gutiérrez Alea, con la participación de Mirtha Ibarra, Roberto Fernández Retamar y Luciano Castillo, y la presentación del libro *El primer Titón*, del crítico de cine Juan Antonio García Borrero. En la tarde, fue puesta a consideración de los lectores la *Antología de poesía y prosa*, de Nicolás Guillén, con selección y prólogo de Keith Ellis, y *Un pulso que golpea las tinieblas. Una antología de poesía para resistentes* (coeditada por el Fondo Editorial Casa de las Américas, Para Leer en Libertad y la Rosa Luxemburg Stiftung, RLS), a cargo de su antologador, Paco Ignacio Taibo II, y con la participación de Patricia Zapata (coordinadora de proyectos para México, Centroamérica y el Caribe de la RLS). Un homenaje a Armando Hart tuvo lugar el martes 14 en la sala Che Guevara, con la presencia de Lesbia Cánovas Fabelo, Graziela Pogolotti y Fernando Martínez Heredia. En la sede de La Cabaña, en el pabellón del país invitado, se presentaron los libros *Antología de poesía y prosa*, de Nicolás Guillén, selección y prólogo Keith Ellis, y *Free Verses/Versos libres*, compilación y traducción Keith Ellis (Fondo Editorial Casa de las Américas y Editorial José Martí). De vuelta a la sala Manuel Galich, Ángel de la Calle y Paco Ignacio Taibo II tuvieron a su cargo los comentarios en torno a la novela gráfica *Pinturas de guerra*, de Ángel de la Calle (coeditada por Para leer en libertad y Rosa Luxemburg Stiftung). El propio Taibo y Paloma Saíz presentaron más tarde su antología de cuentos policíacos *Una latinoamericana forma de morir* (coeditada

por el Fondo Editorial Casa de las Américas, Para Leer en Libertad y la Rosa Luxemburg Stiftung). El miércoles 15 se entregó a los asistentes el volumen *Juventud y espacio público en las Américas. I Taller Casa Tomada* (coeditado por el Fondo Editorial Casa de las Américas y la Rosa Luxemburg Stiftung). Ese mismo día se presentó el volumen de ensayo *Salvar el fuego. Notas sobre la nueva narrativa latinoamericana*, de Jorge Fornet, quien estuvo acompañado por la editora Ingrid González. El jueves 16 tuvo lugar en la sala Che Guevara un panel de homenaje a Gabriel García Márquez por los noventa años de su nacimiento y los cincuenta de la publicación de *Cien años de soledad*, en el que tomaron parte el embajador de Colombia en Cuba Gustavo Bell Lemus, el escritor Leonardo Padura, y José Calafell, director de la editorial Planeta México; en la mañana de ese mismo día se había develado una estatua del autor colombiano en el Jardín del Liceo artístico y literario de La Habana (Habana Vieja). Más tarde asistimos a un panel homenaje a Margaret Randall por sus ochenta años, donde tuvimos ocasión de acceder al volumen testimonial *Cambiar el mundo. Mis años en Cuba* y la antología *Al pie del río amado. Cinco poetas cubanos*, así como a la revista *Matanzas*, número 1 de 2017, con un dossier dedicado a esa autora. Por último, el viernes 17, la Casa acogió a Laidi Fernández de Juan (compiladora) y Alfredo Zaldivar (editor) para la presentación del volumen *Buena suerte viviendo. Mensajes a un poeta* (Ediciones Matanzas), edición homenaje por los ochenta y cinco años de Roberto Fernández Retamar.

## Donación

Miguel Ángel Asturias Amado, hijo del escritor guatemalteco Miguel Ángel Asturias, donó las primeras ediciones de varios títulos de su padre a la biblioteca de la Casa de las Américas. Durante un encuentro el lunes 13 de febrero en el Salón de Presidencia de la institución, Asturias Amado se reunió con el poeta y ensayista cubano Roberto Fernández Retamar, presidente de la Casa; Caridad Tamayo Fernández, directora del Fondo Editorial Casa de las Américas; y Arien González, directora de la biblioteca. Entre los títulos que llegan hasta la Casa se encuentran algunos clásicos del Nobel guatemalteco: las novelas *Viento fuerte*, *El papa verde*, *El señor presidente*; y el volumen de cuentos *Week-end en Guatemala*, todos publicados por

la Editorial Losada en Buenos Aires. El hijo del escritor, quien además preside la Fundación Miguel Ángel Asturias, comentó que en Guatemala recién se acaba de instaurar el 2017 como Año Miguel Ángel Asturias, a propósito de cumplirse cinco décadas del otorgamiento del Premio Nobel de Literatura a su padre, quien en 1967 se convertía en el segundo escritor latinoamericano en alcanzar el máximo galardón mundial de las letras, solo precedido por la poeta chilena Gabriela Mistral, que lo obtuvo en 1945. El Fondo Editorial Casa de las Américas publicó en 1982 la novela *El señor presidente* en su colección de clásicos, con un prólogo del también reconocido escritor y dramaturgo guatemalteco, Manuel Galich.

## Mujeres y medios masivos de comunicación

Del 20 al 24 de febrero, el Programa de Estudios de la Mujer organizó el Coloquio Internacional Mujeres y medios masivos de comunicación en la historia y la cultura de la América Latina y el Caribe, que abordó temas como la prensa femenina y feminista; redes nacionales e internacionales de prensa de mujeres; las nuevas plataformas comunicacionales; equidad o sexismo; mujeres y gestión/dirección de medios; periodismo y literatura de mujeres: crónicas, testimonios, autorreferencialidad, biografías; publicidad en los medios: estereotipos; representación de mujeres y medios en la literatura y las artes. Tras las palabras de bienvenida, a cargo de Luisa Campuzano, la primera presentación estuvo dedicada a los aportes de la documentalista cubana Gloria Rolando. Asimismo, otras presentaciones de estudiosas y estudiosos de la Isla estuvieron consagradas a la revista *Mujeres* y a la construcción discursiva del género femenino en la prensa cubana impresa. En esa primera jornada se presentó el libro *Magín, tiempo de contar una historia*, por Mirta Rodríguez Calderón. Vidas de mujeres centraron los análisis de la segunda fecha del evento, que contó con la participación de investigadores procedentes de Canadá, Cuba, los Estados Unidos, Hungría, Italia y México. Como colofón, se exhibió el teleplay *Añejo 5 siglos*, basado en un cuento de María Elena Llana, con dirección de Magda González Grau (Cuba). Entre otros temas analizados el miércoles 22 figuraron la revista *Social* (1916-1923), género y feminismo en la escritura ensayística de autoras indígenas, escritura transnacional de mujeres: la elección

de un nuevo lenguaje como proceso de extrañamiento y acto político y el desafío de ser «poetas cubanas del interior». Se habló además sobre los aportes de las mujeres en la radio y la televisión, y hubo un acercamiento a la obra documental de Marcela Zamora. Profesoras de la Universidad de Granada propusieron un análisis del cine documental feminista, con la presentación de cuatro casos de cine colectivo de no-ficción dirigido por mujeres en México, Bolivia y España. Durante la penúltima jornada se presentaron ponencias relacionadas con la visión de género en Cataluña, coordinadas teóricas para analizar las representaciones de género en el periodismo cubano, el cuerpo femenino como tema en el costumbrismo cubano de la primera mitad del siglo XIX y las figuraciones de la madre en la narrativa de temática homosexual latinoamericana, además de avances sobre el libro *Sombras nada más*, antología de cuentos y acción colectiva contra la violencia de género, compilada por la narradora cubana Laidi Fernández de Juan, con la participación de unas treinta y seis escritoras de la Isla. *Él canta y yo cuento* fue el título del espectáculo músico-teatral de los artistas dominicanos Freddy Ginebra y Víctor Víctor, presentado en la sala Che Guevara el jueves 23 de febrero, a las 7 de la noche. Lydia Cabrera, Clarice Lispector y Rafaela Chacón Nardi fueron centro de otros análisis en la última fecha, así como las mujeres en las ilustraciones de revistas cubanas entre 1900 y 1930 y las mujeres en el teatro. Como colofón del evento, las participantes fueron convidadas a ver *Harry Potter, se acabó la magia*, obra de Agnieszka Hernández, en una puesta del grupo Teatro El Público, con dirección general de Carlos Díaz.

## Visitas

El lunes 14 de noviembre, la directora del departamento de Teatro Vivian Martínez Tabares recibió a los integrantes de Odin Teatret, agrupación danesa de visita en la Casa. Ese mismo día, fue recibido un grupo de estudiantes de la Universidad de Delaware. El viernes 18 nos visitaron representantes del Centro de Estudios de Migraciones y Exilios de Madrid, y la directora de Música, María Elena Vinueza, dialogó con la cantante chilena Ana Tijoux.

El lunes 5 de diciembre, RFR se reunió con el poeta y periodista Sergio Marelli y un equipo de técnicos argentinos que

realizan un documental sobre su figura y su obra. El jueves 8, RFR y otros compañeros de la Casa recibieron a Pedro Núñez Mosquera, quien próximamente partiría a México como embajador cubano en ese país, y fueron recibidos por otros especialistas y directivos de la Casa los integrantes del grupo de teatro La Salamandra y de la organización de la reunión Cuba-Caricom. El lunes 12, Vivian Martínez Tabares recibió a los integrantes del grupo de teatro nicaragüense Guachipilín, y el martes 13, Jorge Fonet y Ana Niria Albo dialogaron con Raúl Fernández y Nancy Burke, quienes expresaron la voluntad de fortalecer las relaciones entre la Universidad de California y la Casa. Al día siguiente, Ana Niria Albo, del programa de Estudios sobre latinos en los Estados Unidos, recibió a Antonio Marco y el Colectivo argentino La Poderosa. El martes 27 fueron recibidos el actor Danny Glover, y el activista estadounidense James Early, miembro del comité político de la Articulación Regional de Afrodescendientes en América Latina y el Caribe.

El jueves 5 de enero, recibimos al activista barbadense David Comissiong. El miércoles 11, RFR dialogó con Katherine Müller, directora de la Oficina Regional de la Unesco, y Oscar León, presidente de la Comisión Cubana de la Unesco. El viernes 13, la directora del Fondo Editorial, Caridad Tamayo, conversó con representantes de la Universidad de Connecticut.

El miércoles 8 de febrero, RFR recibió a Naín Nómez, poeta y profesor de la Universidad de Santiago de Chile. Al día siguiente nos visitó Florencia Lagos, de la embajada del país sudamericano en La Habana. El viernes 10, RFR y otros miembros del Consejo de Dirección conversaron con el escritor y ministro de Cultura ecuatoriano Raúl Vallejo, reciente ganador del Premio de poesía José Lezama Lima, quien entregó una donación de libros editados en su país a nuestra Biblioteca. El martes 14, varios especialistas de la Casa conversaron con Torge Löding, director de la oficina regional de la Fundación Rosa Luxemburgo. El miércoles 22 fue despedido en la Casa el embajador de Colombia, Gustavo A. Bell Lemus, quien concluyó su misión en La Habana, y cuya colaboración permanente con nuestra institución agradecemos especialmente, y el jueves 23, Philippe Murcia y Cristian Estrade, funcionarios de la embajada de Francia, nos visitaron para dar continuidad a proyectos conjuntos de entidades francesas con la Casa.

## PRÓXIMAS

### IV Encuentro de Pensamiento y Creación Joven en las Américas (19 al 22 de septiembre)

La Casa de las Américas convoca a jóvenes artistas, escritores e intelectuales del continente a participar en *Casa Tomada. IV Encuentro de pensamiento y creación joven en las Américas*, que tendrá lugar en La Habana entre los días 19 y 22 de septiembre de 2017. // En el año del aniversario cincuenta de la desaparición física de Ernesto Che Guevara, este encuentro dará continuidad a los efectuados en 1983, 2009 y 2013, cuando jóvenes intelectuales de la región se dieron cita en la Casa para juntos dialogar sobre las realidades del hemisferio. // El próximo encuentro buscará fomentar el vínculo y el conocimiento mutuo entre jóvenes de hasta treinta y seis años de edad, así como estimular y promover las más diversas formas de pensar el pasado, presente y futuro de la producción artística e intelectual del continente, y promover la obra de nuestras más recientes generaciones. // Desde una mirada interdisciplinaria, invitamos a debatir sobre la relación entre los jóvenes y los espacios públicos con temáticas asociadas a: Juventud, participación y comunicación; Creación y pensamiento en las Américas. ¿Continuidades y rupturas?; Autogestión, alternatividad e independencia. Estrategias de existencia y posicionamientos de la producción cultural contemporánea; y Jóvenes en la construcción y salvaguarda de la memoria histórica del hemisferio. // También se tendrán en cuenta otras propuestas afines. // Quienes deseen asistir al evento pueden enviar su solicitud por correo electrónico, correo postal o presentarla en persona en la propia sede de la institución. // De ser aceptada su solicitud de participación, se les remitirá una carta oficial de invitación para facilitar la gestión de sus fondos de viaje y estancia. Se reconocerá por escrito a aquellas instituciones que contribuyan a financiar los gastos de los participantes. // El plazo de admisión cerrará el 1 de agosto de 2017. La inscripción será gratuita y se realizará personalmente en la Casa de las Américas el 19 de septiembre de 2017. // Los interesados en participar deberán enviar la siguiente información personal: nombre y apellidos, nacionalidad, dirección postal, correo electrónico y currículo (hasta

doscientas palabras). // A propósito de su propuesta, deben especificar si se trata de panel, ponencia, obra individual, otro (especificar), tema (hasta quinientas palabras), links (web, blogs, artículos online) y podrán enviar dos adjuntos que contribuyan a fundamentar esa propuesta. // Datos de la Casa de las Américas: 3ra. y G, El Vedado, La Habana, 10 400, Cuba; teléfonos: (53) 7 8382699, (53) 7 8382712, (53) 7 8382715; email: [casatomada@casa.cult.cu](mailto:casatomada@casa.cult.cu); web: [www.casadelasamericas.org](http://www.casadelasamericas.org), <http://laventana.casa.cult.cu>, <http://casatomada.casa.cult.cu>.

### Premio Literario Casa de las Américas 2018 (del 15 al 25 de enero)

La Casa de las Américas convoca para el año 2018 a la edición 59 de su Premio Literario. En esta ocasión podrán concursar obras inéditas en los siguientes géneros y categorías: a) cuento, b) teatro, c) ensayo de tema artístico-literario y d) Premio de estudios sobre la Mujer. // Además, se convoca a la literatura brasileña (con libros de no ficción escritos en portugués y publicados en esa lengua durante el bienio 2016-2017), y a la literatura caribeña en inglés o creol (con libros publicados durante el período 2014-2017). // Los autores concursantes en cuento, teatro, ensayo de tema artístico-literario, así como en el Premio de estudios sobre la Mujer deberán registrarse por las siguientes BASES // Podrán enviarse obras inéditas en español. Se considerarán inéditas aun aquellas que hayan sido impresas en no más de la mitad. // En cuento y teatro solo podrán participar autores latinoamericanos, naturales o naturalizados. // Por el premio de ensayo de tema artístico-literario y el Premio de estudios sobre la Mujer podrán concursar también autores de cualquier otra procedencia, con un libro sobre la América Latina o el Caribe, escrito en español. En el segundo caso, el libro debe ajustarse al tema convocado. // Los autores deberán enviar dos (2) ejemplares impresos en un tipo y tamaño de letras perfectamente legibles, a espacio y medio y foliados. Las obras no excederán en ningún caso de las quinientas (500) páginas. // Ningún autor podrá enviar más de un libro por género, ni participar con una obra en proceso de impresión, aunque esté inédita, o que haya obtenido algún premio nacional o internacional u opte por él mientras no se haya dado el fallo del Premio Casa de las Américas. Tampoco podrá participar en un género en el que hubiera obtenido

ya este Premio, en alguno de los cuatro años anteriores. // Se otorgará un premio único e indivisible por cada género o categoría, que consistirá en tres mil (3000) dólares o su equivalente en la moneda nacional que corresponda, y la publicación de la obra por la Casa de las Américas. Se otorgarán menciones si el jurado las estima necesarias, sin que ello implique retribución ni compromiso editorial por parte de la Casa de las Américas. // Las obras serán firmadas por sus autores, quienes especificarán en qué género o categoría desean participar. Es admisible el seudónimo literario, pero en este caso será indispensable que lo acompañe de su identificación. Los autores enviarán sus respectivas fichas biobibliográficas. // La Casa de las Américas se reserva el derecho de publicación de la que será considerada primera edición de las obras premiadas, hasta un máximo de diez mil (10 000) ejemplares, aunque se trate de una coedición o de reimpressiones coeditadas en un plazo de cinco años. Tal derecho incluye no solo evidentes aspectos económicos sino todas las características gráficas y otras de la mencionada primera edición. // Las obras deberán ser remitidas a la Casa de las Américas (3ra y G, El Vedado, La Habana 10400, Cuba), o a cualquiera de las embajadas de Cuba, antes del 31 de octubre del año 2017. // Los jurados se reunirán en La Habana en enero

del año 2018. // La Casa de las Américas no devolverá los originales concursantes. // El incumplimiento de alguna de estas bases conduciría a la invalidación del Premio otorgado. // La Casa de las Américas anuncia que una vez más entregará tres premios de carácter honorífico. Dichos premios (José Lezama Lima, de poesía; José María Arguedas, de narrativa, y Ezequiel Martínez Estrada, de ensayo) se otorgarán a obras relevantes escritas por un autor de nuestra América, cuya primera edición en español sea de los años 2015 o 2016. En el caso de los libros de ensayo se tendrán en cuenta también aquellos sobre tema latinoamericano y caribeño, publicados asimismo en español, sea cual fuere la nacionalidad de sus autores. Las obras concursantes podrán ser enviadas por sus autores, editores, o por un Comité creado al efecto. // Al mismo tiempo la Casa de las Américas anuncia la convocatoria, para el año 2019, de un Premio de estudios sobre latinos en los Estados Unidos. Podrán optar por él libros de ciencias sociales y humanistas escritos por un autor latino residente en ese país, y publicados por primera vez –en español, inglés o ambas lenguas– en el trienio 2016-2018. El Premio implica la publicación del libro en español y su distribución por la Casa de las Américas, así como un monto en metálico similar a los demás premios.

Cierre de la información: 28 de febrero

En el dossier «Fidel siempre» se incluyen textos del Secretario General del Partido Comunista de Madrid ÁLVARO AGUILERA, la doctora en Medicina Pediátrica DAISY ÁLVAREZ MONTALVO (Cuba, 1948), el escritor y asesor de movimientos sociales FREI BETTO (Brasil, 1944), el escritor y traductor JACQUES-FRANÇOIS BONALDI (Francia, 1944), el politólogo Atilio A. BORON (Argentina, 1943), el escritor LUIS BRITTO GARCÍA (Venezuela, 1940), la periodista STELLA CALLONI (Argentina), la crítica y ensayista ZAIDA CAPOTE CRUZ (Cuba, 1967), el político CUAUHTÉMOC CÁRDENAS (México, 1934), el profesor e investigador, fundador del blog *La Joven Cuba* HAROLD CÁRDENAS LEMA (Cuba, 1985), el profesor, ensayista y diplomático NILS CASTRO (Panamá, 1937), la doctora y narradora LAIDI FERNÁNDEZ DE JUAN (Cuba, 1961), el jurista JULIO ANTONIO FERNÁNDEZ ESTRADA (Cuba, 1975), el profesor, ensayista y narrador VÍCTOR FLORES OLEA (México, 1932), el periodista y profesor JORGE GÓMEZ BARATA (Cuba, 1946), el profesor e investigador PABLO GONZÁLEZ CASANOVA (México, 1922), la escritora MARTA HARNECKER (Chile, 1937) y el politólogo RAFAEL HERNÁNDEZ (Cuba, 1948).

Asimismo, en esta selección aparecen textos del politólogo y analista internacional JUAN MANUEL KARG (Argentina, 1985), del economista y profesor CLAUDIO KATZ (Argentina, 1954), del investigador NÉSTOR KOHAN (Argentina, 1967), del exdirector de la Oficina Regional de la Unesco para la América Latina y el Caribe FRANCISCO JOSÉ LACAYO PARAJÓN (Nicaragua), del doctor en Ciencias económicas CARLOS LAGE CODORNIÚ (Cuba, 1981), del historiador y ensayista FERNANDO MARTÍNEZ HEREDIA (Cuba, 1939), del

presidente de la Fundación Cultura de Paz y exdirector general de la Unesco FEDERICO MAYOR ZARAGOZA (España, 1934), del escritor y ensayista MANUEL ORESTES NIETO (Panamá, 1951), de la escritora cubana GRAZIELLA POGOLLOTTI (París, 1932), de los periodistas IGNACIO RAMONET (España, 1943) y FERNANDO RAVSBERG (Uruguay, 1957), del poeta, crítico y editor RICARDO RIVERÓN ROJAS (Cuba, 1949), del diplomático y escritor RAÚL ROA KOURÍ (Cuba, 1936), del historiador y periodista PEDRO PABLO RODRÍGUEZ (Cuba, 1946), del investigador y militante político MARIO SANTUCHO (Argentina, 1975), del dirigente del Movimiento de Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST) JOÃO PEDRO STÉDILE (Brasil, 1953), del periodista y columnista de *La Jornada*, JOSÉ STEINSLEGER (Argentina, 1947), del escritor mexicano PACO IGNACIO TAIBO II (España, 1949), del ensayista y periodista ENRIQUE UBIETA GÓMEZ (Cuba, 1958), de la escritora CHIQUI VICIOSO (República Dominicana) y de la historiadora CLAUDIA ZAPATA SILVA (Chile, 1975).

En la sección «Semana de Paco Ignacio Taibo II» se incluyen textos de:

ARMANDO BARTRA (México), profesor-investigador en la Universidad Autónoma Metropolitana de Xochimilco, y autor de una treintena de libros y cientos de artículos periodísticos para varios medios.

FRANCISCO PÉREZ ARCE IBARRA (México), investigador del Departamento de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia y novelista. Autor del libro *El principio. 1968-1988: años de rebeldía* (2007).

PACO IGNACIO TAIBO II (España, 1949), escritor, periodista y activista político mexicano, autor, entre otros títulos, de las biografías *Pancho Villa: una biografía narrativa* (2006), *Tony Guiteras, un hombre guapo* (2008) y *Ernesto*

*Guevara, también conocido como el Che*, originalmente publicada en 1996 y presentada recientemente por el Fondo Editorial Casa de las Américas en coedición con la Fundación Rosa Luxemburgo.



# Casa

de las Américas

Órgano de la Casa de las Américas

**¡suscríbese!**

Fundada en 1960, es una de las revistas de letras e ideas con más larga vida en el Continente.

Con frecuencia trimestral, brinda especial atención a la cultura de nuestra América y a los nexos de esta con el resto del mundo. Sus páginas se han nutrido de colaboradores de primera línea, y han contribuido al conocimiento y la consagración de no pocos de ellos.

Respondiendo a numerosas solicitudes, ofrece nuevas plazas de suscripción.

## SUSCRIPCIÓN ANUAL

**América Latina y el Caribe, \$30—Estados Unidos y Canadá, \$40—Otros países, \$45—Cuba, \$23 (pesos cubanos).**

Usted puede recibir nuestra revista a través del correo postal. Para ello debe realizar el pago mediante una transferencia bancaria y llenar el cupón de suscripción especificando el número de la transferencia. Las suscripciones —a nombre de personas naturales o jurídicas— pueden hacerse en nuestra sede o desde otros países. Para cualquier información, contáctenos por [suscripciones@casa.cult.cu](mailto:suscripciones@casa.cult.cu).

Estos son los datos para la transferencia bancaria dirigida a:

BFI (Banco Financiero Internacional)  
Sucursal: 50  
Dirección: 1ra. y B, El Vedado, La Habana  
Código Postal: 10400  
Cuenta de título Casa de las Américas  
No. de cuenta: USD 0300000004268820  
Código SWIFT: BFICCUHH

Dentro de Cuba se aceptan giros postales. Aunque los precios para suscripciones fuera de Cuba se establecen en USD, se admiten otras monedas libremente convertibles.

**¡suscríbese!**